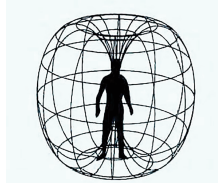


# La última novela del hombre invisible y su amor desesperado

**Gustavo Oliveros**

**Barralibros**



**Editores**

**[www.barralibros.es](http://www.barralibros.es)**



Seguramente quise hacer una gracia con tanta redundancia

Y seguramente habrá salido una morisqueta redundante



Estando con Pachequito en La Bajada, en medio de un controversial debate sobre lo bueno del pasado y lo malo del presente, recibí tremenda sorpresa con la aparición de Jorgito el invisible. Un personaje con quien, a menudo, compartía tragos en un antro llamado La Sirena. Qué te dije, dijo. Lo que siempre me decías, dije. Y ves, pues, que cumplo con lo que digo, dijo. Veo, dije. ¿Y entonces?, preguntó dando a entender que su presencia ameritaba un brindis por mi cuenta. Lo que usted pida mi viejo, aquí la cosa es barra libre, respondí. Soltó la carcajada, y ya Pachequito le hacía un gesto al camarero para que pusiera un vaso con hielo en la barra. Te presento a Pachequito, le dije, y agregué, el último sobreviviente y miembro de número de los poetas del Arca de Noé. Mucho gusto, dijo Pachequito estirando la diestra: “Martín Cabeza Pacheco”. El gusto es mío, dijo el invisible, Jorgito, alargando la siniestra.



## CUARENTA AÑOS ATRÁS

Dicen que los disparos se iniciaron muy temprano esa mañana de noviembre. Dicen que decenas de casquillos se encontraron en aquel oscuro callejón. Eso dicen. Dicen también que fueron demasiadas las balas que impactaron en la diminuta humanidad de aquel hombre. Y mencionan, sin decir mucho sobre lo dicho, que el lugar del tiroteo fue bastante conveniente para una emboscada con premeditación y alevosía. En aquella madriguera no era de extrañar que un cadáver apareciera inflado, de un día para otro, en medio de un callejón sin salida, gajes del oficio entre bandas de delincuentes, deudas sin saldar, ajustes de cuentas, adulterio y peleas a puñaladas entre vecinos por un juego de cartas marcadas. Todo podía suceder a plena luz o bajo las sobras dadas por las lámparas mortecinas que serpenteaban por los angostos callejones del barrio. Algo había que hacer ante tanta incertidumbre, vivir con miedo es lo peor que puede heredar un ser humano cuando no existe quien vele por él en sus horas aciagas. Así era aquella barriada que no se diferenciaban en nada de las otras que proliferaban como un cordón de miseria alrededor de la ciudad y se multiplicaban exponencialmente sin que ningún gobernante las tomara en cuenta. Solamente al dictador Marcos Pérez Jiménez, se le ocurrió la idea de cambiar ranchos por super bloques para dignificar el derecho de la población a una mejor calidad de vida. Fue el hecho más trascendente en materia de vivienda social que haya vivido el país a mediados del siglo XX. Se edificaron las urbanizaciones Simón Rodríguez, Artigas, Propatria, Lomas de Urdaneta y 23 de Enero. Durante su gobierno el sector privado (Creole Petroleum Corporation y Royal Dutch Shell) manejaban la industria petrolera y aportaban al Estado Venezolano las regalías correspondientes y esto permitió un crecimiento en obras de infraestructura:

hospitales, autopistas, puertos, hotelería; se invirtió en centros educativos, turismo, deporte, ciencia, recreación, puestos de trabajo, etc, a una velocidad nunca vista en comparación con los gobiernos que le sucedieron. Durante su mandato se concluyeron, se realizaron y construyeron numerosos proyectos, siendo el presidente que más obras de infraestructura ha dejado para el país. A su caída en 1958, los famosos super bloques se volverían ranchos verticales, la miseria regresaba inclemente, otras obras de infraestructura reaparecerían como centros policiales de tortura, las de recreación formarían desiertos turísticos con profundas heridas, venas abiertas que aún resisten las eventualidades del tiempo, como monumentos de una arquitectura nacional pasada, que denuncia la más cruda situación de pobreza a la que puede llegar un país, que gozaba de las mayores riquezas de América Latina.

Caída la dictadura, ya para los años sesenta, en aquellos parajes abandonados, los desheredados eran tan miserables que se disputaban junto a los perros las mejores partes de los animales muertos, que aparecían por el montarral sin conocerse su especie: gato por liebre, zamuro por gallina, ratas por ardillas... De una política de pleno empleo se pasó a una de clientelismo político y de ahí al conflicto armado la distancia fue de un paso. Eso dicen quienes vivieron parte de la historia, sin la certeza de que lo que se dice sea cierto. Quizás la mayor evidencia de aquellos años, se encuentre en los pocos vecinos que se atrevían a comer las empanadas y arepas rellenas elaboradas por Joao Ferreira, sin que una diarrea les hubiese pasado factura. Ferreira, un portugués recién llegado a Venezuela bajo los auspicios de la dictadura, construyó un pequeño local de comida que más tarde terminó siendo la primera panadería del barrio que alimentaría a centenares de habitantes cuando ya el verdor de las montañas había desaparecido y solo el plateado de los techos de zinc sobre listones de madera y paredes de cartón piedra cegarían a los pilotos y tripulantes de



los aviones que aterrizaban en el aeropuerto de Maiquetía. Fue Joao Ferreira, ese inmigrante portugués, el único testigo de los acontecimientos acaecidos esa mañana, cuando el barrio se aprestaba a celebrar el día de los santos difuntos o de las ánimas benditas del purgatorio.

La víctima de aquella balacera coincidía con la descripción del “Ratón” o bien el “Enano”, como era conocido en su papel de guerrillero urbano quien recién había descendido de las montañas. Al revisar su billetera, los funcionarios se encontraron con varios documentos de identidad. En éstos, los nombres y apellidos variaban, no así la fotografía que coincidía, perfectamente bien, con el *“difunto fallecido, muerto en pleno enfrentamiento con las fuerzas policiales del Estado”*. Para evitarse un papeleo innecesario, decidieron que lo mejor era llamarlo por el remoquete asignado por la misma banda. Si de fantasmas se trataba, este hombre era el mejor ejemplo de la mayor desidia gubernamental de la cual se tuviese noticia en todos los años de fundada la república. Su pasado era totalmente oscuro, y, si alguna vez tuvo madre y padre, jamás fue reconocido en algún registro civil. Esto no causó extrañeza entre los funcionarios encargados de la investigación, quienes, rápidamente, despacharon el asunto. Bastaba con saber la edad del difunto para ubicarlo en los tiempos en que las jefaturas civiles cambiaban de lugar constantemente, de acuerdo con los caprichos de quienes gobernarán para el momento. Los libros se perdían, los folios se traspapelaban o bien alguien los arrancaba por motivos desconocidos. Al final, ninguno de los funcionarios del registro se preocupó por conocer el historial de sobrevivencia del fallecido, pues ya nada de eso tenía importancia, y el muerto, en su soledad, se iría directo a la fosa sin parientes que lo acompañaran en ese último viaje a lo desconocido. De aquel ser apenas se conoció que estuvo por varios meses prestando el servicio militar obligatorio, con uno de los tantos nombres supuestos que aparecían en sus distintas credenciales, y hasta su deserción no habría sido

posible que las autoridades competentes hubiesen dispuesto de una referencia acerca de su fantasmal paso por el mundo terrenal. La fotografía y la descripción encajaban a la perfección en los archivos de la milicia. La huella digital al lado de la firma no era más que una mancha de tinta borrosa, difusa cuyas crestas papilares parecían haber desaparecido, cosa que solo sucede en algunos casos con el envejecimiento, la cirugía e incluso con la quimioterapia. En el borde de la planilla destacaba una enmienda, esa sí, bastante clara y legible referida a su estatura: “Enano”.

Un reguero de vísceras fue lo que arrojó el enfrentamiento. Debido al impacto de los proyectiles, el rostro terminó totalmente desfigurado. El cerebro había saltado del cráneo y fragmentos de la masa encefálica cubrían las paredes. Igual sucedió con sus manos cuyas falanges aterrizaron a la distancia, quizás por aquel acto reflejo de creer que, colocándolas frente a la metralla, las balas no alcanzarían el resto de su humanidad. En la escena, a ningún oficial se le ocurrió recoger una que otra pieza para enviarla al laboratorio de la policía científica en busca de una huella digital que ratificara la identidad de la víctima. El espectáculo era realmente asqueroso. El tórax había quedado dividido en dos pedazos y el cadáver lucía como una pieza descuartizada en un frigorífico industrial de ganado. Hasta bien entrada la tarde el cuerpo permaneció en aquel pasillo sin que nadie se le acercara, no fuese cierta la leyenda de que ese hombre comulgaba con el mismísimo demonio. Las horas pasaban con lentitud, y el cansancio ante la espera, el miedo a una revuelta de los pobladores que lo tenían en alta estima, así como las historias de espíritus malignos relacionadas con el muerto, conformaron un ambiente perfecto para las alucinaciones. En ese escenario, un par de policías creyeron ver moverse algunas partes del cuerpo sigilosamente en dirección a otros despojos de mayor tamaño. Al ponerles atención las partes se quedaban inmóviles, pero al menor descuido, a un leve cambio de dirección en la mirada, avanzaban uno pocos centímetros hacia su objetivo. La tarde se tornaba plomiza anunciando

lluvia y la furgoneta con los chicos de la morgue tardaba en aparecer. Una densa neblina de aluminio comenzó a deslizarse desde la parte alta de la barriada como polvo frío impulsada por la ventisca. Tan pesado era su volumen que era difícil distinguir, a un par de metros, quien se desplazaba de un lado al otro, solo siluetas aladas parecían bailotear en medio de la espesura. Previendo un incidente en vista del nerviosismo de los uniformados, el comandante de tropa ordenó dispersar a todos los curiosos que se encontraran en los alrededores donde se había producido el enfrentamiento armado. Ya estaba bien de lloriqueos y rezos, para comentarios, nada mejor que el interior de sus viviendas.

Estando en pleno desalojo, una ráfaga de metralla sorpresiva ensordeció a los funcionarios y, sin esperar siquiera saber lo que ocurría, comenzó un intercambio de disparos de manera indiscriminada. Todo lo que se movía en medio de la opacidad recibía una bala. Nadie estaba a salvo, los más veteranos pusieron pecho en tierra, los menos avezados permanecieron de pie y terminaron mal heridos o muertos, todo fue una locura en cuestión de minutos. El banco de neblina siguió su curso en declive y el ambiente se despejaba, una orden a todo pulmón hizo que cesaran los disparos y cuando todo parecía haber retornado a su normalidad, ocho cadáveres reposaban sobre el asfalto, todos uniformados. Otros cinco mal heridos gemían de dolor, el resto solo tenía leves rasguños y uno que otro rosetón de bala. Nadie podía explicar lo sucedido, solo dos policías temerosos se vieron las caras, habían disparado una ráfaga a unos trozos de vísceras que se movían hacia otras de gran tamaño. Guardaron el secreto y aquella masacre quedaría oculta bajo el manto del misterio para siempre.

En casa de la madrina Donatela el olor de las guayabas maduras se sentía por todos los rincones. Se impregnaba en las paredes blanquecinas, en el mobiliario y hasta en la piel de sus residentes. En tiempos remotos aquella hilera de habitaciones al costado de un pasillo triste debió albergar a muchos inmigrantes. Era notorio que había sido una pensión de mala muerte en sus peores momentos, y resistió los avatares del tiempo, pero ahora, una vez restaurada, convertida en lo que debió ser a principios de siglo, Donatela y familia la disfrutaban a placer. Era el castillo mágico de mi niñez. Todos sus ventanales por donde se colaba el sol de las mañanas daban a un pasillo amplio y extenso que de punta a punta lucía multicolor gracias a un jardín de macetas de porcelana que albergaban rosas, tulípanes, hortensias, narcisos, buganvillas, geranios flores excepto una, siempre abrigada por las ramas del guayabo, que yo compartía con los dos hijos de mi madrina. Negado a perecer, aquel árbol paría frutos a raudales, tantos que eran prácticamente el pan de cada día. Había jugo de guayabas en las mañanas, al mediodía y en las tardes. Los fines de semana, Donatela sorprendía con sus recetas de cascotes de guayaba acompañados con queso crema, o bien, galletas de guayaba, jalea de guayaba, mermelada de guayaba, torta de guayaba y cuantas mezclas se le ocurría inventar para evitar la inmensa alfombra verde amarilla que se esparcía por el granito en cada movimiento de sus ramas. Lo peor, el corolario: guayabas naturales, hasta para regalar, obligadas a diario como merienda escolar.

La casa se encontraba en una de las arterias más transitadas de la ciudad y, sin embargo, al traspasar sus puertas protegidas por dos grandes aldabones de hierro, el ruido de la calle se tornaba en susurros. Nadie hablaba en voz alta durante las noches. El ritual era comparable a la severidad reinante en un convento de monjas antediluviano. El silencio se interrumpía si lo ameritaba una necesidad apremiante, de lo contrario nada perturbaba la paz del recinto. Solo el árbol gigantesco del guayabo se arrogaba el derecho de romper el silencio imperativo cuando recibía las manadas de pájaros

en busca de alimento. Y aquello se convertía en todo un espectáculo.

Aquel árbol colosal hacía valer su autoridad desprendiendo inmisericordemente las nuevas baldosas que habían sustituido al piso rústico de cemento cuarteado que probablemente lo vio nacer, como si sus raíces, ya hastiadas de tanta presión, escalaran desde su tumba y se negaran a ser prisioneras de la modernidad que imponía la restauración. Nada se pudo hacer y antes que a algún advenedizo se le ocurriera la idea de derribarlo se le engalanó podando alguna de sus ramas para que continuara su reinado luego de haber resistido durante los años lejanos, todas las inclemencias del tiempo que nunca lograron marchitarlo del todo.

Dando un rodeo de 180 grados, te encontrabas con el comedor y un viejo bar al propio estilo de las películas mejicanas de los años cincuenta. A pocos metros, estaba la cocina en donde podían caber veinte personas a sus anchas compartiendo las recetas de Donatela, dignas de elogios. Sus platicillos, a menudo, eran celebrados por las visitas dominicales, y ella solía contarles que gracias a ese don (otra versión tenía el marido) había conquistado al impresor cubano, con quien se había casado en segundas nupcias. Se llamaba Pedro del Castillo, había dejado la isla en tiempos de Baptista y se instaló un par de años en México. Decepcionado ante la falta de calor de los nativos, optó por viajar a Venezuela, con la esperanza puesta en el flamante gobierno que se constituyó una vez derrocada la dictadura de Marcos Pérez Jiménez. Apenas descendió del avión, notó la gran diferencia. A las semanas se estaba trayendo a su primera esposa y madre de sus cuatro hijos, dos varones y dos hembras, a quienes les comentó en su primer y único telegrama que “este país era una gran beta de oro”, y sus habitantes eran de los más hospitalarios del continente. Con un cheque de viajero guardado desde antes de la caída de Baptista pagó la inicial de una pequeña imprenta, más bien una tipografía y con ella inició un negocio que con los años le deparó una pequeña fortuna. Su mejor cliente se llamó “El

almanaque Rojas Hermanos”. Luego comenzaron a llegar las revistas y folletos de la “Botica de Velásquez”, los pósteres de la lucha libre y del boxeo, los grandes afiches de las corridas de toros en el Nuevo Circo de Caracas, las carteleras de los cines Alameda, Pinar, España, Colón, Bolívar, Rialto, Ayacucho, Capitolio. Para esta época había ampliado el local y contaba con una Minerva. Aquella máquina no paraba de vomitar resmas de papel de lunes a domingo, porque Pedro del Castillo trabajaba como una bestia sin descanso. Corregía los textos que llegaban con graves errores de ortografía, diagramaba, luego imprimía y refilaba; finalmente, encuadernaba, empaquetaba y distribuía. Era “el hombre orquesta”, aclaraba cuando se fue quedando ciego de tanto leer las graderías de plomo con las que se imprimían toda clase de panfletos. Con los años, gracias a la aparición del offset y a la contratación de varios empleados, la vida laboral se le había hecho más sencilla. Ahora disponía de una Heidelberg y las galeras de plomo ocupaban un sitio de honor al lado de la vieja Minerva.

Al fallecido, el seudónimo del “Enano” le creó una fama indiscutible como líder en los peores momentos de combate en las montañas. A pesar de ese reconocimiento entre sus filas, nunca logró alcanzar el grado de comandante. Un estatus que lo hubiera llevado a disfrutar de las prebendas y privilegios que no poseía el resto de los milicianos. Quizás haya sido ese resentimiento, o ese desplante de sus superiores, lo que le abrió el camino a la delincuencia. Considerado el enemigo público número uno, luego de meses de pesquisa, la policía le había descubierto una rutina, un descuido del cual no pudo arrepentirse, cosa extraña en él, que jamás daba un primer paso al frente sin haber asegurado el segundo. La experiencia le había enseñado a contar los centímetros que lo separaban de la vida y del descanso eterno por un leve descuido. Para el momento de su ejecución, ya el Ratón había rebasado los límites de la delincuencia común y era tan

popular como los personajes de las radionovelas de Delia Fiallo, que competían en desventaja con los folletines de Corín Tellado. En el barrio, aquel hombre era una especie de Robin Hood, que robaba a los ricos en beneficio de los pobres y desamparados. Este espejismo artificioso y fraudulento, por donde quiera que se le mirara, mantenía en un desvelo crónico al ministro de justicia, un espécimen raro de hombre, inexpresivo él, hermético y misterioso; maquinador a todas luces, vividor de quien nunca nadie le conoció un trabajo ordinario, de esos con salarios de quince y último, tampoco que fuera un acomodado de cuna o digamos chulo de alguna millonaria excéntrica. Lo cierto es que sus ambiciones lo mantenían enfocado en una futura candidatura presidencial, no existía otro, su ego era tan grande y tan calculador que ya se veía como el sucesor natural para tamaña empresa, si es que la dirección nacional del partido no lo objetaba como solía suceder cuando otros rivales codiciaban el mismo puesto, cosa que no se veía venir por ninguna parte. Ser ministro de justicia y del interior, a la vez, le permitía algunos privilegios como el poseer información de esas fácilmente utilizables para el chantaje en caso de ser necesario. Por ello era de suma importancia erradicar toda raíz de violencia en el país. Deliraba frente a este propósito. Lograr ese cometido por cualquier medio era lo que más le interesaba, así que, bajo el subterfugio de la paz, se le ocurrió un lema paradójico, quizás hasta absurdo, confuso y ridículo que usaría como consigna durante varios años mientras estuvo al mando de la institución: “La violencia se combate con violencia”. Aquella sentencia marcaba con determinación el destino del Enano, de la guerrilla y de la delincuencia desatada. Y a esta se le sumo otra de mayor envergadura dictada por el propio presidente de la república: “disparen primero y averigüen después”.

Durante meses, el gobierno había infiltrado en las barriadas populares a decenas de agentes en su búsqueda. Los premios para estos misioneros de la paz eran diversos, a unos se les ofrecían cargos dentro de las distintas

instituciones militares, policiales y gubernamentales, una vez realizado su patriótico servicio a la conciliación de un pueblo deseoso de vivir en sosiego alejado de la agitación y el desorden. Otros, menos patrióticos y fervorosos, preferían quedarse con el botín de los asaltos bancarios. Opción esta que con el pasar del tiempo los conduciría por la vía de honestos empresarios e inversionistas aliados del gobierno en la monumental tarea de reestructurar el Estado con la finalidad de cimentar un país acorde al desarrollo de los nuevos tiempos en infraestructura, viviendas, industria y comercio. Para ello, primero, era lo primero...

El operativo que intentaba acabar con el Ratón y su banda de antisociales también servía como instrumento de medición para demostrar la forma en que los militantes de izquierda modificaban su estrategia rural y empezaban a crear la denominada guerrilla urbana, jugada que terminó siendo un dolor de cabeza para los jefes policiales. El caos era el pan de cada día, las sirenas no dejaban de sonar en todas las calles y avenidas de la capital, puesto que, en cualquier esquina, sorpresivamente, se armaba una balacera entre uniformados y agentes de civil confundidos con delincuentes o bien entre los mismos delincuentes pensando que los rivales eran agentes encubiertos que competían por las recompensas. Todo aquel que cargaba un arma no vacilaba en usarla y el saldo de víctimas que dejaban a diario estos tiroteos callejeros era de terror.

Según los comentarios en las altas esferas del ejecutivo, los operativos policiales no funcionaban con eficacia en la ciudad y eran más disuasivos en las montañas. Esto se debía a la desproporción del armamento con el que la guerrilla era acorralada, a fuerza de artillería, sin pensar en los campesinos y agricultores quienes, inocentes ante el conflicto, también recibían sus dosis de granadas desde las alturas. Aquellos hombres de uniforme verde oliva se habían sublevado en respuesta a la medida del congreso de inhabilitar a los diputados del partido, Se les acusó de formar parte



en dos intentos de golpes de Estado y un intento de magnicidio que no logró su propósito a inicios de los años sesenta. Esto decretó la denominada lucha armada que duraría hasta mediados de los años 80.

Por ser el estratega más destacado en la Dirección de Inteligencia, según apreciación del ministro de Justicia, al comisario Martín Cabeza Pacheco se le asignaba la tarea de cazar a todos aquellos delincuentes aliados de los izquierdistas en los barrios de la capital. A tal efecto, se le otorgaban plenos poderes para hacer y deshacer lo que considerara necesario, a fin de acabar con ese flagelo. Para luego era tarde, y no había otro oficial mejor calificado para tan abnegada misión. Ninguno reunía tanta experiencia ni poseía tantos atributos como este hombre, cuya hoja de servicios era notablemente admirable.

Aún no había calentado mucho la silla de su nueva oficina cuando le llegó el llamado del ministro. En aquel despacho se discutía sobre las últimas actividades llevadas a cabo por la guerrilla en diversos puntos de la ciudad. También se detallaban las nuevas tareas del ejército implementadas contra los sublevados en las montañas, y se afirmaba que estos no podrían resistir el embate de las fuerzas del Estado por mucho tiempo. En esas laderas, los planeadores de “propulsión a chorro” no cesaban de bombardear las zonas neurálgicas por donde los sublevados se movilizaban: “La derrota de los insurgentes es cuestión de tiempo”, acotaba el alto funcionario. El problema principal ahora eran las zonas urbanas. En vista de su fracaso en las serranías, los rebeldes se habían atrincherado en la ciudad y tomado los barrios que la circundaban, protegidos por la gentuza que allí habitaba. “Lo peor es que muchos de ellos han formado bandas de hampones mejor organizadas que nuestra propia policía”, agregaba con la rabia carcomiéndole las entrañas.

A regañadientes, Cabeza había aceptado la misión. Desconfiaba de los

otros organismos policiales en los cuales el “variopintismo” se olfateaba a distancia. Y no se equivocaba, pues en las fuerzas policiales coexistían tanto los que simpatizaban con los insurrectos como quienes los odiaban a muerte. Si bien la guerrilla urbana, por una parte, mantenía en vilo a los funcionarios con sus acciones en diversos puntos de la ciudad, el hampa, también disidente de los subversivos, no les daba un minuto de descanso y la ciudad era todo un polvorín.

Fueron muchos los intentos de capturar al Ratón. Durante tres largos años, el exguerrillero urbano había burlado todos los cercos policiales implementados por el gobierno. Gracias a esa capacidad innata de sobrevivencia que le venía desde chico, el Ratón podía advertir a sus enemigos a la distancia. Conocía de los riesgos a los que se enfrentaba en su recorrido por las barriadas, en donde los soplones abundaban, atentos a la recompensa que se ofrecía por su captura: “vivo o muerto”. De él se decía que tenía un pacto con el diablo, y bajo esa superstición “más de una vez había resucitado, cuando hasta por la prensa nacional se había decretado su muerte”. Sin embargo, al parecer y contra todos los pronósticos, esa capacidad intuitiva no le valió de nada esa fatídica mañana de noviembre. En esta ocasión, los periodistas se habían asegurado de confirmar y refrendar la muerte del delincuente más buscado en el territorio nacional. No cabía ninguna duda: el Ratón ya no regresaría jamás a deambular por el mundo de los vivos.

En la montaña, cuando lograban librarse del asedio militar, los verdes oliva se dedicaban a intercambiar opiniones entre ellos para esclarecer, en secreto, las dudas que los acechaba con respecto a las informaciones recibidas de sus superiores. Una, quizás la más significativa, tenía que ver con el paradero de algunos líderes que nunca aparecían por el frente de

batalla. Las críticas tenían asidero en una especie de “turismo de izquierda” que hacían por los países socialistas y uno que otro de los no alineados. Se decía que gozaban de la buena vida en la Unión Soviética a fuerza de caviar y vodka, y que en Cuba no salían de la “Bodeguita del Medio”, emulando a Hemingway. Ante las constantes derrotas, los rumores crecían en la medida en que las muertes entre los milicianos se contaban a diario y la situación cada vez se hacía más insostenible.

En medio de tantos comentarios, la duda iba creciendo entre los milicianos. Muy pocos seguían creyéndose el cuento de que estaban en aquellas montañas, pasando el trabajo hereje, para alcanzar la tan anhelada revolución proletaria. Uno de estos incrédulos era precisamente el Enano, pero, aun así, continuaba en son de lucha por el miedo a ser juzgado por desertor del ejército con el agravante de traición a la patria.

La misiva llegada del alto mando, en la que se le ordenaba abandonar la montaña y llevar la revolución a los barrios, le alivió el espíritu. En la ciudad le llamarían ratón, de forma despectiva, por la habilidad que tenía para esconderse en los agujeros más seguros, por nauseabundos que estos fueran, en donde difícilmente el enemigo tenía estómago para seguirlo. El otro apelativo, el “enano”, quedaría para el recuerdo de quienes lo acompañaron en sus aventuras antes de convertirse en delincuente.

Cuando Teresa Acosta, la fiel y dedicada esposa de Pedro del Castillo, murió, a éste le tocó velar por sus cuatro muchachos, que apenas se llevaban dos años de diferencia. La mujer venía arrastrando una penosa enfermedad desde que partieron de Cuba, en busca de una cura milagrosa que le aliviara los dolores en los huesos, en los inicios eran punzadas terribles de cristales afilados que la hacían sufrir a mares en cada uno de sus

movimientos. Al agravarse, aparecieron los tumores que iban debilitando gradualmente todo el sistema óseo y esa debilidad iba produciendo fractura tras fractura mientras realizaba la más mínima actividad cotidiana, hasta que ya no pudo ni mover un dedo. Para el momento del desenlace, el menor de ellos alcanzaba apenas los doce años de edad, y todos estaban acostumbrados a una rutina plena de comodidades, bajo las directrices de la madre. Su partida dejaba un gran vacío, pero, afortunadamente, los chicos contaron con una mucama, que pudo encargarse de ellos con esmero y mantener la casa en orden, hasta la indeseada aparición de mi madrina en sus vidas. El tiempo de viudez de Pedro del Castillo duró poco, pues, mientras Teresa se agravaba, el marido buscaba apoyo y consuelo en los brazos de Donatela. Con el desenlace final la relación entre ambos fue creciendo y no pasaría mucho tiempo para que contrajeran matrimonio. Las malas lenguas dentro del clan Castillo hablaban de un embarazo no deseado por el padre, pero sí muy bien premeditado por la joven secretaria. No podían creer que se tratara de un amor a lo Romeo y Julieta, pero sí, a la existencia de un interés soterrado, puesto en el negocio del padre. De modo que sacaban cuentas y, al parecer, por el tiempo que corrió hasta el nacimiento de Clarisa, una conjetura como esa tenía un alto porcentaje de veracidad. Desde su llegada a la empresa, Donatela había demostrado ser una secretaria tan eficiente que rayaba en la adulación extrema. Pasaba los días ordenando las facturas, rehaciendo los libros de la contabilidad, organizando las cobranzas y hasta visitando pequeños locales en busca de nuevos clientes, cuando en la oficina escaseaba el trabajo administrativo. Para ella no existía horario que debiera cumplir, solo tareas que realizaba con pasión desmedida. Así que desde tempranas horas de la mañana dedicaba toda su energía a la pequeña empresa del viejo cubano. Estaba sumamente agradecida por haberla contratado como empleada, sobre todo en esa época de recesión pues las ganancias apenas daban lo suficiente para pagar el alquiler del local y cancelar los sueldos de los pocos empleados que le asistían; sin embargo,

el viejo sabio tomó la decisión de aceptarla a todo riesgo. Su trato con los trabajadores era tan cordial que todos suspiraban al verla desfilar entre las máquinas para saludarlos. Ese vaivén de sus caderas era un peligro para quienes manejaban la guillotina industrial del papel que, a diario, con su chasquido, alimentaba la “Minerva” y la “Heidelberg”. De modo que, previendo un accidente de marca mayor, el viejo Castillo tuvo que prohibirle sus encuentros amistosos con el personal. Más que una precaución, al parecer, lo carcomían los celos.

Viví con mi madrina gran parte de mi infancia y poco de mi adolescencia, por supuesto que ya ella se había casado con Pedro del Castillo y le había parido dos hijos varones y una hembra. Aquella era la pareja perfecta para que mi madre me colocara a buen resguardo, puesto que del barrio no iba a sacar nada bueno en términos de ganancia espiritual, ni de otro tipo, según sus cálculos a largo plazo. Ser único hijo tenía sus ventajas, una de ellas era estar exento de prestar el servicio militar. Una preocupación menos para una madre abnegada cuando se habitaba en una barriada en medio de delincuentes y disidentes de la guerrilla; grupos que prácticamente se habían adueñado de aquellos emporios que se llenaban de pobreza, a pesar de los grandes desarrollos urbanos que emergían por doquier, construidos por quienes jamás los habitarían.

Culminé la primaria compartiendo una habitación de tres camas en hilera con los morochos de mi madrina. Otras seis habitaciones estaban disponibles a lo largo del corredor, y cada una cumplía una función específica. La contigua a la nuestra estaba ocupada por los varones de Pedro del Castillo. Uno de ellos se acababa de enlistar en la Escuela Naval, y el otro estudiaba administración de empresas en un instituto universitario. Ambos vivían en un eterno conflicto familiar con la dueña de casa, siempre recordando lo bien que los trataba la vieja mucama antes de la irrupción de Donatela en

sus vidas. La tercera habitación separaba a los varones de las hembras, y se utilizaba como depósito de una fortuna incalculable en discos de acetato (34, 45 y 73 revoluciones). Desde la ventana que daba al pasillo colmado de flores, uno podía observarlos amontonados, unos sobre otros, cubiertos de polvo, a la espera de que un antiguo pick up Telefunquen, en las mismas condiciones, reclamase el olvido al cual habían sido sometidos por años. De inmediato venía la habitación de las dos hermanas solteras que, igual que el hermano universitario, vivían en una pugna constante con quien les había robado el amor del padre sin un ápice de vergüenza. La inquina era de parte y parte y, en la medida en que ellas crecían, los odios prosperaban a tal punto que Pedro del Castillo, hastiado de tanto conflicto, tomó la decisión de enviarlas al internado de las monjitas de San José de Tarbes, en donde concluyeron su formación secundaria. Finalmente, la paz se apoderaba del recinto.

Superado el dormitorio de las “bastardas”, como las llamaba mi madrina, venía la habitación con la cual yo deliraba durante las vacaciones de verano, cuando me tocaba regresar a casa con mi madre. Era la de la primogénita del segundo matrimonio: Clarisa Mercedes del Castillo, un sueño que, de a poco, se fue convirtiendo en una pesadilla reiterativa. Luego venía la habitación de los advenedizos, toda una parentela de mi madrina odiada por el marido, que aparecía y desaparecía, estación tras estación, durante los doce meses del año. Una artimaña diplomática de Donatela para no intimar mucho con el padre de sus tres hijos, quien, a pesar de su avanzada edad, aún la deseaba con ímpetu juvenil. Presidiendo aquella larga hilera de alcobas que vistas a lo largo desde la entrada de la casa, parecían guardar semejanza con los vagones de un tranvía de provincia, se encontraba la pieza matrimonial, cuyas puertas, siempre bajo cerrojo, se mantenía en penumbras. Toda esta congregación sanguínea que convivía en aquel espacio análogo a un andén de trenes en horas pico, debía conformarse con

dos sanitarios para hacer las necesidades respectivas, uno lo usufructuaba el matrimonio y estaba restringido para el uso colectivo, aunque se tratase de una emergencia de marca mayor, y otro, de índole marginal a puertas abiertas, destinado a la plebe, ubicado en pleno pasillo y en el que las emergencias superaban la regularidad en horas matutinas. Quizás era la fila india frente a sus dos hojas de madera con marcos de vidrio corrugado, y sin cerradura que garantizara la intimidad, la que propiciaba el único momento caótico, en aquel solar, que marcaba la excepción de la regla del silencio cada mañana.

Mi habitación compartida con los morochos se encontraba al fondo del corredor, una vez esquivado el árbol de guayabas y sus raíces de pulpo comprimiendo las baldosas. De lunes a viernes, antes de ponernos el uniforme escolar, me tocaba, por ser el mayor de los tres varones, salir a media cuadra para comprar el pan del desayuno, y luego partíamos a nuestras clases. Clarisa, que estaba un año más adelantada que yo, a pesar de que teníamos casi la misma edad, asumía la tutela de la ida y del regreso. Los morochos, siempre adelante, caminaban con torpeza, balanceándose de un lado al otro como si aún el sueño los mantuviera bajo su amparo, y nosotros, tomados de las manos, vigilábamos su andar, atentos a un accidente sobrevenido por la mala suerte, circunstancia que nos pudiese traer serios problemas con Donatela. Durante el trayecto, Clarisa se dedicaba a cautivarme con su estampa frágil, como si toda ella fuese una varilla de cristal de Bohemia. Delgada y larguirucha, aún sin los senos que le nacerían esplendorosos años después, ella era mi adoración, la luz que alumbraba mi soledad. La “Scherezade de las mil y una noches”. No supe cuándo nació ese amor delirante por ella, o si bien solo se trató de la alborada de una sexualidad prematura. Una leve ráfaga del pensamiento me conduce a la salida de la ducha. Era por turnos de acuerdo con la edad. A ella le tocaba después de sus dos hermanos pequeños, al mediodía, recién

llegados de la escuela y antes del almuerzo. A su salida, entraba yo, y ella, como una travesura digna de su mocedad, dejaba adrede su prenda interior colgada junto a la toalla que, de más está decir, era la única para secarnos en tropel. Fue aquella prenda decorada con corazoncitos rosas e imágenes de la Caperucita Roja la que terminó impregnando el olfato de mi existencia durante mi niñez. Así, hasta la mitad de mi adolescencia, padecí el síndrome del amor sensorial, y comprendí que ese sentimiento nada tenía que ver con el corazón ni con ese angelito en pañales empuñando un arco y lanzando flechas al azar, al que llamaban Cupido.

Aquella primera travesura de la niña Clarisa terminó en una rutina diaria con un agregado a la salida de la ducha. Yo esperaba en la puerta mi turno y ella, al salir, me dedicaba una sonrisa y una miradita de complicidad única. Por mi parte, hacía lo mismo cuando, sentados en el comedor, la madrina nos servía el almuerzo. Una vez lavada la vajilla, que era uno de mis quehaceres asignados, había que dedicarse a las tareas de la escuela enclavados en nuestras habitaciones, bien en la de ella, bien en la que yo compartía con los morochos. Eran tantas las obligaciones por materia que nos llevaban prácticamente toda la tarde. Clarisa me ayudaba con las matemáticas y yo hacía lo pertinente con los morochos, Tito y Tuto, quienes en realidad se llamaban Tiberio y Tulio. Clarisa había avanzado hasta el sexto grado y yo la seguía desde el quinto. A las cinco de la tarde se iniciaba la hora de la televisión y todos nos reuníamos en el salón a disfrutar de la programación que mi madrina escogía. Era toda una dictadora, y lo que la madrina veía, todos teníamos que compartirlo, incluso el marido, quien, ya para este tiempo, no trabajaba hasta altas horas de la noche. Ahora disponía de varios empleados que se encargaban de sacar los pedidos de la imprenta cuando se ameritaba que la Minerva y la Heidelberg continuaran su chasquido vomitando resmas de papel. Un shiiiito, que semejava un chorro abierto acompañado del dedo índice sobre sus labios, marcaba el inicio de



*El derecho de nacer*, la telenovela que elevó a la fama a Raúl Amundaray en el papel de Albertico Limonta.

...Excepto los meses de vacaciones, yo bajaba del barrio los domingos en la tarde para tomar el bus que me dejaba a varias cuadras de la casa de Donatela, ya que, al día siguiente, muy temprano, había que levantarse para irnos a la escuela. Era una rutina que me lucía larguísima de lunes a viernes, cuando debía regresar al barrio, una vez finalizados los deberes escolares. No era un acto de humanidad, y menos de indulgencia, aquel regreso de fin de semana con mi madre. Más bien se trataba de una manera cortés de deshacerse de mí, una vez que había lavado el automóvil y lo había dejado como un espejo a fuerza de estopa, listo para los paseos dominicales, a los cuales, evidentemente, yo no estaba invitado. Esa pulcritud era compensada por el marido con un par de monedas que me permitían un paseo distinto en el bus, hasta la parte baja del barrio. Ascendiendo envuelto por la neblina, al poco tiempo se alcanzaba la cima y todo cobraba vida. El blanco y negro desaparecía para abrir el espacio a un abanico multicolor de casitas humildes, pegadas unas a otras. Frente a sus puertas, las mecedoras y las sillas de mimbre acompañaban las tertulias vespertinas. Nada impedía las reuniones entre vecinos, para quienes el mayor entretenimiento, a falta de televisión, eran las charlas sobre las guerrillas, los chismes de parejas y las leyendas urbanas. Siempre alguien tenía un cuento nuevo, que luego se regaba como pólvora, sobre algún acontecimiento en los bajos de la ciudad. Era el mundo extraordinario, surrealista del barrio, en donde todo era posible. Uno de los tantos a los que siempre les ponía atención eran los referidos al Ratón. Los rumores sobre sus proezas iban y venían en un lleva y trae interminable. De ida se decía que, luego de una cacería implacable, había sido capturado por los esbirros de Martín Cabeza. El de venida confirmaba la veracidad del rumor, pero agregaba que minutos después de su encierro, y tras los barrotes, se había esfumado como por arte de magia. En el barrio

todos le conocían. A todos les había concedido una ayuda desinteresada. Nunca había exigido nada a cambio y la humildad era su gran virtud. Algo que lo identificaba como un ser íntegro, bondadoso, benevolente, nada condescendiente con sus enemigos y constantemente alerta ante la traición.

Los domingos, cayendo la tarde, regresaba a casa de la madrina Donatela, y apenas compartía con ella algún programa en la televisión antes de irme a la cama, en donde, una vez instalado, me dedicaba a asustar a los morochos con los cuentos de la barriada. El más popular tenía que ver con la Llorona y era rutina escucharlo en boca de los vecinos, en la fecha en que se evocaba a las ánimas benditas. La pesadilla les venía después. Pronto me percaté de que cada domingo los morochos se inclinaban más por mis historias que por los programas impuestos por mi madrina en la pantalla chica. Entonces comencé a cobrarles la mitad de la mesada que les asignaban para la merienda escolar. Así me libré por algún tiempo de las guayabas maduras que, desde el bulto, expelían ese aroma revelador de mi llegada al portal de la escuela. Uno de esos domingos de regreso, dispuesto para la faena semanal, ya en nuestra habitación compartida, los morochos estaban ansiosos por mi nueva narrativa. A falta de alguna leyenda urbana disponible en mi historial inédito, pues ya había agotado la del Silbón y su venganza contra los que le enterraron en vida; la chica sexi que pedía aventones en una carretera solitaria y luego de un corto recorrido se desvanecía ante la mirada atónita de los conductores; los caimanes en las alcantarillas de la ciudad; las ratas ocultas en los inodoros a la espera de un pene mal ubicado; y el mono Panchito, que por celos había estrangulado a su ama enroscándole el rabo en el cuello, por besar apasionadamente al novio en su presencia, opté por la última novedad vecinal: el Ratón y su pacto con el diablo. Misterio, amor y dolor en tiempos de revolución. Ese sería mi último cuento, pues estábamos a punto de vacaciones escolares y entonces me tocaría regresar al barrio hasta el inicio de las clases. Superé

el quinto grado con buenas notas, lo mismo que Clarisa, quien dejaría atrás esa etapa de su infancia.

El salto de la niña Clarisa de la primaria al bachillerato fue todo un acontecimiento familiar. Una alegría que se desbordaba hasta la avenida con toda la familia congratulándola, incluso los hermanos “bastardos”. Yo, en cambio, fui invadido por una tristeza nada pasajera, puesto que, en adelante, ya no sentiría su brazo sobre mis hombros, su mano tomando la mía, su coqueteo al caminar y su risa plácida, que acompañaba nuestro diario recorrido matutino desde la casa hasta la escuela. Ese salto a la secundaria también marcó su entrada a la adolescencia, mientras yo aún permanecía en el laberinto de la niñez. Aquello fue como un divorcio decidido por una de las partes. Yo quedaba en el abandono y encargado de llevar a los morochos a la escuela desde ese momento, con mi tristeza a cuestas. Las prendas íntimas desaparecieron de la ducha y ya ni la toalla me servía de consuelo, pues ahora ella disponía de una propia. Tampoco compartía el almuerzo con el grupo familiar debido a los dos turnos que existían en la secundaria, de modo que, para ahorrar tiempo, prefería el comedor del instituto. Los fines de semana, cuando yo no iba a visitar a mi madre al barrio, me quedaba en casa de Clarisa con la curiosidad y el anhelo de admirar sus novedosos textos escolares, a la espera de compartir con ella su nueva experiencia docente, pero terminaba defraudado porque ella ni siquiera me permitía ojearlos, como era mi deseo, y mucho menos me hacía partícipe de ese nuevo mundo, el cual yo anhelaba alcanzar contra todos los pronósticos. Pasaba el día en casa de sus nuevos amigos, o bien recibía la visita de varios de ellos y se encerraban en el cuarto de la música para ponerse al tanto de lo más divulgado por las emisoras de radio. Desde el patio se escuchaban las risas por la antigüedad de acetatos depositados en aquel museo armonioso, creado por su padre, y yo imaginaba su rostro iluminado con esa coquetería innata que me colmaba de felicidad, cada

mañana en nuestro recorrido hasta el plantel. Los nuevos amigos llegaban a la casa grande con sus camisas de bacterias, muy a la moda para la época, y sus pelos largos que prohibían en los colegios de primaria. Traían discos nuevos y subían a la platabanda para compartir unos cigarrillos que “olían a hierba”. Fue la primera vez que escuché el sonido de una guitarra eléctrica de un tal Jimi Hendrix. Con las semanas aparecieron los Beatles y los Rolling Stone. También fue la primera vez que a ella la besaron en los labios mientras bailaba “Acuario” con un chico joven, a quien ya se le avizoraba una barba a punto de progresar para estar en onda con los afiches del Che Guevara. Ella cumplía los 15 años y mi madrina había ideado una gran fiesta para celebrar ese acontecimiento. Fue la primera experiencia psicotomínica a la que asistí, y también la primera en que nadie me tomó en cuenta (ni siquiera los morochos, quienes en la vida rutinaria no me dejaban en paz pidiéndome que los auxiliara en cualquier cosa que se les antojaba). También fue la primera vez que me sentí invisible. Nuestra separación se consumaba y ya no habría reconciliación posible, pensé, con la decepción reflejada en mi rostro y la tristeza invadiéndome las papilas gustativas.

Cabeza había escuchado sin inmutarse las recomendaciones del ministro. Apenas abandonó el despacho, precisó de los directores de los otros organismos la hoja curricular de los mejores hombres en los respectivos destacamentos. Le llegaron centenas, cientos que estudió meticulosamente, y desechó a todo aquel que hubiese culminado la educación primaria y hubiera medio incursionado en la secundaria. Un año en el bachillerato ya era para sospechar que podía ser influenciado por la monserga comunista o por la mariguana que invadía todas esas instituciones.

En su andar, había superado la dictadura de Pérez Jiménez pasando por

debajo de cuerda en medio de la cacería desatada contra los miembros de la llamada Seguridad Nacional. Eso había ocurrido a mediados del siglo XX. Logró sortear varios obstáculos y, mientras el acoso pasaba, se refugió en lo más profundo de la provincia y se dedicó a ser portero en centros nocturnos. En esos cargos era difícil que alguno de sus torturados lo reconociera y, por supuesto, quién se podía imaginar que aquel hombre, cuyo método preferido para sacar información eran las macanas eléctricas podía seguir vivo y, para colmo, portero en un burdel de prestigio. La oportunidad de volver a lo suyo le llegó de la mano de un cliente asiduo a uno de esos *centros de acopio femenino* que custodiaba como perro con mal de rabia. El personaje en cuestión dirigía una sección en la División de Inteligencia y tenía como misión reclutar confidentes en el territorio nacional. Por ello aparecía y desaparecía de aquel local por meses, pues saltaba de una región a otra montando toda una red de espionaje que, según su apreciación, mandaría al traste toda esa estrategia guerrillera diseñada por los cubanos para extender la doctrina a varios países de América Latina.

Ante la oferta, Martín Cabeza no perdió tiempo en aceptar el cargo. La nostalgia lo consumía, y el deseo de venganza le calcinaba las entrañas. Finalmente volvería a lo suyo y recuperaría el aliento, luego de permanecer tantos años a la sombra, cuidando la respiración ante el temor a ser descubierto. Recordaba así sus momentos cumbres dentro de la Seguridad Nacional. Su técnica, alabada por sus superiores, no tenía rivales. El uso de sus instrumentos para extraer confesiones sin malgastar tiempo en interrogatorios le había creado una fama de hombre de hierro. Era fanático de los instrumentos de tortura medievales y los había adaptado a los “nuevos tiempos”

Apenas lo acreditaron como jefe de la unidad antiterrorista, y lo llevaron a lo que sería su base de operaciones, un vistazo, a vuelo de pájaro, le bastó

para darse cuenta de la estrechez de su oficina; sin embargo, esto no le afectó en lo más mínimo. No era un hombre de ínfulas lleno de vanidad como el ministro; todo contrario, los años que estuvo como portero de burdeles le habían servido para descubrir que la sencillez era el arma perfecta para manipular conciencias. En aquel par de metros cuadrados se encontró con un escritorio gris de metal, una silla demolida por el uso (quizás sobrante de alguna otra sección en donde habían cambiado el mobiliario), y un cuadro del presidente. Soberbio a medio perfil, mirando hacia el horizonte, fumando su tradicional pipa, absorto e iluminado cual Bismarck pensando en la unificación de Alemania, crecido en blanco y negro, a pesar de su mediana estatura, lucía imponente. Tomó asiento y elevó el mentón a la vez que cruzaba los brazos sobre el pecho, en una mojigatería mimética frente al cuadro en el que se veía su reflejo y se mofó de sí mismo. Suspiró profundo y los recuerdos lo llevaron a la mañana del 13 de noviembre de 1950.

A comienzos de aquel año, se discutía sobre un acuerdo para convocar a elecciones, así como la manera de disolver la Junta Militar que gobernaba el país, una vez derrocado el presidente Rómulo Gallegos. La idea que les cruzaba por la mente a los militares era buscar un candidato de entendimiento entre los partidos políticos y las Fuerzas Armadas. A tal efecto, el consenso parecía inclinarse hacia el general Carlos Delgado Chalbaud, quien había estudiado en París, y cuya cultura era indiscutible para representar a un país que se perfilaba como el de mayor desarrollo (y rico) de América Latina. Se le reconocía como un militar de gran prestigio (aunque jamás hizo carrera castrense ni por correspondencia), pero su talón de Aquiles estaba en haberse casado con una comunista parisina que le había envenenado el alma. Se llamaba Lucía Levine (en realidad ella era de origen húngaro) aquella mujer que lo pervirtió durante su estadía en la Ciudad de las Luces. Aprovechando su sensibilidad social, ella lo llevó a

frecuentar los lupanares más radicales en donde se congregaban los facciosos. Por ello, sus estudios en la Escuela Superior de Guerra de Versalles lucían sospechosos y, por tal motivo, la nación corría el riesgo de caer bajo la sombra siniestra de la Unión Soviética, algo que debía evitarse a toda costa. Y ese “a toda costa” se presentó el 13 de noviembre de 1950. Un atentado en que participaba Martín Cabeza frustraba la aspiración del militar. Fallecía en circunstancias que suscitaron numerosas especulaciones, siendo la más común la que apuntaba a otro de los miembros de la Junta, quien no estaba dispuesto a permitir elecciones democráticas en el país. La autopsia llegó a sus manos y Cabeza Pacheco la leyó con detenimiento antes de entregarla a su superior

*“El cuerpo, bien conformado, presentaba una herida de entrada con arma de fuego en la línea preauricular izquierda; otra herida de forma redondeada a nivel del borde superior del pabellón de la oreja derecha; heridas contusas en la región parieto-occipital y en la espalda; pérdida de la piel como de 1 cm de diámetro hacia el malar derecho; un orificio de arma de fuego con bastante tatuaje de pólvora en la parte anterior del tórax; otro orificio de bordes regulares y con equimosis pronunciada en la parte posterior del hemitórax izquierdo; otra herida de arma de fuego con tatuaje en el abdomen; una herida por proyectil tatuada en todo su alrededor en el muslo izquierdo por encima del borde superior de la rótula; y una herida de arma de fuego por encima del espacio interdigital del índice y dedo medio en la mano derecha”.*

La prensa “libre”, por su parte, titulaba: “Muere accidentalmente el presidente de la Junta de Gobierno general Carlos Delgado Chalbaud”. Este acto heroico catapultó a aquel joven funcionario a los niveles más elevados en lo que a materia de seguridad nacional se refería. Una vez aclarado el panorama y apresado uno que otro chivo expiatorio, el joven Martín Cabeza

Pacheco pasó a dirigir la dependencia más importante de la llamada Seguridad Nacional. Su sitio de honor se denominó “el confesionario”.

Si bien las fuerzas guerrilleras eran derrotadas en las montañas, no sucedía lo mismo en los altos de la ciudad. Los jefes de los sublevados se basaban en el “Manual del guerrillero urbano del brasileño Carlos Marigella, que se convertía en la nueva guía literaria de la denominada guerrilla urbana. En este se enumeraban todas las premisas en cuanto a la preparación técnica del guerrillero urbano, y se hacía énfasis en la resistencia física. No había cabida para un enclenque; por lo tanto, si era bajo de estatura y con un peso inferior a los sesenta kilogramos, tenía prohibido formar parte de la célula. A los seleccionados se les instruía en el manejo de naves aéreas y acuáticas. Los cursos de mayor importancia tenían que ver con mecánica, radio, telefonía, electricidad y electrónica. Era igualmente significativo dominar aspectos específicos sobre topografía, astronomía, química y artes gráficas. Esta última asignatura les garantizaba la invisibilidad ante las autoridades si eran buenos falsificadores de documentos. En el área de la salud, eran imprescindibles los conocimientos en primeros auxilios, quizás la más exigente de las materias, ya que de esas prácticas dependía no solo su vida, sino la de sus camaradas, de darse el caso. Una vez aprobados estos exámenes, luego de varias semanas de estudio intensivo, venía la preparación técnica en el manejo de armas. De modo que se empezaba con el uso de herramientas sencillas pero mortales, que iban desde el cuchillo hasta las bombas molotov. Más adelante se les instruía en el uso de revólveres de varios calibres, para la defensa personal. De allí se pasaba a las propiedades benefactoras de la pistola y la doble cacerina. Después se les adiestraba en técnicas de asesinato en masa con ametralladoras que podían vomitar centenas de proyectiles, sin necesidad



de puntería. El uso del FAL, con miras telescópicas, era el más seguro para objetivos determinados y específicos, y era obligado para todo miliciano que se alineaba en la brigada de francotiradores. Las escopetas estaban indicadas para miopes y malos de puntería. Los morteros y bazucas eran las armas propuestas para los que preferían las distancias seguras. Y a los únicos que no se les permitía actuar en la ciudad era a los expertos en explosivos, adiestrados en Cuba, pues las veces que se habían ejecutado acciones con ellos a la cabeza los resultados habían sido catastróficos. La guerrilla había terminado con más bajas que los agentes del gobierno. Una vez aprendida toda esa filosofía de liberación nacional, se les aclaraba que el arma básica del guerrillero urbano era la ametralladora liviana, debido a su manejo rápido, de fácil transportación y porque tenía la ventaja de ser muy respetada por el enemigo. Nadie sabía por qué, pero algunos hechos demostraron que quienes las utilizaban, en la mayoría de los casos, no tenían control sobre ellas y, al accionarlas, pagaban justos y pecadores.

Bajo este nuevo esquema de hacer la revolución proletaria, se nombraba a los jefes por región, y cada cuadrilla disponía de un subordinado del comandante. Para ese momento en la capital existía más de una veintena de barrios que crecían a la buena de Dios. Todos con nombres de algún “prócer” del partido de gobierno o, en su defecto, con el de la esposa del prócer del partido de gobierno. En ellos se ocultaban, ahora vestidos de civil, los militantes de diversas organizaciones con siglas que nadie entendía: FALN, BR, MIR, CRP, PRS, PTV, ZTN, BMV, MVR, RVM... pero que tenían un único objetivo: vencer o morir. Algo difícil de llevar a cabo cuando entre ellos mismos no se ponían de acuerdo acerca de la estrategia para vencer, ni sobre la manera de morir.

Al Ratón, una vez en la ciudad, no se le asignó ninguna cuadrilla y apenas le permitieron continuar en las filas bajo el mando del comandante Miguel

Aponte, quien, por supuesto, no se llamaba Miguel, y muchos menos se apellidaba Aponte, pero cuyo alias para todo uso era “Puyuta”. Por ser uno de los más experimentados en los operativos urbanos, a Puyuta le fue encomendada la misión, como acción propagandista, de secuestrar al futbolista Alfredo Di Stefano a inicios de los años sesenta. Di Stefano era capitán del Real Madrid, y su equipo se había hospedado en un hotel ubicado en una de las más acaudaladas urbanizaciones de la ciudad. La onceava española había llegado por invitación de la Federación de Fútbol nacional, cuyo objetivo era promover esta disciplina recién introducida en el país.

El secuestro se había planificado al dedillo, y entre los escogidos para llevarlo a cabo se encontraba el Ratón, o el Enano, el alias de su anterior vida, quien para esos años se desplazaba de la montaña a la ciudad y de la ciudad a la montaña, dependiendo del caso o de la asignación para la cual era reclutado. Pocos eran los militantes del partido que conocían el plan. El secreto era indispensable hasta su consumación. Al seleccionar a los que integrarían el comando, Puyuta sugirió al Enano. Estaba al tanto de que sus superiores pensaban adiestrarlo como guerrillero urbano, pues en la montaña el “Enano” ya no les servía de mucho. En pocas semanas superó a todos sus camaradas en el adiestramiento, y el comandante Puyuta vio en él un buen prospecto para las acciones a llevarse a cabo, que tenían la finalidad de llamar la atención a nivel mundial acerca de la lucha revolucionaria. Algo debía hacerse si se quería seguir contando con la ayuda económica de la URSS, cuyo puente para recibirla era el Partido Comunista cubano. La mitad del financiamiento se quedaba en la isla, y no había forma ni manera de que a los nacionales se les permitiera manejar sus propios recursos. Una muestra de que sin ellos nada podía hacerse fue el intento de invasión por la costa de Machurucuto, que terminó en un rotundo fracaso. Si bien los culpables fueron los cubanos, ni cortos ni

perezosos, dieron a entender muy bien a los financistas de la URSS que los nacionales no eran buenos para la batalla y que estaba claro que en Venezuela sería imposible llevar a cabo una gesta como la del asalto al cuartel Moncada, liderada por el comandante Fidel Castro.

La derrota en las montañas era inminente y había que buscar una salida ante la división que se gestaba dentro del partido. En la ciudad, los comandantes eran arrestados o asesinados, y otros, incluso, murieron accidentalmente a manos de sus propios camaradas. En fin, la gesta emancipadora sucumbía, agonizaba. Eso lo intuían los jefes guerrilleros, quienes temían que si no se realizaba una acción contundente, que colocara a Venezuela ante los ojos del mundo como eslabón en la expansión del socialismo en América Latina, podían quedarse desempleados. Nada podía ser peor en aquellos tiempos que perder las prebendas que les otorgaba el poder de ser héroes en algunos casos, mártires en otros, turistas revolucionarios y becados universitarios eternos, así como tener a la disposición un lugar seguro para una vida de exiliado en el peor de los escenarios. Mejor motivo para secuestrar al capitán del Real Madrid no existía.

El plan se ejecutó milimétricamente. A las seis de la mañana, un 24 de agosto, se presentaban en el hotel tres funcionarios de la Policía de Investigaciones, quienes ante la gerencia reclamaban la presencia del jugador. Uno de ellos se identificó como Martín Cabeza Pacheco y aseguró que debían conducirlo a la central judicial en vista de una acusación que cursaba en su contra. La denuncia provenía del despacho de Interpol con sede en Madrid, España. Di Stefano bajó a la recepción sumamente preocupado. Los tres hombres le pidieron que los acompañase para rendir declaraciones y lo subieron a un automóvil particular. Horas más tarde, el partido daría la noticia del secuestro y el escándalo llenaría las primeras

páginas de todos los periódicos del mundo. Dos días después, el futbolista era dejado en libertad en una de las principales avenidas de la ciudad, con instrucciones precisas para que pudiera llegar a su embajada. Uno de aquellos tres hombres había sido el ahora llamado Ratón, y aunque él jamás reveló su participación en estas acciones, pues ningún subalterno podía hacerlo a riesgo de ser pasado a una corte marcial (y terminar sus días en un paredón por traidor a la causa), los rumores en el barrio no dejaron de perseguirlo. Guardar el secreto era una orden exclusiva para los camaradas de más bajo nivel, no así para los altos jefes. De esta manera se les obstaculizaba su ascenso a niveles superiores y, por supuesto, al disfrute de ciertos privilegios que muchos no querían compartir. El pastel no se podía dividir en tantos pedazos, y mientras menos estuviesen en la fiesta, más grande resultaba el trozo para quienes se encontraban en los niveles altos del partido.

Por haber sido tan eficiente y dedicado en aquella actuación, el Enano sería reclutado para una segunda actividad programada por el comandante Puyuta, apenas le llegó la orden desde el otro lado del mundo. Así, luego del secuestro de Di Stefano, haría un último trabajo propagandístico: plagiar a un agente de la CIA durante tres días, en protesta por la muerte de un militante por la condena a muerte del guerrillero vietnamita Nguyễn Văn Trỗi, el cual había sido descubierto cuando colocaba una carga explosiva debajo de un puente por el que iba a pasar el secretario de Defensa Robert MacNamara. La acción llevada a cabo contra el agente de la CIA Michael Smolen también causó sensación en el país, pero, a decir verdad, fuera de nuestras fronteras ni el mismo Ho Chi Minh se dio por enterado, debido a la gran distancia que separaba los continentes y a la poca importancia que se le prestó a aquel crimen, que nada tenía que ver con los reales militantes del partido, en guerra contra el imperialismo yanqui.

Aquel desplante de la niña Clarisa, convertida en la adolescente Clarisa, le dio un giro a mi vida de 180 grados. Jamás olvidaría aquella celebración y a cambio la trataría con el látigo de la indiferencia. Terminaba la primaria y, al igual que ella, pero sin fiesta familiar, coronaba para iniciar el nivel de secundaria. En casa de la madrina Donatela nadie se dio por enterado de mi logro, y apenas recibí una breve recomendación del esposo. Me aconsejaba dejar los estudios y dedicarme a trabajar para ayudar a mi madre, quien se encontraba en situación precaria. “El bachillerato no está hecho para chicos como tú”, me dijo, muy condescendentemente, mientras me ofrecía un empleo de repartidor en la imprenta, un cargo que me aliviaría las penurias. Con la oferta venía implícito el uso y abuso de una bicicleta. Con ella podía ahorrarme el costo del pasaje en las idas y regresos del hogar al trabajo. “Ya habrás notado cómo son los amigos de Clarisa”, agregó, dejando entrever la diferencia social entre ellos y yo. No había comparación alguna. Para mi futura colocación en la imprenta, mi madre debía sacar un permiso en el Ministerio del Trabajo. Ese requisito no era necesario si existía un parentesco entre el patrón y el empleado por aquello de heredar el oficio, etc., etc., etc. No me costó mucho entender que ya no formaba parte de la familia. Si alguna vez lo fui, con esta oferta de empleo acababan de mandarme a la porra. Acepté el consejo a medias y, dispuesto a confrontar la premonición, logré combinar el trabajo con los estudios de bachillerato. En la secundaria terminé simpatizando con los planteamientos de izquierda, aventajados en el ambiente estudiantil, y la curiosidad me llevó a acercarme a las reuniones que frecuentemente se celebraban en las afueras de la institución, en plena calle, a la vista de todo el mundo, en una suerte de clandestinidad digna de Ripley. Algunos de aquellos líderes eran

bastante mayores y estaban a punto de saltar a la vida universitaria. En estas reuniones clandestinas se tomaban decisiones sobre los paros estudiantiles y se designaba a los responsables de las diversas actividades que debían llevarse a cabo. Así, se creaba una brigada de choque, otra de agitación, otra de expertos en bombas molotov, otra de robos de llantas para trancar calles y avenidas, en fin, toda una logística que se discutía al buen tuntún para, al final, con el uso de un megáfono, mencionar a viva voz el nombre y apellido de los responsables de ejecutar sus respectivas tareas. Entusiasmado, y esperando ser escogido para alguna actividad, me propuse para la de propaganda y me inicié pronto en ella repartiendo en bicicleta tanto la elaborada en el centro de estudiantes del liceo como las concebidas, de manera clandestina, en la imprenta de Pedro del Castillo. De esta manera recorría la ciudad lanzando volantes de protestas, por un lado, surcando aceras, callejones y escondrijos a toda velocidad y luego, ya con más calma y cordura, por el otro costado, dejando en los zaguanes de las casas y conserjerías de los edificios todo lo concerniente a las ofertas de la semana que promocionaban farmacias y supermercados. Temprano entendí que estar en estos continuos avatares políticos me daba una ventaja sobre otros estudiantes y me equiparaba a los más adultos. Maduraba con más rapidez en comparación con los recién llegados al mundo de la enseñanza media. Adquiría así un respeto que me llenaba de orgullo. Con los meses combiné trabajo en la imprenta con la política estudiantil y la propaganda sofisticada, pues en las noches me dedicaba a imprimir los afiches que en las mañanas rellenaban las paredes del liceo. Por esta actividad, apenas ya en el segundo año, fui nombrado secretario de propaganda del centro de estudiantes. Mi ascenso político continuaría en la medida en que aquel liceo se iba asemejando más a la Bastilla, que a una institución educativa. Cuando el esposo de mi madrina se enteró de mis travesías nocturnas, me llamó a su oficina y, lejos de reprenderme, cosa que yo esperaba y estaba preparado para el seguro despido (y quedarme sin la bici),

me felicitó por la creatividad de aquellos pósteres que asombraban a los profesores y dejaban perplejos a los alumnos por su contenido incendiario (eran diseños más dignos de un pirómano que de un bombero forestal).

—Mira lo que tenemos aquí —fueron sus primeras palabras mientras extraía del fondo de su escritorio uno de los afiches que, probablemente, yo había olvidado la noche anterior—. ... Y yo pagándole a un montador cuando tengo a un artista frente a mis narices.

—Desde ahora en adelante, te vas a encargar del departamento de arte —y aclaró para despejar cualquier duda que me hubiese asaltado en ese momento—. ... También sigues repartiendo las ofertas con la bici, y olvídate de un aumento de sueldo porque tenemos el agua al cuello... Luego, con el paso del tiempo, veremos.

La prueba duró prácticamente hasta que me gradué de bachiller. El “departamento de arte” era un rincón con un ancho madero que servía de escritorio y yo era el único empleado. El hueco terminó siendo mi fundo privado en donde disponía de marcadores, plumas, plumillas, pinturas, pinceles, martillo, clavos y tachuelas, además de todo lo que estorbaba en los alrededores del local, como los pipotes de recortes de papel, los potes de tinta ya usados, las gradas de plomo deslucidas y las planchas de offset, así como decenas de negativos que apenas me daban chance de moverme de un lado al otro sin crujir bajo mis pisadas. Tres cosas eran las más importantes al ser director y único empleado del departamento de arte de una imprenta siendo tan joven. La primera tenía que ver con la consideración y el respeto de los camaradas en el liceo. La segunda, que no tenía un horario específico, sino que me presentaba cuando eran requeridos mis servicios, y la última venía dada por el estatus patentado en una tarjeta de presentación en cuyo anverso se encontraba mi nombre en letras góticas sobre relieve, con el pomposo cargo de “director”. Al pie de

la tarjeta, el número telefónico y la dirección de la empresa. En el reverso se exponía: “Afiches de la lucha libre, el boxeo, las corridas de toros y panfletos impresos de cualquier tipo”. Una patente de corso para librarme de las redadas policiales en el barrio, cuando exigían una carta de trabajo para no encajarte en una celda de prefectura o mandarte de “voluntario” al conscripto más cercano. Al mostrarla, las peticiones de los uniformados no se hacían esperar, en cuanto a conseguirles tal o cual afiche del Dragón Chino (un luchador de los llamados “sucios” por usar todo tipo de artimañas y sustancias a fin de ganar el combate) enfrentado al Tigrito del Rin, todo un caballero en el cuadrilátero. O bien uno del Búfalo Bill contra El Santo, el enmascarado de plata recién importado de México. Otros preferían los folletos que reseñaban las hazañas de Sergio Díaz en la arena del Nuevo Circo ante los toros de lidia. Además, estaba la bicicleta, que era un estupendo medio de transporte para la época.

Con Clarisa me encontraba de vez en vez en ocasiones en que el padre me invitaba a la vieja casa para hablar de literatura y escuchar sus bien cuidados discos de acetato. Durante esa etapa se inició otro nuevo proceso de prendas íntimas, ahora menos discreto que en el pasado, y me fui descongelando, mejor dicho, me hice aguas de sopetón, para mi sorpresa, pues estaba seguro de que mi orgullo herido no superaría la vieja humillación psicodélica. Me equivoqué, siempre he sido débil con el olfato. Sucedió de manera improvisada cuando me dispuse a utilizar el sanitario y nos tropezamos a sus puertas con la misma intención. Sonreímos y le cedí el turno, quizás esas sonrisas se debieron al viejo recuerdo de los cupos acordes a las edades. Ya no era necesario todo aquello. Los hijos “bastardos” habían escogido su propio rumbo, los antiguos parientes se limitaban a llegar a la casa cuando por alguna razón debían realizar algún trámite o papeleo en la capital, y los morochos habían crecido lo suficiente como para no seguir atados a las faldas de mi madrina. En menos de lo que



pensé, la escuché llamarme desde el patio en momentos en que su padre me adoctrinaba sobre las mejores orquestas cubanas: Aragón, Acerina y su Danzonera, la Sonora Matancera... Salí de inmediato para encontrarme con su sonrisa coqueta y sus cabellos empapados, que buscaba secar con una toalla angelical, que encandilaban ante los rayos del sol. “Ya listo, desocupada la ducha”, me dijo con cierta picardía.

No perdí tiempo y entré al sanitario mientras el corazón bombeaba el agua del deshielo y la franela se me empapaba en sudor. Allí estaba, colocada en la manilla de la ducha como una medalla olímpica, la prenda de la discordia. Así se iniciaba de nuevo aquel juego erótico de adolescentes que me llevó a pasar los fines de semana en casa de la madrina Donatela, cuando ya no salían de paseo los domingos, y no hacía falta enviarme al barrio con mi madre para deshacerse de mí diplomáticamente, y ya el automóvil lo lavaba el chofer de Pedro del Castillo; y tampoco era necesario contarles cuentos de caminos a los morochos para que durmieran aterrorizados, en venganza porque me adeudaban varios centavos de historias macabras, y seguían acumulando deudas dejándome sin la merienda respectiva en la escolita primaria. La excusa para volver a lo mío siempre era válida, el viejo padre, quien no tenía tiempo en la imprenta para intercambiar puntos de vista conmigo, agradecía mis apariciones y, en cada una de ellas, nos enfrascábamos en una disputa intelectual sobre lo último en narrativa que ambos estuviésemos leyendo. En otras ocasiones pasábamos la tarde frente a un tablero de ajedrez sin darnos tregua, mientras mi madrina y Clarisa no entendían cómo dos seres tan separados por la edad podían permanecer tanto tiempo en ese juego tan aburrido. Yo alcanzaba para ese momento el cuarto año de bachillerato arrastrando una que otra materia, Clarisa en el quinto estaba a punto de dar el salto a la Universidad. Una monumental fiesta familiar estaba en ciernes. Mientras estudiaba el tablero de ajedrez estaba pendiente de los desplazamientos es-

tratégicos de Clarisa los cuales no siempre provenían del sanitario. Eso desconcentraba a cualquier jugador por muy bueno que este fuera. Castillo, entonces, ganaba la partida en cuatro movimientos: el Pastor era la peor humillación para un jugador experto de ajedrez. “Perdiste la partida por fisgón”, me dijo Clarisa cierto mediodía, muerta de la risa.

A Clarisa le faltaba apenas un año para entrar de súbito a la edad que dejaría atrás su adolescencia. En mi caso era todo lo contrario, había superado la edad que dejaba atrás mi adolescencia, siendo aún adolescente. Por un tiempo el coqueteo con la ropa interior continuó sin ningún percance, y las hormonas que a ella le afectaban a mí también me tenían en trance. De allí que entre ella y yo existía una relación sexual a distancia. Ella dejaba su ropa íntima colgada adrede y yo deliraba con aquella prenda entre mis manos. Era una especie de tortura en la que su sadismo adolescente alcanzaba extremos, y mi masoquismo adulto avanzaba a pasos agigantados. Esto sucedía en cada una de mis visitas los fines de semana entre las idas y salidas del sanitario y, a pesar de que siempre conversábamos sobre cualquier cosa que se nos ocurría, jamás tocábamos ese tema que nos lucía tabú. Era como un secreto bien guardado entre ambos que a la vez no nos atrevíamos a compartir, un pudor de confesionario frente a la casilla del sacerdote que espera por tus pecados o, más bien, una especie de sacramento personal, como si el otro no supiese lo que continuaba una vez que esa prenda íntima era confiada al vuelo de la imaginación. Allí, inmóvil, la prenda colgada cual escapulario a la espera de unas manos inocentes que la desprendieran para sacarse el diablo del cuerpo en un gemir ahogado que ella jamás escucharía. Ambos conociendo con certeza lo que sucedería a su salida de la ducha en esa nueva etapa adolescente, iniciada en la niñez.

El secuestro de Smolen, el tan mentado agente de la CIA, se llevó a cabo tal como había sido planeado por el comandante Puyuta. Estaba claro que se trataba de una acción política cuyo impacto era llamar la atención a escala mundial. Dinero ahí no hubo, ni un poco, pero para “el Enano” aquello había sido un ensayo, una práctica de cómo lograr algunos beneficios personales luego de pasar las de Caín en las montañas. Esa acción fue la última en la que participó como militante esperanzado en la revolución proletaria.

—Hasta aquí llego yo, mi excomandante —fue la frase, más que lapidaria, dirigida al Puyuta—, y el arma de reglamento me la quedo. — Casi que lo apunta con ella y le vuela los sesos. Pero él no era un asesino, no lo sería nunca, de lo contrario jamás hubiese desertado del ejército. Intentaron que lo fuera, más no lo lograron ni en las peores circunstancias en las que estuvo durante los combates con las fuerzas armadas en las trincheras montañosas.

Lo dijo con rabia, con decepción. Se sintió humillado, manipulado, utilizado. Había descubierto la trampa, el engaño con el que lo domesticaron durante tres largos años, siguiendo órdenes como un perro adiestrado. Ya no está dispuesto a recibir órdenes de nadie. Meses después, alias el Enano, como fue llamado en las serranías, se convertía en alias el Ratón, como sería llamado en la ciudad, jefe de una banda de delincuentes y el peor dolor de cabeza para los cuerpos policiales desde que fueron creados bajo decreto presidencial, una vez derrocada la dictadura de Marcos Pérez Jiménez.

Su primera gran acometida sorprendió a las autoridades por la manera tan bien sincronizada con la que se llevó a cabo. Fueron cuatro los trans-

portes de valores robados al mismo tiempo, en los cuatro puntos cardinales de la ciudad y en distintos bancos comerciales. Una jugada maestra que convirtió la metrópolis en un caos policial, y puso a Martín Cabeza en el sitio más alto del ridículo nacional. Aquella ofensa no la podía perdonar el coordinador propuesto por el Ministerio de Justicia para combatir el crimen organizado. Por ello, Cabeza respondió con la represión más brutal de la que se tenía noticia desde tiempos de la dictadura. Juraba venganza, y nada lo detendría. No hubo barrio que se salvara de ser tomado por las fuerzas unificadas del gobierno. Los detenidos se contaron por centenas y la prensa hablaba de ejecuciones extrajudiciales, por las cuales ningún organismo policial respondía. Pero aquellas acciones no amilanaron al Ratón, quien, para incrementar la hostilidad digestiva de Martín Cabeza, a los pocos días, bajo el toque de queda impuesto en las barriadas por el inescrupuloso funcionario, secuestraba con su banda un avión de una línea comercial y lo hacía descender en un lugar solitario en las afueras de la ciudad, ante el pánico contagioso de pasajeros y tripulantes. Una vez en tierra y todos a salvo, la pandilla cargó con un botín de más de cien mil dólares proveniente de las empresas del aluminio instaladas en el sur del país, manejadas por varios emporios norteamericanos. De nuevo sobre Cabeza Pacheco caía el peso de la crítica inclemente de sus superiores y, peor, los titulares de la prensa en los que políticos, comerciantes y empresarios exigían su destitución. Aquellas acciones del exguerrillero lo hacían ver por algunos como un héroe, y como el peor de los antisociales por otros. Y no hubo que esperar mucho tiempo para que de nuevo la pandilla del Ratón diese otro golpe sorpresivo, al robar la nómina del centro petrolero más importante del país, ubicado a unos 600 kilómetros de la capital.

Luego de esa gran aventura, el héroe mítico de los pobres desapareció por un buen tiempo y la banda de atracadores quedó desarticulada, pues,

sin el estratega y líder indiscutible, perdieron el horizonte. Algunos de ellos fueron capturados meses más tarde por los hombres de Cabeza Pacheco, otros se esfumaron sin dejar rastro y los más descuidados fueron ejecutados en supuestos enfrentamientos con cuerpos policiales. La prensa soltaba entonces un globo de ensayo dejando entrever que uno de ellos podía ser el legendario enemigo, número uno, de la policía nacional. Fue la época en la que, en el barrio, lo creyeron muerto, pero luego se supo que había estado prófugo en Colombia, en la ciudad vecina de Cúcuta, protegido por la guerrilla de ese país, a la que había financiado por un buen tiempo con sus asaltos.

Su aparición en el barrio fue motivo de celebraciones. Bebía en todas las casas lo que le ofrecían, sin mostrar menosprecio ni arrogancia por los enseres desconchados de peltre o las tazas mohosas de barro curtido. Lo invitaban a entrar y a sentarse en las sillas de metal robadas en las funerarias, o en los muebles forrados con tela de yute, olorosos a naftalina. Lo ponían al día sobre las últimas peleas en el barrio, los chismes del momento, las redadas policiales, los detenidos, los desaparecidos, los apresados, los enviados a El Dorado<sup>1</sup>, los recién mudados y los nuevos casamientos o arrejuntamientos en donde se le había extrañado. Así pasaba los días, las semanas y luego se evaporaba como una figura fantasmal, no sin antes haber regalado dinero a manos llenas, dándole a unos más que a otros, dependiendo de las necesidades de cada uno de ellos. No todos aceptaban el dinero en efectivo y solo requerían de un abrazo, un apretón de manos o un intercambio de buenos deseos. Con eso era suficiente, y a esos él les guardaba un especial aprecio.

El Ratón vivía y no vivía en todas partes. No se le conocía hogar en particular, todas las casas en el barrio podían ser asumidas como su domicilio. En cada una de ellas había un cuarto a su disposición cuando lo

necesitase y hasta los vecinos se peleaban por darle cobijo, y competían para ver quién era más servicial, considerado, cortés, complaciente, sin ningún interés de por medio. Pero la competencia iba más allá, entre barriadas, pues el hombre era apreciado en todos los suburbios, cercanos y lejanos, urbanos y foráneos de la capital. Su fama, extendida a través de los periódicos impresos y las menciones en los noticieros radiales, trasponía las fronteras y era la envidia de los guerrilleros activos y de los desertores que intentaban emularlo constituyendo bandas criminales que no duraban en el tiempo ante el tejido policial coordinado por Martín Cabeza, quien les daba caza inmisericordemente. En el barrio, los rumores y opiniones circulaban de boca en boca. Siempre alguien sabía algo que no sabían los demás, y siempre los demás sabían algo que alguien no sabía. Había muerto, decían unos, mientras que otros afirmaban: “Ya resucitará”.

—Ese hombre es inmortal —era la expresión más voceada por aquellos habitantes que le rendían tributo y lo veneraban como si fuese un santo.

La universidad fue para él su gran hogar, la hacienda del saber en la que, de alguna manera, supo que se instruiría en todo aquello que le faltaba por aprender. De pronto, el mundo dejó de verse en blanco y negro. Los pasillos de las residencias estudiantiles le dieron asilo, el comedor universitario lo alimentaba a diario y el paseo por cientos de títulos ante un pasillo colmado de libros lo sacó del analfabetismo (el loquito de los pasillos, lo llamaban. Eso, antes de ser reclutado y luego desaparecido de la faz de la tierra por varios años), no tanto como para leerse a un Víctor Hugo, pero lo suficiente como para valerse ante un mundo que se llenaba de avisos luminosos que antes no entendía. Si bien vagaba durante el día por los espacios de la universidad, en las tardes regresaba al barrio en donde se había instalado, una vez que se iniciaron las invasiones de terrenos propiciadas por cada partido político que llegaba al poder. Hizo su rancho

dando un ejemplo cívico para evitar la rapiña y las ambiciones de algunos pobres que ya se creían terratenientes al desmalezar unos cuantos metros de terreno. Organizado el asunto, lo asumieron como líder de la comunidad, y no pasó mucho tiempo para que surgiera el rumor de que “ese muchacho con pinta de loquito” era un aventajado estudiante de “algo” en la universidad. “Algo” que nadie sabía qué algo era, pero daban por seguro que se iba a graduar de ingeniero o arquitecto por la manera en que diseñaba los espacios. Habría sido alguien si no hubiese caído en manos de la recluta. Eso decía la gente que dice que lo conoció, aunque nunca nadie lo haya conocido de antes. Pasaron los años y por un tiempo no se supo nada de él, solo que había dejado a una novia con el corazón roto, quien jamás perdió su belleza, cuyo consuelo eran las radionovelas de las mañanas y las telenovelas de las noches. Pronto el barrio lo olvidó, pero Araminta Irazábal no pudo hacer lo mismo y cerró su corazón para todo pretendiente que no fuera aquel extraño enclenque que la cautivo con su sencillez y esa serena espontaneidad para ayudar a los demás sin esperar nada a cambio. Vivió así con la plena seguridad de que algún día este regresaría, cuando la gente menos lo esperara. Y así fue. Lo distinguió pronto en medio de aquel grupo armado que, según los rumores, acababa de bajar de las montañas. El resto de los mirones tardó un tiempo en reconocerlo y lo hicieron poco a poco, después, a los días, cuando las barbas de aquellos indigentes fueron desapareciendo bajo el filo de las hojillas de afeitar.

Quizás fue la diferencia de edad, que ya comenzaba a notarse a la distancia, entre Donatela y el viejo cubano, lo que inició un acercamiento entre ella y aquel nuevo pariente que surgía de la nada y tomaba la habitación de huéspedes de forma provisional. La Universidad Central había sido clausurada, bajo una tal reforma que no entendieron ni los

académicos ni los mismos estudiantes, por la violencia con que se ejecutó al ser allanada por las fuerzas policiales y militares. Él se quedaba sin su cuarto en las residencias estudiantiles. Era un alumno bastante aventajado en la Escuela de Filosofía y Letras, parlanchín, simpático y galanteador. Uno se esos seres que no pierden tiempo para demostrar lo que son e insisten hasta caer bien. Tres atributos que en medio de aquella soledad atrajeron a Donatela. En cuanto al matrimonio, veinte años de diferencia entre la pareja no eran pocos, a pesar de Gardel, y ya el esposo superaba los sesenta, que eran notorios en su físico desgarrado y quebradizo. El almanaque de Rojas Hermanos, ese viejo cliente colgado en la pared de su oficina y con el que había iniciado su próspero negocio, se encargaba de recordarle cada día sus nostalgias y anhelos. Los años le habían pegado tan fuerte que las amigas de Donatela (antes llenas de envidia por aquel matrimonio) se preguntaban cómo aquella mujer tan atractiva podía estar con aquel señor tan anciano. Las intrigas se incrementaban en la medida en que los hijos, con los años, lucían como sus nietos. Más cuando los bastardos ya habían formado tienda aparte, y su descendencia casi tenía la misma edad que los tíos morochos, Tito y Tuto.

La llegada de Alejandro Mata causó revuelo en aquel hogar, lleno de paz y armonía, desde que los “bastardos” huyeron casi despavoridos en busca de una vida más tranquila y sosegada. Madrina me lo presentó ese sábado:

—Mi ahijado —le dijo sin más.

Así, cada semana que yo aparecía por aquel solar, el Chino Alejandro era quien me daba la bienvenida, siempre jovial; me invitaba a una partida de ajedrez, o bien me ilustraba sobre literatura, aspecto en el que me llevaba bastante ventaja. Yo me dejaba seducir por su encanto, al igual que todos los que quedábamos en aquella casa: mi madrina, los chicos y hasta Clarisa, y no pasaba por mi mente que otros propósitos motivaban al Chino, y que,



con el tiempo, destruiría mi castillo de naipes. Un anhelo recuperado con mi prematura madurez, ante la inmadurez suspendida de Clarisa. A quien nunca pudo convencer el encantador de serpientes fue al viejo marido, no en balde los años le dieron la experiencia negada a mi madrina.

Desde la llegada del Chino, madrina había rejuvenecido y estaba más dinámica y atractiva. Siempre maquillada y vestida a la moda. A sus cuarenta lucía bellas piernas que el tiempo en su carrera destructiva dejó vírgenes por olvido o por negligencia, algo le pico que un buen día decidió mostrarlas vistiendo una que otra minifalda, no tan atrevidas como las destinadas a jovencitas de la edad de Clarisa pues la moda pop se imponía y ella no quería quedarse atrás en este nuevo correr de los tiempos. Y lo hizo sin ningún rubor frente a la actitud reprochable, evidente y clara, sin lugar a dudas en el rostro del marido, pero que en definitiva le permitió exhibir una parcela valiosa de muslos que aun conservaban su belleza ancestral. La otrora cabellera descuidada, ahora lucía tersa y frondosa, y caía con liviandad sobre sus hombros. Las pocas canas eran apenas unas pinceladas bajo el tinte menospreciado, olvidado en algún rincón oscuro de la imprenta, que ahora le daba un aire juvenil. Clarisa, para los desconocidos, podía pasar fácilmente como la hermana menor, y madrina aprovechaba su rozagante imagen para no presentarla como su hija. Cuando andaban de compras por las flamantes tiendas del Centro Simón Bolívar, y se encontraban con algún conocido, apenas la mencionaba por su nombre: “Clarisa”, y la señalaba poniendo su brazo alrededor de su cuello, acercando su rostro como para dejar por entendido las semejanzas, mas no la relación filial existente entre ambas. Con el Chino Alejandro también lo hacía en casa, pero con otros motivos, poco claros para algunos y muy evidentes para otros. La pobre buscaba resaltar su juventud comparándola con la de su hija. En cuanto a mí, ahora me llamaba por mi nombre y no con el correspondiente calificativo asignado a ella por el sacramento del

bautismo. Desde aquella primera presentación yo prácticamente había dejado de ser su ahijado. Se me notaba muy adulto y, como tal, comprendí perfectamente que Donatela intentaba regresarse en el tiempo y yo representaba su presente. Por lo tanto, dejé de avergonzarla pidiéndole la bendición respectiva en cada uno de nuestros encuentros. Por alguna razón, quizás por ese nuevo aire juvenil que no había vivido antes por estar dedicada a los hijos de su marido, madrina no entendía que aquel joven universitario estaba más interesado en su hija que en su rejuvenecimiento milagroso. Yo lo vi venir, pero pensé que era producto de mi imaginación, y si bien en su fase inicial Clarisa continuaba manteniendo su exquisita coquetería conmigo, más adelante las cosas fueron cambiando. La magia, el encanto que prodigaba, la aureola que la rodeaba y hasta la sonrisa que iluminaba su rostro fueron desapareciendo ante mí y floreciendo frente al Chino Mata, de manera tímida en un principio, y más tarde de forma arrojadiza, llegando al límite de la osadía. No era lo mismo alguien que se aparecía uno que otro fin de semana por aquella casa llena de recuerdos, para manifestar sus sentimientos a flor de piel a quien permanecía en ella a diario, seduciéndola cautivando con su verborrea universitaria, anunciándole su cambio de vida ahora que empezaba en la universidad. En medio de todo aquello era evidente que mi madrina padecía de ceguera crónica, con abstinencia sexual prolongada, sin ningún tipo de esperanzas a futuro que pudiese mitigar su alboroto hormonal.

Sin embargo, no dejé de asistir siempre, aunque con menos frecuencia. Unas visitas que el viejo agradecía, pues ya iba poco a la imprenta, apenas cuando necesitaba diseñar los avisos y afiches para las elecciones del centro de estudiantes. Casi finalizaba el año escolar y pronto tendría que decidir si entraba a la universidad o permanecía en el limbo de la ignorancia. Mientras tanto, engullía toda la literatura que pasaba por mis manos para evitar la humillación del letrado universitario, aplaudida por mi madrina en cada

una de sus clases magistrales. También aprovechaba la oportunidad para dejarlo picado con un jaque mate sorpresivo, negándome a darle la revancha por falta de tiempo: “Lo dejamos para otro día”, decía yo ante la mirada desaprobatoria de mi madrina y la cara de satisfacción de su marido. El Chino había iniciado la guerra y yo la terminaría, no sabía cuándo, quizás nunca, probablemente ya él la había ganado y no había de mi parte nada que terminar.

Cierto día aterrizaba yo en la vieja casa en una de esas visitas inusuales por algún motivo de esos que uno no recuerda o se niega a recordar. Desde que había perdido la batalla o la guerra o el amor de Clarisa y sus desmanes de prendas íntimas colgadas en la ducha no estaba interesado en volver a acercarme por aquellos parajes. El caso es que me aparecí esa mañana de domingo y me topé con un sombrío panorama. Todo se había descubierto. Cómo era posible. Valerse de la confianza y de la amistad. Manchar el honor de la familia. El Chino y Clarisa habían sido pillados infraganti por la madre, en plena faena amorosa. Madrina no podía disimular su tristeza o despecho. Habían salido ese sábado en la noche ella y el marido, esta vez vistiendo ella de rojo, una pieza única de modista reservada para celebrar los fines del año. Los encajes plateados reverberando en medio de las luces a su entrada por aquellas amplísimas puertas de un majestuoso salón en uno de los más prestigiosos hoteles de Caracas. Lucía fabulosa, joven y así la halagaron los trabajadores eternos, los clientes de siempre y los nuevos contratados que pocas veces la habían visto por aquellas oficinas tan distintas ahora, tan limpio todo, tan organizado y armonioso, tan incomparable aquel galpón con el pequeño local a donde ella había llegado a pedir empleo veinte años atrás. Todos la saludaban con emoción campante, con júbilo desmedido, felices de verla. Ella y su traje cual reina saludando y a ratos intercambiando palabras, besos y abrazos. Parecía que jamás iban a alcanzar la mesa preparada para ellos, ubicada al final del

salón, justo frente al podio en donde un orador de orden diría unas palabras y les entregaría una ofrenda. Las esposas de los invitados halagaban el traje, no dejaban de comentar, un poco descotado hacia los senos que siempre fueron prominentes, aunque en este caso el tiempo no los había pasado por alto, ni tampoco los tres partos que le impusieron una pena de flacidez que pudo mitigar con un brasier novísimo importado de Brasil que le procuraba una estética de actriz de cine mejicana a lo Mapita Cortez. El cuello estirado todavía sin las arrugas que obligaba a muchas de sus amigas a usar pañuelos y esa abertura del vestido hacia la espalda que en V labiodental alcanzaba el coxis, dando de qué hablar a las envidiosas, resultó ser el tema principal de la gala. Había muchos invitados a la cena. Una despedida bien merecida para este hombre que dejaba la imprenta en manos de su hijo menor, el que recién se graduaba de administrador y ya se le veía futuro como gerente general de la empresa.

Tenían pensado pasar la noche en el hotel, pero madrina prefirió regresar a la casa, aunque se había hecho algo tarde y nadie la esperaba. Así lo habían previsto antes de salir y así se lo participaron a Clarisa para evitarle preocupaciones. La niña de sus ojos la dejó ciega esa misma noche, perdía la inocencia en manos de quien ella menos hubiese imaginado. La afrenta quedaba grabada en aquellas sábanas blancas teñidas de rojo, testigos de la infamia. A mi llegada se había puesto unos lentes oscuros para disimular sus ojos llorosos. Se notaba que lo hacía a solas cuando la casa estaba deshabitada, y yo había llegado esa mañana en un horario poco frecuente. Pregunté por los morochos y me respondió que se habían ido de excursión el día anterior con vecinos de la cuadra. Clarisa había desaparecido desde muy temprano sin dar señas de su paradero. Hablaba mientras se limpiaba la nariz acuosa por el llanto enmascarado, que justificaba como un virus gripal. Para evitarle un aprieto mayor decidí retirarme con la excusa de una reunión con los compañeros de clase. Puse en sus manos el disco de San-

dro, recién salido al mercado, como respuesta al de los “Ángeles Negros” que a ella le encantaba. Quizás presagiaba con ese despecho anticipado lo que estaba por suceder. Lo que se negaba a aceptar, lo que era evidente para todos. Lo que nunca hubiera deseado que sucediera. Y esta vez después de mucho tiempo usé la frase olvidada: “Bendición madrina”, y cerré la puerta tras de mí para escuchar una respuesta ahogada por un sollozo tenue, que intentó disimular con un estornudo falso: “Que Dios me lo bendiga”.

Si bien mi competencia literaria con el Chino Mata no tuvo las repercusiones en Clarisa que yo esperaba, al menos me sirvió para interesarme en la escritura. Ya en el quinto año era bastante bueno (eso creía yo) escribiendo poemas y cuentos cortos que imprimía en multígrafo, pues no me atrevía a hacerlo en la imprenta para evitar que el viejo impresor notara que los poemas, en su mayoría, estaban dedicados a su hija, a excepción de unos pocos consagrados a la revolución; y que todos los cuentos, sin excepción, tenían como personaje principal a mi madrina y su frustración amorosa.

Para esa época yo no solo leía las recomendaciones literarias del Chino Mata, también era un fiel lector de las historietas de Corín Tellado. Un secreto inconfesable ante mis camaradas que guardaba con celo, no así con las novelitas del lejano oeste del español Marcial Lafuente Estefanía que, los fines de semana, intercambiaba a las puertas de los cines caraqueños y en los kioscos de revistas por otras más recientes, aunque desgastadas por el uso de los lectores.

Igual había que estar al día en el ambiente literario revolucionario: *La madre*, *Así se templó el acero* y *Crimen y castigo* eran lecturas casi obligatorias si querías evitar que te llamaran sobaco ilustrado. Para filosofar, siempre estaban a la disposición los textos de Engels, Lenin y

hasta Maquiavelo. Parrafadas que jamás entendí, pero que aprendidas de memoria servían para ser utilizadas en cada reunión y en cada arenga, cuando las manifestaciones estudiantiles también formaban parte de la estrategia nacional hacia la toma del poder. Fue por aquella época que me interesé más por las historias de aquel hombre que en el barrio conocían con el apelativo del Ratón. De niño, aquellos cuentos me sonaban más a inventos de vecinos que a hechos reales, leyendas urbanas que circulaban de un lado al otro de la ciudad. Una ciudad que en mi niñez no vislumbraba y que descubría en aquellos encuentros iniciados a partir de las siete de la noche a las puertas de sus casas, con café con leche y torrijas bañadas con azúcar. En cierta oportunidad, pasando uno de esos fines de semana con mi madre, observé a la leyenda viviente reunida con los adultos del barrio, participando en un juego de dominó en plena calle. Cómo era posible aquello, cuando se suponía que era buscado por todos los cuerpos policiales del país. A decir verdad, acostumbrado a inventar fábulas para los morochos, aquel hombre no lucía como la poblada lo describía. Decían que era fuerte, y yo veía más bien a un ser delgado y hasta debilucho. Comentaban sobre su elevada altura, y para mí no pasaba de un metro cuarenta o cincuenta como máximo. Su atractivo era otra cualidad resaltada por las casamenteras, y, sin embargo, lucía desde mi punto de vista más bien como un personaje de mis caricaturas revolucionarias. Por otro lado, se notaba su jovialidad, su alegría que surgía espontánea en cada risotada contagiosa entre sus contertulios. Se comentaba que siempre llevaba un par de pistolas en sus ropajes o aferradas a la cintura, pero nada de eso estaba a la vista. Yo lo miraba desde una distancia prudencial signada por el miedo mientras que los otros chicos se apostaban alrededor de los jugadores, sin ninguna perturbación al mito que representaba. Lo llamaban por su apelativo y, mientras confiaba en que su compañero lanzara la “cochina” que de seguro trancaría el juego, él se dirigía con amabilidad a Joao Ferreira para que los llenase de los refrescos y golosinas que ellos quisieran y las anotara en su

cuenta. Eso también me lo perdía por permanecer al margen, auscultando a ese ser que copaba todas las historias nocturnas de la vecindad.

De ahí en adelante, opté por recorrer el barrio cada fin de semana con la esperanza de toparme con la leyenda viviente, pero no siempre eso sucedía, ya que, según las nuevas historias, el Ratón podía encontrarse en cualquier parte, incluso al lado nuestro, sin ser advertido, pendiente de los rumores y cuchicheos, de las habladurías, de las necesidades de algunos y las opulencias de otros. Acechando a los traidores de esquina y protegiendo a quienes le guardaban lealtad por sobre todas las cosas, protegiendo el sueño de los inocentes y castigando con insomnio a los inescrupulosos. Porque el Ratón podía aparecer y desaparecer a su antojo para hacer justicia por sus propias manos. Era el *“hombre invisible”*. Me lo imaginaba como un ser omnipresente, omnisciente, omnipotente que lo veía todo desde las alturas. Lo pequeño, esa estatura anodina, era la negación palpable de todo aquello que se afirmaba de él, o, a lo mejor, también era una de sus tantas maneras de pasar inadvertido... invisible.

Y así, decepcionado en mi aspiración, culminaba el recorrido por aquellos callejones saturados de escaleras, en cuyo último peldaño podían estar las puertas del cielo, sin haberme tropezado con la leyenda viviente.

Para los policías asignados a su despacho, Cabeza era un ser despreciable. El comentario lo hacían a solas, o bien entre compañeros de mucha confianza, ya que Cabeza tenía oídos por todos lados. Muy pocos conocían su historial y se lo guardaban para su propio consumo, pues tal conocimiento podría acarrearles consecuencias en las que hasta la vida estaba en riesgo. Ya se mencionaban ciertos hechos que, si bien algunos oficiales asumían como coincidencias, pudieron haber sido concebidos por

una mente tan perversa y enferma como la de aquel hombre cuya maldad, a sus pareceres, no tenía límites. Eran horrores los que se contaban de cuando trabajaba como torturador o verdugo oficial de la dictadura, pero eso era considerado de poca cosa en comparación con lo que realizaba por cuenta propia. Se hablaba de asesinatos a mansalva, con tiros de gracia a civiles o pobres diablos que habían tenido la mala suerte de tropezar con él en un mal momento y pagar las consecuencias de una rabieta bipolar.

Cuando se inició en la Seguridad Nacional, Martín Cabeza apenas contaba con 25 años y había sido testigo de dos golpes de Estado, uno acaecido en 1945 y otro en 1948. Hijo de un veterano oficial de la Guardia Nacional, creada por el presidente Eleazar López Contreras, Cabeza siempre deseó estar a la altura de su padre, y no solo lo alcanzó, sino que lo superó con creces en una profesión que le hacía vislumbrar un futuro como desempleado. No se trataba de una premonición, porque en pleno presente, los aires de democracia representativa se estaban convirtiendo en verdaderos huracanes. Si bien su padre ya torturaba como todo un profesional en la cárcel de La Rotunda, en tiempos del dictador Juan Vicente Gómez, tenía serias limitaciones que le imponía la ética del viejo tirano, quien, atento a los desbordes de su verdugo, giraba instrucciones a su hombre de confianza, el coronel Eloy Tarazona, para que no se le pasara la mano, pues muertos sus enemigos de nada le servían, en cambio vivos y con un buen aliciente, eran capaces hasta de traicionar a su propia madre. Vivía con la creencia (y no le faltaba razón) de que quienes le rodeaban, conspiraban día y noche contra él, quizás viéndose en su propio espejo. Sin embargo, el oficial Pancracio Antonio Cabeza, se hacía el desentendido ante aquellas observaciones. Su frase más conocida en los cuarteles producía escalofríos en las celdas de los presos políticos: “*Si paso un día sin torturar a alguien, se me jode la digestión*”. Esa parte de su biología debió heredarla el hijo, cuya vida social se veía limitada debido a



una flatulencia crónica que lo aquejaba desde niño, y a unos esfínteres endebles que le hacían pasar vergüenza ante la concurrencia, y que intentaba disimular usando ropa interior rellena con carbón vegetal rayado. Una fórmula inventada por el padre que Cabeza continuó utilizando hasta la vejez, creyendo fielmente en su eficacia, pues era hartamente conocido que el carbón granulado tenía la virtud de absorber los vapores de los gases de forma natural. Nunca notó, al igual que sucede con quienes padecen de mal aliento, que quienes lo rodeaban si percibían las terribles flatulencias de su mala digestión. Cada una de ellas era una tortura, pero, para evitarse conflictos innecesarios, sus subalternos preferían aguantar la hedentina sin mostrar ninguna señal de repugnancia. De allí le vino el apelativo de “Pepe Zorrillo” del cual todo el mundo estaba enterado menos el propio Martín Cabeza. Lo único que le desagradaba, en el uso de la técnica carbonífera, era verse el culo teñido de negro cuando se miraba al espejo, cada noche antes de acostarse.

Su infancia no fue precisamente la de un niño feliz. Siendo único hijo mimado por la madre y educado estrictamente por el padre, como si fuese un soldado en el ejército, no tuvo la gracia de interactuar con otros chiquillos de su edad. Y los pocos con los que lograba juntarse en corto tiempo se alejaban con pretextos traídos de los cabellos que Martín prefería entender (y no estaba tan equivocado) como desprecio hacia su persona. También, en muchos casos, lo hacían por petición o exigencia de los familiares que, siendo compañeros de labores del padre, temían la idea de que “de tal palo, tal astilla”. Algo innecesario porque los mismos pequeños, por instinto, advertían en “Martincito” una condición que causaba temor. De modo que toda su infancia la vivió en aislamiento social, apenas con los padres para arriba y para abajo, como un bulto que había que acarrear ante la poca sociabilidad que el chico exhibía.

Debido a esa condición, que los padres atribuyeron a una enfermedad mental desconocida, prefirieron educarlo en casa con el auxilio de una institutriz que el mismo general Gómez, ya en sus últimos estertores, recomendó para que aprendiera a leer y escribir y enorgulleciera a sus padres, tal como el mismo general había aprendido, aunque por haberlo hecho muy tardíamente no pudo enorgullecere a los suyos. Así, el chico Martín pudo obtener un certificado que lo acreditaba como graduado en educación primaria, diploma que se le otorgaba al poder determinar, eso sí, con sumo esfuerzo, cuál era el sujeto y el predicado en una oración sencilla, entender la complejidad de las matemáticas cuando finalmente la institutriz logró demostrarle que 2 y 2 no era una unidad en sí, sino la suma de dos unidades iguales cuyo resultado sería otra unidad nada parecida a ninguna de las dos primeras, y le hizo ver el mundo en miniatura usando una naranja como ejemplo, ya que la tierra no era plana como una tabla y nadie iba a caer en el vacío si alcanzaba uno de sus extremos. Un gran logro para un chiquillo solitario, antisocial y extraño, sobre todo en un país en donde un alto porcentaje de la población era analfabeta. Era lo más natural que, una vez cumplida la mayoría de edad, Martín Cabeza Pacheco, ingresara al servicio militar, y, sabiéndose hijo de Pancracio Cabeza (ahora con el regreso de la dictadura, luego de un breve ensayo democrático), no desperdició la oportunidad de colocarse a las órdenes de uno de los cabecillas de la junta militar, precisamente el coronel Marcos Pérez Jiménez, quien, sin darle muchas vueltas a la cabeza, lo nombró su edecán. Años más tarde, una vez consolidado el régimen tiránico, Martín Cabeza se convertía en el oficial indispensable de la prestigiosa Seguridad Nacional, la policía política del autócrata, que estaba encargada de sembrar el terror sin medida en todos los espacios abiertos y clandestinos que olieran a conspiración.

Cabeza sobreviviría a la caída de la dictadura en 1958, lograría esconderse por un par de años trabajando como jefe de seguridad (así le gustaba

llamarse, pero en realidad era portero) de un prestigioso burdel en donde no le hicieron muchas preguntas, ya que los propietarios eran también unos prestigiosos militares del viejo régimen y de la nueva democracia, aliados ahora en cuanto negocio rindiera dividendos. El país se encaminaba así en la búsqueda de nuevos derroteros, en un “quítate tú pa’ ponerme yo” que culminó en un pacto entre partidos que mandó al traste a los de la izquierda, por lo que, en poco tiempo, de nuevo, se iniciaba otro proceso de armas tomar, entre rebeldes y serviles, o entre serviles y rebeldes, dependiendo del ángulo o de la ideología dominante en cada uno de los bandos.

El caso es que ahora, pisando los años setenta (cuando ya Martín Cabeza, era un connotado inspector de la policía judicial, luego de una década de haber ingresado a la policía política, apenas iniciada la democracia representativa, y prestando un servicio invaluable al país durante todo ese tiempo, y el que le faltaba), se enorgullecía de su capacidad como buen sabueso, y felicitaba al grupo comando que acababa de enfrentarse en igualdad de condiciones (eso lo dejaba bien claro, por si había alguna duda en cuanto a los muertos hallados en el lugar de la emboscada) con el peligroso y más buscado delincuente en todo el territorio nacional. El parte entregado al ministro del Interior, escrito de su puño y letra, especificaba cómo había sido el enfrentamiento entre la banda del Ratón y sus efectivos policiales, y cómo estos seres de baja *kalaña*, *luego de aber descargado toda su artillería contra el comando policial asesinando a ocho efectivos policiales y dejando mal heridos a otros cinco, abían uido despavoridos abandonando a su jefe a la deriva, desauciado como un perro cayejero karcomido por la zarna. Por encontrarse el susodicho en el medio de la bataya dirigiendo la arremetida de sus hombres, y jugando a su pacto con el demonio, pretendió ser inmune a los proyectiles, creyéndose el cuento de la gentusa que lo consideraba inmortal a cuenta de la prensa sedisiosa que lo mataba y lo resusitaba cada sierto tiempo. Por ello recibió más de*

trecientas (50 + 50 + 50 + 50 + 50 + 50) perforaciones en todo su cuerpo ráfagas a diestra y siniestra que de seguro también provenían de su propio bando. ¡¡Pobre diablo!! rata de alcantariya indicna de ser tirdada como el delincuente más buscado del territorio. En vista del caos reinante también resultaron eridos una decena (10) de parroquianos que a esas horas de la mañana se dirigían a sus labores, y fueron sorprendidos por la balasera. El cadáver fue recojido horas después en medio de un amplio operativo policial, viéndonos en la necesidad de usar bombas lagrimógenas ya que la gentusa intentó yevarse el cadáver del ociso fayecido, ya sin vida, para darle cristiana sepultura. Algo increivlemente insensato de toda sensates de credibilidad de ser cierto toda esa prafernalía de que era el mismo demonio encarnado en un ser umano, Bencebú para los que no conocen bien la jerga de los brujos del barrio, Mandingo para otros y el Zatanás, anticristo y leviatán para los que sepamos de manera sabida cuales son los alias de ese señor que abita en el aberno. Demás está decir que al ser traslado el cuerpo a la morgue forense, el doltor no evidenció en el mismo, cachos en su cabeza ni tampoco que el cuerpo oliera a azufre, pero si comprobó que el cadáver olfateaba a mucha porvora, creemos que eso se debió a los cartuchos de escopeta que guardava dentro de sus ropajes, y que deven aber explotado durante la balasera.

De todo lo susedido acemos costar en este informe enbiado a su despacho, su excelente, Ministro del interior, filmando abajo con nuestra propia rubica, sirbase confirmar recivo de la misma.

Por el comando policial: impectol

Martín Cabeza Pacheco.

A sus enteras oldenes.

Cuando Clarisa pasaba a su segundo año de Medicina en la Universidad Central, yo, recién graduado de bachiller, entraba a ella por la puerta trasera. Había crecido tanto a nivel “*intelectual*” que la cabeza me explotaba con cuentos, historias, novelas, poesía y política. Era toda una esponja llena de citas, de experiencias ajenas, de revoluciones foráneas, de líderes mundiales. Me había distinguido como dirigente estudiantil, no precisamente por incendiar llantas en medio de las avenidas, o por el lanzamiento de bombas molotov desde las alturas o por apedrear autobuses que circulaban por la vía pública, en franca provocación al movimiento estudiantil, sino por un discurso que cautivaba tanto a profesores como a alumnos. Una frase cliché tras otra, bien hilvanadas, supuestamente, hacía que todo lo que surgía de mis labios pareciera una fuente llena de conocimientos. En realidad, no tenía un lenguaje propio, más bien era una especie de imitador, de ventrílocuo de feria, pero cautivaba con aquella verborrea infinita de joropo llanero (el Chino Mata se quedaría pendejo ante ella). Acababa de descubrir la palabra, su uso y su efecto en el público. Alguien dijo “el chico es un pico de plata o un gran hablador de paja”. Y mientras a los demás se les podía catalogar de arrojados o cobardes, dependiendo de sus acciones muy violentas o muy recatadas, a mí se me respetaba por el simple hecho de que hablaba sin parar, haciendo que sabía, sin saber de nada. “*Les digo esto con conocimiento de causa*”, una frase que leí en algún lado, un diálogo de alguna novela policiaca que se quedó “*escaldada en mi cerebro, como marcada por un fierro al rojo vivo*” (otra oración cliché, que seguramente también se me grabó de algún texto revolucionario). Esta actuación en la secundaria me abriría las puertas en mi entrada a la universidad, recinto que ya no me era extraño puesto que

desde el bachillerato todas las reuniones políticas a la que asistía se celebraban en su seno, y, andando en esas prerrogativas, de vez en cuando me encontraba con Clarisa en el cafetín de Medicina Tropical, ella siempre enfundada en su bata blanca, ignorando que ataviada de esa manera me hacía recordar nuestra niñez, cruzando avenidas y calles tomados de las manos, ganando aceras a tempranas horas de la mañana, ella almidonada cubierta con su guardapolvo blanco de neblina sublime, rumbo a una escuela idealizada, que se me hacía lejana en la imaginación. Crecimos más rápido en el tiempo quimérico que en el físico, y avanzamos tan vertiginosos que el tiempo mismo se quedó atrapado en el pasado. Si bien las reuniones políticas tenían alguna importancia para mí, Clarisa era el motivo principal y único de mis actuaciones. Y nada más importante que decirle: “Estaba reunido en la Federación de Estudiantes universitarios”, mientras fingía que aquellos encuentros eran casuales, gracias a la cercanía del cafetín con el lugar del encuentro. “Sí”, respondía ella con un sííí que alargaba la i con acento en señal de admiración (una admiración que más tarde comprendí no era tal). Pero hasta ahí llegaba todo mientras consumíamos la taza de café y compartíamos unas galletas de chocolate que yo cancelaba con el sueldo de la imprenta. Mi marxismo estaba colmado de amor y mi leninismo preñado de tristeza. Luego nos despedíamos con la promesa de siempre (la mía, no la de ella) de vernos el fin de semana en la casa de Donatela y Pedro del Castillo (así yo, a estas alturas, nombraba a mi madrina y a su padre) o de tropezarnos a las puertas del sanitario a la espera de una prenda íntima, oculta por una toalla recién usada, que me regresara el optimismo de mi niñez y de la primera adolescencia; porque ahora me encontraba en la segunda, en el umbral que me conducía a la adultez, a pesar de vivir una madurez precoz a fuerza de afiches, volantes de protesta y citas inentendibles de lecturas más inentendibles aún.

Clarisa llenaba mi vida de sueños, y yo intentaba convertir esos sueños en realidad, escribiendo en mi tiempo libre mientras permanecía confinado en el cuchitril de oficina que me había asignado su padre como director de arte. Mi madrina Donatela era el otro tema que me asaltaba, y su historia con el Chino Mata, quien también merecía un espacio en las páginas que a diario tecleaba en la vieja Remington con su cinta corrediza a dos colores que era como de principios de siglo y pesaba dios y su ayuda. Con el negro, narraba la historia que consideraba importante, y con la roja, aquellos conceptos que debía poner en remojo para ser revisados más adelante, cuando ya me quedara sin ideas, cuando la memoria me fallara o bien cuando no tenía la inspiración suficiente para continuar el texto. Estando en esta actividad surgieron como una sombra perturbadora las versiones que sobre el Ratón se escuchaban en el barrio. Entonces me dije que si escribía paralelamente ambas experiencias, cuando me cansara de una de ellas, podía recurrir a la otra. De esta manera mi mente reposaba, y mis nostalgias de aquella casa y su árbol mágico de guayabas quedaban congeladas en mi memoria. Las historias del Ratón, sin embargo, eran más sencillas. Solo debía tener las orejas bien dispuestas a escuchar, para luego anotar una que otra anécdota e investigar la validez de las mismas. No era necesario desperdiciar mucha imaginación. Para eso estaban la Biblioteca Nacional y las páginas de sucesos de los diarios. Con los poemas era diferente, y como todos hacían alusión a Clarisa y a mi madrina, me cuidaba mucho de no dejar en la papelera ningún resquicio de ellos que me descubriera ante el jefe, quien siempre estaba atento a las cosas que yo escribía. Se asomaba por el vidrio del pequeño ventanal que me separaba de las máquinas, y su visera de impresor siempre me tomaba de sorpresa, de modo que el susto era mayúsculo: “Alguna vez me dejaras leer tus poemas”, me dijo un día. Me habría gustado alguno de sus comentarios, pues era un lector consumado, pero eso supondría que tenía que cambiar algunas décimas ya escritas a lo Violeta Parra.

*Volver a los diecisiete*

*después de vivir un siglo*

*es como descifrar signos*

*sin ser sabio competente.*

*Volver a ser de repente*

*tan frágil como un segundo.*

*Volver a sentir profundo*

*como un niño frente a Dios.*

*Eso es lo que siento yo*

*en este instante fecundo.*

Por supuesto yo lo hacía de la otra manera, y escribía:

*Brilla tu rostro Clarisa*

*al sol saliente y crudo*

*también me robas la luna*

*dejando a oscuras tu sonrisa.*

*Clarisa.*

*Brillas incluso entre sombras*

*ante un amor inesperado*

*un Chino mal venido de lejos*



*que solo me dejó tus sombras*

*...de sobras*

Y con respecto a Donatela se me ocurría:

*Me conmueve verte llorosa*

*consumida en tu propio espejo*

*decepcionada del amor perdido*

*mi Donatela maravillosa.*

*Me duele cómo te maltratas*

*despreciando tus sueños por venir*

*te digo que amarillos sobran*

*si de Chinos venidos a menos te nombran.*

Evidente, Pedro del Castillo estaba destinado a no leer jamás uno solo de mis escritos. Y aunque hubiese prescindido de los nombres, era lo suficientemente inteligente para deducir quiénes eran los personajes allí expuestos. El Chino infame me delataba a distancia, y sin este personaje el poema perdía toda esencia espiritual. Sin embargo, siempre estuve dispuesto a que leyera mis notas sobre las aventuras del Ratón.

Con respecto al Chino Alejandro (Alex, como le decía ella, Alejandro Mata Guerra como era su nombre completo, y el Chino Mata para los amigos), no sé qué veía en él Clarisa. Bajo de estatura (por no decir enano), cabezón, frente amplia, pómulos salientes, nariz chata (de allí lo de Chino), cuerpo en absoluto atlético, mirada sádica (esta es mi parte subjetiva), risa sarcástica y burlona (también parte de mi subjetividad) manitas de quien

nunca ha trabajado en su vida y patitas de niño (debía calzar entre 28 y 32, parte objetiva), no era desde mi punto de vista precisamente un Adonis. En un circo, de seguro, habría sido la gran atracción.

Para ejercer autoridad solía encender una pipa cuando nos enfrentábamos en ajedrez. Todo esto sucedía mucho antes de ser develado el escándalo que llenó de indignación a Donatela. El desfloramiento de la hija de sus ojos, en vez del resarcimiento de su juventud perdida. Era un embaucador en todo, menos en literatura. Nunca me expliqué cómo lograba ganarle al viejo Pedro del Castillo constantemente manteniéndolo a la defensiva, sin darle tiempo a respiro. Lo que mayormente me desagradaba era su burla ante el triunfo, ese irrespeto de quien se cree más inteligente que los demás (vainas de enanos). Por mi parte, cuando me tocaba enfrentarme a quien yo pensaba podía ser mi futuro suegro, cometía de vez en cuando algún error adrede para darle chance a que superara alguna falta con la cual me colocara en aprietos con dos o tres movimientos usando el caballo y el alfil. Creo que nunca lo notó. Ganaba el juego y se comportaba como todo un caballero inglés. “Te doy la revancha”, me decía de inmediato, y nos enfrascábamos de nuevo cambiando las fichas, yo las blancas y él las negras, o bien, yo las negras y él las blancas. Al superarlo y lograr el empate, yo me comportaba acorde con su ejemplo y me tocaba decir: “Ahora vamos por el desempate”, y así pasábamos toda una tarde de sábados con mis idas y regresos del baño en busca de una prenda íntima que, poco a poco, se fue desvaneciendo tal cual como se evaporaba la neblina del barrio desde las alturas, cuando los rayos del sol inclemente la obligaban a descender hacia el mar, en busca de protección entre los brazos de Tritón.

Araminta Irazábal era el deseo de mujer convertido en realidad para todos los chicos que surgían de la adolescencia y entraban a la denominada edad adulta. Una adulez de papel que les permitía a los cuerpos policiales recorrer el barrio en redadas para enrolarte en las Fuerzas Armadas, pues, para los varones, era obligatorio cumplir el servicio militar por dos años. Las únicas formas de obviar este requisito eran: poseer credenciales o “papeles” en los que demostraran estar casados al menos por el civil; estar cursando estudios de secundaria o universitarios; ser hijo único o padecer de una enfermedad incurable, amén de sufrir de algún defecto físico, entre los que se contaban el hecho de tener los pies planos, calzar un número inferior al 38, tener una estatura inferior al 1,70. metros y ser corto de vista. El caso es que todos los adultos con papeles para no ingresar al conscripto o sin ellos para sufrir las calamidades del cuartel durante dos largos años, suspiraban por Araminta Irazábal. El Enano terminó siendo uno de los reclutados porque carecía de papel (aunque medía menos de lo establecido y probablemente sus zapatos no llegaban al número 38), solo que, a diferencia de los que se quedaron a soportar las humillaciones a que eran sometidos por sus superiores, optó por darse de baja él mismo, antes de cumplir el tiempo reglamentario. La desertión lo obligó a militar en la guerrilla previendo, con buen olfato, ser hecho prisionero por la policía militar. Su primera misión en la montaña (bajo la sospecha de que podía ser un infiltrado) fue enseñar a los nuevos prospectos de milicianos a usar el rifle FAL, de fabricación belga, para hacer la revolución proletaria de fabricación rusa. Seguramente cambiarían a un Kalashnikov, a una vuelta de esquina, si seguían el ejemplo de los héroes del asalto al cuartel Moncada.

— ¡Significado de las siglas del FAL, señores! —Así inició, ante los novatos, su clase magistral.

— ¡Fusil automático ligero camarada Enano! —respondía la tropa.

— ¿Forma, procedimiento o método de activación?

—Mediante fusión de gas, camarada Enano —aseguraba a todo pulmón la milicia, mirada al frente, fusil al hombro y estruendo de botas.

— ¡Tipo de cerrojo!

—Cerrojo oscilante, camarada Enano.

— ¡Cadencia de tiro!

—Entre seiscientos y setecientos disparos por minuto, camarada Enano —se desgañitaba la tropa (garganta animosa, cuerpo macizo, talante invencible).

— ¡Alcance efectivo! —gritaba Belgrano, digo el Ratón, perdón el Enano.

—Seiscientos metros, camarada Enano —rugía la milicia (mirada tenaz, agudeza en el rostro, actitud salvaje).

—Alcance máximo, buenos para nada —comenzaba a creérselas el camarada Enano, mientras se elevaba el bramido de la cuadrilla.

—Ochocientos metros, camarada ¡Enano! —se exaltaba la falange (compacta, segura, infalible).

—Cargador extraíble recto, cuerda de vagos —se ponía más eufórico el futuro Ratón.

—Cargador extraíble de tipo recto con veinte proyectiles, mi instructor, camarada, Enano —respondían a una sola voz los combatientes.

—Seguro de eso, pequeños burgueses de mierda —aceleraba el instructor, camarada, sargento, Enano y futuro Ratón su adiestramiento, con tanta

vehemencia que sorprendió al comandante Máximo quien de inmediato vio en Belgrano una excelente adquisición en el “arte de la guerra”. Más tarde le preguntaría si en su trayectoria revolucionaria se había aproximado a Sun Tzu, a lo que Belgrano respondió que a ese no lo conocía, pero más le había gustado el Ling Hou.

—Contenido profundo —preguntó el comandante.

—No sabría decirle, pero las lumpias son del ¡carajo! —respondió Belgrano.

—Ja, ja, ja, ja —se carcajeó el comandante—. Este enano siempre jodiendo con su buen humor.

—Seguro, tropa, que son 20 proyectiles en el cargador extraíble —rugió el desertor dirigiéndose a la tropa, para la que ya no era desertor, sino un prófugo de la justicia burguesa y tiránica, y un gran enano, siempre jodiendo con su buen humor.

Se hizo el silencio en la milicia hasta que un alumno sobresaliente asomó que el FAL podía llegar a tener treinta proyectiles en su cargador extraíble.

—Así es —rugió de nuevo la voz de alias el Enano, que ahora había pasado de ser enano a ser un gigante mítico medieval.

— ¡Treinta, hijos de puta! ¡Treinta, coño, treinta! No cinco, no diez, no veinte, cuerda de riquitos frustrados, hijitos de papá, maricones todos. ¡Treinta! —Y en ese instante, al ver la cara de la tropa consternada, humillada, desvalida y... a punto de desertar, cargó (no el fusil, sino la otra pregunta):

—Velocidad.

—823 metros por segundo, mi comandante en jefe, instructor, sargento de tropa, camarada Enano y jodedor insigne!

—Peso

—Cuatro kilos trescientos gramos, mi instructor, camarada Enano, sargento de tropa, alférez mayor, jodedor insigne y lector acucioso del camarada Ling Hou —respondieron los combatientes a viva voz, con lo cual Belgrano... y el comandante, Máximo Bravo, quien lo observaba a la distancia, se dieron por satisfechos.

Pero a Belgrano, alias el Enano y futuro Ratón, le quedó la última pregunta para sí mismo, que quiso hacer, pero no hizo: ¿Cómo seguir vivo ante una asonada enemiga? Y la respuesta le llegó de inmediato: “Nada como correr hasta no parar, nada como esconderse en donde menos el enemigo espera que lo hagas”. Ya lo había experimentado al desertar del ejército. Ahora, en plena guerrilla, había aprobado el examen, había superado la insidia, la sospecha. Era un real desertor del ejército. ¿A quién se le ocurrió pensar que Belgrano podía ser un infiltrado?

Poco tiempo duró la controversia, ante su llegada, o su regreso, cuando todos olvidaron su verdadero nombre, cuando sus camaradas de la guerrilla no sabían si llamarlo Enano, camarada Enano, comandante Enano o simplemente Ratón enano. De modo que, recordando la Ley Campoamor, cada quien lo veía como lo quería ver, por aquello del cristal, etc., etc., etc., hasta su regreso de la guerrilla cuando todo el mundo lo vio como tenía que verlo.

Por un tiempo me mantuve alejado de aquella casa luego de la decepción amorosa de Donatela. Las reuniones políticas se encargaban de llenar ese vacío. Había tomado la decisión de no regresar mientras la tristeza no se

me borrara del rostro. Pasarían unos meses, un semestre, quizás, hasta que me aparecí un domingo, sorpresivamente, con el rostro igual, pero con varios pretextos bien elaborados por si les había hecho falta. Aún en la casa grande nadie se había enterado de que yo era un “entusiasta” dirigente estudiantil. No ocurrió lo que yo esperaba: un alborozo, una reclamación, algún reproche por el tiempo desaparecido. Así que mis expectativas se quedaron para ser guardadas en el baúl de los recuerdos. Como siempre, llegué con los regalos que solían encantar a mi madrina y a su marido. Una excusa que solía utilizar cuando mis extravíos se alargaban por varias semanas. Ella tomó su disco de 78 revoluciones sin mucho entusiasmo. Volvía a ser la de siempre o, mejor dicho, la de antes. Había perdido la frescura, el donaire, la juventud milagrosa que por un tiempo le había suscitado la llegada del Chino Mata a su vida. Pedro, por su parte, agradecía con generosa efusividad *El laberinto de la soledad*. Ya había oído de Octavio Paz, pero no tenía la edad ni el entusiasmo para andar saltando de librería en librería, buscando sorpresas literarias para “matar la incultura”. Vivió un par de años en México luego de salir de Cienfuegos, animado porque en ese país se encontraba exilado Fidel Castro; además, porque era fanático de Mapita Cortés. Pero su visión sobre los pobladores no era precisamente de alabanza, de allí su entusiasmo por leerse a Octavio Paz. Nada comparable a Venezuela, me aleccionó, luego de leer la contratapa del ensayo. Donatela tomó el disco y de inmediato ella y Clarisa, se dirigieron al cuarto de la música. Al instante, Pedro y yo escuchábamos la voz de Camilo Sesto, interpretando “Vivir así es morir de amor”, del álbum *Sentimiento*.

*Vivir así es morir de amor*

*con razón tengo el alma herida*

*Por amor, no quiero más vida que su vida*

*Melancolía**Siempre me voy a enamorar**de quien de mí no se enamora...*

Esa tarde volví a recordar la vieja escena, vi de nuevo lo que mi madrina se negó a ver durante el asilo de meses otorgado al Chino Mata, a la espera de que se abrieran de nuevo las puertas de la Universidad Central. Rememoré aquella mañana de domingo en la que me guardé lo que vi, en aquellos ojos tan tristes y desolados. Comprendí que el amor era una cosa terrible para nosotros, los invisibles visibles, cuando toca a la puerta de un solo lado. Aquel disco sonó una y otra vez, una y otra, una y otra... la cara A, luego la cara B, y de nuevo la cara A y luego, otra vez, la cara B, mientras Pedro del Castillo y yo escuchábamos las voces surgidas del acetato, y las de Donatela y Clarisa, hermanadas, que se sumaban al coro, subiendo y bajando de tono, acorde a la circunstancia, unas veces con la voz quebradiza y otras altisonante, como queriendo superar la distancia, esa que se había quedado en el pasado; en el amor perdido, por desilusión o por obligación. Entre tanto, Pedro con las piezas blancas (saliendo con su jugada típica, intentando el jaque Pastor, que todo jugador conocía), y yo con las negras (azuzando el caballo, a lo Bobby Fischer, para evitar que en dos jugadas más colocara uno de sus peones en posición de jaque) dejábamos atrás (sin exhibirlo por orgullo, ni uno ni el otro), el dolor que nos causaba ser tan, pero tan invisibles como para no ser tomados en cuenta: él por su Donatela querida y yo, por una Clarisa que me había cambiado por un enano universitario. El disco siguió girando hasta el cansancio, hasta que abandoné la casa sin despedirme de Donatela ni de Clarisa, para no perturbar la armonía o la pena que las aquejaba. Logré, en mi salida, hacer apenas un leve gesto de hasta la próxima a Pedro del Castillo, abandonado a su soledad sin mi presencia, y a su suerte. *“Sin amor*



*tengo el alma herida*”, siguió conmigo en mi caminata hacia la parada del bus. Lo tarareé sentado sin perturbarme por los cambios de velocidad y el sonido estridente de la caja del colectivo, hasta mi regreso al barrio, que tardó unos 45 minutos. La letra me acompañó subiendo las escaleras empinadas para llegar a casa. Dormí con Camilo Sesto o, mejor dicho, con aquella letra: *“Siempre me voy a enamorar de quien de mí no se enamora...”*, un sueño a punto de pesadilla, un *“sin amor, no quiero más vida que tu vida... Melancolía”*, que no salió de mi cabeza la noche de ese domingo, hasta el día siguiente, cuando desperté de súbito al recordar que tenía reunión en la sede estudiantil en la universidad, donde debía presentar un plan de propaganda. Saliendo airoso de la prueba, me fui directo al cafetín de Medicina Tropical. Era la hora en que Clarisa lo frecuentaba. Una rutina de la cual yo había tomado nota para inventarme unos encuentros casuales con ella, que no siempre me daban resultado, desde que ella inició sus estudios en esa Facultad. Al entrar me enteré de que no era yo el único que se encontraba con Clarisa, de vez en cuando, en aquel lugar de mis ensueños. En mi caso se trataba de una casualidad provocada, pero aquella mañana, al verla ensimismada como siempre, y a punto de llegarle como siempre, apareció el Chino Mata, a quien nunca antes había visto en mi lugar de siempre. Llegaba con dos cafés y un par de las mismas galletas de chocolate que yo compartía con Clarisa siempre. Le había pasado por el lado cuando estaba cancelando en la caja, y no me percaté de ello. De lo contrario, habría salido en huida veloz como lo había hecho en otras ocasiones ante su presencia. El saludo no fue nada afable. Acababa de descubrir lo no descubierto, acababa de revelarse lo oculto ante mí y ante todos los moradores de la casa grande llena de nostalgias. Aquel encuentro resultó incomodísimo. Su rostro, el de Clarisa, se sonrojó de tal manera que parecía haber cumplido con creces el precepto atribuido a Jesús en los evangelios de Lucas y de Mateo (es decir, le habían dado par de sopapos en ambas mejillas). Se les notaba que no era de su agrado mi sorpresiva

aparición. Por fortuna, en medio de lo embarazoso de aquel momento, apareció milagrosamente Dalila Yugoslava. Hacía una entrada magistral para mí. De pronto, se volvió una heroína mítica, y me vino una excusa rayana a la mente: “Caramba, carambolas”, dije. “Ya les presento a Dalila, mi novia con quien quedé en desayunar aquí luego de nuestra reunión en la Federación, mientras comienza la segunda tanda”. Y de inmediato hice una señal a Dalila alzando la mano y lanzándole un beso al aire. Ella no entendió nada, pero también saludó a la distancia de forma automática (sin beso a la distancia ni al aire), sorprendida ante mi gesto, pues si había algún ser en esas reuniones políticas con el cual no existía la más mínima empatía, era precisamente con Dalila Yugoslava, y de más está decir que la repulsión era mutua. Clarisa no dijo ni pío, no soltó una palabra, parecía estar asfixiándose, y eso que no había probado bocado. El Chino le restó importancia a la sorpresa, digo, al encuentro. Creo que, por el contrario, se alegraba del descubrimiento, probablemente con la seguridad de que yo llevaría el chisme a los oídos de mi madrina. Así, ante lo expuesto por Jesús en el sermón de la montaña, “no responder al mal con el mal” (por aquello de poner la otra mejilla), el Chino respondía a mi madrina con la ley del talión... Lucía ansioso de que yo fuera con el chisme a la casa grande. Pero se equivocó, guardé el secreto e hice como si eso nunca hubiese sucedido, a pesar de los frecuentes encuentros posteriores que tuve con el Chino (que ahora, al parecer, se había dedicado a cazarme en el cafetín de Medicina Tropical), quien, sin ningún escrúpulo, se dedicaba a narrarme todos los eventos sexuales que tenía con Clarisa en los hotelitos de tolerancia diseminados por los alrededores de la universidad, cercanos a la plaza Venezuela.

Pero volviendo a la sorpresa, que no era sorpresa, sino casualidad provocada, y la llegada de Dalila Yugoslava al cafetín, yo (antes de ser testigo de la muerte de Clarisa por asfixia mecánica) opté por despedirme

fingiendo que a Dalila Yugoslava no le gustaba esperar cuando de encuentros se trataba. Me excusé y de inmediato me dirigí a la mesa donde la repugnante leía a *Frantz Fanon*, mientras tomaba su café a sorbitos cortos, como para que no se le terminara nunca hasta encontrar la página de “*Los condenados de la tierra*”, que marcaría (con un dobladillo en la parte superior derecha o izquierda, dependiendo donde hubiese un subtítulo o arrancase un nuevo capítulo) para levantar su mirada del texto y enfrentarse a la mía, llena de pánico ante un acto hostil de su parte que evidenciara mi falsedad frente a Clarisa del Castillo y el Chino Mata. Invadí su espacio ocupando el asiento a su lado y su sorpresa fue mayúscula. Creo que nunca antes me había mirado de forma tan repugnante, como yo jamás la habría visto verme tan repugnantemente en anteriores momentos, cuando también yo la veía a ella con la misma repugnancia con que ella me miraba en ese instante. No tuvo tiempo de hacer el dobladillo en la página, pero colocó su dedo índice donde yo interrumpía su lectura a la espera de que la dejara en paz, mirándome con doble repugnancia. Al tomar asiento entre la repugnancia mutua, no me quedó más remedio que confesarle el aprieto en el cual me encontraba, por andar propiciando casualidades no casuales. Como si las casualidades no fueran casuales, por eso mismo de no ser propiciadas casualmente. Para mi sorpresa (la palabra sorpresa parecía estar presente en toda aquella mañana), Dalila Yugoslava no solo entendió mi condición penosa, sino que la comprendió como nadie me había comprendido desde los tiempos de las prendas íntimas dejadas a voluntad por una Clarisa del Castillo que yo amaba con locura. Y, entonces, ocurrió lo que no tenía que ocurrir. Lo que ocurre cuando se improvisa una ocurrencia y se desestima una casualidad provocada.

Y, a su manera, Araminta Irazábal lo vio, o lo miró, e igualmente a partir de ese mismo momento ningún hombre, niño, adolescente, adulto, maduro o viejo volvió a ver a Araminta Irazábal como la veían antes de la llegada del Ratón al barrio. No había crecido físicamente, pero era un gigante ante la poblada. La imagen del guerrillero barbudo nada tenía que ver con aquel hombre que, de pronto, llegaba al barrio con ideas renovadoras y con dos pistolas automáticas en su cintura, un FAL colgando del hombro derecho y una hediondez espantosa. Tras de sí, doce milicianos esperaban sus órdenes. Él simplemente dijo: “Descansen”, y todos respondieron al unísono con final de película: “Lo que usted diga, camarada Enano”. Y, en ese momento histórico, el barrio fue testigo, por primera vez, de cómo el enjambre guerrillero, enclaustrado en las montañas, de pronto bajaba a la ciudad buscando nuevos aires para su sobrevivencia. Esto (nadie lo mencionó) se hacía patente bajo el mando del “comandante Enano”, a quien, siendo apenas un miliciano más, no le queda grande el rango que ellos le asignaron.

La prensa escrita entonces estaba en lo cierto, la radio y la TV se cansaron de desmentir su existencia. Ahí estaban ellos, vestidos de verde oliva, barbados, cansados, hastiados, derrotados, pero el barrio no lo sabía y los recibía como héroes, como vencedores (igual también recibían al ejército cuando los soldados llegaban a la barriada armados hasta los dientes).

Y, como en una de esas espantosas novelas televisadas, Araminta Irazábal corría a sus brazos. Habían sido novios antes de que fuese reclutado, pero, como era tan pequeño y escuálido frente a decenas de pretendientes que lucían imponentes, aquel chico, antes de ser el Ratón, no parecía ser un rival sobresaliente en busca del amor de aquel portento de mujer. Ahora era su dueño y señor, y no hacía falta un matrimonio civil para eludir el servicio militar, ahora solo había que amarse hasta la eternidad.

¿Y qué era la eternidad para el Ratón?

Bueno, eso nadie lo sabía, ni siquiera el mismo Ratón, a quien la poblada no identificó sino en los días posteriores al “desembarco”. Nadie supo tampoco que Araminta Irazábal lo había reconocido en medio de aquellos hombres, pues, si bien ella lo recibía con los brazos abiertos, las otras chicas del barrio hacían lo mismo con el grupo de jóvenes desvalidos. Todo era un alborozo. La pregunta a flor de labios era si también hacían lo mismo con la llegada del ejército enemigo, pero eso ningún miliciano lo preguntó, o se atrevió a preguntar. Bastante abstinencia sexual —y sin poder autocomplacerse— habían pasado en esas montañas endemoniadas sin imaginar cómo era el cuerpo de una mujer. Un descuido como ese, un fugaz sueño erótico, podía significar la muerte a manos de un francotirador oculto en la penumbra, incluso de su mismo bando.

Había transcurrido un tiempo largo desde la desaparición de aquel estudiante aventajado de la Universidad Central (como todos daban por entendido) que organizaba a los vecinos en su actividad comunitaria. Nadie concibió cómo, durante todo ese lapso, Araminta Irazábal pudo mantener su castidad intacta, siendo la hembra más apetecida por la población masculina de aquella barriada. Solo ella conocía sus sentimientos, solo ella intuía un pronto regreso, porque nunca se enteró (como no se enteraba ninguna madre de barrio cuando sus hijos desaparecían en la penumbra de los cuarteles) de que había sido reclutado, puesto que, si así hubiese sido, a los conscriptos se les concedía a los meses un permiso para visitar a sus familiares, y fueron muchos los que ella vio pasar por el frente de sus ventanales. Por decenas llegaban al barrio con sus uniformes de algas pasados de talla y su cristina colocada de medio lado sobre sus cabezas, prendas de las que se deshacían apenas abrazaban con alborozo a familiares y amigos, como si llegasen de una guerra lejana, de un largo viaje macabro,

de una terrible pesadilla estando despiertos. Ninguno de ellos le daba nuevas sobre el desaparecido. Pero eso no la desanimó y, de no ser por aquella mañana de “milagros inesperados”, cuando hicieron acto de presencia los barbudos verde oliva, Araminta Irazábal, probablemente, habría permanecido casta hasta su “último suspiro”. Pero aquella salida inesperada de la mujer más bella y triste del barrio, que se lanzaba a los brazos de aquel hombre barbudo, maloliente y vestido con harapos, llenó de esperanzas a los amigos y conocidos. A primera vista (tampoco a segunda ni a tercera) no se percataron de que se trataba nada más y nada menos que de su viejo amor, ahora llamado comandante Enano.

Regresaba acompañado, pero pronto se quedaría solitario, por los acontecimientos que se fueron desarrollando desde su llegada. Ocurrió que, en la barriada, los milicianos recién acoplados comenzaron a perder el respeto ganado antes de su partida, esa admiración que surgía de la nada ante la aptitud de servicio que nacía de ellos y de su espíritu voluntarioso y solidario. La autoridad que aquellos hombres impusieron se fue perdiendo en la medida en que ellos también se fueron pervirtiendo con las drogas, los abusos con el alcohol y los excesos brutales que rayaban en atropellos sin límites, en cuanto al trato con los pobladores. Aquellos hombres, de los que se afirmaba habían subido a las montañas para darle al pueblo una mejor calidad de vida ante la explotación del capital extranjero, se habían convertido en una pandilla nefasta, se sentían dueños y señores del barrio y se tomaban todo tipo de atribuciones imponiendo la ley de las armas. Lo que más molestaba a los vecinos, era la manera vulgar con la que trataban a las mujeres. Nadie se atrevía a enfrentarlos ni a denunciarlos, por temor a represalias. Por ser sus viejos camaradas, el Ratón se hacía el ciego ante estas atrocidades. Bebían en las esquinas hasta altas horas de la noche y, durante el día, vagaban cobrándoles coimas a los vecinos para otorgarles una supuesta seguridad que ellos mismos violentaban.

Desde la llegada de su hombre, Araminta disfrutaba de un idilio bien merecido, luego de un tormento de años. Su amado no podía creer que había permanecido virgen todo ese tiempo, y ella se quedó atónita cuando este le confesó que jamás en su vida, hasta ese instante, había conocido mujer alguna. Cuando estuvieron a punto, siendo tan jóvenes, de satisfacer ese deseo que los quemaba por dentro, luego de unos besos apasionados y ceñidos roces de cuerpos, él no quiso sucumbir ante el instinto animal que le resquebrajaba la razón. Hubiera podido, eso sí, arrancarles los ropajes y hacerla suya para siempre en ese sombrío callejón de orines rancios, cuyos vapores se concentraban con fiereza en los tabiques de madera durante los veranos. Ella seguramente no habría opuesto resistencia, pero Araminta Irazábal no se merecía un acto de tanta bajeza, de modo que sofocaron el calorón como pudieron y acordaron un encuentro al día siguiente en horas tempranas, sin saber que la desdicha estaba a la vuelta de la esquina. Esa mañana ella se quedó a la espera y él no apareció. Años tuvieron que estar separados hasta aquel encuentro, pero finalmente de nuevo estaban juntos y, esta vez, sí sería para siempre. Compartían la vivienda de dos plantas cuyas ventanas daban a la calle principal, ahora, bien asfaltada, y con faroles de luces amarillentas que permitían guiarse en las noches de espesa neblina. El barrio había crecido y los viejos ranchos, levantados a fuerza de tablones, cartón piedra y planchas de zinc, desaparecieron ante la modernidad impuesta por los concejos municipales. Araminta y su madre se encargaron de convertir su morada en un oasis para dos mujeres solitarias, una solterona y la otra viuda, por iniciativa propia. Si bien aquellos años los habían separado, en el presente, estos meses de reencuentro los habían unido, y aunque él continuaba corriendo riesgos a diario, al asistir a las reuniones clandestinas con los camaradas, ella no dudaba ni un segundo de que ese estar unidos para siempre no era un simple deseo ni un capricho asistido por la voluntad impositiva del ser humano en su arrogancia. Sin embargo, el destino no siempre nos conduce por la vía que

nos hemos propuesto. Los caminos de Dios suelen ser enigmáticos, y entonces ocurrió lo que tenía que ocurrir: lo inexplicable. Llegaba su hombre, como pocas veces al barrio, apenas entrando la noche. Caminaba calle arriba, guiado por la luz del tungsteno, y los saludos de sus vecinos y conocidos se mostraban apagados; otros, al verlo, entraban a sus casas disimuladamente para evitar mostrar sus rostros afligidos. “Algo está sucediendo”, pensó, pero no imaginó lo que el destino le tendría deparado desde ese día en adelante. Apenas traspasó la endeble puerta de la vivienda, la madre de Araminta se le fue encima llena de dolor: “Me la mataron, hijo mío, me mataron a mi hija, mataron nuestro sueño”. La sostuvo como pudo en sus brazos cuando la mujer se desvaneció, y desde ese momento en adelante aquel ser infortunado olvidó su propio nombre.

Dalila Yugoslava soltó una carcajada tan energética que todos los presentes en el cafetín de Medicina Tropical giraron sus miradas hacia nuestra mesa. La risa se contagió como una enfermedad venérea, pues ella no cesaba de reír mientras las lágrimas saltaban de sus ojos como tormenta de invierno y le inundaban todo el rostro. Por mi parte, trataba de calmarla pensando que tenía un ataque de repugnancia bucólica hacia mi persona, pero cuantos más intentos hacía para sacarla de ese estado, más se intensificaban sus contracciones. Aquel desequilibrio hilarante llamaba la atención de todos los estudiantes y profesores presentes en el local. Tanto que hasta Clarisa y el Chino Mata también reían, pero sin mucho entusiasmo (creo que con sospecha, pues ninguno de los dos tenía sentido del humor, y a lo mejor pensaban que nos burlábamos de ellos), ante aquella escena de locura teatral.

Muerta de la risa, Dalila Yugoslava se fue doblando hacia adelante mientras zapateaba desde su asiento como si bailara un nuevo estilo de flamenco



o estuviera pisoteando cucarachas: ¡Ay, no puedo más! (le escuché decir), y se agarraba la barriga, pero no paraba. Así continuó hasta caer debajo de la mesa algo avergonzada. Ya a punto de calmarse, y yo un poco abochornado, alce el mantel para mirarla y fue peor porque de nuevo, al verme, soltó otra carcajada más estruendosa que las anteriores: ¡Ayyy, no!, me voy a orinar. La volví a tapar con el mantel y escuché que decía, en medio de su hilarante estado, que no me asomara otra vez, porque si lo hacía, seguro se meaba los pantalones, porque de milagro podía contenerse ante mis locuras. El ataque se le fue pasando de a poco acompañado con un ¡ayy!, ¡ay! cadencioso y armónico, por lo cual yo no me atrevía a preguntarle sobre su condición urinaria. Me preocupaba en demasía que realmente se hubiese mojado los pantalones y, por pena, no quisiera salir del escondite por el que había optado, o bien conscientemente, o bien instintivamente, ante mi falta de tino al contarle el enredo en el cual me encontraba a su llegada. Logró salir finalmente, airosa, cuando ya no éramos el centro de atención en aquel local. (No se había orinado aún, solo un chorrito, me dijo, pero como estaba en sus días, la toalla sanitaria se había encargado de hacer lo suyo). De su ataque hilarante apenas quedaba un leve vestigio que se notaba en sus ojos brillantes. Sus labios, aún alargados coquetamente en forma horizontal, mostraban una mínima arruga a cada lado. No se estaba burlando de mí, lo aclaró apenas tomó asiento, solo que jamás le hubiese pasado por su mente que ella, precisamente ella, iba a ser mi salvavidas en ese instante bochornoso de mi existencia, teniendo en cuenta nuestra mutua repulsión.

—Ya ves —le dije—, los polos opuestos se atraen.

El comentario de lo sucedido con el bojotito en su prenda interior también llamó mi atención, probablemente debido a aquel recuerdo lejano, presente en aquella otra mesa de la discordia, apenas a unos cuantos metros de noso-

tros, hacia donde yo de vez en cuando miraba de reojo. Al respecto estuve a punto de contarle a Dalila Yugoslava acerca de mi obsesión infantil, pero no tuve el valor para hacerlo, no fuese a ser esto un detonante que le regresara el ataque de hilaridad y, en esta ocasión, seguramente la pequeña toalla protectora que funcionaba como dique entre sus piernas no resistiese la torrentera contenida en su vejiga. Una vez calmada la situación, le invité el café que correspondía a los encuentros “casuales” con Clarisa. Me sentí halagado cuando le propuse compartir unas galletas de chocolate y confesó que eran sus favoritas. De pronto tomé conciencia de que había olvidado la existencia de la otra mesa. El rival y la infiel abandonaron el local sin despedirse, y, por primera vez, ese desaire de infidelidades no me hizo mella. En medio del refrigerio, por extraño que pareciese, no tocamos el tema político al cual estábamos invitados: se convocaba a una gran manifestación en vista de la muerte de un estudiante a manos de funcionarios policiales. Ambos cursábamos el último año del bachillerato y desde años anteriores nos teníamos ojeriza. En la reunión se pensaba afinar los detalles, preparar las consignas y sugerir los respectivos mensajes impresos en los volantes, pancartas y afiches. Llegamos con bastante retraso al salón en donde se llevaba a cabo el congresillo estudiantil. Al chirrido de la puerta, todas las miradas se posaron en nosotros. Entendimos de inmediato el porqué de todas aquellas ojeadas nada discretas. Un porqué que nada tenía que ver con el retraso y sí con la sorpresa, por decir lo menos, de vernos a mí y a Dalila Yugoslava entrar emparejados. ¡Fin de mundo!, se oyó un murmullo solitario surgido desde un rincón del aula. Yo me sonrojé, pero a Dalila Yugoslava aquello le vino en gracia. Toda la representación estudiantil de Caracas y gran parte de la provincia estaba presente. La directiva de educación media a nivel nacional, que no estudiaba educación media, y que era la misma directiva de educación media, a nivel nacional, desde que empecé el primer año en la educación media, esperó a que tomáramos asiento para continuar con el derecho de

palabra. Nos habíamos perdido gran parte del debate democrático, por lo tanto, no era muy aconsejable levantar la mano para emitir alguna opinión, que probablemente estaría fuera de orden. Cuando la directiva hablaba, los demás callaban, y cuando los demás hablaban, la directiva no oía lo que los demás decían. Así se cumplía con eficiencia el respetuoso precepto de la democracia interna. Todos acatábamos lo decidido en el congresillo estudiantil, que era siempre lo decidido por la directiva en todos los congresillos estudiantiles. Con respecto a Dalila Yugoslava, luego de la reunión, salimos de nuevo al cafetín de Medicina Tropical y se nos pasaron las horas conociéndonos por primera vez, a pesar de todo el tiempo que estuvimos viéndonos en esas reuniones semanales desde hacía un par de años.

En esa primera tertulia nos conocimos parcialmente uno al otro, y aunque el tiempo apremiaba, pues había quedado con Pedro del Castillo en resolver unos afiches de la lucha libre, nos extendimos hasta casi terminada la tarde. Le conté y de nuevo soltó la carcajada. Debía darme prisa, porque para ese fin de semana estaba pautado el enfrentamiento entre el Tigrito del Ring y el Dragón Chino, y la publicidad tenía que entregarla con tres días de antelación en el Palacio de los Deportes. También tenía que diseñar los pósteres de protesta que cubrirían las paredes durante el recorrido de la marcha estudiantil, pero eso ya ella lo sabía. En la reunión se acordó designarme esa misión en tiempo récord. Nos despedimos con la promesa de vernos al día siguiente: ¿Quién lo hubiera creído?, pensé.

Durante la travesía hacia la imprenta no apartaba la imagen de Dalila Yugoslava de mi mente. Aquella animadversión repulsiva de un pasado reciente había desaparecido de un plumazo y la sustituía un profundo sentimiento de cordialidad. No encaraba aún aceptar que era de simpatía, o bien de placer, algo me atraía y no lograba descifrar la incógnita

perturbadora que me había dejado su presencia. Así, en plena discusión introspectiva, abstrayéndome del mundo exterior, en una acción reflexiva, propensa a la duda conmigo mismo, pero intuyendo que estaba a punto de enamorarme de Dalila Yugoslava, como antes había estado enamorado locamente de Clarisa del Castillo, llegué a la imprenta sin darme cuenta de dónde me encontraba. Manolito Perdomo, quien manipulaba la guillotina de manera impresionante, con la que se cortaba el papel según los tamaños que exigía la clientela (si tomamos en cuenta que era mocho de una mano) me despertó del soponcio en que me encontraba dándome un “toconazo” en la cabeza.

—Mueva ese culo, poeta, que el viejo lo está esperando histérico desde hace horas —me alertó, mientras yo me sobaba la mollera por el sopapo recibido, ante la risa de los otros trabajadores que ya se disponían a salir a sus hogares.

—Ese mocho pega duro —dijo el primero de ellos al dejar el recinto.

Y tenía razón. Aquel tocón que manolito disfrazaba con una mano de maniqué cuando finalizaba sus labores, era tan duro como un adoquín. El chichón duró varios días y dejé de peinarme para evitar el dolor que me producía, ya que usaba un tridente para levantarme el afro. Al encontrarme al día siguiente con Dalila Yugoslava, se me quedó mirando e hizo un gesto de coqueteo, propio de ella. Sonrió sin carcajearse, tapándose el rostro con las dos manos.

— ¿Te metiste a rafta? —preguntó en son de burla. Y me tocó echarle el cuento esperando el respectivo ataque de risa, a los cuales me fui acostumbrando a partir de ese día. También le confesé mi afición por la escritura, le comenté sobre el personaje que me apasionaba desde chico y de cómo intentaba emularlo. Comparaciones traídas de los cabellos que, sin

embargo, servían al menos para darle vida a una imaginación que me permitía evadir aquella realidad, impuesta por culpa de una Clarisa del Castillo, que no merecía esa devoción desde los tiempos de la escuelita primaria. No así sus bombachas de dibujitos infantiles, que dejaba a propósito en el grifo de la ducha.

Si bien el Ratón se destacó en los atracos bancarios, secuestros y otras menudencias revolucionarias; yo, adolescente, me destacué en los afiches y mensajes publicitarios. Con la nueva clientela comunista, que llevé a la imprenta a punto de iniciarse la campaña electoral de 1973, Pedro del Castillo no aumentó nunca mi salario, ni tampoco me propuso un bono de productividad que me alcanzase para algo más que no fuera un café con galletas de chocolate que me permitiera impresionar a Dalila Yugoslava. Pero eso no me importó mucho, porque, gracias a mi trabajo como director de arte, yo disfrutaba de algunos privilegios, como asistir gratuitamente a los espectáculos de la lucha libre y a las funciones de matiné y vespertina de varios cines en Caracas. En los abastos y fruterías, siempre, al entregar las ofertas impresas, recibía de parte del dueño algún obsequio en víveres, que llevaba a casa y servían para llenar la alacena. En las farmacias me daban tantos frascos de Emulsión de Scott que terminé odiando hasta las sardinas enlatadas. Al parecer, a los farmacéuticos mi físico les lucía algo descompensando. Otro de los privilegios que tuve por aquel cargo fue poder utilizar la máquina Remington a mi antojo, con su cinta corrediza de dos colores, dispuesta para los mensajes creativos, pero que también usaba para escribir cuentos y poemas cuando bajaba la intensidad de los encargos. Los cuentos fueron desapareciendo, pues, si bien fueron productivos en las noches de los domingos con los morochos, ya no lucían trascendentales en cuestión de sobrevivencia alimentaria. Los poemas, con el advenimiento de Dalila Yugoslava a mi vida, también se fueron al cesto de la basura, puesto que otra musa había sustituido a la anterior, aunque de vez en

cuando escribía uno que otro en el que Dalila Yugoslava era entonces el personaje de inspiración, solo que, al parecer, Pedro del Castillo ya no estaba muy interesado en leerlos, algo que me habría encantado, por la capacidad que tenía como crítico literario, opiniones que siempre me orientaron en lo concerniente a buenos escritores. Cuando me agarraba la noche en la imprenta, me quedaba a dormir plácidamente sobre los bultos de resmas de papel. Leía durante unas horas y, si se me venía algo a la mente, me sentaba a teclear historias. Fue la época en que me dio por escribir sobre el Ratón, quien en meses recientes había sido cosido a plomo en el barrio por una jauría de policías. Me sentaba y escribía varias páginas sobre las anécdotas que durante años había escuchado de boca de los vecinos, hasta que me fallaba la memoria y el sueño llegaba en mi auxilio.

Envalentonada con el triunfo de Salvador Allende en Chile, la juventud de educación media se radicalizaba sin presagiar lo que le esperaba a aquel hombre tres años más tarde. A nosotros nos esperaba el Movimiento al Socialismo, la escisión que mandaba al Partido Comunista de Venezuela a la mierda. A Salvador Allende lo esperaba Augusto Pinochet. Durante esos tres años, antes del trágico final de Allende, comenzamos a leer otros libros distintos a los que estábamos acostumbrados. De Marta Harnecker pasamos a Ely Chinoy; de Althusser a Gramsci, y de Carlos Marx a Ludovico Silva, con su *Manual para marxólogos, marxistas y marcianos*. Mayo del 68 había dado sus frutos. Leer todo aquello que nos alejara del socialismo real era la onda. De modo que las recomendaciones en lecturas viajaban a la velocidad de una mecha encendida hacia un barril de pólvora mojada. Esas lecturas nos llevaron por caminos distintos, y cada estudiante escogió el que más le convenía, o bien el que más atractivo le lucía en ese afán de distinguirse en medio del marasmo ideológico que proliferaba en todas las

instituciones educativas. Yo aún no encontraba en qué palo ahorcarme, y seguía dando bandazos entre pensamientos disímiles que me llevaban a escoger lo supuestamente mejor, que yo notaba en cada una de aquellas posturas. Eso me hacía especial para Pedro del Castillo, pero me convertía en revisionista para muchos otros que se mantenían en el limbo del dogmatismo más o menos puro, pero dogmatismo al fin. Ese nivel neutral de pensamiento, si bien me mantenía en una constante discusión con los nuevos y viejos camaradas, no hizo mella años después, cuando conocí a Dalila Yugoslava. Había comenzado a militar en el Movimiento al Socialismo, pero a los meses se volvió radical y se fugó con un grupo de trotskos, cuando en el partido se comenzó a discutir la idea de participar en elecciones. Eso no perturbó nuestra relación amistosa, que se había consolidado desde aquel encuentro de “casualidad provocada” con Clarisa del Castillo, en el hilarante café de Medicina Tropical. De modo que siempre hicimos caso omiso de las ideologías iguales pero enfrentadas, o desiguales pero enfrentadas, o iguales siendo desiguales pero enfrentadas. A ella le tocaban sus reuniones con su grupo político, y a mí con el respectivo; luego nos encontrábamos en cualquier parte e intercambiábamos contenido sin intentar darle más valor a una idea que a la otra. Prácticamente, siempre llegábamos a nuestras propias conclusiones, que, aun siendo propias, es decir, las de ella y las mías, eran de los dos o, mejor dicho, nos pertenecían a ambos, pues al exponer las ideas de su grupo y las del mío, y contraponerlas en busca de acuerdos entre ambos grupos, a mí o a ella se le ocurría algo distinto que ella complementaba con algo que se le ocurría, producto de mi ocurrencia, o bien ocurría todo lo contrario, con las ocurrencias de ella, respecto a las mías. En fin, siempre nos entendíamos muy bien con esto de las contraposiciones de ideas entre grupos distintos que pensaban igual con respecto a sus desigualdades. Eso hacía de Dalila Yugoslava alguien especial. Con ella descubrí y complementé mi cultura musical, hasta ahora determinada por los clásicos del

viejo Pedro del Castillo y su cuarto lleno de acetatos. Dalila me enseñó que una orquesta sinfónica y una orquesta filarmónica eran una misma cosa con diferencias semánticas, cuando yo creía que eran dos cosas distintas semánticamente. Algo parecido a la confusión que tuve con Ortega y Gasset, cuando empecé a leer las recomendaciones del Chino Mata. El día que Dalila me invitó al Aula Magna de la UCV, a una cámara, asumí que nos íbamos a tomar unas fotografías o a disfrutar de una exposición en blanco y negro, pero me sorprendí al ver que se trataba de cinco músicos montados en el escenario, cada uno con su instrumento de cuerda: el primero y el segundo violinista, el cellista, el bajista y la chica de la viola, que no supe si llamarla violadora o violatela. Se carcajeó como nunca, o mejor dicho como siempre, como lo hizo meses atrás, y yo pensé que se iba a orinar. Semanas después me tocaba pedir prestado un paltó y una corbata para asistir a un ballet de una tal Zhandra Rodríguez, en el Teatro Municipal. Allí en su presencia me enteré que se trataba de la “primera bailarina de Venezuela”, así la llamaban sus simpatizantes y amigos. Y así comencé también yo a llamarla cuando, sorpresivamente, Dalila Yugoslava me la presentó como su profesora de ballet. Un momento en su vida en que estuvo segura de que esa sería su carrera a temprana edad. Aquella bella mujer fue la primera en corregirme el nudo de la corbata, como si estuviese subsanando una mala postura al lado de la barra, en su sala de ballet, y miró con severidad a Dalila Yugoslava mientras lo hacía, casi con una reprimenda por no haberlo hecho ella antes. Pasarían varios días, y hasta, digamos, un par de semanas, antes de que me sacara del fondo de su bolso hindú dos boletos para una obra en el Teatro Nacional. Me tocaba de nuevo pedir prestado el mismo paltó y la misma corbata, esta vez ya con el nudo hecho, para evitar cualquier bochorno ante alguno de sus conocidos. Al encontrarnos a las puertas del teatro, solo se fijó en el nudo de la corbata, e hizo un gesto de aprobación. Luego vino otra invitación para un concierto en el Municipal. Esta vez me tocaría comprarme un traje con corbata



incorporada, pensé, pues no me parecía muy conveniente aparecerme ante sus amigos siempre con la misma pinta. Lo hice con un bono de adelanto de Pedro del Castillo, a costillas de unos afiches para las elecciones municipales que se acercaban. Yo había conseguido que nos los dieran ofertando precios de impresión muy por debajo del resto de los negocios del ramo, sin que mermaran las ganancias y mi respectiva comisión. El traje de color negro venía con chaleco al estilo Charlie Chaplin. Al presentarme frente a Dalila con mi nueva gala, me miró de arriba abajo como si mirara a un marciano recién salido de la nave estelar. Sonrió, se acercó y me quitó el saco. Luego me despegó los botones del chaleco que me impedían respirar a plenitud y lo retiró con la suavidad de un sastre que evita puyarte con los alfileres. Me puso de nuevo el saco, y el chaleco se lo obsequió al primer mendigo que nos encontramos en el trayecto hacia el Municipal. Subimos las escaleras del teatro y me presentó a varios amigos trotskos que también estaban enfundados en trajes negros sin chalecos, y con nudos de corbatas perfectos. A la salida nos invitaron unas cervezas. Allí se aflojaron la corbata y yo no lo intenté ni de milagro, pues el mío venía con un ganchillo plástico que se colocaba en el primer botón de la camisa estrangulando el cuello, con lo que uno se ahorra todo el engorroso proceso en la elaboración del susodicho “nudo perfecto”. El único problema era que, cada vez que tragaba, el ganchillo me raspaba la manzana de Adán, de tal modo que, bajo esta inclemente tortura, tuve que aguantar unas cuantas horas, hasta llegar a casa para aliviar el dolor, y limpiar la úlcera (que ya había manchado con sangre la parte interna del cuello de la camisa) con agua oxigenada. Decidí no usar más la corbata de ganchillo y aprender a hacer el bendito nudo perfecto de una vez por todas. De ahí en adelante serían muchos los conciertos y cameratas a las cuales asistiríamos juntos, así como a obras de teatro, museos, exposiciones y librerías, que era lo que más me gustaba hacer con ella, siempre y cuando no hubiese que usar corbata con nudos perfectos. Nos divertíamos a montón

y compartíamos tantas cosas que llegó un momento en que pensé que me olvidaría de Clarisa del Castillo.

Para julio terminábamos el bachillerato y yo entraba, un par de meses más tarde, a la Escuela de Letras, y Dalila Yugoslava a la de Psicología. Ambas dependencias funcionaban en el mismo edificio de la Facultad de Humanidades, a un piso y varios metros de distancia, luego de subir una rampa maravillosa y enorme que siempre estaba vacía por la cantidad efímera de estudiantes que cursábamos esa especialidad. Entrar a la educación superior, para nosotros, no fue ninguna sorpresa, quizás sí para nuestros familiares. Desde los últimos años de la secundaria manteníamos una relación directa con todas las instalaciones de la universidad, incluidos el comedor universitario, las áreas deportivas, recreativas y culturales. Los “ñángaras”, como solían decirnos los militantes de la derecha, teníamos algunos privilegios en esto de los cupos universitarios, y los buenos dirigentes, como Dalila y yo (supuestamente), accedíamos a ella sin las pruebas respectivas que se implementaban para el resto de los aspirantes normales. A ellos se les exigía notas sobresalientes, registro en las oficinas públicas del sector universitario y, para variar, unos exámenes de admisión que dejaban colgados a 80 por ciento de quienes los presentaban esperanzados. Pedro del Castillo fue uno de los sorprendidos. Me felicitó cuando se enteró de que culminaba el bachillerato, pero se quedó boquiabierto cuando, meses después, por un comentario de Clarisa, descubrió que yo estudiaba en la Facultad de Humanidades. ¿Quién lo iba a creer? Parece que le dijo, al menos eso escuchó ella, que me contó después lo que le dijo el padre, en otro encuentro casual provocado por mí, apenas comencé mis primeras clases. ¿Y quién le había contado a ella? ¡Vaya sorpresa! Tropezarme con el Chino Mata en plena rampa, por donde uno nunca se encontraba a nadie, quien resultó ser el que le dijo a ella que me había encontrado en la rampa de la Escuela de Letras, y que yo le había dicho

(pura mentira de él) que le dijera a ella lo del encuentro en la rampa de la Escuela de Letras para que ella se lo dijera al padre, y el padre se sorprendiera diciendo ¿quién lo iba a creer?, pero lo creyó finalmente, y luego de conocer la novedad, me dijo: “Con razón escribías y leías tanto”, aquella tarde que llegué con cierta pena para decirle que ya no iba a trabajar más en la imprenta. Que agradecía todo lo que había hecho por mí, y que gracias a ese cargo como director de arte era miembro del comité de propaganda juvenil; había conocido a Dalila Yugoslava, no me había agarrado el conscripto y, finalmente, llegaba a ser estudiante universitario, liberado de los filtros por los cuales se pasaba para acceder a una carrera en educación superior. Lo único imposible no se lo dije, aunque quise expresarle mi gratitud por haber conocido a la niña de sus ojos, por haber sentido el olor de las guayabas impregnado en mi piel, que ni la tinta de la imprenta logró mitigar, y por alojarme en aquel cuartucho de poemas secretos, que compartían mi pasión por Clarisa, así como mi lástima y dolor por Donatela. Todo eso quise expresarle, pero callé. Él solamente merecía las gracias por arreglarme con un cheque póstumo, en el que me descontó el bono de los afiches de hacía más de seis meses con el que me compré mi primer traje negro, con corbata incorporada de ganchillo con nudo perfecto. Una pinta con la que me lucí ante unos trotskos exquisitos en el Teatro Municipal. Realmente, Pedro del Castillo jamás imaginó que yo “podía seguir los pasos de Clarisa, claro, cursando otra profesión no tan prestigiosa como la de ella”.

El encuentro con la hija de sus ojos esta vez fue provocado como antes, nada casual, pero ella creyó que era casual sin imaginar que era provocado, como siempre. Se dio en el cafetín de siempre, al cual ya yo no asistía desde el anterior encuentro casual, del cual había pasado ya casi un año. Lo estuve rondando por varios días a variadas horas, pero no tenía suerte, y a punto de darme por vencido, si mal no recuerdo, un viernes mañanero (en que

decidí no desayunar en el comedor universitario), me la encontré sentada solitaria en una de las mesas. Con la mano derecha sostenía la taza de café, y con la izquierda le daba pequeños mordisquitos a una empanada cuyo queso derretido se estiraba desde su boca hasta sus dedos en diminutos hili-llos de telaraña. Mientras la miraba, trataba de imaginar cómo hacía para realizar tres actividades a la vez: leer un libraco inmensamente gordo que estaba sobre la mesa, de anatomía humana; morder la empanada que llevaba a su boca con la mano izquierda, y beber sorbos de café humeante, que acercaba a sus labios con la mano derecha. Definitivamente, iba a ser tremenda cirujana. Antes de que las hojas del libraco cambiaran por algún efecto telepático, me acerqué a ella casi con miedo. Levantó la vista y se sorprendió al verme, esta vez gratamente. Mostró sus dientes de conejo con su sonrisa de niña con la que yo soñaba todas las noches en casa de Donatela, y dijo:

—Ya sabía que te iba a encontrar hoy por aquí.

Ante esa frase el sorprendido fui yo.

—Papá se quedó boqui abierto cuando le dije que estudiabas Letras en la universidad. ¿Por qué nunca le dijiste nada?

Inocente o romántico, aunque ambas cosas vienen a ser lo mismo, solo Araminta Irazábal presintió (por esa condición que poseen las mujeres, denominada sexto sentido) que el Ratón había sido embaucado cientos de veces con aquello de los atracos bancarios. Y no estaba errada, como tiempo después logró comprobarlo él por sí mismo. Más de uno de sus comandantes se quedaba con la mitad del botín antes de hacer la entrega a los administradores del partido, que nadie sabía quiénes eran, pero que se les conocía en la clandestinidad como “los miembros del Comité Central”.

Se lo dijo en una oportunidad en que él le confesó qué hacía durante sus desapariciones ocasionales, en vista de las sospechas que Araminta atesoraba producto del chismerío vecinal que la acogotaba. Se decía que el recién bajado de la montaña abrigaba una mujer en cada barrio, que era todo un piquín, un Don Juan, un “pica flor”, y por eso se esfumaba de vez en cuando de la barriada y la dejaba a ella desojando los pétalos de una margarita.

—Soy miembro de la guerrilla urbana. No te lo había dicho antes para evitarte preocupaciones. Ahora ya lo sabes —dijo sin más.

Y entonces pasó la noche contándolo todo. Los secuestros, los atracos a entidades bancarias y a los trasportes de valores; los cursos a los cuales asistía para perfeccionarse en el arte de esfumarse ante las autoridades, y un montón de etcéteras que los llevó a estar en vela hasta ver los rayos del sol por la ventana de la habitación. Fue la última vez que amanecieron juntos. Se levantó dispuesto a su rutina diaria. Desayunaron juntos los tres, ellos dos y la madre de Araminta. Se fue a la ducha. Al salir, le hizo el amor como la primera vez. Se había quitado un peso de encima contándole de sus andanzas. Se vistió sencillo, como siempre, y partió con la promesa de regresar temprano, esta vez, en horas de la tarde.

No la cumplió, porque el comandante Puyuta le ordenó permanecer en una reunión en la cual se discutiría el secuestro de un avión para ser llevado a Cuba. Otro acto más de propaganda que no reportaba dinero en efectivo, pero que permitía estar siempre en la mira obediente de la Unión Soviética. Tampoco regresó avanzada la noche, como era su costumbre: apenas el sol se había ocultado, cuando ya él salía de entre las sombras de la neblina, iluminado por los faroles amarillos que mitigaban la penumbra. Solo unos minutos pasaron hasta que se encontró con aquella frase de dolor en voz de la madre de Araminta: “Me la mataron, me mataron a mi hija, mataron

nuestro sueño”.

El funeral conmovió a toda la barriada. Jorge supo lo ocurrido al instante de su llegada, cuando la madre acusó a los asesinos, antes de caer desvanecida en sus brazos, pero en el funeral nadie hablaba del suceso. Los labios permanecían sellados como la tumba que esperaba a Araminta Irazábal la mañana siguiente. Solo unos pocos susurros contaminaban la escena en aquel solar lúgubre, bajo el olor sepulcral de las rosas, acaloradas con el resplandor de las velas. Un secreteo que no era ningún secreto para aquel hombre, cuyo amor de su vida ahora yacía en un féretro salpicado con pétalos de crisantemos. Al salón entraban y salían los vecinos compungidos, los conocidos y hasta aquellos que jamás se habían visto merodeando por aquellos lúgubres callejones, pero que habitaban como sombras ocultas en sus espacios, sin fraternizar con los otros residentes cercanos. Los temerosos, los sobrevivientes que pagaban el precio de la inexistencia, del ser invisibles ante aquellos que invadieron el barrio con sus armas e impusieron sus propias leyes, al principio humanas y caritativas, luego tiránicas y salvajes. Ellos, los espectrales, también quisieron darle las condolencias, pero el guerrillero urbano no apareció. Si lo hubiese hecho, los hombres de Martín Cabeza lo habrían mandado a hacerle compañía al amor de su vida. Quienes se atrevieron a contar lo ocurrido lo hicieron bajo el cuchicheo que el miedo impone al libre pensamiento. Araminta regresaba en horas del mediodía, luego de varias diligencias encargadas por la madre. Al penetrar el pasillo del edificio más alto de todos los construidos bajo la dictadura perejimenista, fue acorralada en el justo medio en donde se tomaban los elevadores, por los otrora libertadores del proletariado, quienes solían divertirse en medio de las bebidas tempranas, con las mujeres de la barriada. Las rodeaban y le impedían el paso con piropos que no eran más que vulgares manifestaciones de deseos reprimidos. Muchas se dejaban tocar por miedo,

otras hasta suplicaban para que las dejaran en paz. Lo del consumo de drogas para darse valor no tenía horario en ellos. Algo malo, muy malo les había dejado en las cabezas la experiencia guerrillera. El caso es que Araminta no se dejó intimidar por ninguno y decidió abrirse paso por sus propios medios. Esto no agradó a los facinerosos, quienes envalentonados arremetieron contra ella, y bamboleándola de unos brazos a otros, mientras reían, la llenaban de improperios, entre los que el término “la rata del ratón” parecía ser la frase hilarante que más los motivaba. La mujer, sacando fuerzas de ese espíritu indómito que siempre la caracterizó, logró zafarse de uno de los malandrines y con su rodilla lo golpeó entre las piernas. El hombre cayó desvanecido, pero aquel hecho bastó para que sobre ella se desatara la furia de los otros, que de pronto perdieron toda sensatez y la locura se apoderó de ellos. Ninguno supo en qué momento Araminta cayó de espaldas y su cabeza estalló contra el filo de las escaleras que llevaban al primer piso.

En el barrio los funerales o velorios siempre resultaban ser un acto de encuentro, una cita entre vecinos, incluso entre familiares con años sin verse. Se iniciaban con la aflicción típica y luego aquel dolor se iba decantando con las botellas de aguardiente que aparecían como un acto obligatorio de contrición o de culpa para lavar los pecados, las humillaciones, las ofensas... Todo ello a la espera del perdón de alguien a quien algo lo había humillado, ultrajado u ofendido. Alguien que probablemente ya había olvidado lo que ese otro, de esos tantos sinónimos que abochornan a un ser humano, le había infligido. Al paso de las horas, ya lejanos los saludos, los abrazos, los arrepentimientos, los encuentros y las condolencias, trabadas las lenguas, extraviadas las miradas y perdidos los equilibrios, comenzaban los chistes sobre el difunto, las anécdotas que se iban convirtiendo en una novela, mientras las frases desfilaban de boca en boca, sin signos de puntuación, tan llenas de humor que hasta los muertos

desde el sarcófago, al oírlas, parecían disfrutarlas a cuerpo de rey. Un acto de redundancia póstuma ya conocido por los profesionales de los novenarios, hombres y mujeres acostumbrados a asistir a estas exequias, quienes, incluso, como testigos, contaban haber visto a más de uno de aquellos difuntos mostrar una sonrisa a través del cristal mortuario ante una de esas tantas leyendas que, de más estaba decir, se exageraban en modo superlativo. Nada de eso ocurrió en el velatorio de Araminta Irazábal, nada que no fuese prudencia sepulcral, enfrentada a unos susurros lejanos, que intentaban mitigar el sonido del silencio, la ira del ofendido ausente y el dolor de una madre.

La mañana se inició con el consomé de gallina que estuvo toda la noche sobre la estufa, el café iba y venía de un lado al otro, de la cocina a la sala y de la sala a la cocina bastante aguarapado, para los despiertos, y cerrero para los somnolientos. Un aliciente que buscaba mitigar la fatiga, mientras se esperaba la carroza fúnebre que trasladaría a la fallecida a su última morada. En la calle los vecinos organizaban a quienes pretendían acompañar la caravana hasta el cementerio, en los pocos vehículos que estaban a la disposición. Antonio Aguilera, un conductor de la línea “Circunvalación” que recorría media ciudad a fuerza de trasbordos, ofreció desviar el autobús si contaba con la anuencia de los deudos. Buscaba el chofer, con esta ofrenda, que no se quedase ningún vecino sin darle el último adiós a la difunta. Pero, dónde encontrar al marido para solicitarle el permiso. No esperó respuesta y, ante la aprobación glorificada de los asistentes, se apuró a tomar un aventón con otro vecino que se ofreció a llevarlo hasta el estacionamiento de los colectivos. Habría transcurrido una media hora, cuando ya estaba de regreso sonando la bocina con todo su ímpetu, para ser recibido de nuevo con ovaciones y aplausos generalizados. El cortejo arrancó a la hora prevista, 10:00 a. m., y, aun con el transporte disponible, muchos dolientes no pudieron asistir al cementerio y



permanecieron como una guardia pretoriana resguardando aquella casa, otrora llena de sueños, ahora vacía de sentimientos. Los comentarios guardados en la bóveda del recuerdo, que no se hicieron durante el velatorio, surgieron entonces de súbito, como cuando un dique se revienta ante la presión del agua e inunda todo a su paso. ¿Qué le esperaba a él ahora?, era la pregunta sin respuesta que todos se hacían sin conjeturas cercanas que les diesen una idea acerca del mañana. Aquella madre, lo más probable, quedaría en el abandono absoluto, pues aquel hombre no tendría ya ninguna responsabilidad de velar por ella. O, por el contrario, quizás la protegería desde las sombras, como lo había hecho con la hija, y se la llevaría por esos mundos por donde acostumbraba a transitar. ¿Qué sucedería con los criminales que la asediaron y la llevaron a ese trágico final? ¿Quedarían sin castigo? ¿En dónde se encontrará en este momento llorando su pena? Y así, entre preguntas sin respuestas, entre conjeturas y aproximaciones discurrieron las primeras horas. Y a tiempo, antes de que se iniciase la ronda de presunciones sobre el futuro Ratón, llegaba la primera ola de parroquianos que había asistido al cementerio, lo que cambió el ritmo de la conversación para verterse sobre lo acontecido en el camposanto.

Las felicitaciones para Martín Cabeza y su equipo de funcionarios no se hicieron esperar. Luego de la noticia sobre la muerte del Ratón, se le condecoró con la medalla de honor Jacinto Vergara (hombre probo, que había sido el fundador de la Policía Judicial de Investigaciones Criminales), por haber exterminado al más buscado de los delincuentes del país. La ceremonia se inició y culminó con un festín que ni en los tiempos del circo romano. El ministro de Justicia saltaba en una sola pata por la dicha que lo embargaba. Había sido felicitado de inmediato, al correrse la noticia, por

el mismo presidente de la República, quien había alabado su gestión en cadena nacional de radio y televisión. “Hemos acabado con el mal”, había dicho. “Ahora el pueblo podrá vivir en paz, sin miedo”, había expresado a continuación. “Los criminales ya saben a quién se enfrentan”, había agregado. “Y no descansaremos hasta acabar con todos aquellos que atentan contra la paz de la nación”, había redundado. En el festín, todos los asistentes repetían aquellas palabras como si les perteneciesen: *“Ya los criminales saben quiénes somos”*. *“No descansaremos hasta acabar con todos ellos”*. *“Derrotamos el mal finalmente”*.

El whisky 12 años rebosaba las mesas. La explosión de los corchos de las botellas de champaña recordaba las fiestas de fin de año en los hoteles de lujo, y la orquesta Billo’s Caracas Boys amenizaba la velada con el paso doble “Que viva España”. Todos los invitados al agasajo buscaban sus parejas para bailar esa pieza. Martín Cabeza soltó una lágrima. Un viejo recuerdo lo invadió de súbito. Cientos de migrantes llegaban al país con las facilidades impuestas por la dictadura, huyendo de los desmanes dejados por la guerra civil. Según Marcos Pérez Jiménez, su Jefe Supremo, durante aquella época de gloria se trataba de buscar una fórmula eficaz para desarrollar el país. Recordaba Cabeza parte del discurso del dictador en medio de la algarabía: *“Los recibimos con el firme objetivo de mejorar el componente étnico de la nación venezolana, visión orientada a corregir desenfrenos y depravaciones de un pueblo atrasado, siguiendo así el Nuevo Ideal Nacional. Se deberá forjar un espíritu para el trabajo capaz de coadyuvar a comprender nuestras reales funciones como ciudadanos, promoviendo la ‘extirpación del rancherismo’, el cual se considera uno de los principales males en el deterioro social, y patrocinando un plan para sustituirlo por residencias y super bloques, que ayudarán a cambiar el medio ambiente y la mentalidad del habitante del rancho”*.

La prensa reseñó en la sección de sociales estos honores con mucha cautela, pues, si bien la oficialidad celebraba con bombos y platillos la muerte de un criminal, en los barrios se lloraba la desaparición de un héroe. La emboscada en la que había muerto el personaje acaparó todas las primeras páginas de los medios impresos a escala nacional, y la tristeza era mayúscula entre los más paupérrimos, aquellos a quienes el Ratón les había dado aliento o, sencillamente, les había donado un buen fajo de billetes para construir, reparar o mejorar el hogar donde habitaban, sin esperar nada a cambio.

Si bien el luto por el asesinato del Ratón duró pocas semanas, la leyenda permaneció por años. La contaban los mayores, la repetían los menores y, cuando los menores se hacían mayores, las seguían contando a las nuevas generaciones de menores que, en las barriadas caraqueñas, parecían multiplicarse como conejos silvestres. Bajo esta premisa, la historia se iba adaptando a las circunstancias, e iba cambiando de la misma manera en que yo cambiaba aquellos cuentos de la niñez, que no les permitían un sueño reparador a los morochos Tito y Tuto, en la gran casona de mis recuerdos. Una vez desaparecido físicamente el criminal, Martín Cabeza fue regresado a las funciones para las cuales había sido reclutado. Sólo que ahora se dedicaba más a la persecución de izquierdistas en los institutos de secundaria e instalaciones universitarias, pues, ya gobernando otro partido con otro presidente, la pacificación era un hecho consumado y eran muy exiguos los focos armados, perturbadores de la paz, que aún insistían en el triunfo de la revolución en las montañas lejanas, negados a regresar a la vida civil. Sin embargo, en la ciudad, los asaltos a instituciones bancarias continuaban. Aún no se había perdido la costumbre de buscar financiamiento para la propaganda electoral de los partidos de izquierda, bajo una modalidad distinta. Claro estaba que sus dirigentes recibían las remesas mirando hacia otro lado (no precisamente hacia el izquierdo), y

claro estaba también que quienes les facilitaban dichas remesas esperaban algo a cambio. Así se depuraba la lista de los candidatos a los distintos organismos del poder civil, valga decir, Congreso Nacional, asambleas legislativas regionales y concejos municipales. Los teóricos e intelectuales quedaron relegados a cargos menores en las parroquias y vecindarios, por más ideas geniales que se les pudieran ocurrir en la búsqueda de un ciudadano perfilado a futuro, en una nación llena de riquezas que prefería seguir anclada en el pasado. Aún para la época el país no se había descentralizado y las gobernaciones y demás organismos eran asignados desde el Ejecutivo. Cada organismo era un apéndice del otro. Luego, cuando el Estado se descentralizó, la izquierda llegó a ganar mediante elecciones varias gobernaciones y alcaldías a escala nacional; allí se instalaron los otrora financistas bancarios, y entonces el robo se hizo de forma legal.

Entre tanto, el movimiento estudiantil continuaba viviendo el pasado glorioso, unos más que otros. Los más atrasados eran los militantes del Partido Comunista, a ellos les seguían en paralelo los trotskos, los de Bandera Roja, el GAR (Grupo Armado Revolucionario), las FAR (Fuerza Armada Revolucionaria), Punto Cero (una organización que nadie sabía por qué se llamaba de esa manera, y los que militaban en ella tampoco), La Causa R, cuya “R” siempre la colocaban con el círculo y el bastón viendo hacia la izquierda en todos sus murales, panfletos y afiches (de esa manera manifestaban su radicalidad extrema), Omega (un grupo que sonaba a reloj de pulsera o a alguna competencia pirata del aceite de ricino, y cuyo único propósito era la quema de autobuses, cada vez que se les ocurría que había que quemar autobuses, sin que nadie se preguntara por qué se quemaban los autobuses). También bajo la ideología de las fogatas surgía “Tercer Camino”. Contaban con una militancia de pirómanos que no paraban de pintar fachadas con lemas enardecidos e incendiarios. Todo el que las leía terminaba culpando a los evangélicos (pensando en qué clase

de bicho les había picado), quienes se cansaban de desmentir que ese “Camino” no era precisamente el que conducía al templo de Jehová. Un poco más adelantaditos estaban los de la llamada Liga Socialista, que no ligaban con ningún otro partido, a pesar de querer ligar con alguno de ellos, siempre y cuando la ligada los colocara en primer lugar en las listas para cargos de gobierno, en una especie de tira y encoge de la liga que los otros grupos de izquierda rechazaban, por aquello de la llamada “viveza criolla”. El MIR (Movimiento de Izquierda Revolucionario) se jactaba de haber sido el partido más aguerrido en Chile, antes y después de la caída de Allende, pero en el país resultaban ser los más precavidos, por no decir los más timoratos, ante cualquier eventualidad que no fuera electoral. En estas lides eran unos lince para ocupar los mejores espacios disponibles para la propaganda estudiantil cuando se iniciaba la campaña, y finalmente, en este proceso evolutivo, se encontraba el MAS (Movimiento al Socialismo), avanzado en distancia teórica, pero con un retraso espiritual en sus cuadros que lo convertía en una especie de arroz con mango, en el que cada quien formaba un minúsculo partido dentro del partido. De esta manera fue creciendo en minúsculos partidos, percibido dentro de los otros partidos de izquierda como un partido tan partido que lucía más minúsculo que los otros minúsculos partidos, con siglas inentendibles. Toda esa fauna colmaba el espectro de la izquierda universitaria. En medio de este fervor revolucionario navegaba, como un mismísimo Fernando de Magallanes, el comisario Martín Cabeza.

De la misma manera como cambiaban las siglas de los partidos de izquierda, en un proceso de adaptación a los nuevos tiempos, también las abreviaturas de los organismos policiales se renovaban. La acronimia se volvía un pichaque de letras, y así como los militantes de izquierda desconocían el significado de las siglas de sus partidos, los funcionarios activos de Martín Cabeza Pacheco no tenían idea de los acrónimos (nadie

sabía qué era un acrónimo) que distinguían los distintos organismos policiales a los que pertenecían. Lo que sí estaba bastante claro era que el cambio de repertorio se hacía para taparear las violaciones de los derechos humanos cometidas por los viejos grupos policiales que, al fin y al cabo, eran operados por los mismos funcionarios que pertenecían a la nueva nomenclatura. En fin, entre siglas y acrónimos, a la policía para la cual Cabeza había sido designado como máximo jefe se le denominaba la Disip, y, contradictoriamente para el minúsculo mundillo de la izquierda, no así para el colosal grupo de la derecha, la cuarta letra del acrónimo policial lucía más bien como una burla hacia quien asumía el cargo en sustitución de quien la había dirigido durante los primeros cinco años de su creación: Dirección General Sectorial de los Servicios de “Inteligencia” y Prevención.

De modo que para Martín Cabeza, enfrentarse ahora a estos imberbes genéticamente comunistas, luego de una hazaña como la captura, mejor dicho, celada y muerte del criminal más buscado por todos los cuerpos policiales del Estado, era como (modestia aparte) quitarle el chupón a un bebé de pecho. Sin embargo, esos jóvenes imberbes le embochincharon el país, y el error más grave que cometieron sus hombres fue el asesinato, en plena manifestación, de un chico de secundaria, lo que provocó por años la ira estudiantil. Ira que terminó aplacándose a mediados de los años noventa, cuando ya Martín Cabeza cambiaba de escenario y se comentaba que estaba a punto de ser ministro.

El entierro del Ratón fue apoteósico, a pesar del cerco policial. Martín Cabeza, previendo un saqueo generalizado, desplegó a centenares de sus hombres por todo el perímetro de la ciudad. Intentaba, de esta manera, evitar que otros centenares de parroquianos descendieran de los cerros,

aunque tuviesen como motivo acompañar el cuerpo (o los pedazos que quedaban de él) del “criminal” hasta su última morada. Aun así, no hubo forma de que las fuerzas de Cabeza pudieran controlar la avalancha que prácticamente clausuró la ciudad. La capital permaneció sitiada desde tempranas horas de la mañana hasta que el sol se ocultó y dejó un vagar de sombras que caminaban de regreso a sus hogares bajo un silencio sepulcral, pues las calles, congestionadas por los dolientes, no permitían el avance de los vehículos en ninguna dirección. Aquel día de noviembre, los difuntos danzaban al compás de aquellos seres llenos de pesar. Ya no quedaba ninguna duda flotando en el ambiente, el Ratón había muerto. El pacto con el diablo tenía fecha de vencimiento o, más bien, el encantamiento había sido roto. Ahora se encontraría con el amor de su vida, después de la vida.

En los cerros, la leyenda se esparcía como el sarampión, a pesar de todos los intentos de la prensa amarillista por complacer al Ministerio de Justicia convirtiendo a la víctima en un monstruo, un asesino inmisericorde solo comparable con las peores bestias en la historia del crimen en el mundo, desde Jack el “Destripador” hasta Charles Manson, el célebre asesino de Sharon Tate. Sin embargo, a pesar de los muchos intentos y de semanas enteras de reportajes e historias macabras surgidas de Hollywood y de las agencias internacionales de noticias, nada de todo aquello logró malograr la imagen que los pobladores de las barriadas tenían del otrora militante guerrillero. Para mí no fue difícil darme cuenta del error de aquellos genios de la propaganda gubernamental, puesto que ya el cine me había formado en estas lides, gracias a los pases gratuitos que me procuraba una vez que entregaba los afiches de películas que yo mismo diseñaba en la imprenta del viejo Pedro del Castillo. No les importó usar ejemplos de asesinos foráneos en su propaganda de desprestigio, porque lo más probable fuera que no encontrarán en el país un solo semental que fungiera de homicida implacable, y los pocos que existían estaban en sus propios cuerpos

policiales, como el excelentísimo director de la policía de “inteligencia”, Martín Cabeza. Así que el remedio les resultó, al final, peor que la enfermedad.

Para la barriada, Araminta Irazábal y el amor de su vida finalmente estarían unidos por siempre en la paz de los sepulcros... Lo que no obtuvieron en vida, lo encontraron ambos en sus trágicas muertes, con la salvedad de que al Ratón nadie lo vengaría. En cambio, respecto a su amada, no transcurrieron 24 horas sin que todos aquellos excombatientes llegados de la montaña junto al “Enano” aparecieran asesinados de la manera más salvaje y cruel imaginable. Solo un animal herido pudo cometer aquellos crímenes: diez en total, y como del grupo solamente quedaba el Ratón, este terminó siendo el sospechoso número uno de los asesinatos, ya que además tenía un motivo: la venganza. Aun así, quienes lo conocieron se negaban a aceptar que aquellos ajusticiamientos los hubiese llevado a cabo ese hombre adolorido por su pérdida sin que se hubiesen iniciado los novenarios respectivos. Para la policía no quedaba ninguna duda, y arreciaron la pesquisa, de allí que no pudiera ni siquiera despedir de cerca al amor de su vida.

En el barrio, el Ratón no dejó de ser un personaje de leyenda. Al menos hasta que habitamos mamá y yo en aquel callejón, no escuché más hablar de aquel hombre y de su amor por Araminta Irazábal. Pasarían años para que regresara por motivos políticos, en razón de hacer campaña por nuestro candidato de izquierda, y descubrir, apenas mencionar su nombre de pila, que aún los pobladores seguían recordándolo con cariño. El seudónimo del “Enano” aparecía en las pintas de los bloques que se alzaban al cielo en medio de la neblina, al lado del de otros célebres guerrilleros dados de baja en tiempos remotos por las huestes de Martín Cabeza. Las siglas de los movimientos revolucionarios también habían cambiado, pero los dirigentes



seguían siendo los mismos, solo que ahora aparecían en el tarjetón electoral, debidamente inscritos para asistir al gran evento democrático a comienzos de los años ochenta, cuando finalizaban los tiempos de la Venezuela saudita. Época de viajes a Miami, de créditos para estudiar en universidades extranjeras que nunca se devolvieron y de efectivo como arroz hasta para encender cigarrillos. Ahora había que apretarse el cinturón, porque al parecer la deuda externa se había elevado hasta la estratosfera. Martín Cabeza continuaba, gobierno tras gobierno, cazando izquierdistas, y el Ratón seguía haciéndole sombra. De hecho, no se le recordaba como el criminal que había sido según versión oficial, sino como comandante guerrillero (cosa que nunca fue), vilmente asesinado por fuerzas gubernamentales, según versión popular; de allí que su nombre estuviese en grafitis en todos aquellos barrios en donde se elevaban las urbanizaciones de grandes bloques construidos bajo la dictadura de Marcos Pérez Jiménez.

Por estas cosas de olvidar y perdonar, cuando de una u otra manera todos nos sentimos culpables por acontecimientos en nuestro pasado, con el devenir de los años resultó que Martín Cabeza terminó asimilado a un contubernio de poetas integrado por viejos militantes de izquierda, de derecha, de centro derecha y de centro izquierda. Algo que nadie hubiese imaginado en aquellos tiempos de revueltas. En esta peña se dedicaba a contar historias de sus andanzas, que eran refrendadas por sus antiguos enemigos. La peña tenía como nombre el Arca de Noé. Sus miembros eran mayoritariamente intelectuales de izquierda cuya iglesia más visitada se llamaba La Bajada, un bar de antología a unas cuantas cuadras de la Universidad Central de Venezuela.

Allí, en medio de las personalidades más extravagantes que alguien

pudiera imaginar, terminaron, por cosas de la vida, reuniéndose torturados y torturadores, compartiendo bebidas y contando cada quien su versión de la historia desde diversos puntos de vista, sentados a la misma mesa. Nada de extrañar si se comparara con la *Última Cena*. Unos detallaban las torturas que les infligieron a los otros, y los otros contaban cómo las habían resistido sin soltar la lengua, y, así, el verdugo enaltecía delante de la concurrencia al torturado, y este se colmaba de orgullo porque nunca sus compañeros dejaron de creer que, de una u otra manera, los había delatado. Se dirimían así unas sospechas tras otras sin que nadie se hubiese puesto de acuerdo. De modo que los odios y las desconfianzas entre camaradas se aclaraban ante una realidad hiriente. Las acusaciones ahora se convertían en expiación, los “mea culpa” y los golpes de pecho surgían a la luz pública, el otrora enemigo aparecía ahora como el testigo fiel de la balanza justiciera, y le otorgaba al torturado la medalla de héroe nacional. Nada parecido al síndrome de Estocolmo, aquello era venezolanismo puro. Una población que sin entenderse se entendía, siendo poco entendida por un mundo civilizado, donde los traidores son alabados y los héroes lanzados al escarnio público. Era para coger palco ser testigo de aquella escasez de memoria arrepentida que subsanaba lo hecho olvidando lo que se hizo, cuando nunca se debió hacer. Así éramos, así somos y, por gracia o desgracia, así seguiremos siendo, haciendo lo que no tenemos que hacer para luego hacer lo que debimos haber hecho.

Por supuesto que yo escribía como poseído, nada era verdad, pero tampoco todo lo que escribía era mentira, el Ratón había muerto y una historia terminaba sin terminar en un país donde nunca se hizo justicia. Ciertamente padecíamos de un síndrome de memoria olvidada y, sin embargo, la leyenda del Ratón sobrevivía a toda esta demencia. En la Escuela de Letras uno de mis profesores sostenía que éramos un país sin memoria, y yo me negaba a creerle, pero algo dentro de mí, algo muy

profundo, me decía que su conjetura no estaba exenta de lógica. Había descubierto la razón de nuestra existencia: somos un país sin recuerdos, y cómo juzgar si eso es un don o una tragedia cuando de un plumazo borramos una historia y construimos una nueva, sin que las ruinas de la anterior se revelen ante tamaño sacrilegio.

El Chino Mata era uno más de los tantos estudiantes que en la universidad llamábamos eternos. La mayoría se ubicaban en la izquierda progresista. El tiempo no les hacía mella, entraban jóvenes y te los encontrabas siempre en la misma Facultad, con el paso de los años, cuando hasta sus profesores ya se habían jubilado. Desde aquel encuentro en la rampa, me acechaba. No sé cómo hacía para encontrarme, hasta en los lugares más distantes en los que solía ocultarme para distraerme a solas con alguna lectura, mientras esperaba que Dalila Yugoslava se desprendiera de sus obligaciones. Tampoco entendía por qué el Chino me hacía cómplice de sus escenas sexuales con Clarisa, a quien también acechaba debido a unos celos crónicos que no ocultaba para nada. No sabía cómo competir con los otros chicos (más jóvenes y agraciados que él, por supuesto, nada cabezones y con un tamaño de pies acorde con su estatura), también estudiantes de Medicina, con los que ella compartía a menudo, y eso lo enfurecía, cosa que yo disfrutaba internamente, sin confesarle el goce que me producían cada uno de sus ataques de *celopatía*. En lo que sí no lo acompañaba era en las escenas sexuales con lujo de detalles que narraba despóticamente, mientras se escarbaba los dientes con un palillo de madera en cada pausa. Paraba por momentos, se chupaba los dientes de nuevo, escupía las bacterias extraídas de las sobras de comida y continuaba su inmisericorde narrativa.

Escena I. Se abre el telón. Acto I:

—Le di por el culo. —Chupada de dientes con regocijo significativo onomatopéyico.

Acto II:

—No se lava el trasero cuando va al baño porque siempre lo tiene chamuscado con pegostes de “heces”. —No dijo heces, pero yo decidí cambiar la palabra por respeto a Dalila Yugoslava, quien me leía todas las barbaridades que yo escribía, incluidas las contadas por el Chino Mata.

En seguidilla continuó con los actos III, IV, V y VI, de los cuales no escribí por medida y consideración a mis lectores, aunque decir “mis” estaba de más, porque el plural estaba por verse, y hasta ahora la única que se interesaba en mis escritos era Dalila Yugoslava, en singular, quien al enfrentarse al párrafo me preguntó, quién era ese miserable que hablaba así de una mujer, y yo le respondí que era el Chino Mata. Y ella entonces me preguntó por qué yo le escuchaba sin reprocharle esa conducta rastrera y despreciable a ese tal Chino Mata. Y yo le respondí que por más que intentaba huir de él siempre me encontraba. ¿Y por qué te dejas encontrar?, me preguntó. Y yo le respondí que creía que lo hacía de manera premeditada, o me seguía o conocía perfectamente mi rutina. Entonces cámbiala, me sugirió ella, y yo le respondí que ya lo había hecho desde la primera vez que me lo encontré en la rampa, porque no lo soportaba. Por supuesto que no le dije la verdad de por qué no lo soportaba. A estas alturas de respuestas e interrogatorio y de interrogatorio y respuestas, se quedó en silencio. Bajó la vista por segundos, o por minutos, como si reflexionara al respecto, pero el tiempo resultó interminable, luego la levantó y me miró de frente. Había una luz brillante en su mirada. Algo genial se la había ocurrido

—Vente, salgamos de aquí —me dijo tomándome de la mano para

desaparecer por el pasillo de libros que decoraba el justo medio de la Facultad de Derecho y Arquitectura. Nos fuimos hacia los alrededores de la universidad para compartir unas cervezas con sus amigos trotskos insoportables, pero soportables por mí y por ella, por más nadie, porque realmente eran insoportables. En pleno festín espumoso le entregué lo último que había escrito sobre el Chino Mata. Eso que me contaba para desequilibrar mi amor por Clarisa del Castillo. Creo que siempre supo de mi amor obcecado, impuro, enfermizo y olfativo.

Por un tiempo, Dalila Yugoslava logró separarme de la persecución que sobre mí mantenía el Chino Mata. Había puesto en práctica una estrategia recomendada por los trotskista que dio resultado por todo un semestre, solo que me mantuvo bajo un estrés constante que, a decir verdad, era más perturbador que encontrarme con el susodicho y escuchar sus turbadoras historias vividas con la otra susodicha. La estrategia era imaginar que ambos estábamos en la clandestinidad revolucionaria, perseguidos por los cuerpos policiales. Por supuesto, el que los comandaba era el Chino Mata (que era una especie de Martín Cabeza), de modo que yo debía mantenerme en constante estado de alerta para no tropezarme con él en el recinto universitario. Esto ameritaba cambiar los turnos de las materias que más me atraían, porque se impartían en los horarios casuales del Chino Mata. Como el Chino hasta ahora solo la había visto en muy pocas ocasiones y de soslayo, no teníamos ningún temor de que se valiera de Dalila Yugoslava para darme caza. Toda esta tramoya le causaba a ella mucha gracia. En mi caso resultaba todo lo contrario y, a punto de esquizofrenia, intentaba mantenerme en mis cabales pensando que la actitud que asumí a cuenta de Dalila Yugoslava no era para tanto. Lo que no imaginamos nunca fue que, al pasar los meses, yo terminaría compartiendo parte de mi vida con mi implacable perseguidor, pero eso ya se los contaré en un capítulo más adelante; por ahora se me ocurre regresar a la versión del Ratón, pues cada

vez que menciono al Chino Mata el fantasma de Clarisa se apodera de mi existencia en forma perturbadora y acaba por arrastrarme a su terreno, cosa que me angustia, pues termino despoticando de ella, quizás con la misma vehemencia con la que el Chino Mata describe, con lujo y detalles, cada una de sus escenas amorosas.

A Dalila Yugoslava esta historia le parecía “bellísima”, así mismo lo expresó: “Bellísima, con B grande y me quito el sombrero” (la adoré). El hecho de que fuera mi única lectora no me importaba en demasía, porque en realidad escribía para ella. Antes lo había hecho para Clarisa, pero ahora Dalila Yugoslava era la nueva musa que inspiraba todas mis locuras frente a la vieja Remington. En la medida en que avanzaba nuestra amistad, que luego se convirtió en relación (y más tarde en amistad otra vez, por aquello de que “no eres tú, soy yo”), los recuerdos de Donatela, los morochos, Clarisa, Pedro del Castillo y los momentos vividos en la casa del guayabo con sus raíces rebeldes se hicieron lejanos. El mundo cambiaba y yo con él. La universidad se convertía en el refugio, el escondite, “la concha” ideal durante esos años juveniles, ya cruzando la mayoría de edad.

“La narración que sí es feísima —dijo (también enfatizando la F mayúscula, pero esta vez sin quitarse el sombrero) — es la que tiene que ver con ese tal Chino Mata, amigo tuyo. Qué enano tan desagradable. No sé qué le habrá visto esa tal Clarisa, porque no solo es su tamaño, que ya deja mucho que desear, sino esa cabezota y esa manera morbosa como desliza la mirada de un lado al otro cuando chacharea sin parar como un loro”. Ya el Chino la había conocido, no precisamente por una casualidad provocada. Nos sorprendió (o sería que me andaba cazando) cuando retozábamos frente al Aula Magna a los pies de una obra de Henri Laurens. La bien informada de Dalila Yugoslava, siempre pendiente del patrimonio

universitario, me había detallado con su sapiencia cultural la procedencia del *Amphion*, las causas por las que el artista la había donado y por qué se había escogido la plaza cubierta para ser exhibida en toda su majestuosidad.

Llegó y se tiró a nuestro lado, no en los extremos, sino en el justo medio entre ambos, y, sin esperar la presentación respectiva, se dirigió a ella besándola en la mejilla como si ya la conociera desde tiempo atrás. Dijo confianzudamente:

—Tú eres Dalila Yugoslava, ¿no? Hola, yo soy el Chino Mata, amigo de Carlitos. Ya imagino que te habrá hablado de mí.

Aquella aparición “sorpresiva” nos enfrió el ánimo a los dos, que cruzamos mirada de recelo, como diciendo: ¿y de dónde salió este? No fue muy difícil que nuestros ojos se encontraran por sobre la humanidad del Chino Mata, quien sin pedir permiso se depositaba (como un saco de estiércol, para Dalila Yugoslava) en el justo medio de nuestras morfologías.

—Espero no causar molestias, pero seguramente Carlitos no te estaba tocando las téticas, porque este no es capaz de nada de eso. Que te lo digo yo. —Y soltó su carcajada, buscando demostrar que hablaba en chanza y que, debido a nuestra amistad, se podía tomar esas atribuciones, pues no creía en aquello de que “cuando hay santo nuevo, los viejos no hacen milagros”. Y concluyó sus amplios conocimientos en materia de proverbios populares afirmando de forma tajante que “primero fue sábado que domingo”. De esta manera intentó poner en su lugar a Dalila Yugoslava, restregándole en su cara nuestra vieja amistad. Pero no dejó de agregar una latinada: “Ab uno disce omnes”, para congraciarse de inmediato al notar el gesto de desaprobación que se dibujó en el rostro perplejo de Dalila.

—Es jodiendo, mi amor. —Otra prerrogativa que se tomaba sin ser invitado a la fiesta. Eso de llamar “mi amor” a Dalila era su sentencia de muerte.

—Carlitos sabe cómo soy yo. No te molestes conmigo. Perdón, ¿cómo es que es tu nombre? Dalila, ¿no?

Había sido la gota que derramaba el vaso. Dalila se levantó con la excusa de ir a la biblioteca para hacer algunas consultas sobre las manifestaciones del “yo” masculino, de acuerdo con su morfología: endoformo, ectoformo y mesoformo. Estaba segura de que Jung o Freud habían escrito algo al respecto. Quería averiguar si el ego tenía una relación directa, o inversamente proporcional, al tamaño y peso de quien lo cultivaba. Yo me levanté para despedirla, el Chino ni siquiera se dio por aludido. Tenía el don de la sordera cuando le llovían las críticas. Dalila me besó en los labios, para mi sorpresa, pues aún no éramos lo que íbamos a ser, e hizo un sonido gutural, algo así como grrrr, mientras abría los ojos en forma desmedida y medio giraba la cabeza en un gesto de horror hacia ese ser que no se daba por enterado de su desplante. Ahí, a los pies de Laurens, permaneció revisando por encima, sin declarado interés, uno de mis cuentos. Yo permanecí de pie, viendo como Dalila Yugoslava se alejaba con pasos acelerados hacia su destino.

—Está buena la carajita esa —dijo, y me bajó de las nubes—. ¿Ya le diste por ese culo?

Realmente, no tenía palabras para describir el bochorno que aquella frase me produjo y respondí con una excusa que valió poco para deshacerme de él. Le conté que tenía una cita en la Oficina de Bienestar Estudiantil, pues tenían archivado mi cheque de dos meses de beca y, como era viernes, también debía pasar por el banco para disponer del efectivo durante el fin de semana.

—Te acompaño —me dijo.

—A lo mejor me tardo, porque mi trabajadora social me pidió que le



llenara unas planillas obligatorias, que requería el departamento de administración.

Este pretexto tampoco lo amilanó y respondió con toda tranquilidad:

—No importa. Te espero en el pasillo, luego vamos al banco y al salir yo invito unas birras en el Pontevedra.

Estaba decretado. No iba a poder sacármelo de encima por más excusas que inventara. Igual me acompañó a OBE, en donde, por supuesto, no me esperaba ningún cheque. Entré a la oficina solo para hacer algunas preguntas rutinarias a la secretaria, e intenté tardar lo suficiente para desanimarlo. Al salir, allí estaba. Fue entonces cuando se me ocurrió mencionar a Clarisa.

— ¿Cuándo la viste? —Bastó y sobró para que desapareciera su interés por acompañarme a algún lado.

—Esta mañana. Ella y yo desayunamos en el cafetín de Medicina Tropical —mentí—. Quedamos en vernos para almorzar. Pero, como verás, no va a poder ser. Debo ir al banco para cambiar el cheque, y no creo que me espere tanto tiempo.

—Y por qué no me lo dijiste antes —atacó con sumo interés.

—La verdad, se me había pasado con esto de lo del cheque y la necesidad que tengo de efectivo para el fin de semana... bueno... —Me hice el apenado, y entonces el Chino hizo lo que esperaba yo que finalmente hiciera.

—Tranquilo, Carlitos, ve por tu efectivo que yo la sorprendo y te excuso. Para eso son los amigos. ¿O no?

—Dale pues —le dije, y enfilé hacia la biblioteca donde, seguramente, Dalila Yugoslava, estaría buscando algún material de psicología que le permitieras elaborar una teoría sobre la relación entre ego-enanismo e hidrocefalia.

La encontré sumergida en un río de ensayos liderados por Freud, Jung, Piaget, Pinker, Ekman, Kahneman, Ariely y un tal Mischel, entre otros autores que pude pillar en un abrir y cerrar de ojos acomplejado. Por la manera como me recibió, deduje que no había logrado precisar nada de lo que buscaba cuando se despidió huyendo de la compañía del Chino Mata. La saludé y apenas me respondió ensimismada en su pesquisa.

—Algo debe haber por aquí. No puede ser que ninguno de estos fenómenos de la psicología haya dejado de lado este ámbito del ser humano.

—Bueno, no es para tanto. —Me atreví a interrumpir la pesquisa.

— ¿Cómo? —No fue el inicio de una pregunta, sino más bien un latigazo a mi desinterés por su curiosidad— Creo que no te has percatado de que ese amigo tuyo es una propuesta única para el psicoanálisis.

Y continuó explicándome con cierta emoción (y asco) que en el Chino Mata no existía el tú ni el nosotros, ni el ustedes ni el él. Era el ser más excluyente que existía y apenas lo acababa de conocer. Pero pensé, lanzando una mirada retrospectiva al tiempo de mi estadía en la vieja casa de Donatela, que Dalila Yugoslava no dejaba de tener razón. Ciertamente, desde que conocí al Chino, jamás escuché de sus labios una palabra que mencionara alguno de esos morfemas, a no ser el de “ella”, cuando hablaba de Clarisa, aunque pocas veces o, mejor dicho, casi nunca usaba el pronombre personal. Clarisa esto, Clarisa lo otro, Clarisa de mierda, Clarisa puta sucia, Clarisa perra, etc., eran, más o menos, sus expresiones gramaticales

al referirse al viejo amor de mi infancia, como si las palabras que seguían al nombre de Clarisa no fuesen un adjetivo, sino más bien parte de su apellido.

Trayendo y llevando libros, en medio de su euforia, me obligó a buscar otros autores que tuviesen estudios sobre la formación de la personalidad, de acuerdo con defectos genéticos como el enanismo, la hidrocefalia y la elefantiasis (importantes ejemplos, por presentarse en zonas tan equidistantes como la cabeza y las extremidades inferiores), así como todo lo concerniente a la excesiva secreción de la somatotropina. ¿Qué vaina será esa?, me pregunté primero, y, de segundo, le pregunté después qué cosa era eso. Me respondió que se trataba de una hormona proteica secretada por la adenohipófisis, cuya función era determinar los estados del crecimiento. La respuesta me dejó de nuevo en ascuas, por lo que me sentí entonces obligado a mordirme la lengua. Una pregunta al respecto hubiese significado una caminata al patíbulo de la ignorancia. Dalila insistía en comprobar la hipótesis de que, si en el enanismo el “yo” se exacerbaba, en el gigantismo debería ocurrir lo inversamente proporcional. Hice el mandado. En la zona de archivos se encontraba un compañero de clases, Fabián Berroterán, con quien unos meses luego de este encuentro compartiría habitaciones, y se me ocurrió que, para no perder el tiempo, él era el más indicado para orientarme en la búsqueda de algo tan indefinido e indefinible para mí como la relación existente entre el tamaño del cuerpo y su importancia en la baja o alta autoestima. Me envió a un fichero de educación física y, ya harto de revisar las características de los cuerpos endoformos, ectoformos y mesoformos, opté por cambiar de bibliotecario y me dirigí a una chica de lentes redondos, cuya fisonomía, ectofórmica, me indicaba que de educación física su cuerpo no tenía ni idea, pero que de libros debía saber mucho. Al rato me aparecía ante Dalila Yugoslava con un texto que se titulaba *El complejo napoleónico*, entre otros no menos

interesantes, en el cual se afirmaba con investigaciones científicas que la agresividad en enanos era más elevada que en los hombres de estatura normal, y que, además, este mal era propenso a generar síntomas de paranoia si no se trataba con el recato debido, a tiempo y bajo vigilancia profesional.

Observó los títulos por encima y comentó que Bolívar (nuestro Libertador) seguramente padecía el mismo complejo que el corso derrotado en Waterloo. Luego inició una revisión meticulosa sobre la agresividad y la paranoia producto de la estatura. No la interrumpí para nada y me dispuse a aprovechar el silencio del salón para escribir algunas ideas sobre el Ratón, aderezadas con la teoría de Dalila. Ciertamente, el Ratón, si mal no recordaba, también era enano.

Superar los veinte años resultó trágico. De nuevo el mundo cambiaba y... otra vez, yo con él. Dalila regresaba a ser mi amiga de siempre luego de haber sido mi novia de antes, y, así como antes de ser mi novia de antes, volvió a ser de nuevo mi amiga de siempre, sin yo pedírselo, como era antes. Lo aclaró después de varios intentos: “Sabes, no eres tú, soy yo”.

—Siento que no estoy realizada, y no me siento madura para una relación duradera. Mejor regresamos a como éramos antes, digo, antes de ser lo que fuimos después de nuestra amistad de antes.

Dijo poco y lo dijo todo. El golpe no fue tan fuerte; trágico, pero no fuerte. Por alguna razón esperaba algo como eso, ya que nuestras diferencias se iban agudizando por la distancia política, marcada por las elecciones que se nos venían encima. Ella era antivoto y yo provoto, y en eso, al parecer, según ella, no había conciliación posible. Apenas habían transcurrido un par de años desde el encuentro con el Chino Mata, a los pies del *Amphion*,

y su escapada a la biblioteca universitaria. Aquella excusa le valió un cargo como preparadora en la cátedra de Morfología y autoestima, en la Escuela de Psicología. Allí se destacaba psicoanalizando a enanos con instintos agresivos para evitarles traumas en su edad adulta. No había mejor ejemplo para ella que el Chino Mata. Por mi parte, también había sido escogido para una tarea similar, y eso me permitió una entrada de dinero extra para los gastos que se me venían encima una vez que me mudé a un apartamento tipo estudio con el bibliotecario Fabián Berroterán, el experto como guía en la búsqueda de títulos deportivos. Mi trabajadora social, quien sentía una estima especial por mí, me recomendó con una profesora amiga de la Escuela de Letras. Esta, para mi sorpresa (yo siempre estaba lleno de sorpresas), resultó ser Alejandrina Patiño, la desenfrenada destructora de futuros escritores, quien me asumió como su auxiliar a regañadientes. No olvidaba lo que para ella había sido un desplante de mi parte al responder sus preguntas en cuestión de minutos, cuando me la tropecé en el primer semestre. Y, para colmo, haberme calificado por encima de la media. Sobre todo, porque se notaba a leguas que ese imberbe no podía tener una cultura literaria tan avanzada, con esa pinta de barrio que no podía disimular. Yo estaba bastante adelantado en la escuela. De más está decir que era un alumno excepcional, según algunos profesores de izquierda, para los cuales yo seguía utilizando la imprenta del viejo Castillo cuando requerían algunos afiches, bien para las elecciones profesoriales a cargos académicos, bien para la promoción de eventos, foros, congresos y presentación de libros. Con tantos favores que hacía para ellos, siempre me pregunté si lo de “alumno excepcional” era un cumplido, una adulancia o una burla. A menudo, es decir, dos o tres veces por semana, almorzaba con Dalila Yugoslava en el comedor universitario, e intercambiábamos ideas. Otras huíamos de la universidad y nos adentrábamos en los tugurios de la plaza Venezuela. Nada cambiaba entre nosotros. Éramos los amigos de siempre, y hacíamos el amor como amigos de siempre con derecho. Eso, siempre,

ella lo ratificaba religiosamente en cada encuentro, bien como amigos de siempre, novios para siempre o exnovios y vuelta a ser amigos de siempre, con derecho en algunos casos o sin derecho en otros. Una vez mudado al tipo estudio, como siempre, al igual que siempre, siempre, ella, continuaba leyendo mis textos, con el interés puesto ahora en la estatura del Ratón sin hacer mucho énfasis en la estética, cosa que no sucedía cuando se trataba del Chino Mata.

Para estos momentos históricos, Clarisa ya había trascendido al plano astral, y Dalila Yugoslava la sustituía en el plano terrenal, porque habíamos regresado, ella y yo, del plano de amigos de siempre, al de pareja reciente, luego de haber trascendido el de amigos para siempre con derechos. Mientras esto sucedía, el Chino Mata aún se mantenía perturbando mi existencia en el círculo extraterrenal, ahora con más saña al descubrir que yo era el auxiliar en la cátedra sobre literatura latinoamericana, dirigida por la profesora Alejandrina Patiño. La saña no estaba dirigida a mí, sino a ella. Una eminencia de las letras nacionales para los entendidos, pero no así para el Chino Mata.

—Más pirata que esa vieja no hay nadie —dijo de manera despectiva refiriéndose a la docente. Deberían enterrarla de una vez.

Y hablando de docencia, yo me encontraba al mismo nivel que el Chino en tres años de becado, mientras él seguía becado por años, sin años de estudio. Igual lo aguantaba, no sé por cuál razón. Nunca supe cómo descubrió la dirección del apartamento. Lo cierto es que un domingo por la mañana tocaron la puerta y, al abrir, ahí se encontraba de lo más risueño el Chino Mata.

—Te tengo un chisme genial —soltó la lengua sin darme tiempo a nada, y acto seguido se coló dentro del apartamento como un gato oportunista y

manipulador, rozando su lomo contra mis piernas.

—Me la volví a coger —dijo soltando una gran carcajada que me hizo recordar la primera vez que me relacioné con Dalila Yugoslava, en el cafetín de Medicina Tropical.

— ¿A quién? —pregunté, porque aún no caía en cuenta de qué cosa, o de quién, me hablaba.

—A Clarisa, güevón, a Clarisa. —Y lo enfatizó tan enfático, como si en esa enfatizada tan vehemente se le fuera la vida.

Efectivamente, había logrado con tesón, constancia, empeño, insistencia, obstinación y porfía su cometido, iniciado precisamente aquel día en que finalizaba el mío, lleno de vergüenza, en el cafetín de Medicina Tropical. Ahora, luego de años sin yo saber de ella, gracias a Dalila Yugoslava, entendí lo que había sucedido en aquella mesa. Ella se estaba quitando aquel yugo de encima, con razón tanta seriedad mientras todos los asistentes se volcaban de la risa ante la actuación de Dalila Yugoslava, a punto de orinarse debajo de la mesa. Lo que yo pensé en aquella ocasión no era precisamente lo que ellos pensaban. Aunque, en realidad, me habría gustado que pensarán que nosotros pensábamos lo que yo pensaba que ellos pensaban, es decir: que nos estábamos mofando de ellos, al verlos tan solemnes, inexpresivos y con caras de pocos amigos. Al final nadie pensaba nada de nada, ni ellos de nosotros ni yo de ellos, porque el nosotros, en cuanto a mi primer encuentro con Dalila Yugoslava, no existía, y en medio de sus carcajadas era imposible pensar en algo distinto que no fuese buscar la manera de que dejara de reír tan escandalosamente. Así que cuando volví en mí y Dalila en sí, ya ellos habían desaparecido; pensando algo que nosotros no pensábamos, pero que me hubiera encantado que pensarán lo que creían que nosotros estábamos pensando de ellos. Desde ese momento en

adelante, cada vez que me encontraba con el Chino Mata solo se limitaba a contar sus viejas fechorías sexuales con Clarisa (fechorías que yo pensaba que eran recientes, pero que no lo eran tanto y con razón), y se sacaba del alma ese desprecio que sentía por ella. Comprendía ahora, algo tardío, que lo único que tenía el Chino a su lado para mitigar su despecho y sus nostálgicos encuentros con la pesadilla de mi niñez era yo. Solo yo podía entenderlo, a su parecer. Las rockolas y los burdeles no eran de su agrado, y el único muro de los lamentos al cual acudir lo pescaba a diestra y siniestra en los pasillos y cafetines de la universidad. Mi percepción acerca de él daba un giro, siempre había creído que lo que me contaba era para echarme en cara mi amor frustrado por ella, amor del cual nunca se enteró, porque Clarisa nunca pudo habérselo contado, porque tampoco ella estaba enterada de ese amor enfermizo, producto de mi pituitaria y de sus pantaletas con imágenes de Piolín. De modo que todo lo que yo pensé que el Chino hacía para burlarse de mí, pensando que yo tenía algo que ver con Clarisa en realidad no era más que una acción para burlarse de él mismo, despotricando, a fuerza de bilis, contra una Clarisa del Castillo inalcanzable, quimérica e incogible, en mí caso.

En fin, el Chino se acababa de coger a Clarisa, o se la había cogido días atrás y ahora era que me venía con el cuento, luego de descubrir la dirección de mi pequeño apartamento. Aquello, según él, había sido apoteósico. No tenía a nadie con quién compartir tamaña proeza, si bien Clarisa le llevaba unos veinte centímetros de altura, la había poseído como un gigante. No me imaginaba aquella escena, pero tenía una idea que me rondaba la mente: ella recostada en la pared, él con su cabezota sumergida entre sus senos absorbiendo, frenéticamente, el *lixiviado* que destilaban sus pezones. Ella excitadísima intentando acariciarse el clítoris obstaculizada por la cabezota del enano que, como un globo inflado, le impedía accionar los brazos a su antojo y... volando o, mejor dicho: delirando, mi imaginación se trasladaba



al texto del Ratón y buscaba dónde colocar un párrafo parecido, protagonizado por Araminta Irazábal. No lo logré y salí de mi sopor cuando gritó a todo pulmón.

— ¡Me la cogí bien cogida, no joda! —Como si hubiese sido un John Wayne a las puertas del fuerte en aquella vieja película *El Álamo*.

—Tenemos que celebrar, y te lo cuento todo. Vente, vámonos al Ruedo, ese bar que tienes en la esquina, del que de seguro ni te has dado cuenta.

El bar resultó ser un antro de lo más acomodaticio para su historia. El hecho de ser un domingo y recién abriendo sus puertas a las 11:30 de la mañana, le daba un aire de película de los años cuarenta. Pensé en Humphrey Bogart y *Casablanca*. El olor a miasos añejados era espantoso, más aún mezclado a esa hora con detergente. El propietario, detrás de la barra, aclaró que la cocina estaba cerrada los domingos: “Solo caña”, dijo. Era un hombre mal encarado, gordo y sudoroso a esas horas de la mañana, con una tez brillante y rojiza, que mostraba unos ojos con cataratas que alguna vez fueron azules. Gracias a Dios, pensé, cualquier bocado en este antro era como para salir de allí directo al puesto de emergencia más cercano con una diarrea imparable. Pedimos un par de birras y, antes de servir las, el hombre nos aclaró que no estaban muy frías, porque hacía poco las había metido al refrigerador.

—No importa, ponga dos ahí —dijo el Chino con su vozarrón de adulto que, aun siendo enano, inspiraba respeto.

Era otra de las cosas que no entendía. Esa posibilidad de llevarme tantos años y tratarme como si fuese de su edad. Quizás era eso lo que me atraía del Chino. No me trataba como a un hermano menor, o como a alguien inmaduro, sino como a un adulto a su estatura (bueno, ni tanto), como si en mí hubiese encontrado un ser capaz de entender sus complejos, no

precisamente los que podía tener con respecto a Napoleón, sino los que arrastraba como estudiante sempiterno, a pesar de ser un erudito en literatura. Eso no lo podía negar yo, ni siquiera intentando tapar el sol con mi dedo; tampoco Dalila Yugoslava. Había en la existencia del Chino Mata algo indescifrable; quizás ese enigma fue lo que le llamó la atención a Dalila cuando nos interrumpió mientras retozábamos a los pies del *Amphion*. Algo sospechó que yo no vislumbré nunca, pero jamás me lo dijo. Y pensar que gracias a esa interrupción ella había conseguido esa pasantía como preparadora en la Escuela de Psicología. Algo como eso, me confesó meses después, no cabía en su imaginación.

—Igual que tú. ¿Acaso imaginaste alguna vez que ibas a ser preparador en la Escuela de Letras? —me interpeló en una oportunidad.

Ciertamente, yo sí lo había imaginado, pero me pareció una echonería confesarlo. Sí, claro que me veía como docente en la Escuela de Letras. Sí me veía como un buen escritor al pasar del tiempo. Sí me veía como capaz de hacer algo distinto en literatura y cuentos urbanos mezclados con ficción. Sí, sí y sí, pensé desde mi primera historia que escribí sobre Donatela, pernoctando en mi pequeño hueco de la imprenta Castillo y Asociados, que alguna vez escribiría una historia y enseñaría a muchos chicos, como yo, a escribir las suyas. Pero me calle ante Dalila, y le dije:

—No, jamás me lo hubiese imaginado.

El rojizo nos sirvió las dos cervezas y nos preguntó si deseábamos hielo, como les gusta a los maracuchos, refiriéndose a los pobladores de una región del país en donde la temperatura mínima no baja de 38 grados. El Chino respondió que estaban aceptables, de modo que brindamos. Y entonces me preparé para lo que venía. Lo que estaba esperando desde que, risueño, tocó la puerta de mi departamento. Resulta que luego de mucho

tiempo sin verse, en aquella oportunidad de estar a los pies de la escultura de Laurens y de insistir en acompañarme a lo del cambio del cheque, el Chino realmente se había tropezado con Clarisa en el cafetín de Medicina Tropical (jamás yo lo hubiera imaginado), y le había dado mis excusas por el embarque, cosa que ella no habría entendido, pero, al parecer, tampoco se preocupó por averiguar o le dio poca importancia. Habían conversado acerca del pasado y él había pedido disculpas por su comportamiento obsesivo y sus celos enfermizos: Los años pasan —había dicho—, y uno cambia con ellos —le había asegurado—. Ella había aceptado las disculpas. Se tomaron unos cafés y recordaron el pasado. Ella le contó en qué andaba y cómo le encantaban sus prácticas en los hospitales públicos. Incluso, le comentó que cuando le correspondiera hacer su “rural”, en la frontera con Brasil, lo iba a invitar para que los mosquitos le comieran hasta la médula. De allí en adelante habían mantenido cierta comunicación que él fue cultivando de a poco. Nunca me contó nada al respecto, incluso cuando la humillaba en su afán de una venganza que solamente él padecía.

—¿Sabes? creo en la envidia, y durante estos meses no te comenté nada porque pensé que me podías dar mala vibra.

Sus encuentros amistosos prosperaron y ella hasta llegó a confiar en él y le contó las relaciones que mantuvo con varios compañeros de estudio e, incluso, con un par de profesores de su facultad. (Él y que había sonreído comprensivamente, pero su otro yo interno gritaba: ¡Qué puta eres!). Algo sin importancia. Si bien a mí el Chino me llevaba unos cuantos años, y yo había madurado a fuerza de política estudiantil, imagino que Clarisa se había quedado rezagada en esa materia. Con la experiencia de los años y con cabeza fría (que ya era mucho que decir en un caso de hidrocefalia), el Chino terminó siendo un excelente confidente y por un tiempo se fue ganando toda su confianza. Ella le contó todo lo que ocurría con Donatela

y Pedro del Castillo. Los conflictos que se habían exacerbado entre ambas familias por una herencia a futuro, pues la pequeña imprenta ahora era una gran empresa gráfica, y el viejo Castillo padecía de cáncer. Algo de lo que yo no me había enterado, a pesar de que iba de vez en cuando a resolver, o a imprimir, las cosas que me interesaban de la universidad. Ciertamente, el pequeño local había cambiado, y casi se tomaba toda la cuadra, pues Castillo había comprado los establecimientos alrededor para ampliar el negocio. Las nuevas máquinas necesitaban más espacio.

Nos dieron la cinco de la tarde y yo ya no aguantaba una cerveza más. Ni hablar del Chino, que cuando se levantaba para ir al sanitario arrasaba con todas las mesas del local. Afortunadamente la clientela era poca y lograba evadirlo en su trayectoria destructora. Al regreso, pidió la cuenta y pagó con una tarjeta de crédito. Yo jamás había visto una en toda mi humilde vida. Firmó el voucher y me dijo:

— ¿Será que me quedo en tu sofá hasta mañana?

—Hombre, claro. Adónde vas a llegar con esa pea. —No pensé en Fabián, pero supuse que no le importaría, y así fue.

Mientras acomodaba su cabezota en la almohada, me dijo lo último descifable que escuché en medio de su borrachera:

—Los seres humanos hemos abandonado el instinto y dejado la razón como guía de nuestras vidas. Pelamos bolas.

Al día siguiente lo observé como muerto sobre el sofá. Preparé café y le dejé una nota para que desayunara y me dejara las llaves con el conserje. Fabián había salido mucho antes que yo. Abrí la puerta y giré la mirada una última vez hacia el sofá, y me percaté de que, en su estado etílico, había sacado todos los documentos de su billetera y los había desperdigado por

la pequeña sala. Quizás en su *delirium tremens* aún continuaba en el bar del rojizo y quería pagar la cuenta. Regresé y comencé a recogerlos y, entre tanto papeleo, descubrí que el Chino Mata era rico. Varias tarjetas de crédito así lo atestiguaban. Con razón no estudiaba... Y madrina, jamás se enteró de eso.

Salí recordando que, a mi tercera cerveza, no me dejó contarle lo que estaba escribiendo sobre el personaje de mi novela. Para mí era importante que leyera algo al respecto, porque por alguna razón necesitaba su dictamen. Ya no era la *Divina Comedia* con la que me había humillado en alguna ocasión; tampoco el ajedrez, que resultaba ser mi principal herramienta de venganza, sobre todo cuando lograba ganarle con un jaque mate inverosímil en pocas jugadas. Era que sabía que él sabía de literatura, aunque jamás en su puta vida pudiese escribir un párrafo coherente de una historia menos coherente que su historia misma.

Bajo el cobijo de la universidad no hacía falta nada para vivir y disfrutar de la existencia, usando el término, por supuesto, como sinónimo de vido-rria. No imaginaba qué sucedería cuando me graduara. Eso probablemente sí lo imaginaba el Chino Mata; por ello no dejaba de ser un estudiante sempiterno con instinto de superación. A mí esa idea me trastornaba, porque la universidad era como una madre protectora al extremo, que se niega a liberarte por amor. Y uno, también por amor (o por comodidad), tiende a permanecer prisionero de ella. Pensar en esa libertad, lejos de ella, y elucubrarse sobre cómo el Chino Mata se mantenía clavado en ella, me mantenía en una terrible indecisión sobre qué hacer sin ella. En este aspecto, Dalila Yugoslava estaba bien clara, ella no existía sin la otra ella, y jamás la dejaría porque ellas se pertenecían una a la otra, como el argón opuesto a las sombras. “De ella —así me lo expuso una tarde de tertulia existencial— me sacan con los pies para delante”. Y yo agregué para mis adentros: “Con las

estrofas del himno universitario acompañando el sepelio”.

Pasaditos los veinte, un poco más, un poco menos, pero antes de llegar a los treinta, nos graduamos con toga y birrete. Toda la familia de Dalila Yugoslava se encontraba en el hemicíclo. El Aula Magna, rebosante, desplegaba sus nubes de Calder, y nosotros debajo de ellas hacíamos sombra a la espera del llamado de la luz. Por tratarse de la Facultad de Humanidades, la línea de los graduandos en Letras estaba antes de la línea de los graduandos en Psicología, y luego seguía el resto de futuros profesionales que copaban la mitad de la sala; por lo tanto, yo salí primero que Dalila Yugoslava del estupor que producía la espera. Uno a uno, los graduandos éramos convidados a subir al estrado para recibir el título de manos del rector y las demás autoridades del recinto, y a cada llamado surgían los aplausos y los vítores. Mamá llegó tarde y ocupó los últimos asientos y si vitoreó no pude escucharla. A la salida la busqué por todos lados, pero en medio de la marabunta no pude dar con ella, aunque sí estuvo y se fue cansada y aburrida. Con quien sí di, sin muchas expectativas, fue con Donatela y familia, incluidos los “bastardos”, cada grupo por su lado. No sabían que yo también me estaba graduando.

—Y tú qué haces con esa toga encima —me espetó a las primeras de cambio, Donatela.

La observé más deteriorada que antes, o será que antes no la miraba con los ojos de ahora, o bien, ahora realmente estaba más deteriorada que antes (To be or not to be...that is the question). Toda su apariencia, a pesar del carmín y de la teñida del cabello, lucía de un pálido mortuorio que daba mucho que pensar. “Qué falta hace el Chino”, me dije para mis adentros, porque para mis afueras, siempre, en estos casos, prefería hacer mutismo

antes de crear estruendo.

—Pues, como usted ve, madrina, me estoy graduando.

—Y en qué. ..¿Será que se puede saber?

—En Letras.

—Ahh, ¿y... eso con qué se come o para qué sirve?

—Para escribir, madrina, y para dar clases de cómo escribir a quienes no saben escribir, madrina.

—Bueno, por lo de escribir no tenías que estudiar aquí, ya lo hacías antes —intentó alabarme—. Y en lo que a dar clases se refiere, mejor remuneración habrías conseguido con la imprenta. ¿No crees tú? Los maestros no ganan mucho hoy en día.

—Sí, madrina, lo sé, pero ya usted ve cómo son las cosas. Uno nunca decide su destino.

— ¡Ay, Dios! Pero si ya hablas como todo un “maestro”. —Se alegró, pero no logré descifrar si con aquella denominación de “maestro” exteriorizaba una burla o suscribía un elogio. Aunque, tampoco me importaba mucho.

A unos pocos metros se encontraban los bastardos dispuestos para felicitarme; compartiendo con ellos, Tito y Tuto, los originales de Donatela, igual esperaban que me les acercara. De inmediato me dirigí hacia donde estaban para rebelarme así contra los deseos de mi madrina, quien no perdía la oportunidad para mostrar su inquina: “Mira que ni me importa si te acercas a ellos o te quedas”. Gesto que tampoco me importó mucho y... finalmente, no importándome mucho, me fui. Por fortuna, en esta ocasión,

el bastardo mayor no llevaba puesto el uniforme de la Marina que siempre lucía cuando estaba de permiso en la casa de Donatela (porque los trotskistas lo habrían acusado de ser un esbirro de Martín Cabeza y lo habrían linchado en pleno acto. Y, aunque la Marina no formaba parte de las huestes de Cabeza, para los trotskistas, todo bicho con uniforme era un enemigo a muerte). En medio de la turba me esperaba con los brazos abiertos. Luego, me abrí paso hasta donde se encontraban los morochos, para que me colmaran de halagos. Lucían más alegres que mi propia madrina. Apenas advirtieron mi presencia “vestido de zamuro” (lo dijeron en chanza, pues conocían desde atrás mi humor negro), se acercaron para, a su modo, burlarse de mi vocación: “¿Ahora a quién le irás a causar pesadillas con tus historias macabras?”, preguntaron ambos al unísono. No perdían la costumbre de hacerles creer a los incautos que, entre ambos, existía una comunicación telepática. Después le llegó el turno al bastardo menor quien se había graduado desde hacía bastante tiempo en administración de empresas y llevaba las cuentas de la, ahora, industria gráfica Castillo & hijos. El padre, por estar muy aquejado de salud, no se presentó en el evento. Con el hijo menor yo me tropezaba de vez en cuando, en momentos en que me acercaba a la imprenta por motivos diversos, siempre que estas circunstancias procuraran una ganancia que me permitiera pagar las cervezas en las tabernas y bares diseminados por los alrededores de la universidad; no obstante, resultó ser más avaro que el padre y costaba Dios y su ayuda lograr que me cancelara alguno de los trabajos que realizaba a destajo. Las dos mujeres también eran profesionales; se habían licenciado en una de las pocas universidades privadas que existían en el país para la época y compartían un apartamento tipo estudio en una urbanización *chic*, en el este de la ciudad. Con ellas apenas crucé unas pocas palabras; pero aproveché la oportunidad para preguntarles, en pleno jolgorio y en son de chisme, si ya habían contraído matrimonio con algún chico desesperado por salir huyendo del seno familiar. Ellas entendieron perfectamente que me refería



a su estancia en la tercera habitación de la casa grande, y lo del matrimonio no era más que un paréntesis impertinente para burlarme de Donatela. Eran la bella y la bestia. La mayor tenía mucho de la belleza de Clarisa, y la menor (sin ninguna duda) no había corrido con la misma suerte. En ella no había posibilidad (ni por un milagro) de una cirugía plástica que elevara su autoestima. Aunque era una bella fea o una fea bella (pensé en Dalila y también en el Chino, un oxímoron de los tantos que se me ocurrían en cada encuentro con ella)... Siempre me pregunté si, ciertamente, alguien puede ser bello por dentro, aunque la fealdad lo marque por fuera sin saber que es bello por dentro, para, de esta manera, levantarse la estima y ser bello también por fuera. Y siempre la respuesta solía ser la misma: si se llama Celia y no se llama Clarisa, todo es posible en este mundo de Celias y Clarisas.

Les hizo mucha gracia lo del chico en busca de pareja para deshacerse de la familia. Soltaron la carcajada ante mi impertinencia y me felicitaron en un tono bastante elocuente: ¿Quién iba a pensarlo?, graduado en la Escuela de Letras y trabajando como profesor universitario. La última frase me hizo recordar (de nuevo) a Dalila Yugoslava, con su: “Jamás me lo hubiese imaginado” y mi respuesta de “sís” continuos, que guardé para mi propio consumo en esa ocasión.

Mientras la bastardada y yo charlábamos recordando los viejos tiempos, Tito y Tuto se habían quedado rezagados a la distancia, junto a Donatela. A Clarisa le debía faltar poco para recibir su título, pero, conociendo su talante, seguramente regresaría a su asiento en pleno sopor, a la espera de que todos sus compañeros terminaran de recibirlo. Al menos eso esperaba, pero me equivoqué. Yo, en medio de tantos invitados, seguía buscando con la mirada a mi madre, a los padres de Dalila y, por supuesto, a Dalila Yugoslava, que no terminaba de salir por aquellas puertas atiborradas de

parientes. Esperaba verla antes de que ella me viera a mí y, si ocurría lo contrario, rogaba para que, con sus artes psicológicas, me alejara de aquel trance familiar, como lo hacía cuando el Chino Mata me atrapaba entre sus redes. No había terminado de pensar en una escapada estratégica cuando se oyó el grito de Donatela.

— ¡Allá está!... ¡Allá está! —gritaba eufórica, dando brinquitos de alegría, intentando ser descubierta por la primogénita, mientras agitaba los dos brazos como aspas en medio de la marea de parientes que también intentaban, ante la coreografía generalizada de brinquitos y brazos levantados como aspas, ser vistos por sus graduandos, que salían apiñados por las múltiples puertas del Aula Magna. Todos ellos en toga y birrete buscando, a su vez, cuáles aspas, de tantos brazos en aspas, eran las aspas de sus parientes.

— ¡Clarisa...Clarisa!

Todos volvieron sus rostros hacia donde madrina señalaba, hasta yo, que me motivé de inmediato, porque tenía tiempo sin verla. Quizá por lo lejos que me parecía la Facultad de Medicina a estas alturas, quizás porque ya no asistía al cafetín de Medicina Tropical, el cual habíamos sustituido Dalila Yugoslava y yo por los bares de la plaza Venezuela o, quizás, porque ya no me interesaba propiciar ninguna casualidad para encontrarme con ella como solía hacerlo. Estaba curado y su presencia o ausencia ya no causaba efecto en mí. Era un ser libre de su influencia nefasta. Pero no era tan cierta tanta certeza al respecto.

— ¡Clarisa, mi vida!...

Insistía Donatela con sus gritos campanudos que comenzaban a desesperar a los padres que se encontraban por los alrededores, unos compasivos compartiendo su euforia, y otros enfadados ante sus chillidos

irritantes que no respetaban oídos sordos.

Era imposible que Clarisa, “su vida”, la escuchara a la distancia que los separaba. De modo que optó por abrirse paso, como una tromba, en medio del gentío que había crecido como si hubiesen abierto las compuertas de una represa a punto de desbordarse. Acompañada con Tito y Tuto enfiló hacia el lugar donde Clarisa se encontraba en compañía de los suyos. La manada de bastardos no se quedó atrás y también se abrió paso como pudo, siguiendo de cerca a los morochos. Yo me hice el pendejo y, aprovechando la oportunidad, me deslicé hacia el lado contrario. No me interesaba para nada felicitar a Clarisa, y, en medio de la ola de familiares a la espera de sus graduandos, ya me imaginaba cómo sería la fiesta apoteósica que se avecinaba por los lados de la casa grande.

No vi a Dalila ni a sus padres ni, mucho menos, a mi madre. De modo que opté, entonces, por irme al departamento para cambiarme de vestimenta. Luego de una ducha y unos fiambres guardados en la nevera, me dirigí a casa de mamá, pues estaba seguro de que ella me estaría esperando con una estupenda cena. Me sorprendió hasta con una torta casera. Los vecinos se colaron para felicitarme y comerse la torta... Uno de ellos pidió disculpas y desapareció por una media hora. Luego, al reaparecer, trajo consigo una caja de cervezas de la cual nos bebimos hasta la última botella. Entonces, cuando ya nos encontrábamos a punto de resaca, apareció de la nada una botella de ron que mamá tenía escondida en la despensa, y también la vaciamos. Las preguntas iban y venían y yo era el centro de la atención, por lo tanto, a todo debía responder como un letrado. Mirna, la que más compartía con mi madre, me preguntó qué opinaba yo de Corín Tellado. Le respondí que en realidad se llamaba María del Socorro Tellado López y era española. Mirna se sorprendió con mi respuesta, pues creía que la escritora era cubana. “Ya ves, Carmen —se

dirigió a mi madre—, que por eso es que hay que matricularse en una universidad como lo hizo Carlitos. Ni por casualidad me iba a imaginar yo que esa mujer (se refería a la escritora) era gallega”. Le comenté que no todos los españoles son gallegos y, con respecto a Corín Tellado, le aclaré que era natural de Viavélez, una pequeña provincia de Asturias. “Ves, gallega pues”, se dirigió a mi madre de nuevo y yo decidí dejar las aclaratorias para otra ocasión. Por un momento me sentí tentado a contarle que su ídolo también utilizaba el seudónimo de Ada Miller y que la Unesco la consideraba la escritora más leída en el mundo, después de Cervantes. Mirna era poseedora de una amplia colección de folletines de la autora que venían en color sepia. Los releía, una y otra vez, con los ojos llenos de lágrimas. Era muy sensible a las pasiones desatadas en cada una de aquellas historias. Una maniática obsesiva compulsiva de las novelas rosas. Para aquel momento, las telenovelas y las radionovelas acaparaban el mercado, y esto trajo como consecuencia que las publicaciones de corte romántico, que ella tanto adoraba, fuesen desapareciendo paulatinamente. “Ya nadie lee buena literatura —dijo—. La televisión acabó con todo”, me aclaró con cierto sentimiento de frustración.

—Y qué me dices de las emisoras de radio, ahora dedicadas a la pura música —agregó la otra vecina—. Tan “aleccionadores” que eran esos dramas, cuando los trasmitían por las mañanas y en las tardes. A mí me encantaban. ¿Y a ti, Carlitos?

—Sí, ciertamente, por eso estudié Letras —respondí yo.

—Para hacer novelas, ¿no? Ojalá llegues a ser como Delia Fiallo.

—Yo prefiero que sea como Arquímedes Rivero —sugirió Mirna— ... Ese escritor *que habla al corazón de las mujeres*. —Y ambas soltaron la carcajada.

—Por supuesto que sí —les dije, contagiado con sus risas.

Así se nos vino encima la noche y dormí en casa de mi madre como no lo había hecho desde los tiempos en que habitamos en la barriada; soñé largo con aquellos dos personajes de mi novela: el Ratón y Araminta Irazábal, el amor de su vida. A la mañana siguiente, el mundo era otro y, de nuevo, regresaba a mis labores rutinarias, con una idea fija.

Había dejado abandonada mi narración sobre el personaje debido a la concentración de trabajo que me imponía la profesora Patiño. Ella, al igual que el Chino Mata, me cargaba a monte como su preparador. Dalila me lo había recordado en una ocasión con un...

—No he leído nada nuevo tuyo. ¿Qué, ya no confías en mis sugerencias?

Plenamente, le había respondido, pero apenas tenía tiempo para mi vida personal, puesto que mi jefa de cátedra no me daba respiro.

—Recuerda que ese es el sueldo para mi dieta básica de alcohol, pagar el alquiler y mantener el refrigerador con algunas compras; para que no luzca como una pecera, llena de agua y sin un fiambre.

Sonrió y agregó:

—Ah, okey, pero así como te portas con la Patiño, trata de no descuidar esa historia tan extraña de amor y crimen, guerrilla y demás. Y envíame lo que tengas escrito que tengo ganas de leerte.

Lo sugirió con cierta picardía, un guiño del ojo, una sonrisa brillante, un algo que me erizó la piel. ¿Será que podíamos regresar a ser novios de siempre, luego de ser amigos de siempre con derecho, antes de haber sido amigos de siempre sin derecho, a punto de ser novios de siempre con derecho?

En realidad, estaba más interesada en la estructura ósea del personaje que en nuestros años de dependencia mutua. El Ratón la atraía tanto como la flor del mastranto a las abejas. Y yo, en mi manuscrito, lo describía bastante bien morfológicamente, no porque me cayera bien o mal, al compararlo (salvando las distancias) con el Chino Mata, sino porque me impresionaba que un hombre como aquel, tan enano, hubiese ganado tanta altura entre sus admiradores.

El repentino interés de Dalila Yugoslava por el manuscrito me hizo recordar el sueño que tuve en casa de mi madre. En medio de la somnolencia que produce el excederse con la ingesta de alcohol, sobre todo cuando se ligan las bebidas, me encontraba en pleno barrio. No el de mi niñez, sino el otro, el barrio de la campaña electoral por la Presidencia de la República. Aún faltaban unos meses para mi graduación y decenas de mis compañeros marchaban a mi lado, por los senderos, recovecos y callejones de la barriada, cargados con pancartas, afiches y folletines que repartíamos casa por casa. Disponíamos también de un megáfono para que uno de nuestros líderes parroquiales anunciara la llegada del candidato. Este no era otro que Jorge Belgrano. Saludaba y agitaba las manos en medio de los militantes del partido que lo acompañaban gritando consignas a todo pulmón. Entraba a las casas y lo recibían con aplausos y abrazos. En cada recinto en el que le abrían las puertas, alguna bebida le estaba reservada, desde café hasta caña clara: un aguardiente que quemaba las entrañas, que él aceptaba con humildad. Luego salía y, al despedirse, tenía que cargar con una bolsa de obsequios: pasteles de carne molida, sándwiches de fiambres, rodajas de chorizos o morcillas, alitas de pollo horneadas, caraotas refritas bañadas con queso blanco rayado, hallaquitas de chicharrón y, como agregado, una botella de guarapita, “para que los muchachos se alebrestaran en su caminata”. En el sueño, el Ratón empezaba a repartir el contenido y a mí siempre me tocaba el sándwich de fiambres. En medio

del fragor que significó aquella campaña, por los años setenta, íbamos consumiendo las botellas de aguardiente, pasándolas de mano en mano, y la sed atacaba con furia, pero en el barrio nunca había agua, nada con qué paliar la sed, y de los grifos apenas salía un soplido de aire caliente. El poco líquido que los habitantes tenían almacenado, en pequeñas vasijas, no estaba disponible para compartirlo con tanta gente. Fue en ese instante cuando me desperté echando candela por la boca. Corrí desesperado hasta la cocina para vaciar toda la jarra de agua que mamá tenía guardada en el refrigerador, y los tres vasos hasta el tope apagaron el fuego que me consumía por dentro. Después no pude conciliar el sueño pensando en esa historia. El Ratón habría sido un buen candidato de la izquierda unida de no haber sido víctima de Martín Cabeza aquel día de los difuntos, en medio de un pasillo sombrío, una mañana de noviembre.

Aquel sueño me sirvió para recordar las dudas que sobre el personaje se habían tejido luego de su muerte. La más tenaz afirmaba que el muerto había sido Hermenegildo García, alias Malacara, otro de los doce (y no once, como se creyó al principio) exguerrilleros llegados al barrio y quien, por una vieja deuda con el “Enano”, lo protegía al extremo, sin que el mismo Belgrano notara su presencia. El caso es que, una vez fallecido el Ratón, a Malacara jamás se le volvió a ver por la barriada y algunos de los habitantes afirmaban que pudo haber sido él quien ajustició a los asesinos de Araminta Irazábal. Otros aseguraban que el Ratón había asumido la personalidad de Malacara y Malacara la de Jorge Belgrano. Por lo tanto, ¿quién habría sido el muerto? Las leyendas urbanas del barrio jamás morían.

Supuestamente, durante su tiempo en la guerrilla, ambos dependían el uno del otro. Se habían hecho compañeros de batalla y se protegían mutuamente cuando les tocaba enfrentarse a las fuerzas del ejército.

Alguien había contado que el comandante Miguel Aponte, mejor conocido como Puyuta, les había encomendado una misión de esas que nadie aceptaba, pero que tampoco se negaban a realizar, si no querían ser candidatos al pelotón de fusilamiento. Se intentaba despejar una ruta para la huida, buscar una brecha en vista de que eran acechados por las fuerzas del gobierno, y los aviones de propulsión no cesaban de bombardear toda la zona, y los mantenían flanqueados por los cuatro costados, sin posibilidad de escape. Conociendo las habilidades del “Enano”, Puyuta lo comisionó, en medio de la metralla, a definir una trocha que evitara más bajas de las que ya habían sufrido. De los cuarenta hombres en armas, diez habían muerto, siete estaban mal heridos y otros diez aún podían mantenerse en batalla, a pesar de que la sangre le brotaba desde distintas partes de las extremidades. A Belgrano no le quedó más remedio que lanzarse a la aventura y arrastrándose casi tres kilómetros entre la maleza, logró traspasar la línea enemiga. Durante su trayectoria algo le perturbaba; ese instinto siempre le había salvado la vida. No podía ser el enemigo ya que lo había dejado atrás, tampoco un piquete de compañeros, pues seguían combatiendo en la retaguardia, formando un círculo de defensa ante el asedio. Le preocupaba encontrarse con un animal, una boa rectando en busca de su presa o uno de esos gatos monteses que más de una vez los habían acechado durante las noches de campamento. El ser devorado por uno de estos animales le atemorizaba más que formar parte de las tantas bajas en el combate. “Tanto nadar para morir en la orilla”, se dijo. Con los cinco sentidos en alerta, continuó su periplo. La brújula le indicaba el norte, sin ella estaban perdidos en esas montañas donde los árboles oscurecían el cielo y solo unos cuantos rayos de luz, se colaban entre sus ramajes. Más de una vez, por la inexperiencia del Puyuta, habían marchado en círculo. Recorrían kilómetros a través del fango para terminar en el mismo punto de partida. “Con estos comandantes no llegamos a ninguna parte”, le había susurrado el Ratón a Malacara en secreto, porque nadie se atrevía a con-



tradecir al Puyuta, quien, como excusa, les conminaba a explicar por qué siempre regresaban al punto de partida, como si con esta alharaca les estuviese dando una lección de lo que no se debía hacer cuando se carecía de brújula y era imposible guiarse por las estrellas o por las salidas y puestas de sol. No engañaba a nadie, pero tampoco nadie se atrevía a levantar la voz para quejarse. Cuando recibía la respuesta de uno de los guerrilleros más baquianos al respecto, lo halagaba y le decía algo así como: “Muy bien miliciano..., a ver si aprendió algo, encárguese de dirigir a la tropa”. Y, de esa manera, él y la camarilla lograban salir del atolladero. Ese “uno de los guerrilleros” eran casi siempre el Enano o Malacara.

Apenas el Enano traspasó las líneas enemigas sintió que algo le apesaba la pierna. En cuestión de segundos un escalofrío le recorrió el cuerpo. Aquel agarre le impidió seguir rectando entre el ramaje. La boa lo había atrapado, ahora lo enroscaría, lo apretaría entre sus anillos hasta dejarlo como una salchicha, listo para ser engullido. El sufrimiento iba a ser terrible. Se imaginaba ahogándose mientras los huesos crujían y se le iba la vida, así como así. También podía ser la dentadura aserrada de una baba la que le comprimía la bota con la fuerza de una prensa hidráulica. Pensó que no podría usar el FAL, pues la incomodidad no se lo permitía, tampoco se atrevía a extraer la pistola del cinto, ya que el disparo delataría su posición: “El cuchillo, sí”, pensó. La única herramienta que lo separaba de la muerte. Así que lo empuñó con rapidez y alistándose para clavarlo en las fauces del animal, se encontró con la cara de Malacara, que ya era bastante decir, quien lo aferraba fuertemente para evitar que levantara el dorso, pues había logrado divisar a varios francotiradores ocultos a la distancia y, de no ser por ese fuerte agarrón de pierna, a su compañero de faenas le habrían volado los sesos al instante, por ser tan asustadizo con los animales de la sierra. Belgrano había olvidado los binoculares y Malacara se ofreció ante Puyuta para darle alcance. Sin ellos, el pobre rectaba a ciegas. Minutos

más, minutos menos, ambos hombres lograban sortear la segunda línea custodiada por los facciosos de la brigada especial del ejército. Ahora, uno de los dos debía regresar para mostrarle al resto la ruta de escape...

Malacara no esperó que Belgrano tomara la decisión, y dando media vuelta como pudo, enfangado hasta el cuello, partió arrastrándose por la ciénaga en busca de la cuadrilla que lo esperaba en plena refriega con las tropas regulares. “Cuidate de las babas —le dijo antes de partir—, que son más pequeñas que un caimán, pero con dientes más afilados”. Y entonces se perdió en medio del fango y la maleza. Una hora calculó Belgrano que debió haber transcurrido desde la partida de su compañero de armas, cuando escuchó el culebrear de la cuadrilla a su retaguardia. De los cuarenta que había dejado, sumando a los mal heridos, solo veintitrés habían regresado. No preguntó al respecto y supuso que, o bien habían muerto, o bien los siete que estaban mal heridos habían sido abandonados a su suerte. Una vez en territorio despejado, sin señales de los efectivos del ejército regular, Puyuta ordenó un descanso para la tropa. Malacara y el Enano aprovecharon para alejarse del resto de los milicianos y, una vez recostados sobre sus morrales, Malacara confesó: “Los dejaron a la buena de Dios. Yo me opuse, pero Puyuta amenazó con aplicar la ley marcial”.

Y así, en medio de toda la precariedad que significaba recorrer la montaña a la espera del enemigo o del anuncio de pacificación del cual se rumoreaba entre los comandantes guerrilleros, los milicianos Hermenegildo García, alias Malacara, y, Jorge Belgrano, alias “el Enano” lograban sobrevivir hasta el venerado día cuando, siendo la última vanguardia guerrillera (puesto que ya muchas otras facciones se habían acogido a la pacificación), bajaban de la montaña sin mérito alguno del cual alardear, y con el único deseo, tanto del Ratón como de Malacara, de regresar a su barriada de siempre, a la familia, a los amigos... y a los amores que dejaron abandonados,

guiados o seducidos por la efervescencia revolucionaria y las pasiones a flor de piel. Entre ellos también hubo los que se fugaron a las montañas buscando alternativas para evadir la cárcel por haber desertado del servicio militar.

Iniciar la docencia a corta edad suele ser traumático. Uno aún no descubre si está dando o recibiendo clases. Cuando recorres los pasillos de la universidad no sabes si hacerlo como estudiante o como profesor. En esas cavilaciones nos la pasábamos Dalila y yo, ante la nueva coyuntura, ahora graduados casi con honores. Yo, por mis notas sobresalientes, y ella, por sus investigaciones obsesivas sobre la morfología y el ego como mecanismos biológicos alteradores de la conducta humana. En su búsqueda frenética sobre el síndrome napoleónico, Dalila recorrió la Roma antigua, midió los centímetros de Nerón y Brutus. Saltó, sin pérdida de tiempo, a la Grecia de Alejandro Magno (por lo de Magno) y así, entre Mesopotamia, el Éufrates, el Tigris y el mar Egeo (aparte de leerse la *Iliada* y la *Odisea*, por si alguno de aquellos héroes mitológicos no sobrepasaba el 1,70 de estatura promedio), entendió que acerca del tema había mucha tela que cortar. Por su telar de tejidos pasaron el Libertador Simón Bolívar, Mussolini, Stalin y Gandhi. Ni hablar del enano más contemporáneo de todos los enanos, el héroe de mis narraciones, a quien comparó con Benito Juárez.

—El más pequeño que he encontrado en mis estudios —me aclaró en cierta ocasión—. Medía un metro con 37 centímetros. ¿Crees que tu Ratón haya estado, más o menos, por la misma talla? —Y sentí que iba a extraer su libreta para anotar mi respuesta. Dije:

—Ni idea.

Pero de que era pequeño, lo era. Aunque, por oxímoron, pudo ser un gran enano o bien un enano grande, o un enano gigante; seguramente, si se hubiese lanzado como candidato en una campaña electoral, no le habrían faltado votos de esa gente de pueblo que tanto lo adoraba.

En la universidad, Dalila y yo nos manteníamos como profesores contratados, aunque Dalila ya había previsto presentar sus credenciales para ascender de escalafón. Yo, que la seguía, tampoco perdí la oportunidad para escalar posición, de modo que no tardamos mucho tiempo en pasar de contratados a instructores. Nos faltaría ahora hacer carrera para llegar a ser asistentes. Ambos ascensos generaron sus enfrentamientos entre nuestros aliados de izquierda y los detractores de la derecha, pero, mediante un contundente fallo bajo componendas, se nos abrieron las puertas a un mejor futuro como docentes en educación superior. La izquierda seguía llevando la batuta en la facultad y nosotros, fieles a ella, éramos la semilla sembrada que ahora daba sus frutos.

Si bien las cosas seguían su curso inexorablemente, la armonía estaba lejos de formar parte de nuestras vidas. Por un lado, estaba la envidia, que era algo contra lo cual no se podía pelear porque, según Dalila Yugoslava, era un trastorno de la personalidad que inducía a cambios en el sistema hormonal de todos los seres racionales que habitaban el planeta. Es decir, para ella era una total pérdida de tiempo desinfectar a un envidioso, porque era una anomalía ya inoculada en el ácido desoxirribonucleico (para mi hubiese sido más sencillo si me lo hubiese abreviado como ADN). Por el otro costado estaban las pugnas por cargos políticos que intentaban buscar un equilibrio entre las derechas y las izquierdas que, a decir verdad, se movían como enfermos del mal de Parkinson.

—A los envidiosos se les altera la dopamina, la serotonina y la oxitocina; estas son las llamadas hormonas de la felicidad y eso les elimina la alegría

de vivir —expresó Dalila sin ponerle comillas a lo expuesto... Luego aclaró:

—Un nivel elevado de envidia vuelve irritable a quien la padece; lo que afecta tanto a enanos como a gente de talla normal.

Desde otro punto de vista estaba, claro que en la universidad había que enfrentar diariamente las distintas corrientes del pensamiento crítico. Para algunos profesores de la Escuela de Letras, yo era un advenedizo de izquierda con palanca, oportunista y manipulador *in extremis*; además de otra decena de calificativos que les pasaba por la mente, con propósitos claros de descalificación. Porque ¿a quién se le podía ocurrir presentar una tesis de licenciatura, basada en una recopilación de cuentos mediocres, sobre un personaje de un barrio desconocido, en donde los exguerrilleros recién bajados de las montañas hacían de las suyas en la ciudad? Claro, como ahora los “revisionistas” participaban en elecciones, tenían, obligatoriamente, que denigrar de su pasado infernal, y “este tonto útil” formaba parte de la tergiversación de la historia. Un capítulo nuevo impuesto por la “arrogante izquierda revisionista”. Y como si esto fuera poco, en medio de ese aguacero de improperios, dictando una mañana mi cátedra sobre el boom latinoamericano, la puerta se abrió y un personaje entró apresurado. No tuvo que presentarse, era el Chino Mata. Meses después de mi graduación había desaparecido y no se supo de su paradero, ni por cartas ni por intermediarios, hasta ese momento de su entrada triunfal al aula, con la correa del bolso cruzando su pecho, oscilando al compás de su rodilla izquierda al caminar, cosa que lo achicaba más de lo que era. Había estado en prisión, sentenciado a seis años de los cuales había cumplido tres por buena conducta. La captura se había realizado a kilómetros de la capital en un poblado indígena. El motivo: alfabetizar a los pobladores desde una perspectiva revolucionaria, con las ideas del brasileño Paulo

Freire. Era un apóstol de la *Pedagogía del oprimido* y terminó siendo uno de los trofeos estudiantiles de menor tamaño, que engalanaría la colección de Martín Cabeza, el célebre personaje que, a su edad, no cesaba en la persecución obsesiva-compulsiva de terroristas. Una vez cumplida su sentencia, el Chino Mata se había refugiado en la población fronteriza de Cúcuta, donde se desempeñó como maestro de Castellano y Literatura, en un pequeño liceo de provincia. Por esos lados se mantuvo un tiempo prudencial buscando ser olvidado por la banda de Cabeza, la cual, una vez ganada una competencia desleal, por un tiempo finito no dejaban al “enemigo” en paz. Para eso estaban los “trofeos” (para no olvidar un rostro) colgados en la oficina del jefe máximo: decenas de fotografías en blanco y negro de 23 centímetros de largo por 18 de ancho, enmarcadas como puestas a la venta en una galería de arte. Probablemente, la que iniciaba la serie era la de un cadáver acribillado e irreconocible, y la que finalizaba la colección, seguramente, era la del Chino Mata. Todo eso me lo contó sin darme una tregua para preguntar nada de todo lo que deseaba preguntarle.

Culminé mi disertación sobre el boom latinoamericano sin que el Chino Mata participara en la clase. Desde el escritorio noté que mientras el resto de los alumnos prestaba atención a lo que yo exponía con vehemencia, y también con cierta dosis de temor ante una posible intervención napoleónica, el Chino, sentado al final del recinto, disfrutaba a sus anchas una de sus tantas lecturas con las que me confrontaba a menudo. Solitarios ambos en el salón, caminé hacia mi escritorio para darme un sobrecogedor abrazo. Por un momento temí que venía a acuchillarme con una crítica malsana o a corregir algunos “detalles” de mi exposición sobre los escritores latinoamericanos. No me equivoqué en lo último, pero no pasó de una frase: “Todos son una mierda”. La espera tenía que ver con que le invitara unas cervezas porque tenía que ponerme al día con “un cojonal de vainas por las cuales había pasado”. Lo dijo mientras soltaba su típica

carcajada. Con ese gesto me demostraba que la envidia en él (si es que alguna vez la padeció) no era un trastorno mental. Más bien se trataba de lo que yo denominé una sana envidia. Media hora después, frente a una barra sobre la cual reposaban dos cervezas desparramando espuma, me narraba las peripecias que lo llevaron a prisión; un gran cuento que nos consumió toda la tarde y parte de la noche.

—La envidia mata —afirmó Dalila mientras desayunábamos en el cafetín de la Escuela de Derecho.

Yo, en medio de la algarabía típica del local, escuché: “La envidia de Mata”, y como acababa de hablarle de nuestro encuentro y de su entrada intempestiva al aula, pensé que se refería al Chino.

—No, él no sufre de ese mal, porque, ya tú lo conoces, con su complejo napoleónico siempre cree saber más que los demás —respondí a su afirmación.

— ¿De qué me hablas?

—Bueno, del Chino Mata. ¿No me estás diciendo que se muere de la envidia porque yo ahora doy clases y él continúa como estudiante eterno de la Facultad?

—No chico, no me refería al Chino, qué más quisiera yo, sino a la envidia. Te decía que la envidia mata.

—Eso no es más que un dicho —riposté, cometiendo el peor error desde que discutíamos cosas sin importancia.

—Pues no, la envidia consume a quien la padece... Es una enfermedad,

entiéndeme, es un trastorno mental...

—Bien, te creo, pero no me vengas con un tratado de psicología al respecto. —No dijo nada, pero sentí que no le había gustado mucho el comentario. Y yo cometía el segundo error después del primero, aún latente.

—Si fuese una enfermedad —agregue irónicamente, para completar la tercera falta—, se habría convertido en pandemia y el mundo sería una mierda.

No aguantó mucho en silencio y, de pronto, soltó lo que venía maquinando en ese tiempo desde mi primer error, que a mí me lució infinito.

—Sí, pues, podría elaborar todo un tratado al respecto, y me da la impresión de que tú serías chinito

uno de mis pacientes, porque se te nota que no estás satisfecho con lo que has logrado hasta ahora, y te miras a ti mismo cuando estás mirando a los otros. Cuídate eh, que la envidia es contagiosa. —Entonces se levantó, tomó los libros que descansaban sobre la mesa y apenas soltó un “chao” para dejarme solitario pensando: “Y yo qué hice ahora”.

¿En qué momento sucedió lo que tenía que suceder?, no sabría precisarlo, el caso es que Dalila Yugoslava se fue abstrayendo de mi presencia. “No me ningunees”, le había reclamado yo un día al notar que iba tomando distancia y evitaba un encuentro casual, provocado o no, dentro de un edificio en donde todos los conocidos se tropezaban a diario. Nada peor que el ninguneo, que es como tratarte inexistente, eres un ninguno. Ya Octavio Paz lo había definido muy bien en *El laberinto de la soledad*, según me refirió la profesora Patiño, cuando me atreví a preguntarle acerca del término. Una expresión que yo entendía con “M” y me sonaba a bebé



recién nacido, como una caricia de madre: “mingunear”; pero Dalila no me “minguneaba”, sino que me ninguneaba, lo que, volviendo a la profesora Patiño, era una especie de “disimulación mimética” (ella volvió a acudir a Octavio Paz, al parecer era su ídolo), un hermetismo despectivo, un disimular la existencia del semejante, convertido en la nada individualizada. Pero no se conformó la profesora Patiño con esa breve explicación, sino que continuó con un largo coloquio (y se desquitaba así mi supuesta echonería ante sus exámenes rigurosos, y me echaba en cara, después de tantos años a su servicio, mi ignorancia entre términos tan disímiles como ningunear y mingunear. Sobre todo cuando el último no constaba en ningún tratado sobre frases populares del cual poder agarrarme como excusa), cuyo final me dejaba en claro que el ninguneo es una acción planeada; un hacerte saber que ya no existes; un no verte viéndote o un no mirarte mirándote; una agresión psicológica más dañina que una verbal; una puñalada profunda en el alma. Si bien las palabras duras duelen, el ninguneo mata. Era obvio, pero no lo vi llegar. Y, con esta explicación erudita de la profesora Patiño, se inauguró mi entrada al mundo de las bebidas a manos del Chino Mata. En fin, era el final de “*la crónica de una muerte anunciada*” y sucedía entonces lo que tenía que suceder, al modo de ver de Dalila Yugoslava Buitriago, que en paz descanse.

No sabría decir cuánto tiempo fuimos uña y carne. Podría remontarme al último año de la secundaria o quizás al segundo semestre en la universidad. Ese fue el origen, el comienzo del fin, hasta ese momento paulatino que terminaba con un saludo de vez en cuando, al tropezarnos en los pasillos de la Facultad de Humanidades. Lejos habían quedado nuestros encuentros culturales, nuestras polémicas políticas, nuestros acuerdos y desacuerdos. Del mismo modo, diluida entre brumas, quedaba nuestra “conchupancia” juvenil, nuestro ir y venir como amigos inseparables; más tarde como novios separables, para terminar como amigos inseparables que podían

hacerse el amor de forma separada, por el hecho de haber sido amigos inseparables. Remotamente también habían quedado nuestras salidas de rumbas nocturnas, porque me encantaba como pareja de baile, y yo le encantaba a ella, porque le seguía los pasos con una facilidad admirable. Recuerdo que esa era su gran pasión, e incluso deseaba elaborar una tesis acerca del baile o bien sobre la danza (hasta la aparición del Chino Mata que le cambió la vida), algo ancestral —afirmaba— que nació con la especie y era motivo de alegría, una medicina natural, la pócima para todo mal depresivo. Dos cuerpos que deben ponerse de acuerdo —aclaraba—, uno que se impone y el otro que se deja imponer en un conflicto interno con su propio sentido musical y con su propio “yo”. “Te sigo”, decía, cuando saltábamos al ruedo de los bailarines en tropel. Y ese “te sigo” era dejarse acariciar la espalda con tus manos o bien la cintura. Era cuadrar cada paso con el suyo; juntar pecho con pecho; pierna con pierna; invadir un espacio prohibido, ese territorio íntimo de la proxemia unida a la kinesis, para que dos cuerpos acompasados se comuniquen cuando sobran las palabras.

Teníamos varios lugares de diversión que fueron desapareciendo con el paso del tiempo. Iniciábamos el tour con las cervezas del Odeón y luego pasábamos a La Pirámide; de seguida, para continuar la rumba, cenábamos algo en un restaurante mejicano manejado por peruanos, por los vericuetos de la plaza Venezuela. Finalmente, anclábamos en “La Delia”, para bailar al son del “Cadáver exquisito”. La Delia era una pizzería en donde una banda de locos salseros amenizaba las noches, todos los fines de semana, acompañando al Nano Gran, quien interpretaba temas de Cheo Feliciano y de la Dimensión Latina, con sus propios arreglos. Al finalizar su set, el “Nano”, recorría las mesas repletas de clientes que no se conocían entre ellos, pero que, en medio del jolgorio, terminaban siendo íntimos amigos. Saludaba con su usual simpatía y aceptaba alguna bebida que siempre le

invitaban. Luego de excusarse se dirigía a nuestra mesa en donde permanecía compartiendo con nosotros, hasta que, de nuevo, le tocaba entretener al público con su sonero. Allí instalado a sus anchas, nos presentaba a cuanto conocido se atrevía a interrumpir nuestra amena conversa. Yo creía o, mejor dicho, estaba seguro de que al Nano le gustaba Dalila Yugoslava, pero ella no parecía estar interesada en el cantante y solo, digo yo, solo se me ocurre que fue después de conocer al Chino Mata que Dalila se interesó en el artista.

El Nano era originario de Casalta, un barrio como el mío, pero con pobladores menos noveleros, que estaba ubicado en el oeste de la ciudad. Desde corta edad se había dedicado a la canción popular, y su primer quinteto lo formó cuando tenía quince años de edad. Le gustaba contar aquella historia y nosotros nos divertíamos escuchándolo. Hablaba con nostalgia de los carnavales de la parroquia y de cómo eran aplaudidos por el público en cada presentación. A mí esa historia me encantaba, pero Dalila fijaba su interés en otro aspecto que nada tenía que ver con las viejas y nuevas interpretaciones del Nano Gran. Cuando Dalila le preguntó si de esa época le venía el apodo, el Nano se hizo el desmemoriado. Algo en ella, un gesto, una mirada, una torcedura del labio inferior le dio a entender que Dalila, más que a su apodo, se refería a su tamaño, y como en una pelea de boxeo, cuando uno de los contrincantes está a punto de caer a la lona y suena la campana, al Nano le llegaba de nuevo el turno de distraer al público con lo mejor de su repertorio.

—Es posible... —asomó, y se quedó en silencio pensando mientras lo observaba alejarse hacia la tarima; y me dejó con la duda acerca de qué cosa “era posible”.

Para cuando el Nano Gran inició su set con “Los entierros de mi pobre gente pobre” (una de las tantas canciones de Cheo Feliciano), Dalila

terminaba la frase y aclaraba mis sospechas acerca de su interés por la talla del cantante.

—Ese apodo debe venirle desde la escuela primaria. Seguramente lo llamaban enano, cosa negada por su consciente, pero siempre perturbándole la existencia. Cuando se perfiló en esas lides como solista, sintiendo cómo lo admiraba su público, esa pulsión salió a la superficie desde lo más profundo de su inconsciente. Los viejos recuerdos lo invadieron, pero a medias, puesto que el pasado siempre llega de a gotas, y en un derroche de creatividad buscó ese apodo por el cual es conocido.

En realidad, “el Nano Gran” se llamaba Alejandro Ladera. El nombre no era ningún secreto para Dalila. Se lo mencioné la primera vez que la invité a La Delia para averiguar si podíamos intercambiar pasos de salsa. Cuando se lo presenté, él, obvio, lo hizo con su apodo: “Nano Gran” y ella quedó impresionada ante su caballerosidad. Ella siempre lo llamó “Nano” y debió olvidar su nombre verdadero, porque ahora, sentados a la mesa, mientras el cantante interpretaba a Cheo Feliciano, ella me aleccionaba, y me decía que lo de “Gran”, con respecto a lo de “Nano” resultaba una contradicción lógica y superlativa acerca de su talla. Una redundancia metafórica de la prominencia del “yo” intentando, desde el consciente, inhibir al inconsciente, en una continua pugna que, en honor a la verdad, expresaba Dalila Yugoslava (con el conocimiento de causa que sus estudios le procuraban), venía a ser un complejo de inferioridad muy a la par con el padecido por el Chino Mata. Eso estaba clarísimo y formaba parte del ya estudiado (y analizado hasta los cojones por prestigiosos y eminentes especialistas en la materia) síndrome napoleónico.

El Chino Mata resultó ser un buen sustituto en lo concerniente a las noches de rumbas caraqueñas. En lo que sí no coincidíamos para nada era en los eventos culturales, a los que tenía fobia, a excepción del cine. En esas

ocasiones de hambre cultural, añoraba a Dalila Yugoslava, pero, aún sin ella, no dejé de asistir al Teatro Municipal en sus noches de concierto, ni tampoco al Teatro Nacional, en donde la experiencia teatral era como un bálsamo para los solitarios como yo, en la búsqueda de amores fortuitos. No encontré ninguno, pero sí hice buenas amistades con varios actores y guionistas, a quienes, luego de ciertas aclaratorias, les quité la idea de que yo era uno de esos tantos homosexuales que se negaban a salir del clóset por miedo al qué dirán. El otro teatro, el real, el que se encontraba alejado de guiones y ensayos, expuesto ante el público a fuerza de improvisaciones, producto de las borracheras, era el que se presentaba cada viernes y sábado en La Bajada, una taberna que resultó ser la sede de El Arca de Noé, un círculo de intelectuales sin barreras ideológicas cuya máxima de vida era “beber hasta que se me olvide tu nombre”, un refrán para mitigar las penas y recitar poemas sin complejos de talla. La Bajada era el lugar perfecto, en donde el Chino Mata se sentía a sus anchas. Vivían en eterna pugna con los poetas de “La Ballena Azul”, otra taberna menos ostentosa, en donde pululaban los intelectuales de izquierda que no toleraban a los de derecha ni a los revisionistas ni advenedizos y, mucho menos, a los que pretendían evadir la realidad miserable que los rodeaba con poesía sonsa, edulcorada. También los “azulejos” tenían sus detractores, poetas callejeros que odiaban el mundo de la academia y se reunían en “La Rana y el Sapo”, en donde intercambiaban autores soviéticos y cubanos, para criticar a los nacionales de ambos bandos, quienes no eran más que un cenáculo, una secta de “privilegiados” mantenidos por el Estado y las universidades, en un desan-gre de recursos que muy bien podían ser utilizados para cultivar la musa de los verdaderos poetas dejados en el abandono. En medio de este maremágnum poético, el Chino Mata era bien consciente del grupo de poetas al cual pertenecía. Yo, sin embargo, “dilettanteaba” por todas aque-llas madrigueras culturales en busca de temas para escribir y, por supuesto, para encontrar a alguien, algún interesado o interesada, que sustituyera a

Dalila Yugoslava y mostrara interés por mis narraciones sobre el personaje de mi infancia. En mi yo interior pensaba que aún me quedaba el Chino Mata como último recurso, pues no me atrevía a compartirlo con mi tutora, la profesora Patiño, porque ella también, en su yo interior, pensaba que mi tesis sobre los guerrilleros bajados de las montañas era un bodrio que justificaba la nueva postura de la izquierda revisionista de participar en elecciones libres y democráticas.

A pesar de que la distancia entre los tugurios de poetas era de unas pocas cuabras, el Chino se negaba a unirse a mi peregrinar cervecero entre congéneres. Les tenía ojeriza a los izquierdistas de La Ballena y aversión extremis a los trotskistas de La Rana y el Sapo. El odio le venía de su estadía en prisión, en donde lo habían dejado al desamparo, en la desidia, luego de su aprensión. Por lo tanto, mis recorridos de lunes a viernes por los cuchitriles de la ultraizquierda se iniciaban a partir de los mediodías y finalizaban, a punto de esconderse el sol, en La Bajada, en donde, atento, el Chino me esperaba dispuesto a cancelar mi deuda.

Los sábados era diferente y, como rutina, solía acercarme a la taberna en horas de la tarde, cuando el local permanecía en una soledad pasmosa. Una de las tantas veces, llegué y me acomodé en una esquina de la barra. Como de costumbre, extraje mis escritos, que siempre llevaba conmigo en una carpeta mullida, en la que también reposaban los exámenes de los alumnos que debía corregir. Así me evitaba que el Chino Mata, en su curiosidad, pudiera descubrir mis notas si por casualidad quedaban a su alcance. Con la segunda cerveza y en medio de mis cavilaciones sobre cómo darle a la historia del Ratón un giro sorpresivo, un recurso que lo sacara del ostracismo en que había caído, ya que la culpa de tal confinamiento se le echaba al personaje y no a mi narración (que ya rayaba en el aburrimiento), algo aconteció de pronto. Entonces la escena cambió. Caminó directo al

extremo contrario de la barra. El barman se puso a su servicio. Mostré interés en su demanda, pero no escuché nada comprensible hasta que el barman le puso sobre la barra una cerveza de sifón.

Gracias al Chino Mata entré como advenedizo en El Arca de Noé. No como miembro, que ya era mucho desear, sino como votante rupestre y silvestre en las elecciones que se celebraban cada cierto tiempo en el llamado “Triángulo de las Bermudas”. Tres bares que formaban un cartabón en la misma cuadra, y donde La Bajada era el vértice y sede principal de los escrutinios. Desde mi ingreso al contubernio de votantes, el Chino comenzó a presentarme como profesor de la Escuela de Letras. Esto nos daba caché, pues, al darle mucha importancia a ese cargo, él asumía que era mi alumno más aventajado, y yo, como me importaba bastante que él le diera mucha importancia a ese cargo, me sentía halagado por el estatus que me otorgaba. Todos lo apreciaban de una manera que a mí me sorprendía; y pensar que Dalila Yugoslava se estaba perdiendo esta aventura de locos poetas en El Arca de Noé por haberme dejado solo y triste, en el más absoluto de los abandonos.

Seguro a Dalila le habrían encantado estas reuniones. En aquellas tabernas, el síndrome napoleónico, paralelo a las bebidas, corría a raudales, sobre todo porque el Chino Mata invitaba y cancelaba las cuentas con la convicción de sentirse el rey tuerto en el país de los ciegos. Mi primera impresión fue que ellos lo valoraban, precisamente, por esa condición de chuleo que les permitía beber a sus anchas; pues para nadie era un secreto que ser poeta, en aquellos tiempos de bohemia, era un sinónimo de “brazos cortos”, una frase muy utilizada para burlarse de todos aquellos trovadores cuyos bolsillos estaban llenos de osamentas y telarañas. Pero en esa clasificación no entraban el Chino Mata y sus tarjetas de crédito. Si algún

ser era respetado, admirado y ovacionado en aquellos contubernios de poetas era ese pequeño hombre de cabeza descomunal. El resto formaba parte de los poetas excluidos que escribían rimas y sonetos en servilletas desechables que recitaban fervorosamente frente al infortunio de ser invisibles. Sus años de estudiante sempiterno en la Escuela de Letras no le restaban notoriedad. Todos sus compañeros se habían graduado mucho antes que él y ejercían la profesión en escuelas secundarias, instituciones culturales, editoriales de prestigio, academias y universidades privadas. También El Arca de Noé tenía una representación de los que trabajaban como librereros. A la par de estos, muchos otros se encontraban en la indigencia, vendiendo sus poemas en las tascas nocturnas y burdeles de ocasión a cambio de un trago.

En La Bajada, en aquellas situaciones en las que se admitía a un nuevo miembro, el brindis del bautizo corría por cuenta del agasajado, y, en esas eventualidades, en el local designado para tal fin no cabía un alma. Era tal la acumulación de invitados que los que no tenían mesa ni lugar en la barra ni manera de beber de pie en medio de la algarabía lo hacían en plena calle. Gracias al Chino, yo me enteraba de algún nuevo bautizo y entonces nos aparecíamos temprano para quedarnos con la mejor mesa. Una que nos diera una perspectiva completa de la sala o, como decía el Chino, en su lenguaje cinéfilo, un plano general desde el cual se podía divisar todo el espectro con una sola mirada.

Y mirando desde nuestro ángulo más envidiado a todo el que llegaba para participar en el festín, un “espectro” se manifestó de la nada. Era el fantasma de mis escritos esporádicos. Existía sin yo saberlo. Para el Chino Mata, aquella aparición fue como si una puñalada trapera le atravesaba el hígado, un espanto harto conocido por él. El agasajado entraba en el local, en medio de los aplausos y ovaciones de los miembros de El Arca de Noé,



abanicando sus brazos: rostro sonriente, vestimenta impecable, cabello engominado, bigoticos a lo Dalí, y, a cada paso que daba, estrechaba las manos del comité de recepción... Montó sobre la tarina y se apoltronó en la silla designada al lado del presidente quien, acto seguido, lo presentó con bombos y platillos, rindiéndole los honores respectivos. De esta manera, el excelentísimo ministro de Justicia Martín Cabeza Pacheco entraba a formar parte del directorio del conciliábulo poético. En su arenga, de unas pocas palabras, elogiaba aquel célebre poema del insigne Caupolicán Ovalles: “Duerme usted, señor presidente”. ¡Fin de mundo! Gritó el Chino Mata desde nuestro rincón de espectadores expectantes.

—Un “pelotudo” es lo que es ese hijo de la gran puta —elevó su voz de protesta el Chino desde nuestra esquina lejana, con vista panorámica. Pero su desaprobación se ahogó en medio de los aplausos, porque en ese instante el presidente invitaba al brindis y lo hacía a todo pulmón: ¡A beber se ha dicho pues!

Y, por supuesto, todos acatamos el decreto presidencial, hasta el Chino, quien siempre tomaba cervezas y estaba desconcertado ante aquel anuncio. Pero luego de ese grito que yo no entendí sobre un gran hijo de puta, exigió whisky, “eso sí, del más caro que tengan en esta taguara”, le oí que le exigía al mesonero.

—Mínimo 12 años, pero si tienes una botella de 18, mejor —alcanzó a decirle al mozo, que no salía de su asombro por aquel cambio tan fulminante de bebida.

Yo estaba entusiasmadísimo, pero no dejaba de pensar en Dalila, ahora sumergida en sus investigaciones, dictando su materia, buscando su ascenso, siendo una profesora a carta cabal en la universidad y perdiéndose esta fiesta que, de seguro, le habría parecido maravillosa, si aún conservaba

al menos algún atisbo de su etapa estudiantil. La botella llegó a la mesa y, ciertamente, era de 18 años. Yo jamás había visto una tan de cerca, pues si de botellas distintas a las de cervezas se trataba, no había pasado de las de ron, ginebra o vodka, que solo disfrutaba viéndolas a la distancia entre la barra y el aparador de bebidas, imposibles de consumir por mi falta de presupuesto. El Chino se sirvió un trago puro en una copa balón y me preguntó si deseaba uno y, no me hice de rogar: “para luego es tarde”, respondí.

Me sirvió y dijo enfático:

—Esto va por cuenta del nuevo hijo de puta, miembro del buró de El Arca de Noé.

Yo pensé que la retaliación del Chino por el aparecido se debía a cierta envidia (napoleonismo *in situ*) que le generaba no pertenecer al séquito de ministros de la institución, pero no, otra era su rabieta, su odio, un rencor acumulado que, sin embargo, disimuló cuando Martín Cabeza Cabeza llegó a nuestra mesa y estiró su diestra, que el Chino chocó sin menosprecio. Claro que Cabeza no reconoció, ni lo haría nunca, el rostro del Chino Mata, pues sus trofeos yacían en algún basurero de la ciudad, luego de que un nuevo director llegara a la sede la central de policía de inteligencia y se deshiciera de todo aquel montón de “basura del odio”, dejada por su antecesor. Se trataba de un joven inspector graduado en la Escuela de Derecho, con un nombre bastante común: Armando Guillén. Cabeza había dejado atrás todo ese pasado escabroso, recién era nombrado ministro de Justicia y el canciller Oldosgoiti, hombre de una cultura literaria prominente, lo había convencido de reunirse con estos “nuevos comunistas”, amantes de la bohemia, que estaban de moda y cambiaban la vieja manera de ver el mundo entre pobres y ricos; ahora becados para derrochar cultura con cargos y asesorías en instituciones del Estado. “No

importaba mucho si seguían siendo ñángaras o *comunistoides* porque, desde hacía tiempo, eran considerados lo mejor que había parido el país en el medio intelectual”. El presidente del Arca, quien dirigía una institución cultural del Estado, le había respondido a Oldosgoiti que no se preocupara mucho por llevar a este personaje al seno de El Arca de Noé, cuando el canciller le había confiado sobre sus desmanes cuando era director de la policía de inteligencia.

—Eso es el pasado —le había confirmado el presidente del Arca.

—Qué bien que ahora podamos hacer política como seres civilizados —confesó, satisfecho, el canciller.

Esa era la historia anterior a la recepción. En la reciente, el nuevo miembro recorría las mesas y chocaba manos, hablaba con los invitados y dispensaba un trato diplomático poco visto en el local; sin embargo, en ocasiones, rompía el protocolo y se sentaba para compartir un trago con algún conocido del partido, porque en El Arca de Noé todo borracho era aceptado sin importar ideologías, raza o religión.

Su amplio recorrido lo llevó a nuestra mesa privilegiada cuando la botella de 18 años estaba a punto de expirar. Saludó con amabilidad, tal como lo había hecho con todos los poetas en su recorrido, pero el Chino no dejó pasar la oportunidad y, apenas tomó la mano de Cabeza Cabeza entre la suya, le dijo:

—Me diste una golpiza tan fuerte hace unos años que me dejó estéril. — Y soltó su risotada de costumbre.

—Y a muchos de los que hoy están aquí —le ripostó con amabilidad el ministro pensando, imaginé yo, que se trataba de una broma por parte del poeta enano.

—Jamás me hubiese imaginado que iba a estrechar la mano de mi verdugo —atacó el Chino con su sonrisa a flor de labios, sin pensar lo que estaba diciendo y sin pensar lo que yo pensaba que el ministro había pensado.

—Ni yo tampoco, jamás, me hubiese imaginado que me iba a beber un trago de 18 años con una de mis víctimas —rió el ministro, también pensando, como yo había pensado, que el Chino pensaba que tal afirmación podía incomodarlo de alguna manera.

Y entonces Cabeza Pacheco, sin ser invitado, se sentó a su lado y, para mi asombro, el Chino Mata le preguntó:

— ¿Tomas whisky puro en copa balón... o lo prefieres con hielo? —A estas alturas ya no pensaban... Ni yo tampoco.

—Un whisky 18 años jamás lo tomaría con hielo —respondió el hombre y, al observar lo que quedaba en la botella, llamó al mesero y, como si el precio fuera una baratija, le ordenó:

—Traiga otra para mis amigos. Les debo su vida, y aun así quedaré endeudado hasta mi muerte.

Si Dalila Yugoslava hubiese escuchado lo que yo escuché aquella noche, frase que intenté guardar en mi memoria, pero que se me olvidó a la segunda botella, seguramente habría inventado una nueva teoría sobre la talla de los seres humanos: dos “enanos” enfrentados desde flancos distintos. Dos enanos enemigos, con complejos napoleónicos (uno del coco y otro del físico), mandaban al traste sus diferencias ante una botella de whisky 18 años (¿sería lo mismo si fuese de 12?). Esto para mí sí era ¡fin de mundo! La fiesta del nuevo bautizado duró hasta la madrugada y yo le propuse al Chino quedarse en mi apartamento alquilado. Yo andaba sin

vehículo, pero el chino tenía un Volkswagen clásico, con el cual se ufanaba de haber trasladado a Julio Cortázar cuando estuvo invitado a dictar una conferencia en el Aula Magna de la Universidad Central de Venezuela, a mediados de los años setenta. Lo mantenía a un costo indescifrable y lucía como una pieza de museo; jamás había sufrido un accidente al manejar, a pesar de las borracheras que agarraba. En él nos fuimos al apartamento con una mona de padre y señor nuestro a las tres de la mañana. Al llegar, apenas estacionó el vehículo, le advertí acerca de la difunta que compartía conmigo el departamento.

—No creo que te joda mucho, porque a ella lo que no le gusta es que yo traiga mujeres —le aclaré.

No me creyó y, apenas se lanzó de bruces en el sofá de la sala, se quedó rendido hasta que la luz terrible de la mañana, que penetraba por el balcón golpeando las paredes como una hojilla amellada, lo despertó con la sobriedad y lucidez de alguien que no bebe porquerías la noche anterior.

Le gustó el nuevo apartamento. Le dije que era producto de un encuentro fortuito con un gerente de la empresa petrolera. Intenté contarle que pagaba una miseria porque el lugar estaba embrujado.

—Eso me lo cuentas mientras desayunamos —me dijo.

Y luego se dedicó a detallarlo como si fuese un cliente a punto de tomarlo en alquiler y yo fuese el arrendador: “Dos habitaciones, sala comedor amplísima, balcón amplio también, una estupenda vista, cocina también amplia, dos baños: uno amplio y el otro para el servicio menos amplio, pero bien dispuesto”. ¿Amueblado?, me preguntó. Tal como lo ves, le respondí. Siempre tan sortario, fue lo último que expresó antes de que yo me fuera de boca sobre lo ocurrido la noche anterior, con el personaje del cual yo había oído hablar desde mi niñez, pero que nunca imaginé que podía ser

real. Lo era, lo había visto, había estrechado su mano, no era cosa de cuentos. Y se llamaba Martín Cabeza Pacheco y ahora era ministro de Justicia y miembro pleno de El Arca de Noé, institución patronímica de los hijos de Baco, cuyo lema era: “Beber hasta que se me olvide tu nombre”, sin exclusión y sin pasado como lastre. Sin embargo, a diferencia del personaje recién adquirido por la institución, el Chino, con su lastre de ser estudiante de Letras sempiterno, apenas formaba parte de los votantes cuando se elegía al presidente del Arca, cada cierto tiempo. Era un elector común y silvestre más, a pesar de que la mayoría (por no decir todos) de los miembros del buró habían sido sus profesores en la Escuela de Letras y afirmaban, con criterio profesional, que el Chino Mata era una lumbrera poética ignorada por el mundillo de la poesía (cosa que también me sorprendió, como me habían sorprendido muchas otras cosas del Chino). Comprendí, entonces, que los años de estudiante sempiterno del Chino Mata en la facultad le habían servido para algo; en cambio a mí, por el momento, no me habían servido de mucho, excepto para conocer a Dalila Yugoslava, dictar un curso sobre literatura latinoamericana, perseguir a un lector o lectora que revisara mis narraciones y beber en cada ocasión en que el Chino pagaba la cuenta con sus tarjetas de crédito. Por boca del Chino me enteré de mucho de lo poco que conocía de la familia “Del Castillo”, cuando vivía en casa de la madrina Donatela. Cosas, intrínquilis, pasiones desatadas, traiciones, infidelidades y secretos de los que, probablemente, Clarisa siempre estuvo al tanto. Con mis visitas a La Bajada, con Chino y sin Chino, descubrí muchas cosas del Chino que, al final, no eran cuentos chinos como los míos sobre el personaje de mi infancia. Por ejemplo, me enteré de que el Chino había creado un grupo al que denominaban el Club de los Poetas Fracasados. Más aún, me sorprendió descubrir que algunos de los miembros del Arca que se encontraban usurpando ministerios, como el de “Vasos comunicantes” o el de “Bares, tascas y afines” (eran las dependencias que internamente creaba El Arca de Noé para extender su

burocracia intelectual), habían sido miembros, honorarios y fundadores, del Club de los Poetas Fracasados. Las tarjetas de crédito del Chino, utilizadas con buen tino, tenían poderes especiales que los llevaron a escalar posiciones elevadas, con la promesa de abrirle las puertas cuando este lo requiriera. Pero, ah malaya, el Chino desapareció de pronto sin dejar rastro, y a su regreso ya había perdido toda influencia sobre sus protegidos. Esos que ahora ni por asomo intentaban protegerlo a él de los improperios de los poetas del Club de los Poetas Fracasados, quienes lo acusaban, o bien inculpaban, de haberles dado piso a quienes ahora los despreciaban. La culpa de su condena, en el archipiélago de la amargura (peor que el de Gulag), la tenía el Chino Mata. La miseria poética de los “arcanos” los había condenado a refugiarse en los bares de mala muerte y en la “La Rana y el Sapo” llenos de resentimientos, devorados por la cizaña, indigestados por los tragos baratos, vomitados por las élites intelectuales de pacotilla, renegados y antipatizados por los caníbales del surrealismo cultural.

Por sentenciarlo tan cruelmente, el Chino los apartó de su vida y de su nómina (estos poetas no se enteraron nunca de la prisión del Chino Mata, de allí su desaparición y abandono). Un menú nada cautivador aquel, pues, ¿quién podía engullir un sancocho de trotskistas sin terminar con diarreas, o un arroz con mangos de ultraizquierdistas trasnochados sin sufrir al menos cólicos intestinales? Todo esto ocurría en la época en que aún Dalila Yugoslava y yo éramos estudiantes felices, trabajando como preparadores en nuestras respectivas escuelas. Momentos aquellos en que nuestro principal asunto (aparte de los estudios y la militancia) era evadir al Chino Mata en su continua cacería por los pasillos de la universidad y en sus continuos intentos de regresar con Clarisa, ese amor tan enfermizo como el mío, pero por razones distintas, de las que ella jamás se enteró. Las de él tenían que ver con repetir las escenas de Marlon Brando junto a María Schneider en *El último tango en París*. Las mías nunca pasaron de un

continuo olor a guayabas maduras y a pantaletitas meadas (y más tarde a meaos perfumados con un no sé qué...) que por años afectó las neuronas de mi corteza piriforme, según Dalila. Lo peor, algo que, con el tiempo, me aclaró la experta en “napoleonismos”: “La corteza piriforme está ligada a la memoria”; de allí que lo que yo pensaba que era una obsesión amorosa no era otra cosa que un tufillo a pantaletas usadas, que permanecería por tiempo indefinido en mis recuerdos, hasta que me llegara el olvido. Algo que podía ocurrir en el momento menos esperado.

Dos tazas de café y entonces el Chino propuso salir a desayunar. Esa mañana de sábado lucía esplendorosa y se me ocurrió una ida al Ovni, una fuente de soda con terraza en donde podíamos sentirnos a nuestras anchas y conversar toda la mañana. Aún seguía interesado en el ministro, porque mi historia sobre el Ratón empezaba a dar un giro, una vuelta inmensa, un círculo que ahora podía cerrar entre Martín Cabeza y Jorge Belgrano. Pero al llegar al sitio y tomar asiento, el Chino se interesó más en el cuento del departamento embrujado que en relatarme la historia de su cruel verdugo.

—Sí, por supuesto —le aclaré con la brillante lucidez que se tiene por la mañana cuando se ha bebido whisky 18 años, en vez de maltratar el hígado con bebidas baratas.

Yo le había querido advertir (antes de que cayera malogrado sobre el mueble de la sala) que mi estancia en aquel apartamento estaba condicionada a no contar lo allí sucedido, puesto que se trataba de un secreto familiar bien guardado, a pesar de que copó las primeras planas de la prensa amarillista en su momento. Afortunadamente, la difunta se portó bien esa noche y, cuando retomé el tema en la mañana, el Chino prefirió dedicarle tiempo a describir el departamento, con intenciones no muy claras que digamos.



Pues el cuento es el siguiente, y así se lo narré al Chino: “Salía yo esa mañana de agosto al aniversario del partido que se celebraba en el Hotel Caracas Hilton (allí se celebraban todos los aniversarios de todos los partidos políticos, bien fuesen de derecha o bien de izquierda, y asistían tanto la militancia de derecha como la militancia de izquierda, y si se llegaba antes de las 11:00 de la mañana, se bebía más y gratuitamente aun siendo de derecha sin que esto causara roncha en los militantes de izquierda). Al llegar había que tomar lugares estratégicos, como las puertas por donde saldrían los mesoneros con las bandejas repletas de canapés o el stand de las bebidas para repetir antes de que la marabunta arrasara con todo. Para quienes les encantaba chocar manos con los dirigentes e, incluso, con el presidente de turno, estaba disponible todo el amplio salón del hotel, que para el mediodía era un hervidero de personajes. El lado estratégico había que pelearlo a muerte con la aristocracia cultural (de cultura ética sofisticada, menos en estos casos que se reducían a cultura ética grosera) y la plebe cultural, en la que nos ubicábamos la gran mayoría de los que, como este servidor, buscábamos ascender algún día a la élite cultural, con cultura ética sofisticada. Por lo tanto, el truco era llegar lo más temprano posible, alcanzar la pequeña montañita de Waterloo y tomar posiciones vitales para la sobrevivencia, incluso cuando apenas estaban llegando los camiones de las agencias de festejos, pues el hotel disponía del salón, pero los canapés y las bebidas llegaban desde confines desconocidos (casi siempre de las sucursales distribuidoras y exportadoras) y desde alguna que otra embajada desubicada e interesada en saber el futuro rumbo del país. Para las dos de la tarde, ya las bebidas se habían agotado en medio del maremágnun, y entonces, de nuevo, nos tocaba ubicar lugares estratégicos en las tascas del barrio español, una decena de locales que pululaban por los alrededores del Hilton. En esas ocasiones no importaba si los días eran de jornadas laborales o de feriados nacionales (normalmente se “tomaba” como de descanso, aunque fuese laborable). Fue en una de esas tabernas,

forrada con madera curtida, olorosa a barricas de jerez, en donde encontré al ingeniero Germán Valdez, el propietario del apartamento, quien, en meses recientes, había sufrido una terrible pérdida. Su esposa había fallecido trágicamente seis meses atrás y él aún no salía del choque que aquella muerte le había producido. Lo conocía de los tiempos en que nos reuníamos a formular política estudiantil en la Federación de Centros Universitarios, cuando Dalila y yo apenas terminábamos la secundaria. Él ya era un estudiante avanzado para aquella época (como el Chino, pero no sempiterno) en la Facultad de Ingeniería. Sus planteamientos casi siempre coincidían con los nuestros, es decir, con los de Dalila Yugoslava y con los míos, que, al final, no eran tan míos y eran más de Dalila Yugoslava que míos. Nos reconoció, apenas nos vio entrar, desde su esquina de la barra (para ese momento de chuleo étlico, Dalila y yo o yo y Dalila regresábamos a ser amigos inseparables con derechos, luego de haber sido novios separables conflictivos, una vez que habíamos superado la etapa de haber sido amigos inseparables sin derechos). Dejó la banca del medio para Dalila y, entonces, él y yo, ambos dos, ocupamos los espacios a su lado. A los minutos de iniciada la conversa, no cabía un alma en el local. El tema siempre en estos casos era más que obvio: la magnificencia del acto, la cantidad de gente, los personajes que se pasearon por el hemiciclo y, entre los invitados para presumir, los canapés de melón con toppings de jamón serrano y la bebida que corrió como agua de río desbordado. Esos sí eran aniversarios de partidos, bien fuesen de izquierda o bien fuesen de derecha.

No recuerdo el momento en que tocó el tema de la vivienda. Creo que me preguntó si continuaba arrimado en las residencias de estudiantes. Un cuarto que, gracias a su intermediación, me adjudicó la Oficina de Bienestar Estudiantil. Le dije que no, que compartía un pequeño apartamento tipo estudio, en pleno centro de la ciudad, con un bibliotecario de la Facultad

de Humanidades. Pero (siempre había un pero en mi vida) que la convivencia se estaba poniendo difícil en vista de los descuidos del susodicho en lo concerniente a cancelar las mensualidades que, en algunos casos, se acumulaban hasta por tres meses. El hombre se gastaba en rumbas su sueldo y el dinero de mi beca sin contemplación alguna. Fue en ese instante cuando Germán Valdez mencionó lo del apartamento, no con la intención de ponerlo a mi disposición, sino con la explícita finalidad de contar su historia, una necesidad imperiosa de hablar de algo. Un algo que lo consumía, sobre todo, cuando los tragos comenzaban a desgarrar las cicatrices de las heridas que la vida nos ocasiona en su transitar misterioso. Con el licor le vino a la memoria el suceso, ese que perturbaba su vida y la de su familia.

Toda esta parte fastidiosa del cuento, por supuesto, no se la conté al Chino. A él solo le narré la historia que viene a continuación. A mí me interesaba la otra, la del desconocido conocido, acerca del cual yo escribía sin saber quién era, pero hasta ese momento el Chino no daba su brazo a torcer.

—Ella se suicidó, ¿sabes? —Abrí comillas dándole a entender al Chino la frase inicial del ingeniero Valdez.

La esposa se había colgado de la ducha, pero sin el banquito de apoyo, ese que se tumba con el pies, para quedar guindado en la sogá sin que haya manera de regresarlo a su lugar, si es que el arrepentimiento o el instinto de conservación de la especie le gana a la muerte. En este caso (al contrario de lo que alguien podría pensar acerca del arrepentimiento), la muerte más bien peleaba con ella para no llevársela, pero ella insistía en irse, sabrá Dios por qué, y ese por qué nunca se pudo aclarar. Según el marido, la mujer no padecía de alguna enfermedad terminal que la indujera a tomar tal decisión; tampoco era del tipo maníaca-depresiva, no consumía drogas

y mucho menos era adicta al sexo por asfixia. El caso es que le ganó el juego a la muerte acucillándose hasta desfallecer. Así, sobre sus rodillas, la encontraron los paramédicos de la Defensa Civil, una vez que derribaron la puerta del apartamento, en vista de que nadie respondía a sus llamados. La alarma había surgido con el llanto incesante de los dos niños (una hembrita y un varoncito de cuatro y tres años) que inquietó a los vecinos. El forense dictaminaría, más tarde, muerte por asfixia mecánica. Esta introducción era imperativa para que el Chino entendiera el resto de la historia, la que le causó curiosidad, el hecho de que el apartamento estuviese embrujado.

A estas alturas del cuento, habíamos consumido dos cafés con leche cada uno y un par de croissant. Antes bebimos un par de jugos de naranja, esto para que quede anotado, porque, aun sin resaca, un desayuno sin jugo de naranja un sábado por la mañana, luego de una borrachera de viernes por la noche, no es desayuno. Ante la tragedia, Germán decidió mudarse a la casa de sus padres, y puso el apartamento en alquiler en las páginas clasificadas. Dos arrendatarios pasaron por sus 80 metros cuadrados durante los seis meses antes de mi llegada. El primero huyó despavorido a los dos meses y el segundo apenas alcanzó a superar los treinta días. El apartamento pasó mucho tiempo vacío sin que nadie se atreviese a rentarlo. Tampoco Germán se atrevía a ofrecerlo en alquiler y el desdén se fue acrecentando con los comentarios de los vecinos sobre los ruidos extraños que surgían desde su interior. Eso nos lo contó Germán en la barra de la tasca del barrio español, una vez que salimos del Hilton, y eso mismo le contaba yo al Chino Mata sentados en la terraza del Ovní, mientras disfrutábamos de un estupendo desayuno, ese sábado soleado, luego de pasar la noche en mi apartamento alquilado sin que la difunta lo incomodara. Una vez que Germán, con los ojos llenos de lágrimas, culminó la historia (yo seguía contándosela al Chino recordando el cuento de Germán), pidió

otro whisky, pero no se retrató con nosotros, que estábamos pendientes del poco dinero disponible en nuestros bolsillos y con las gargantas secas. Algunos camaradas se acercaron a saludar con la vista puesta en el ingeniero, también pendientes de lo que nosotros estábamos pendientes, pero a falta de lugar dónde apoltronarse, aunado a nuestra manera de hacernos los polacos, optaron por retirarse con dignidad.

Dalila y yo permanecíamos en silencio ante su pesar, siempre a la espera de una invitación que no llegaba, pero ella no dejaba de darme golpecitos con la pierna por debajo de la barra. Yo tenía la impresión de que, con sus ojos inmensos puestos en los míos, haciendo más señales que un sordomudo, Dalila me estaba sugiriendo que pidiera un par de birras a cuenta del ingeniero, pero no. En realidad, estaba pendiente de que yo no perdiera esta oportunidad de abandonar al bibliotecario irresponsable; por ello, con cada toque de rodilla que me daba por debajo de la barra, intentaba hacerme entender que mientras más me tardara en aprovechar las circunstancias para hacerle una propuesta acerca del departamento al ingeniero, menos oportunidad tendría de que me tomara en cuenta al momento de ponerlo de nuevo en alquiler. Pero no fue necesario. El trago llegó a la barra, lo revolvió con el dedo índice y bebió un sorbo fuerte antes de vaciarle unos chorritos de agua. Luego nos miró y, como si no le importara mucho (aunque al parecer sí le importaba bastante, que ya era mucho), nos preguntó:

— ¿Ustedes se atreverían a vivir en ese apartamento?

La propuesta sonó a milagro y tomándole la palabra, o como solía decir la madrina Donatela: “Saliendo el payaso y soltando la risa”, en un tris, yo estaba sacando mis pertenencias del tipo estudio y dejando abandonado a Fabián, el bibliotecario, con su deuda inmobiliaria.

La llegada al departamento de la fallecida fue desconcertante para los vecinos, por no decir inexplicable. Apenas me aparecí en el piso, la curiosidad se hizo patente a través de los ojos de buEye de todas las puertas. Lucían como relámpagos, de pronto oscuros, de pronto claros, oscuros, claros, oscuros, claros en cada nivel, bien si ascendía con muebles (porque no permitían mudanzas por el elevador), bien si descendía sudando la gota gorda, solitario y sin muebles. Afortunadamente, eran pocos mis utensilios junto con los tres helechos, las dos millonarias y el jade, plantas para la buena vibra, recomendación de Dalila, que servían de atenuantes contra las malas energías (ello previendo que, y “por si las moscas, el cuento del ingeniero tuviese algo de veracidad”). Pero los libros que me acompañaban, desde la secundaria, sí eran muchos y terminaron siendo la mejor decoración, junto con los discos de acetato, al diseminarlos por todas las paredes de la sala, en repisas elaboradas con madera de paletas que recogíamos en los mercados cuando nos daba por convertirnos en artesanos. Por fortuna, el departamento había quedado medio amueblado y, por primera vez en varios años, dormía yo en una cama decente. Esta parte se la resumí al Chino en pocas palabras, pero me extendí bastante en la siguiente, que comprendía los primeros días o las primeras semanas, porque en los primeros días ni Dalila ni yo notamos nada de nada que nos diera un vestigio de las aseveraciones que en la residencia se ventilaban. Digo Dalila y yo como si viviésemos juntos, pero no, ella no tenía ninguna intención de compartir el apartamento conmigo ni yo con ella, pero durante los primeros días de la mudanza permaneció a mi lado ayudándome a arreglar, limpiar y pintar algunas paredes escarchadas. Entre semanas ella me visitaba uno que otro día o bien se aparecía un viernes para irnos de rumba y se quedaba hasta el domingo. En todas esas visitas, digamos, tampoco se sintió nada de nada que nos perturbara el sueño. El hecho de que no sucediera nada de nada en el primer mes de nuestra estadía asombró al ingeniero Valdez (a quien recordé que lo llamábamos Tin Tan, por su

parecido con el cómico mexicano, en las reuniones que se celebraban casi semanalmente en la Federación de Centros Universitarios) y lo llevó a pensar que con nosotros las cosas que allí se contaba que sucedían podían dejar de suceder, por alguna razón que él no entendía y nosotros menos. Los tejemanajes anteriores contados por sus primeros inquilinos le habían creado un trauma del cual le era difícil salir. Quizás había cierta culpa que tampoco nos quiso confesar en su momento. Lo que sí nos relató para impedir que le canceláramos los tres primeros meses (cosa que íbamos a negociar a un mes adelantado en vez de tres, por supuesto) fue que se había gastado el depósito de los anteriores inquilinos y se vio obligado a pedir un préstamo a la compañía para devolvérselos; por ello no quería nada anticipado y, “es más —dijo—, mejor no me paguen hasta que ustedes se sientan cómodos. Después hablamos”.

Cuando todo parecía normal y no ocurría lo ocurrido con sus anteriores inquilinos, es decir: nada de nada de un algo de algo que, supuestamente, tenía que ocurrir, se nos ocurrió en un arranque de inteligencia juvenil bautizar el apartamento con algunos invitados a fuerza de una colecta o “baca” (una “baca” era una recolección de dinero, en donde todo invitado o bien lleva su bebida y sus canapés, para compartir los tragos o lleva dinero para comprar los tragos y compartir los canapés. El nombre de “baca” se debe a Baco, el dios de las rumbas). Así, pues, invitamos a los amigos más cercanos. “Tú habrías sido uno de ellos —le dije al Chino mientras contaba lo que le contaba—, pero habías desaparecido de escena”. A las ocho de la noche comenzó la tenida. A las diez ya estábamos alegres todos en la tenida y, a las doce, la borrachera que teníamos en la tenida era para coger palco. Lógico que las parejas se besen, se aíslen, bailen, se ríen, compartan, brinden, se fuguen a una de las habitaciones, se escondan en la sala de baño... y hasta en el de servicio, y que otros, los más osados o inconscientes, se releguen a los pasillos del edificio y, en plenas escaleras,

se toqueteen sin percatarse de los ojos de buey relampagueantes en las puertas vecinas. En fin, todo eso parece ser válido en una fiesta de quienes ya superaron la adolescencia, pero aún no les llega la madurez. A la una de la madrugada, cuando todo parecía normal, algo inesperado sucedió...

Observé el reloj frente al Chino. Las agujas marcaban la doce y diez minutos. Le dije:

— ¿Qué tal si nos llegamos hasta La Bajada, nos tomamos unas cuantas birras y continuamos con el cuento?

Sin Dalila Yugoslava, como mi única y fiel lectora, que revisaba mi manuscrito, yo estaba huérfano, perdido entre palabras, ahogado en un mar de frases. Andaba con ese cargamento de cuartillas de un lado al otro por los pasillos de la universidad, todas ellas con rayones, tachones y sugerencias que yo mismo hacía en los bordes, supuestamente para mejorar lo escrito. Donde quiera que me encontrara: en algún bar de mala muerte, en un banco de plaza, en el cubículo de la Escuela de Letras (cuando no estaba la profesora Patiño) o en algún rincón oculto entre la “Tierra de Nadie” y el Aula Magna, extraía el manuscrito y revisaba, hacía una lectura que constantemente estaba reiniciando, tal cual un hilo musical que nunca se termina en su monotonía aburrida y empalagosa. En eso andaba yo con más de doscientas páginas en el maletín, imaginando que las letras saltaban de palabra en palabra en un tintineo acorde con mis movimientos epilépticos. De allí que, cada vez que revisaba el manuscrito, notara que los párrafos, frases y oraciones se habían rebelado contra todo orden gramatical. Aquello era una sopa de letras que bailaban al compás de un chachachá a lo Pérez Prado, sobre unas hojas mullidas, amarillentas y arrugadas de tanto manoseo.



Esta rutina era realmente agotadora. Iniciaba la lectura y corregía. Con el paso de los días regresaba sobre la lectura y corregía lo ya corregido. En otras ocasiones, con la lectura frente a mis ojos, eliminaba las correcciones hechas en los bordes del manuscrito para dejarlo como inicialmente lo había redactado. Y me preguntaba cuándo y cómo había podido escribir un manuscrito tan sublime, sin recordar cuándo y cómo lo había escrito. Leyendo y releendo, para no corregir lo corregido en el manuscrito, uno de esos sábados solitarios, cuando estaba en La Bajada pensando en Dalila Yugoslava (cuánta falta me hacía en estos casos), apareció ella, la chica con cabellos de oro y lentes con montura al aire, rostro de porcelana pincelado con pecas diminutas bordeando sus mejillas; un ángel de iglesias. Delgada como una espiga de romero, dejaba una estela perfumada a lo largo de su recorrido sin una huella palpable en la blanca e impecable cerámica del piso, que se extendía a lo largo y amplio del salón. Tomó asiento en la butaca de cuero y ordenó al barman, con suma amabilidad, que por favor le sirviera una cerveza. El barman, con suma presteza, en cuestión de segundos le puso sobre el mostrador una lisa, tan brillante desde mi esquina como brillante era el rostro de aquella chica desconocida que, solitaria, llegaba a un bar solitario a horas del mediodía; un ser como caído del cielo. Con la incertidumbre semántica que significaba levantar la mirada de los papeles a cada instante en que la chica le daba un sorbo a su cerveza, era imposible concentrarme en las correcciones. Mi lugar, al extremo del suyo, estaba vuelto un caos entre folios corregidos, descorregidos y vueltos a corregir, puesto que lo corregido no llenaba mis aspiraciones. Volví mi mirada sobre ella cuando pidió la segunda lisa y sonrió al notar el caos de papeles desplegados sobre el mostrador. El barman con la segunda cerveza le obsequió una escudilla con tres variedades de aceitunas: verdes, rojas y negras. A mí me trajo otra, pero solo con las verdes. Al notar mi decepción, ella levantó una aceituna roja y una negra en cada mano con sus respectivos mondadientes y me conminó, con un gesto de “esta o esta

otra”, a escoger uno de los dos obsequios. Aquella actitud me hizo sonrojar y dejar al descubierto mi extrema timidez. Entonces levanté la mano derecha desde la distancia que nos separaba y le mostré mi avaricia con los dedos índice y medio, como haciendo la vieja señal de la victoria (o de la paz en tiempos del hipismo). Eso le dio pie para juntar las dos aceitunas con sus respectivos mondadientes en la mano izquierda y hacer un gesto de “vente pues”, dos veces, con el dedo índice de la mano derecha. Me acerqué a tomarlas y, al correr en su dirección, caí de bruces junto con la banqueta en la que me apoyaba y luego sobrevino el caos: al levantarme jalé el mantelillo sobre el cual estaba la botella de cerveza y esta se volteó aparatosamente sobre el tablón. Cuando el manuscrito con todas las correcciones y descorrecciones se inundaba en un lago de cerveza, el barman saltó en mi auxilio, toallín en mano, y evitó así una catástrofe de marca mayor, una tragedia shakesperiana que habría mandado a la porra el amor de Jorge Belgrano por Araminta Irazábal. Y, sin embargo, por primera vez, desde que estaba obsesionado con esta historia, un alguien, con los que uno nunca cuenta (porque ni Clarisa, ni Dalila Yugoslava, ni las reuniones en la Federación de Centros, ni la imprenta de Pedro del Castillo, ni Donatela, ni el Chino Mata), apareció de la nada y me apartó de ella, y yo, por primera vez también, le restaba importancia a todos esos años de frases y oraciones inconclusas; a todas esas correcciones corregidas y “descorreídas” que terminaban, siempre, en el cesto de la basura de mi “inconsciente colectivo”. Y así, pensando en cuándo y cómo pude haber escrito algo tan sublime y tan corriente como lo escrito, dejé el manuscrito a su suerte, abandonado junto al barman quien, diligentemente, intentaba rescatarlo con la destreza de un lince, antes de que las páginas del recuerdo se ahogaran en la espuma del olvido. (Esto me sonó a tango).

Tomé las dos aceitunas que me ofrecía y la miré extasiado. Debo haber parecido un idiota a punto de babearse. Sus ojos, tras los lentes de montura

al aire, eran de un azul desconocido. Profundos, pero a la vez pletóricos de candidez. No existía “pantone” (mi herramienta principal en la pequeña oficina de la imprenta de Pedro del Castillo) con el cual pudiese compararlos. Dijo llamarse Celeste. Respondí con mi nombre; chocamos diestras e invité una ronda de cervezas agradecido por las dos aceitunas, una negra y una roja, que me ofrecía insertadas cada una en un mondadientes. Desde aquí en adelante la historia se vuelve confusa. Entre butifarras, bocadillos y tentempié, más las lisas que iban y venían llenándonos de alegría, pasamos toda la tarde conversando, postrados en el rincón de la barra. Del manuscrito me había olvidado por completo, pero el barman, luego de su rescate milagroso, me aclaró que lo había puesto a buen resguardo hasta tanto lo reclamase. No sabría decir cuántos temas de interés abordamos en todo ese tiempo, una vez que le comenté de mi supuesta novela, la cual llevaba años escribiendo; siempre en la búsqueda infructuosa de un lector o lectora que me auxiliara con sugerencias o puntos de vista, porque la única lectora de mi manuscrito que tenía había renunciado míseramente a seguir leyéndolo, y me había dejado a ciegas, entre sombras, en la oscuridad de mis indecisiones. Sonrió esplendorosamente. Pasamos luego a otras nimiedades; hablamos de teatro, cine, danza, ballet, conciertos, pintura, música y literatura. Tuve una leve intención de contarle acerca de la difunta con la cual vivía, pero me contuve, no fuera a espantarla al pensar que estaba conversando con un loco de capirote. A las cinco de la tarde comenzó a llegar la tribu y por la barra desfilaron a sus anchas: Armandito Alce (cineasta), Pablito Antillano (escritor), Ismael Mundaraín (artista plástico), Armandito Contreras, José Pulido y José María Aristimuño (tres poetas no pertenecientes a El Arca de Noé, pero tampoco al Club de los Poetas Fracasados); Orlando Araujo, Adriano González León, Caupolicán Ovalles, Abel Ibarra, el Chino Valera Mora, Marcelino Madrid, Raúl Fuentes y Saúl Alvarado (todos de El Arca de Noé). Algunos se los presenté y otros no, porque realmente no los conocía de trato. Le conté que jamás aparecerían por ese territorio los

poetas Gustavo Pirela, Juan Calzado, Luis Alberto Crespín y Earle Ferrera, entre muchos otros resentidos de izquierda, innombrables que formaban parte del Club de los Poetas Fracasados (todos ellos condenados al *gulag* de los botiquines miserables, por “culpa del Chino Mata”. Bien lejos y fuera del perímetro de las distintas sedes de El Arca de Noé). Sonrió, de nuevo, y lo hizo de forma más esplendorosa que antes. Una delicadeza de la que carecía Dalila Yugoslava. Algo me indicaba que la tenía cautivada con mi conversación y mis temas culturales. Eso le dije y mostró de nuevo su dentadura perfecta, blanca como las nubes en verano. Jamás me interrumpió, ni siquiera para ir al sanitario. El Chino llegaría cerca de la seis de la tarde, cuando ya los tragos me tenían al borde de una borrachera latente que no terminaba de encubarse. A él se la presenté de inmediato. A ella, nada que ver con ideas napoleónicas, le encantó su manera de expresarse. Luego de compartir unos minutos con nosotros, el Chino se dirigió a la mesa donde lo esperaban los dos Armandos: el cineasta y el poeta. Pasaron otros minutos y reparé en las señas que me hacía desde la mesa para que me acercara (las señas no incluían a Celeste). Le pedí permiso a Celeste y noté que el Chino tenía en las manos unos tiques o boletos de algo. Me dijo: “Toma estas dos entradas para que invites a alguien a este concierto, y dale rápido que comienza a las siete”, no sin antes preguntarme si me sentía bien como para caminar derecho sobre una línea recta, hacer tres flexiones de pecho y parame con la cabeza hacia abajo. Al Chino no le gustaban los conciertos, tampoco los museos ni muchas otras cosas de la agenda cultural. Leí los boletos mientras le aclaraba que podía hasta bailar “tap” sobre una línea recta. Los dejé en medio de sus cavilaciones poéticas y regresé a preguntarle a Celeste si gustaba acompañarme. De inmediato dijo que sí. Se presentaba Joan Manuel Serrat en el Municipal. Volví donde el Chino y le dije que sí, que sí iría. Entonces se dirigió a uno de los Armanditos, el poeta, que era más o menos de mi talla:

—Préstale el saco —le dijo— para que lo dejen entrar. Con esa facha

pueden creer que es un indigente.

Armandito, el poeta, se despojó del saco y me lo entregó con cierto recelo: No me lo vayas a vomitar, dijo bromeando. Yo me puse el saco y giré hacia Celeste. Ella sonrió a la distancia y me hizo una seña con el dedo pulgar hacia arriba, aprobando la facha.

—Le hará falta una corbata —dijo Armandito, el cineasta. Y aclaró—: Mejor no, porque va parecer un borrachito de plaza.

—Ya regreso —dije yo, sin prestar atención a sus bufonadas.

Y me encaminé hacia la barra para susurrarle algo al barman sobre la necesidad que me apremiaba. De inmediato se agachó tras la barra y extrajo (sabrás Dios de dónde), sin mucho preámbulo, una corbata delgada como lengua de sapo, de las que estaban de moda para la época. Regresé y Celeste no me dejó llegar a la mesa de los chicos. Me tomó por el brazo, me puso frente a ella y comenzó a hacerme el nudo de la corbata. Dijo: “Listo, te queda preciosa”. Desde la mesa, a la distancia, los dos Armanditos y el Chino aprobaron la pinta levantando los pulgares hacia arriba. Pedí la cuenta, la revisé y, también, desde la distancia se la señalé al Chino con un movimiento de mano que simulaba una rúbrica en el aire. Levantó de nuevo el pulgar y luego hizo un gesto igual con su mano que, traducido, significaba: “Tranquilo que yo pago”. A punto de salir, se me acercó y me entregó la llave del Volkswagen: “¿Será posible que me lo devuelvas ileso y sin un rayón?”, preguntó, y regresó a su mesa sin darme tiempo de responderle.

Me volví hacia Celeste que ya venía a mi encuentro. Nos fuimos.

No narraré lo del concierto para no extender este inciso sobre el apartamento y la brujería del apartamento que pareciera no tener nada que

ver con Celeste, aunque lo sucedido durante los siguientes días sugiere todo lo contrario. De modo que solo les diré que el concierto estuvo maravilloso y que la única sorpresa fue encontrarme con Dalila Yugoslava a las puertas del teatro, acompañada con uno de los viejos trotskos de nuestra época estudiantil. Probablemente era uno de los tantos poetas resentidos y mediocres del Club de Poetas Fracados que detestaban a los poetas en contubernio de El Arca de Noé; eran enemigos acérrimos de los que formaban el Club de la Ballena Azul.

Nos tropezamos, bueno yo me tropecé, y ella, a punto de reclamo, giró y nos vimos, solo nos vimos, porque el gentío empujaba y uno se iba alejando como una veleta en medio de la multitud, como un náufrago en plena tormenta invernal, sin embargo, logró alzar el brazo para decir adiós y yo me quedé con las ganas de presentarle a Celeste con cierto aire de venganza. Luego, aunque era lo que más hubiese querido, no logré toparme nuevamente con ella a la salida del concierto. Me habría gustado verla de frente, que me presentara al trotsko de estatura baja con el que andaba y se quedara muda de envidia al verme tomado de la mano con Celeste; pero no fue posible, de modo que, a punto de dar las 9:00 de la noche, nos dirigimos al estacionamiento para regresar a La Bajada y entregarle las llaves del Volkswagen al Chino Mata, quien, seguramente, nos esperaba intranquilo desde el momento en que le pasó por la mente darme las llaves del automóvil; solo que a Celeste se le ocurrió una (según ella) mejor idea. Sugirió que la llevara a su casa, pues ya era bastante trajinar por el día, y, para evitar que me entristeciera ante la propuesta, me prometió que nos encontraríamos al día siguiente (domingo) a la misma hora y en la misma barra. Hasta su casa fuimos a parar en veloz carrera. La vivienda hacía esquina con una plazoleta antigua algo descuidada al final de una calle ciega. Allí vivía con sus padres desde que tuvo uso de razón. Ahora viene lo extraño, porque creo que nos besamos. Un beso ni tan largo ni tan corto,

un beso y unos toquecitos coquetos de nariz con nariz. Luego descendió y a través del parabrisas me lanzó otro beso al aire con sus manos de pianista y se encaminó hacia la puerta. Las luces se encendieron, vi una figura que se deslizó detrás de la cortina transparente del gran ventanal principal; luego ella abrió la puerta y entonces vi las dos figuras frente a frente. Vi cómo la figura femenina besaba a la masculina, un beso de mejilla entre padre e hija. Luego, las dos figuras desaparecieron en el interior de la casa y ya nos las volví a ver. Las luces se apagaron y la casa se sumergió en las sombras...

Una hora más tarde, a eso de las diez de la noche, ya me encontraba aparcando el Volkswagen frente a La Bajada. Entré con mi aire de galán, porque todo había sido fabuloso. Divisé al Chino Mata y a los dos Armanditos en una mesa del fondo y me fui directo a ella. Qué tal el concierto, preguntó el Chino. Estupendo, respondí. ¿Encontraste a alguien para darle el segundo boleto?, preguntó, y pensé que estaba burlándose de mí. Le dije que claro, era el de Celeste. “De modo que el profe encontró ya una nueva chica”, dijo, mientras levantaba el brazo para llamar la atención del mesonero. Ella es estupenda, les comenté. El mesonero llegó sin apresuramiento. Cuándo la conoceremos, dijo uno de los dos Armandito (el poeta, siempre tan entremetido). El Chino pidió una ronda de cervezas. Ya la conocieron, les dije. Déjense de joda, agregué. Se vieron las caras entre ellos y el segundo Armandito (el cineasta) miró hacia los lados y me preguntó si había fumado mariguana, y yo respondí con un severo: “No me vengán con mariconerías a estas alturas”... Se vieron las caras y olvidaron el asunto. Ya habían bebido lo suficiente y eso se sabía porque era la única forma de que al Chino se le ocurriera extraer alguno de sus poemas del bolso y empezara a leerlo en público. El mesonero llegó con la ronda de cervezas. Yo también me emborraché y me olvidé de Celeste.

El domingo me levanté con la resaca del sábado. El Chino me había dado un aventón hasta la residencia pasada la medianoche. Durante la travesía le hice varios comentarios sobre Celeste, como que tenía unos ojos azules preciosos y profundos, como que tenía unos cabellos dorados tan finos como hilos de telaraña. Como que tenía unas pecas disimuladas que le decoraban las mejillas y que solo se notaban cuando estabas muy cerca de su rostro. Que sus besos eran tan celestiales como su nombre. Sonrió comprensivamente y ya parando frente a mi portón dijo: “Eso me suena a poema de enamorado”. Descendí del automóvil y cuando cerraba la puerta me preguntó si la había conocido en el concierto. Luego agregó: “Menos mal que para algo te sirvieron los dos boletos”. Entonces apretó el acelerador dando por descontada mi respuesta. En fin, me levanté el domingo luego de un sueño nada reparador en el que todo el tiempo estuvo presente Celeste. No sé qué pensaría Freud de ese tipo de sueños, aunque sí imagino lo que masticaría Dalila Yugoslava: “Una pulsión natural por falta de estímulo corporal”. En otras palabras, abstinencia sexual. La casa estaba hecha un desastre, de nuevo había cometido una de las mías. Eso que me sucedía cuando llegaba pasado de tragos y lo derribaba todo. Nada estaba en su lugar, pero en vista de la cita, no tenía tiempo para ponerme a arreglar aquella devastación que seguramente me llevaría toda la mañana. Debido a la resaca no tenía voluntad para nada y solo pensaba en la hora del encuentro, ese en que había quedado la noche anterior. Quise concentrarme un poco para recoger los libros desperdigados. Seguramente buscaba un título en especial y se vinieron abajo los más altos alineados en la repisa. De los discos me encargaría al regreso. No recordaba en que momento los extraje de sus fundas, quizás para escuchar algo de música... en fin. Me fui al cuarto y cerré la puerta para olvidarme del desastre. Quise leer un poco a Joyce, pero tampoco pude, quise hacer pupú y menos pude.

Llegó la hora y enfilé para La Bajada. Mi reloj de pulsera marcaba la



1:10. La hora prevista era entre 2:00 y 3:00 de la tarde, en el extremo izquierdo o derecho de la barra, según se diera el caso. Llegué como siempre lo hacía los sábados en ese horario, a sabiendas de que era domingo. El lugar estaba solitario, pero ya las mesas se encontraban decoradas para recibir a las familias que los domingos se daban cita en el lugar, pues la cocina era una de las mejores de la zona. Los primeros minutos pasaron muy lentos, el tiempo suficiente para consumir despacio un par de cervezas. Los minutos posteriores se sucedieron más rápidos, especialmente desde la quinta y hasta la décima cervezas, cuando las manecillas del reloj marcaban las 5:00 de la tarde y el local se encontraba atapuzando de clientes hasta su último rincón y Celeste no había cumplido con la cita y mi borrachera era de antología. A estas alturas empecé a imaginar cosas malas, como que probablemente había amanecido enferma con una resaca terrible, por lo que no pudo comunicarse conmigo en vista de que no disponía del número de teléfono de La Bajada, o bien que sus padres (por ser única hija y haber llegado ebria la noche anterior) la habían castigado y obligado a permanecer en casa, a pesar de que era mayor de edad. Pedí la cuenta y el barman de una vez me entregó el manuscrito y dijo riendo: “Con esa pea que agarró usted ayer, poeta, le guardé sus hojas todas manchadas aquí porque seguro las hubiera botado por el camino”. Le agradecí el gesto y estuve a punto de preguntar por Celeste, pero no me atreví para no demostrarle que me habían embarcado y que estaba desde hacía horas sentado a esa barra haciendo el ridículo, a la espera de una joven y bella chica que me exprimió el bolsillo el día anterior. Eso pensé, aunque no era tan cierto porque quien había pagado la cuenta había sido el Chino, pero de eso probablemente el barman no tenía ni idea. Sin embargo, esa risita dibujada en el rostro me llevó a sospechar que intuía por qué me encontraba allí un domingo, cuando los domingos jamás los poetas visitábamos el local. Tomé el manuscrito, pagué y me largué con la pena que su risita burlona me provocaba.

Al salir el aire fresco me despejó la mente, no así la ropa que olía a chistorras. Los domingos hay pocas busetas para el traslado de pasajeros, así que se me ocurrió tomar un taxi con la idea de llegar a tiempo, arreglar el desastre que había dejado y preparar la clase del lunes, pues era lo primero que me preguntaba la profesora Patiño (quien ahora era mi jefe de cátedra), incluso sin darme los buenos días, apenas notaba mi entrada en el cubículo de la escuela. Tomando la autopista hice que el conductor cambiara de ruta y me condujera a la residencia de Celeste. Me orienté con tal grado de perfección que asombré al chofer del taxi. (Ya por el camino le había comentado lo de mi borrachera el día anterior, pues notó que yo olía a caña pareja... También a chistorras). Al estar frente a la vivienda no pude creer lo que vi o miré, o lo que miré y vi, o lo que observé, miré y vi con mis propios ojos. Me encontraba frente a una casa en la más absoluta ruina, tomada por la maleza, constreñida por las ramas de un samán ancestral que la estrangulaba sin compasión, como tentáculos de un pulpo gigantesco. Una casa desgajada y solitaria, triste y sombría, en donde era imposible que habitara un alma. Parecía que estaba abandonada desde hacía años. Una casa que de Celeste o celeste no tenía nada, oscura como la noche, negada a los rayos del sol que aún no se ocultaba en lontananza. Una casa que, observada desde la ventanilla del automóvil, no era, ni por casualidad, la casa donde la noche anterior había dejado a Celeste, el ángel de La Bajada.

En la ruta de regreso le inventé una historia al conductor. Le dije que de pronto me dio por recordar el lugar donde había pasado mi niñez, y él solo respondió:

—A mí también me pasa cuando me bebo unos tragos y me quiero alejar de esta realidad tan bochornosa.

Con el Chino Mata me tropecé pocos días después. Apenas me divisó en el pasillo de la facultad, se acercó con pasos acelerados y, sin darme tiempo a saludarlo, soltó:

— ¡Perro!, hermano mío, en ese apartamento tuyo espantan.

A soplo de pájaro no entendí a qué se refería, pero pronto se me iluminó el intelecto. Ahora todo estaba claro (lo del apartamento, porque lo de Celeste era como una noche en tinieblas), al Chino ese sábado del concierto, cosa que yo no recordaba, se le había ocurrido subir conmigo al departamento. No me quiso dejar en el portón del edificio (como yo lo había soñado en medio de mi borrachera), sino que por solidaridad, para evitar que yo sufriese algún accidente, decidió quedarse a dormir y acompañarme esa noche. Solo que, en esta oportunidad, la difunta no lo perdonó y, como si se hubiese tratado de una invitada femenina, le hizo pasar el susto de su vida, susto del que, por un tiempo, no se recuperó. Así descubría yo la explicación del desastre aquella mañana de domingo. Me contó que apenas había conciliado el sueño aquella noche, comenzó a escuchar ruidos extraños, alguien caminaba de un lado al otro y en la bruma creyó que yo andaba deambulando como sonámbulo. Abrió los ojos y se acercó al cuarto para verme en los brazos de Morfeo, totalmente relajado. Atribuyo entonces su estado a una de esas pesadillas entrometidas que se apoderan de uno en medio del desvelo. Dijo que intentó pegar los ojos de nuevo, pero apenas le llegó el sueño, de nuevo los movimientos lo tomaron desprevenido. Pensó que alguien había entrado al departamento y prevenido saltó del sofá, pero al encender las luces, todo comenzó a caer de las paredes como si se tratara de un temblor. Aterrorizado salió del apartamento como alma que lleva el diablo apenas despuntando el alba. En su urgencia no se tomó el tiempo para alertarme sobre lo sucedido.

¿Casualmente? el elevador se había detenido en el pasillo casi al mismo instante de su veloz huida. No perdió tiempo y al llegar a planta baja recordó que me había dejado al abandono, pero ni por asomo se le ocurrió regresar al piso. Al rodar en su Volkswagen sin rumbo, no olvidaba las palabras de aquella mujer que, como un eco interminable, le taladraban el cerebro: “Esta será la última vez que me golpeas ¡maldito desquiciado! La última”; escuchadas durante su somnolencia.

—Pensé que estabas disgustado conmigo ya que ni siquiera has respondido el teléfono.

—Y yo pensé que me habías dejado abandonado en las puertas de la residencia, harto por mi borrachera, y te habías fugado al tuyo. Lo del desastre lo tomé como una de mis locuras. Esas cosas que suelo hacer, soñar e imaginar cuando excedo los tragos...

—De verdad estás loco, Carlitos. Y eso no es malo porque los cuerdos, esos sí, me tienen hasta los cojones.

Luego de este episodio, por un largo tiempo no volvió a darme un aventón, y si alguna vez le pasó por la mente compartir aquel espacio conmigo, yo acababa de libramme para siempre de ese compromiso. Solo acertó a preguntar:

—Y por qué no te mudas de ahí. Eso no es normal, viejo.

—Con lo que pago de alquiler, si la difunta me quiere sacar de allí va a tener que traerme a todos los muertos del Cementerio General del Sur.

Soltó la carcajada y dijo:

—Definitivamente tú no tienes remedio. —Y ese episodio lo contaba sin cesar en todos los lugares en donde bebíamos, pero nadie le creía. Lo

atribuían a su capacidad imaginativa, y le daban argumentos para que, a futuro, escribiera una novela de horror. La Celeste de La Bajada se quedó celeste, para siempre en mis recuerdos, y Celeste fue el nombre por el cual llamé, desde ese día, a la difunta esposa del ingeniero Valdez.

Algo similar a lo ocurrido con el Chino, pero más aterrador, sucedió en la fiesta de bautizo con nuestros viejos amigos, después de la una de la madrugada. Al parecer todo comenzó con la ida al sanitario de una de las chicas. Ella aseguró que al bajarse los pantalones, y a punto de orinar, sintió que una mano la cogía por detrás de sopetón. El grito alarmó a todos y corrieron al sanitario pensando que algo malo le había ocurrido. La encontraron pálida, blanca como un papel. Subida de tragos, atinó a decir, medio espantada, que “algo o alguien me dio un agarrón de culo, bien sabroso”. Las carcajadas no se hicieron esperar y el hecho se atribuyó a la mezcla de bebidas o a la chicharra de mariguana que recién había probado. Hasta ella misma entró en conciencia de lo que acababa de decir y terminó riéndose de su ocurrencia. Continuaron festeando, pero, al rato, a uno de los chicos le ocurrió lo mismo; lo tomaron por detrás y el jalón de bolas fue mayúsculo, tanto que salió gritando adolorido desde las escaleras, como si le hubieran pateado la intimidad. Lo primero que le pasó por la mente al resto de los invitados fue que la chica con la que estaba besuqueándose lo había despachado con un puntapié por sobrepasarse, pero no les dio tiempo a preguntarle porque, sin mediar palabras, había echado a correr escaleras abajo como alma que lleva el diablo. A los días contó que cuando se bajó los pantalones para que la chica lo confortara sintió el fuerte agarrón en los testículos.

A partir de ese momento comenzaron a sucederse otras cosas más extrañas. Contaron que a otra de las chicas la jalaron por las greñas cuando

dormitaba en el sofá, y al novio que estaba en la cocina sirviéndose un trago le soplaron tan fuerte en el oído que se quedó sordo de un lado en cuestión de segundos. Entonces alguien gritó: ¡Zape!, y de inmediato se armó la sampablera escaleras abajo. Todos los residentes del edificio se enteraron de que algo siniestro había sucedido en el departamento de la difunta. Dalila y yo, por nuestra parte, habíamos dejado a la muchachada a su libre albedrío y nos habíamos recogido en la habitación principal, donde luego de hacernos el amor nos quedamos rendidos, en la paz de los cielos hasta el día siguiente, cuando, al levantarnos, notamos que la fiesta había terminado, pero en la guerra de los sepulcros. De lo ocurrido esa noche nos enteramos a los días (los vecinos hicieron mutis porque nos tenían pánico, pensando que pertenecíamos a una secta satánica o algo parecido), estando en la universidad, cuando los amigos nos contaron lo ocurrido aquella noche. Dalila me dijo consternada, ya cuando estábamos a solas, que eso pasaba por permitirles fumar tanta marihuana en el balcón: “Lo peor del caso es que nosotros odiamos las drogas. Qué pensarán ahora los vecinos... que somos un par de drogadictos”. Cerramos el capítulo y de aquella ocurrencia no volvimos a hacer comentario alguno, a pesar de ser los únicos seres que conocíamos la historia de aquel departamento por boca del propio dueño.

El Arca de Noé tuvo sus inicios a mediados de los años setenta, por la misma fecha en que el Ratón fue asesinado en un suburbio de la ciudad. Su auge perduró por más de 15 años hasta finales de los ochenta, y para los noventa comenzó su decadencia. Yo entré en el contubernio de la mano del Chino Mata, a quien los poetas novatos confundían con el “Chino” Valera Mora, quien sí era un poeta de envergadura. Evidentemente, él jamás usurpó la identidad de su otro Chino, pero tampoco aclaraba las cosas

cuando se presentaba la confusión, y se limitaba a cambiar rápidamente de tema. Eso siempre le sirvió de excusas a los reproches de alguno de los despistados. También esa vaguedad lo ayudaba a reclutar poetas para su particular cofradía.

Cursando yo el bachillerato no tenía idea de este amancebamiento de poetas, incluso, luego de un par de semestres cursando estudios en la Escuela de Letras fue que me enteré de su existencia, porque muchos de mis profesores eran miembros honoríficos del club. A media carrera descubrí que el Chino Mata se había unido a ellos atraído por sus compañeros de estudios, años atrás. La mayoría, al contrario del Chino, se graduaron en un tiempo razonable (tomando en cuenta los cierres de la universidad por los conflictos estudiantiles) y formaban parte del auge cultural de los años ochenta y parte de los noventa (festivales de cine y de teatro, editoriales nacionales y extranjeras, librerías, museos, centros culturales de universidades privadas, etc.), y otros, al igual que yo, terminaron siendo sus profesores. Luego, el Chino desapareció por un tiempo (se supone que fue su época de presidio) y a su regreso (ya yo graduado y en manos de la profesora Patiño) me arrastraba a su “añeja” componenda. Esa era la historia resumida para saltarme todo este capítulo de cuento chino y retomar el hilo sobre la importancia de mi manuscrito, que no terminaba de manuscibir por culpa del Chino, que se encargaba de cancelar mis dosis diarias de alcohol, una vez que Dalila Yugoslava me mandó a la porra.

Con mi borrador debajo del brazo, sepultado en el cartapacio desteñido de cuero, en el que también guardaba los exámenes de los estudiantes, así como uno que otro folletín de poesía que estuviese leyendo, escrito por alguno de los poetas exiliados en los gulags odiados por el Chino, me desplazaba a menudo entre la Escuela de Letras y la de Psicología. Guardaba

la esperanza de que un tropezón casual con Dalila Yugoslava (sin el trotsko como su nuevo amigo de siempre, al que yo le auguraba sería novio de siempre en cualquier momento, para regresar a amigo de siempre con derecho, cuando Dalila Yugoslava lo decretara por iniciativa propia) me diera la oportunidad de pedirle que le echara un vistazo a las nuevas correcciones. No se dio ninguna de las ocasiones casuales, pero seguí intentándolo por todo el semestre hasta que, finalmente, me di por vencido. Alguien más tendría que leer mi manuscrito. Por mi cabeza pasó levemente el Chino Mata, pero, por inseguro, lo descarté de inmediato. Entre mi timidez como escritor o “manuscriptor”, mi cada vez mayor apetito por la bebida y mi temor a la profesora Patiño si descubriría esa adicción, se me escapaban las ideas. Mi imaginación estaba mutilada. Y, para completar, sin una lectora asidua, la carrera entre la escritura y la bebida la terminaría ganando la bebida y mi obsesiva visita a los bares diseminados por los alrededores de la universidad, incluidos los de mala muerte que, de más está decir, eran los mejores para ocultarme a revisar mi manuscrito. Páginas manchadas de cerveza que lograba disimular siempre como “exámenes por corregir”. Si alguien me hubiese advertido que estudiar Letras iba a significar ser un adicto a los bares oscuros alumbrados con luces rojas a pleno mediodía, jamás lo hubiese creído. Y pensar que estudié algo que en realidad no quería estudiar. Admiraba el periodismo y a los periodistas, pero cuando se trata de un cupo en la universidad, pasando bajo cuerda sin tener que presentar las odiadas pruebas de admisión, no se le mira el colmillo a caballo regalado y hube de aceptar la primera oferta que me pasaron por delante. Y aunque la idea era buscar el cambio de escuelas luego de un tercer semestre, terminé agarrándole cariño a la de Letras, más por estar cerca de Dalila Yugoslava (quien sí tocó en suerte al terminar en la escuela que había escogido desde un principio) que por lo que la Escuela de Letras me ofrecía a futuro. La cuestión es que de un tiempo en adelante, luego de superada toda la historia de Celeste y cohabitando con ella, siempre y cuando no se



me ocurriera aterrizar en el apartamento con alguna chica para pasar la noche, mi rutina de ocho de la mañana a seis de la tarde, a excepción de los viernes, se limitaba a la Escuela de Letras (unas horas en la mañana y otras por tarde), a paseos esporádicos por la Escuela de Psicología y a la visita a bares sombríos en el tiempo libre. Una manera de ocultarme del mundo poético y fantasmal para dedicarme al manuscrito, en un corregir y descorregir endémico que me trastocaba las pelotas. Por los alrededores de la universidad existía un conglomerado de ellos, pero me cuidaba siempre de que no fuese del tipo estudiantil, aunque como profesor en la universidad no me conocía nadie, excepto los pocos alumnos de mi curso, que tampoco me veían como tal, sino como un advenedizo con ínfulas de letrado, gracias al comentario de los profesores que sí eran vistos como letrados sin ínfulas de advenedizos. De todos los bares que a menudo recorría, uno de ellos me sedujo como canto de sirenas. Se llamaba, precisamente: “La Sirena”. El local olía a meados rancios por todas partes, y algunas veces a desinfectante ligado con meados rancios. Y esto era peor que si oliera a meados sin desinfectante, porque jamás olió a desinfectante sin meados. Lo bueno era que, a la tercera cerveza, el hedor a meados y a desinfectantes se volvía inodoro. Lo suplantaba algo que no sabría definir con certeza, aunque de vez en cuando olía a mierda, producto de alguna emergencia que tomaba desprevenidos a los asiduos y al portugués, propietario del local, quien, luego de insultar al transgresor en portuñol, se apresuraba a abrir puertas y ventanas para refrescar el ambiente. Una vez libres de la mezcla de oxígeno y metano, seguíamos bebiendo placenteramente, pues el olor a meados, que invadía todos los espacios del local, no era más benigno que el olor a mierda que también invadía todos los espacios del local, pero con la salvedad de ser esporádico y circunstancial. A pesar del impromptu que significaba tener que mudarse unos metros alejados del sanitario, la clientela continuaba disfrutando de los aromas del típico, habitual, refrescante, rutinario, gratificante, dulce y bendecido perfume de los meados

con o sin desinfectante, mientras el portu despachaba desde la barra las bebidas de sus preferencias.

Estando reclinado en la barra, como de costumbre, y pensando que esta fragancia me alcanzaba de formas místicas desde que las pantaleticas de Clarisa del Castillo fueron sustituyendo el dulce olor de las guayabas maduras, vi por primera vez a aquel hombre enjuto. Ocupaba la otra esquina de la barra. Esos lugares que solamente los antisociales preferimos porque nos hacen invisibles. Ese umbral que nadie osa transgredir al notar que eres uno de esos invisibles visibles. La segunda ocasión no fue muy placentera que se diga, pues aquel advenedizo había usurpado mi rincón y mi butaca para seres invisibles y me vi obligado a hacerle el reclamo pertinente. El hombre enjuto entendió mi tribulación, pero el portugués, detrás de la barra, no quiso tomar partido y se hizo el polaco. Eso me irritó y lo encaré para hacerle entender que él era la autoridad en aquel local y debía ejercer la justicia como lo haría cualquier juez ante una corte. El portugués no pareció interesado en reparar el daño al patrimonio que aquello me causaba y solo se limitó a darme una explicación de lo más somera. Si bien yo siempre ocupaba ese espacio y la misma butaca, tenía que aceptar que, al igual que en los consultorios médicos, el orden de llegada privaba sobre los derechos de asistencia. Y, con la amabilidad que lo caracterizaba, me ofreció algún otro lugar en donde él pensaba que yo podía estar cómodo para dedicarme a revisar ese cartapacio de papeles que siempre extraía de un mullido portafolios, y que, afortunadamente, nunca llamaron su atención. Pero ya a estas alturas el hombre enjuto me dejaba la butaca libre y se retiraba al extremo de la barra, a su soledad enjuta. Entonces, tomé posesión nuevamente de mi lugar predilecto como dueño y señor dejándole bien aclarado al portu que, si aquella circunstancia se repetía, no contara más conmigo para gastarme el sueldo en su local. Me escuchó con oídos sordos, a él le daba lo mismo. El desinterés por el con-

glomerado de papeles que a diario depositaba sobre la barra, o esa falta de curiosidad de los asiduos (que no encontré en ninguno de los otros recintos por donde siempre peregrinaba), convirtió al “restaurant bar La Sirena” en mi rincón de sosiego preferido, y un accidente como el acaecido no me obligaba a cambiar de local, aunque los otros carecieran del típico aroma exuberante que lo caracterizaba.

En la Escuela de Letras, mi principal preocupación era despachar a los alumnos antes del mediodía y, en algunos casos, esto se me dificultaba. O bien me llamaba la profesora Patiño para alguna asignación de última hora que a ella se le ocurría, para joderme la paciencia, o bien sucedía que a algún alumno despistado le asaltaban las dudas sobre mi última clase magistral. Esas interrupciones a mi rutina me creaban un síndrome de angustia paranoide ante la posibilidad de que el fulano desconocido llegara primero que yo a “La Sirena” y, por derecho decretado por el portugués, ocupara mi butaca, que era propiedad privada desde que comencé a entender que la propiedad comunitaria era una trampa para resentidos sociales.

En una ocasión en que aterricé y encontré mi lugar usurpado de nuevo, encaré al personaje como si el conflicto fuera de vieja data. Frente a él, y sin el apoyo del portugués, que luego terminó dándome la razón (solo cuando el advenedizo no opuso resistencia), le exigí despegar su culo de inmediato de aquella butaca que me pertenecía por uso y costumbre. El enjuto no dudó, ni por un momento, en abandonar el lugar, ni puso objeción alguna. Esa manera, tan condescendiente, de regresarme mi espacio, me llevó a pedirle disculpas por mi arrogante actuación y a proponerle que lo usara en esos días en que no me apareciera por el local (hombre, un poco de tolerancia, me dije). De esta forma garantizaba que no llegara otro advenedizo con el cual no pudiera lidiar y perdiera mi lugar para siempre.

Me lo agradeció con una amabilidad poco vista en otros asiduos que, a menudo, rivalizaban por las mesas más discretas en el salón, puesto que la mayoría de ellas se apiñaban unas contra otras en franco desafío a la intimidad de la clientela. Afortunadamente, la barra no era muy cotizada y la mayoría de la clientela prefería atrincherarse en el salón, un ambiente cuyo atractivo venía dado por la atención que dispensaban Rosalba y Adelina, dos señoras de grandes volúmenes a quienes los recién llegados les invitaban uno que otro trago y, de vez en cuando, les repartían unas que otras palmaditas en sus enormes traseros. Ese acto reivindicativo de su labor las hacía sentirse visibles, ante tantos invisibles que rondábamos por el lugar.

A diario encontraba al hombre enjuto en su otro rincón enjuto, donde decidió asilarse, y apenas intercambiábamos un saludo con la mano a la distancia. Era tan introvertido como yo, pero no poseía un portafolios ni un cargamento de hojas para leer o corregir y descorregir con frases ininteligibles en los bordes ya descorregidas y corregidas. Él, en su rincón, solo se sumergía en sus pensamientos y verlo desde mi otra esquina me producía la impresión de que estaba muerto. No tomaba cervezas, como yo, sino ron añejo, en copa, que iba mezclando de a poco con Coca-Cola y unas gotas de limón, es decir, se fabricaba su propia cuba libre sin el típico Amargo de Angostura. Fue extraño que luego de varias semanas advirtiera su talla. Claro, normalmente lo observaba sentado a la barra, y cuando se dirigía al baño, no me percataba de sus idas y regresos, ya que siempre me encontraba ensimismado en mis correcciones. Pero ese día lo detallé de arriba abajo, como si fuese un “Dalilo Yugoslavo” cualquiera, porque dejó su asiento y se dirigió a mi butaca. Me sentí de pronto intimidado, pero no venía con mala leche a interrumpir mi obsesivo trabajo frente al manuscrito. Se acercaba para preguntarme si le aceptaba la invitación a un trago. Y respondí afirmativamente con un: “No faltaba más”.

—Jorge —dijo al presentarse y estirarme la siniestra.

Por primera vez en mi vida estrechaba zurda con zurda y, a pesar de la curiosidad, no me atreví a preguntarle, pero supuse que no era diestro o que ese brazo sufría de algún desperfecto neuronal. También, por primera vez desde que prácticamente vivía en La Sirena, apartaba mis folios a un lado, para atender a un personaje que no perturbaba ni interrumpía la lectura del manuscrito. Con el tiempo (semanas de vernos casi a diario, recibiendo invitaciones de su parte sin esperar retribución alguna de la mía) preguntó sin mucho interés por el “papelero” que yo desperdigaba sobre el mostrador, y ese desinterés suyo por mi rutina diaria elevó mi interés por él. Luego compartiríamos otras menudencias, como el hecho de que no nos molestaba mucho el olor a meados sin desinfectante que saturaba el local, pero sí el exagerado precio que el portu les ponía a las bebidas a su entera discreción. Pero, en fin, ese era el precio a pagar por permanecer invisibles frente a la clientela y solo visibles para el portugués, quien también se hacía el invisible, de vez en cuando, para evitar entablar amistad con la clientela visible que lo visitaba. Un jueves en que Jorge no apareció y yo estaba subido de tragos, porque el viernes se sumaba a un puente festivo, alcancé un estado psicótico a consecuencia de mi trastorno obsesivo compulsivo por los seres invisibles no visibles y los visibles no invisibles con los que me encontraba a diario, pues me vino a la mente el ya supuestamente olvidado episodio con Celeste, aquella tarde de tragos en la sede principal de los poetas miembros de El Arca de Noé: La Bajada. Suceso inverosímil sin explicación razonable alguna, para nosotros los invisibles. Y entonces, de invisible a invisible, me dirigí al portu para preguntarle si el amigo invisible, con el que me encontraba a diario en la barra, era de los visibles o era realmente invisible. Me contestó que era invisible, a lo cual yo respondí que ya me lo temía, y él agregó, sí, tan invisible como nosotros.

El jueves de puente, por ser el viernes un día festivo, lo sobreviví en La Bajada. Ya el Chino me había convocado con un timbrado telefónico, pasado el mediodía, que me reventó las neuronas. Invito yo, dijo, y las neuronas se restauraron de inmediato. Habían pasado varias semanas sin que coincidiéramos porque yo había decidido ir a La Bajada durante el día, sobre todo los sábados, para así dedicarle tiempo a corregir el manuscrito frente a la computadora por las noches. También porque muy dentro de mí esperaba la aparición de otra Celeste y, en última instancia, alguna sustituta de una Celeste visible, esta vez, que pudiese sustituir a la invisible de Dalila Yugoslava quien nunca, para mí, fue tan visible como la invisible Celeste. Así que me embriagaba antes de la seis de la tarde, hora en que la tribu hacía acto de aparición en La Bajada, y me regresaba al departamento a dormir la mona sin una Celeste nocturnal o una Dalila casual que aliviara la soledad que me habían dejado ambas con su partida. Por otro lado, ya la tribu no me estaba interesando mucho que digamos y prefería más estar con el invisible enjuto de La Sirena.

Con la llamada neuronal, el Chino me había comentado que el presidente sempiterno del Arca había abandonado el cargo por motivos de salud (el hígado le pasaba factura) y que esa presidencia estaba desde entonces en manos de un enterrador, dueño de varias funerarias, que, a decir del Chino, era tremendo “goleador” (que en competencia de levantamientos de codos significaba que era una especie de Lionel Messi para pagar las cuentas) y yo me había estado perdiendo aquella bacanal que, a lo mejor —pensé para mis adentros—, podía ser premeditada. Ambos coincidimos en la hipótesis de que aquella gratuidad tenía como propósito asegurarse futuros clientes para incrementar las ganancias de su negocio, a sabiendas de los daños irreversibles originados por la cirrosis hepática. Con funerarios ni para la vuelta de la esquina, le dije al Chino, que para muertos ya tenía suficiente con Celeste (la de departamento), quien se había vuelto

insoportable estos últimos días.

—Tranquilo, vente, ya te dije que yo pago —fue lo último que agregó antes de colgar.

Pasé la mañana del viernes durmiendo la mona del jueves paranoide, y para el mediodía ya estaba convencido de que lo mejor para sacudirse una borrachera era otra borrachera peor y, entonces, me fui directo a La Bajada. Había perdido la noción del tiempo en vista del largo feriado y asumí que era sábado. No me llevé el manuscrito porque aún veía doble y una nube negra cubría todo razonamiento. Llegué a La Bajada en pleno bullicio y eso me despabiló de inmediato, puesto que los sábados al mediodía el lugar normalmente permanecía más solitario que un cementerio sin dolientes. Apenas logré traspasar el portón, divisé a los dos Armanditos en medio de la algarabía interna. Por precaución habían llegado temprano y ocupaban la mesa habitual que les permitía estar a salvo de los empujones e incomodidades que originaban los asistentes en procura de espacio. Como siempre, el lugar desbordaba no solo de poetas, sino de cultura, y todo el temario estaba referido al venidero Festival Internacional de Teatro. Pregunté por el Chino y uno de los Armanditos me respondió que al Chino esas vainas de teatro le importaban muy poco. Les dije que me había telefoneado en la mañana para encontrarnos en el sitio a esa hora. Me respondieron que los viernes el Chino no cruzaba esas puertas, porque siempre se tropezaba con poetas enemigos y que prefería sustituir el viernes por el sábado, cuando tenía las de ganar si se aparecía uno de ellos. Ahí entendí que mi calendario mental había sufrido un cortocircuito producto del puente y mi acostumbrada rutina. Sin mi mecenas preferido, yo quedaba en la orfandad y, a punto de retirarme, el otro de los Armanditos me invitó a su mesa con una frase que me llenó de regocijo: “Vente, Carlitos. ¿Cuál es ese dicho tuyo que repites siempre en estos momentos?”. Y yo dije: “A

beber hasta que se me olvide tu nombre”. Dos de esos nombres pasaron fugazmente por mi mente: Celeste y Dalila Yugoslava. Clarisa, ni por asomo. Ahí descubrí que los daños en las neuronas de la corteza piriforme habían desaparecido para siempre.

Los años ochenta pasaron sin pena ni gloria, y los noventa acaecieron de “golpe”, (porque hubo dos intentos militares contra el Estado), y de su ciclo de diez años dejaba decadencia, nostalgias, inflación y una fetidez a cuartel, a milicia que se incrementaría con los años venideros. Martín Cabeza, para esos años, ya no era ministro de Justicia, sino asesor en cuestiones militares. Yo no ascendía de profesor instructor y Dalila estaba a punto de ser “titular”. Ahora era una especialista en psicología de la morfología humana. El Chino Mata seguía siendo eterno estudiante de Letras y asistía a algunas de mis clases y a otras de la profesora Patiño, que era, sempiternamente, mi jefe de cátedra. Parecía que el mundo giraba más rápido que en mi época infantil, juvenil y estudiantil. Aunque mantenía siempre el manuscrito (con todos sus tachones de mis tormentos) a buen resguardo, mi vida giraba como el mundo, pero de un bar al otro, en busca de un algo que no encontraba. Ya había publicado un par de novelas cortas y unos cuantos poemas en el papel literario de un periódico nacional, pero no daba pie con bola en lo concerniente a la historia que prácticamente me obsesionaba desde la niñez, aunque, a esas alturas, estaba pensando en mandarla de una vez por todas al cesto de la basura. Con las dos novelas cortas la crítica había sido despiadada, y con los poemas, más que despiadada, inflexible, implacable, sanguinaria, monstruosa, perversa, por solo citar uno que otro pequeño calificativo que me endilgaron. Tanta fue la maledicencia que terminé siendo el hazmerreír de los profesores en la Escuela de Letras. Mi otra obsesión seguía siendo “La Sirena”, cuyo olor a meados, con los años, se



había despejado (o era que ya mis neuronas se habían acostumbrado tanto al aroma que el hedor pasaba inadvertido) y era evidente que el único que continuaba aferrado a su barra era yo, porque el resto de los asiduos que alguna vez hube conocido, sin establecer ningún trato con ellos (incluidas las dos voluminosas Rosalba y Adelina), quizás debido a mi condición de invisible, habían desaparecido. Incluso hasta el viejo Jorge, el otro invisible, aparte de Joao, nunca más había regresado al local, y me había dejado libre el uso y usufructo de mi lugar panorámico, con vista a los sanitarios, que seguía, eternamente, libre de candidaturas. Un rincón invisible no parecía ser un lugar agradable para nadie que buscara ser visible, y mucho menos en un lugar tan sórdidamente invisible llamado La Sirena.

También con el tiempo entendí que el nombre de La Sirena no tenía nada que ver con ese cetáceo mitad pez, mitad mujer encantadora cuyo poder de seducción atraía las naves con su tripulación en mares profundos, para luego convertirlos en huesos putrefactos como bien narraba Homero en su *Odisea*: “Hechizan a todos los hombres que se acercan a ellas, puesto que aquel que escucha su voz nunca se verá rodeado de su esposa y tiernos hijos...”, sino más bien con las sirenas de ambulancias y patrullas policiales. De modo que durante años estuve seducido por aquello a lo que yo más miedo le tenía. El portu se carcajeó por primera vez desde que lo conocía en su invisibilidad visible, y me dijo: “Aquí ha pasado de todo en los treinta años que llevo tras esta barra. Nada me asombra. Recién llegado a este país, me tropecé con mi primer muerto, un personaje al que llamaban el Ratón, en una barriada cuyo nombre ya no recuerdo”. Se carcajeó de nuevo y, antes de volverse invisible también de nuevo, agregó: “El único que no sabía por qué se llamaba La Sirena, al parecer, eras tú. El nombre se lo endilgaron en sus años de grandeza, porque a menudo salía por sus puertas más de un cliente directo al hospital o a la prefectura más cercana”. No pregunté a qué grandeza se refería ni debido a qué se producía esa

emergencia, pero a partir de ese instante tomé serias precauciones con cuanto canapé colocaba el portugués sobre la barra, y suma discreción con cuanto cliente mal encarado entraba en el local.

Con toda la asepsia de la que era capaz, continué por un tiempo mis visitas a La Sirena; y uno de esos días, el viejo Jorge reapareció, enjuto, como siempre. Y, sin perder la vieja costumbre, preguntó si podía invitarme un trago. De ahí en adelante nos continuamos viendo a diario, pero, a diferencia de nuestros anteriores tropiezos, la conversación giró en torno al manuscrito escondido en mi mullido maletín, pues, ya en confianza, alegres por el reencuentro, le confesé que el “papeleo” que le había intrigado en cierta oportunidad era una historia que se había quedado detenida en el tiempo. Una fábula sobre un personaje que me había obsesionado durante mi niñez y me tenía prisionero. También le manifesté que en todos estos años estuve en la búsqueda de un “alguien” común y vulgar, tan silvestre como él, que la leyera. Nunca un crítico o especialista en literatura; mucho menos un corrector de estilo o editor de originales, puesto que mi idea era descubrir si alguien, digamos, tan normal (como esas vecinas de mi madre, amantes de Corín Tellado) podía disfrutar de una historia sin el velo riguroso que imponen la gramática o el estilo literario, la fama o el anonimato. Es decir, leer por leer una novela de amor, probablemente nada cautivante ni seductora como los cantos de sirenas de Homero en su *Iliada*, pero parecida a lo que vivimos a diario. Esa cosa rutinaria en nuestras vidas que olvidamos con el paso de los años y que recordamos cuando ya no podemos recuperarlas. Una lectura simple y sencilla para aprender a leer y trascender de lo inocente a lo complicado. Algo así como pasar de *El Principito* de Saint-Exupéry al *Ulises* de Joyce. Era mi forma de pensar a esas alturas, porque para aprender a leer, nada mejor que leer “banalidades”, aun temiéndole al qué dirán. En la Escuela de Letras yo era un “ninguno”, como bien terminó pensando Dalíla Yugoslava y más de un

catedrático con los que me tropezaba a diario, pero, a excepción del Chino Mata, nadie se había leído a Marcial Lafuente Estefanía, ese español que escribió casi tres mil novelas del llamado “lejano oeste” y unas cuantas historias rosas para complacer a su fanaticada alrededor del mundo. Sin embargo, les encantaba, por allá, a inicios de los setenta, elaborar tesis filosóficas acerca del surrealismo italiano apelando a los filmes de Sergio Leone, Enzo Barboni, Dario Argento y Bernardo Bertolucci, entre otros no menos consagrados directores del llamado boom de los “Western Spaghetti”. En fin, yo solo quería escribir banalidades cuando ya no deseaba escribir una gran novela que me sirviera como trabajo de ascenso en la universidad o como parte de una literatura nacional que, para el momento, se encontraba en pleno arrebató, y sobran los buenos escritores, como Salvador Garmendia, Adriano González León, Orlando Araujo, Juan Liscano y Pancho Massiani, entre muchos otros que copaban el espectro intelectual del país. O era eso o bien la echaba al cesto de la basura y a otro gallo con ese cuento. No iba a “ser eso”, era demasiado pedir. De modo que lo más probable sería echarla al cesto de la basura finalmente. Más de veinte años corrigiendo y descorrigiendo, apuntando sugerencias en los bordes y despuntando lo apuntado, borrando y escribiendo; a esas alturas, mi paciencia y constancia se habían agotado a tal extremo de querer desecharla de una vez por todas. Jorge, a mi lado, bebió su trago, y para nada se interesó en mi relato.

En realidad, creo que nunca le dije lo que creía haberle dicho. Fue una ráfaga que me cruzó por el pensamiento mientras él le pedía al portu que nos sirviera otro par de tragos, cuando ya yo llevaba cinco por el pecho. Se dirigió al sanitario y a su regreso continuamos nuestra conversa acerca del presente, y se me olvidó decirle lo que pensaba que iba a decirle que no le dije sobre el futuro del manuscrito. En nuestras continuas reuniones se negaba a mencionar su pasado y jamás refirió algún deseo futuro, aunque

fuese tan cercano como expresar un “hasta mañana” o un “nos vemos” expectante, de una intención en ciernes. Por mi parte, hablar del pasado era un tema frecuente que él escuchaba con interés desinteresado. Así conoció de mi infancia en casa de Donatela, de mi amor enfermizo por Clarisa del Castillo (o por la ropita íntima con dibujitos de Piolín que me enloquecía en la adolescencia). También le hablé de mis estudios de secundaria y la militancia izquierdista que ya no me llamaba la atención ni para discutir con los trotskos. Mencione todo lo concerniente a mi trabajo en la imprenta, en donde me desempeñaba como director creativo, gracias a mi pasión por las artes gráficas, los colores y diseños, la “hacedera” de libros, pasquines, folletos y afiches. Le confesé lo de mi entrada por la puerta trasera de la universidad obviando los exámenes de admisión, también le revelé la relación de amigos de siempre que tuve con Dalila Yugoslava y de cómo esta pasó a una relación de novios por siempre, para terminar en el olvido más recordado de todos mis olvidos. No dejé atrás mis deseos recónditos de asesinar a la profesora Patiño ni la incesante cacería que me procuraba el Chino Mata por los lugares más ocultos del recinto universitario. Cada día, cada tarde y cada semana el manuscrito quedaba rezagado, iba desapareciendo frente a las confidencias, sentado a la barra de La Sirena con Jorge el invisible, hasta casi olvidar su existencia.

Siempre había una historia que contar y la cual, al parecer, él disfrutaba con creces porque no cesaba de invitarme los tragos y yo me preguntaba sobre la procedencia del dinero. Cierta día de cierta semana, de cierto mes y de cierto año, le propuse encontrarnos un sábado en La Bajada y le dibujé un mapa en una servilleta para que le sirviera de guía. Con esas instrucciones no había pérdida alguna. En días de semana podía atravesar la universidad de un extremo al otro, hasta la plaza Venezuela y de allí a La Bajada, el trayecto era pan comido. Los fines de semanas, solo tenía que encaminarse por los lados de la parroquia Bello Monte, y, superada la

famosa calle de los hoteles, en donde una vez existió La Delia famosa del Nano Gran y su Cadáver Exquisito, se tropezaría de frente con el local. Tomó el mapa, lo revisó someramente y lo guardó en el bolsillo trasero del pantalón. No dijo nada al respecto y yo seguí contando historias.

Con el tiempo, La Bajada había perdido su carisma de antaño, pues los poetas de El Arca de Noé comenzaban a ser sustituidos por los miembros del Club de los Poetas Fracasados, los trotskos organizados en La Rana y el Sapo y los izquierdistas de la ultra que convivían en La Ballena Azul. La Bajada se convertía entonces en un bar “de mala muerte” y terminaba formando parte del “archipiélago gulag”. Los poetas de El Arca de Noé (los pocos que quedaban) habían emigrado a otro territorio algo más aburguesado, según la versión particular del nuevo grupo, o menos ramplón, según mi visión particular convenientemente proletaria. Sea como fuere, por aquellos lados, nosotros (el Chino Mata, los Armanditos y yo) no teníamos cabida por los precios prohibitivos de las bebidas. Quizás el Chino Mata se podía dar ese lujo, pero abandonarnos no era una opción para él. De modo que se iniciaba así, una etapa de poetas marginales mantenidos por el Chino, y no por el “enterrador” que suplantaba al anterior presidente de El Arca de Noé. Las discusiones políticas en la taberna eran controversiales por lo variopinto de la clientela, y, al final, los grupos en litigio terminaban en una batalla campal, divididos en pensamiento y obra, pero unidos por las bebidas que el Chino cancelaba sin menoscabo ni desprecio ni preferencia por alguno de los bandos. De vez en cuando, por el lugar aparecía uno que otro poeta perteneciente a El Arca de Noé con la nostalgia propia de quien vivió tiempos menos tormentosos y de mayor producción intelectual. Por supuesto que sobre él caían toda clase de improperios, decenas de afrentas y se le sometía al escarnio público. Casi un

juicio sumario que lo obligaba a no regresar de nuevo por aquel lugar, que en un tiempo derrochó magia al unir lo más valioso de nuestro patrimonio poético e intelectual. En medio de este apocalipsis poético, se acercaban unas elecciones presidenciales rodeadas de una serie de denuncias sobre corrupción administrativa y otros males menores dentro del sector gubernamental. La campaña era una locura y los candidatos de los partidos políticos, así como eran muy visibles en momentos de provecho, acababan volviéndose totalmente invisibles en momentos de tragedia. La Bajada era un hervidero de grupos diversos, unos a favor del sistema y muchos otros en contra, que los superaban en número. El Chino no solo cancelaba las cuentas de los poetas del Club de Poetas Fracasados, sino también los consumos de los pertenecientes a La Ballena Azul, así como las facturas de los trotskos agrupados en La Rana y el Sapo. Todos haciendo patria dentro del movimiento antisistema. El Chino resultaba ser, ahora, el líder de la nueva corriente poética revolucionaria.

En medio de todo este fragor, por extraño que parezca, cierto sábado nocturnal se presentó por La Bajada Martín Cabeza, quien ahora fungía como jefe de seguridad de uno de los candidatos de la izquierda revolucionaria, confrontada con la izquierda exquisita ante las venideras elecciones. Seguía frecuentando al grupo de poetas de El Arca de Noé, donde le habían participado de la existencia de los nuevos poetas sumados a la nueva corriente poética revolucionaria liderada por el Chino Mata. Llegaba con una oferta muy significativa de integración cultural. Ninguno de los integrantes de El Arca de Noé quiso retratarse en ese funeral que les había propuesto, expresó al acercarse al nuevo grupo, a excepción del poeta Luis Alberto Crespín, una ficha de la familia Arredondo (propietarios de un matutino impreso que, siendo de derecha, siempre coqueteaba con las izquierdas), que siempre estaba dispuesta a no desechar ninguna oportunidad que le pasara por el frente. “Ustedes son la crema y nata de la

renaciente cultura poética de la futura república —subrayó el hombre—, lo más selecto de la élite intelectual del país”, destacó sin cortapisas. Así mismo, redundando en redundancias, anunció que la nueva cultura revolucionaria se regaría por “América Latina bajo la espada del Libertador Simón Bolívar, de manera indetenible”. Y agregó finalmente, para cerrar con broche de oro, que el candidato antisistema necesitaba codearse (quiso decir rodearse, pero codearse le resultaba más preciso en vista del típico levantamiento de codos que en forma de brindis siguió a la tan generosa y embriagadora oferta) con un grupo de intelectuales a su altura y, conociendo su punto débil, el futuro presidente le había sugerido encargarse de tan meritoria, loable, prestigiosa y plausible tarea. Háblate con estos intelectuales que tú conoces muy bien, le había dicho, estos borrachitos del tal “barco de Noel”, había agregado. Que, según me ha contado la matrona del grupo editorial Arredondo, son lo mejorcito que tiene este país en materia intelectual, había sentenciado. Busca escritores de envergadura y llámate a ese García... algo... o Garcilazo, quien es muy amigo de Fidel, había sugerido. También intenta con la farándula, se había entusiasmado... A mí me gusta el negrito de “Arma Mortal”, y ojalá puedas contactar a Rocky, el italiano, había casi ordenado. Tú bien conoces cómo es de farandulero este país, había afirmado. Todo eso lo contaba (ya bajo la influencia de par de botellas de whisky 12 años) Pachequito (así comenzaron a llamarle todos cariñosamente), mientras, rimbombante, secaba el sudor de su frente con una pañoleta rosa, obsequiada por el futuro presidente de la nación. Reveló que el candidato también quería liarse (en el mejor termino de engatusar) con una que otra de esas mises que promocionaba el canal de las mises, porque ya, también, había logrado conquistar con su porte de cadete sin sable al dueño de esa televisora, que derrochaba cultura a granel en beneficio de los más desposeídos. “Y pues, bien, aquí me tienen, muchachos, ustedes saben que ese hombre es poseedor de un aguaje (quiso decir bagaje) cultural de un par de cojones. Y pensar que haya sido yo

mismo, el que viste y calza, el designado para darles la bienvenida a la nueva cofradía cultural del siglo XXI. ¡ES QUE NO ME LO PUEDO CREER! Era la frase altisonante. ¡ES QUE NO ME LO PUEDO CREER!, que se escuchaba de mesa en mesa. ¡ES QUE NO ME LO PUEDO CREER!, pronunciada por Pachequito. ¡ES QUE NO ME LO PUEDO CREER!, mientras chocaba copas. ¡ES QUE NO ME LO PUEDO CREER!, con los poetas. ¡ES QUE NO ME LO PUEDO CREER!, y expoetas. ¡ES QUE NO ME LO PUEDO CREER!, frequentadores. ¡ES QUE NO ME LO PUEDO CREER!, de los ex. ¡ES QUE NO ME LO PUEDO CREER!, archipiélagos de gulag.

Sin quererlo mucho, pero tampoco obligado a aceptar la oferta, me anoté en esa temeraria y afinada congregación que dejaba atrás más de un siglo de creación literaria. Lo hacía más por fidelidad con el Chino Mata que por afinidad con los poetas y expoetas de los exexistentes grupos de poetas que expululaban por la zona de los “gulags”; de tal modo que semanalmente me aparecía por allí para emborracharme con el subsidio que llegaba del nuevo gobierno, pues el candidato de izquierda, que ya no era candidato de izquierda sino presidente de izquierda, que parecía más bien presidente de derecha, había arrasado en votos y los dos primeros años de prosperidad bebimos como cosacos. El mundo de la cultura nos pertenecía. Durante todo ese tiempo yo no había abandonado La Sirena, ni a Jorge el invisible, a quien, por meses, le había reiterado la invitación a La Bajada, y ahora, como la vida política estaba cambiando, no era ni malo, pero sí bueno, acercarse para que fraternizara con todos esos amigos de los cuales yo le comentaba entre bebidas de lunes a jueves en nuestro bar rutinario.



Las nuevas andanzas en el nuevo mundo de la cultura me obligaban a regresar a la escritura, con mayores posibilidades de ser reconocido finalmente. Mis poemas, otrora escarnecidos, habían sido publicados por la nueva editorial financiada por una nueva institución del Estado, en la cual el Chino Mata y varios poetas del club de los expoetas fracasados ostentaban altos cargos directivos. También se creaba la “Universidad de la Cultura” en donde, de más está decir, cabían todos los expoetas del club de expoetas fracasados y los de La Ballena Azul, bajo la tutela de Martincito Cabeza, quien fungía como una especie de decano de la misma. La editorial funcionaba en una de las dependencias de la institución y gozaba de su propia librería, en donde se bautizaban cuantos manuscritos podían escribir los nuevos poetas de la nueva cultura literaria nacional y extranjera, siempre y cuando fuesen aliados de la nueva revolución cultural bolivariana del siglo XXI. Precisamente, en aquella vidriera se encontraba mi poemario y una reedición de mis dos novelas azotadas por la crítica del antiguo sistema cultural. Cuestionamientos ampliamente desplegados en la sección cultural del matutino de la familia Arredondo, pero que ahora, a la luz de la nueva cultura literaria, dirigida por la misma familia Arredondo, las elogiaban a más no poder. Las tres publicaciones eran de lectura obligatoria en la recién creada Universidad de la Cultura (también ensalzada por la familia Arredondo), a la cual había sido llamado para dictar un seminario, pero de la cual me había relegado sigilosamente, rebobinando mi vieja condición de invisible y usando la excusa de estar trabajando en el “añejo” manuscrito. Esa excusa fue suficiente para el Chino Mata, quien me hizo prometer que, apenas terminara la novela, me incorporaría al plantel en algún cargo directivo para, de esa manera, abandonar esa Escuela de Letras de la UCV que no aportaba nada al nuevo erario cultural del siglo XXI que se nos venía encima. “Mira que ya se acerca el gran encuentro literario internacional de poesía con invitados de lujo”, agregó para levantarme el ánimo, que, según él, lo tenía muy decaído. Vienen poetas

de Cuba, Corea del Norte, China, Siria, Irán, de Argentina, Brasil, Bolivia, Ecuador... en fin, hermano, la revolución cultural avanza, proclamó como si fuese un eco de Martincito Cabeza, pachequito. Por mi parte, continuaba dictando mis clases en la Escuela de Letras, en donde se había regado mi estrecha relación con el “poetero” que dirigía la nueva cultura nacional y sentía que las miradas de desprecio me apuñalaban por la espalda, sobre todo, más que las miradas, el trato frío e indiferente de la profesora Patiño y otros tantos miembros del plantel educativo. Ante esto, mi único refugio era La Sirena, en donde me sentía a mis anchas, nadie me despreciaba, pero tampoco nadie me halagaba, y siempre mi condición de invisible me protegía de cuanto bicho raro pululaba a mí alrededor. Y si antes no había pertenecido al Club de los Poetas Fracasados, de hecho ni de derecho, ahora era prácticamente el único miembro de la institución de hecho y de derecho, consagrado por mí mismo ante la inexistencia de los otros.

Encontrándome en ese estado de ánimo, decidí regresar al manuscrito. Lo rescaté en lo profundo de un baúl en donde guardaba un deslucido rosario junto con unas oraciones garabateadas, atadas a unas velas consumidas, con las que una espiritista excelsa había expulsado a Celeste del apartamento. Decisión que me vi obligado a tomar antes de que con sus acciones nocturnales me volviera loco. A pesar de nuestra relación del más allá con el más acá, tuve que deshacerme de ella, no por mí (que la tenía en alta estima), sino por ella, según expresaba la experta contratada para tal fin. Había que ayudarla a partir para que descansara en paz. Lo de “volverme loco” era un decir, pues, en realidad, yo estaba bastante cuerdo, desde mi punto de vista, compartiendo mis noches con Celeste. No así desde el punto de vista de los residentes, quienes sostenían que de normal no había nada en ese apartamento, incluido el inquilino. Afirmaban que me la pasaba discutiendo con alguien en horas nocturnas, sin visita alguna registrada a través de los relampagueantes ojos de buey. Si bien para mí lo

de la locura no pasaba de ser un chisme, para mis vecinos era una cosa bastante seria y, prácticamente, no existía uno que no saliera en veloz carrera al verme deambular por el pasillo del edificio, o bien al encontrarme solitario en la cabina del elevador. Apenas se abrían las puertas, huían como alma que lleva el diablo, escaleras abajo. También en la residencia se había corrido la voz de mi pertenencia al grupo de poetas (para ellos malditos) del siglo XXI, con lo cual se agravaba mi situación, ya que se comentaba que el nuevo régimen practicaba rituales de magia negra. La espiritista se apareció un domingo temprano, luego de ser contactada por la propietaria del apartamento adyacente a mi puerta, quien días antes me había caído de sorpresa y con gran amabilidad (y un poco de miedo) pidió conversar conmigo. Le dije: “Adelante”, a las puertas de mi aposento, pero prefirió mejor que la acompañara al suyo. Adentro nos esperaba su marido y una hija con quien yo de vez en vez me tropezaba en los pasillos y que, por lo visto, era el único ser viviente en toda la edificación que no creía en brujerías, en tuertos ni en entuertos ni en cuentos de muertos. Y, de paso, era más bella que la misma Celeste de mis tormentos; la otra, no la muerta, sino la de La Bajada, en mis tiempos de contubernios arcanopoéticos. También estaba “buenísima”, un rato largo en comparación con Dalila Yugoslava, por buscar una palabra acorde con su estampa femenina. El padre me saludó con gran amabilidad y me extendió la mano apenas me vio entrar. Ella dijo: “Hola”, animadamente, y apresó mis brazos al acercarse para posar sus labios en cada una de mis mejillas. Me sonrojé y entonces me regaló una sonrisa virginal que iluminó su rostro inmaculado. Tomé asiento y les agradecí a los tres la atención que me dispensaban. Al momento, la esposa se aparecía con café y galletas: “O prefiere un whis-kycito”, me dijo el marido. Le respondí que más luego, aún sonrojado, imaginando que ya conocían sobre mi dependencia sentimental del alcohol. Observé la hora en mi reloj de pulsera; no era mala la idea de iniciar la reunión con un brindis para celebrar la nueva amistad. La esposa le viró

los ojos y yo entendí que el marido me buscaba como excusa para servirse un trago que, lo más seguro, ella le tenía prohibido en casa. Le hice una seña cómplice que el hombre entendió a la perfección, así somos los borrachos, por ello le dije frente a la esposa que no había nada mejor que un wiscacho, luego del café, para celebrar un maravilloso encuentro vecinal. Entonces la mujer sonrió y entusiasmada salió en busca de las copas. Trajo cuatro para brindar por la amistad, la vecindad, las buenas costumbres, mi admirable comportamiento, porque, siendo un hombre soltero, no se advertían “bochinches” en el otro extremo, y mi buen juicio, a pesar de que algunos (hizo un gesto levantando la cejas y abriendo mucho los ojos) lo ponían en duda. Con la primera copa no entramos en materia. Finalizada la segunda hablábamos de lo bien que se vivía en la residencia, alejados de los seguidores del gobierno, quienes con sus franelas rojas mantenían aterrorizada a la población. Menos mal que usted (la esposa no me tuteaba, pero la hija sí) no se parece en nada a esa gente y, como buen profesor universitario, tiene sus ideas claras, pero no las exagera, dijo mientras el esposo, aprovechando la oportunidad, que se le presentaba calva, apuraba el trago y se servía otro más cargado que el anterior. La hija, al ver al padre vaciándose un chorro de whisky mayúsculo sin tomar en cuenta al invitado, le arrancó la botella de buena gana y la acercó a la madre y vertió apenas unas gotas. Conmigo fue bastante generosa, al punto que le hice una señal con la mano para que ahorrara algo del licor para más tarde (la tenida se ponía interesante). Ella se sirvió hasta la mitad de la copa y tomó asiento junto a nosotros, cruzando una pierna sobre la otra para dejarme ver lo bien delineadas que las tenía. Relajaba así su cuerpo y anterior postura, dejando atrás el mimetismo con la pared, que separaba el salón de la cocina, intentando volverse invisible.

Cuando a la botella le quedaba un cuarto del licor, la esposa entró de lleno en el tema para el cual me había invitado a la reunión. La hija soltó

la carcajada apenas la madre inició su comentario. El padre permaneció en silencio a la espera de que la esposa se dirigiera a él, como si se dirigiera a mí, para afirmar con la cabeza lo que la esposa me comentaba. Una especie de apoyo marital que no tenía mucho consenso familiar, porque la hija no participaba en lo que más adelante tachó como cursilerías de su madre, apoyada por el padre. En fin, haciendo el cuento corto, me propuso lo de la espiritista amiga de ella, que, por ser su amiga, no me cobraría un centavo por llevar a cabo el despojo, aunque sí me cobró algo más que un centavo. El exorcismo (según como se viera, acorde con la religión que se profesara) o mandar al otro mundo a la pobre Celeste sin pase de cortesía tenía sus bemoles. Yo, más que bemoles, tenía dudas por ser ateo, pero observando a la hija (que tenía unas pestañas fabulosas y las usaba como anzuelo ineludible para un solterón como yo), me dije, por qué no hacer la prueba, pues hacía unos cuantos años, desde que me dejó Dalila Yugoslava, que no llevaba una chica a mi departamento. Dalila fue la única mujer a quien Celeste le permitió pasar unas cuantas noches sin que los celos le carcomieran el alma o el espíritu, que era lo único que le quedaba vagando por aquel solar. Porque el cuerpo había sido cremado, y las cenizas Germán, el marido, las había vertido como abono dentro de la maceta de un helecho gigantesco que adornaba el jardín de la residencia. Claro que ninguno de los vecinos se enteró de ese homenaje, pues Celeste adoraba el helecho al punto de velar por él hasta su trágico suicidio. Mientras la madre elogiaba a la sacerdotisa, la hija disfrutaba un montón con el cuento o con la oferta. Insistía en que todo aquello no era más que una enorme cursilería iniciada por su madre, que era la única que escuchaba los ruidos (antes de mi mudanza) y supuestos alaridos, llantos y demás quejas que surgían desde el interior del apartamento. Todo el santo día se la pasaba con la cara pegada al ojo de buey y fue la primera en cubrir la desbandada de amigos que huyeron la única noche de celebración que tuvimos, cuando Dalila Yugoslava y yo pensábamos que íbamos a compartir algo “para siempre”

(como amigos para siempre, como novios para siempre, o bien en retuque como amigos de nuevo para siempre, pero con derechos). Y, por supuesto, también fue la primera que salió con el chisme de que, de nuevo, la muerta había hecho de las suyas al terminar con una fiesta sacramental del recién llegado vecino. Ya hará como los anteriores, sentenció luego de reseñar con pelos y señales el acontecimiento de aquella noche: “saldrá en volandillas apenas despunte el sol”. Algo que, por supuesto, no sucedió, para su extrañeza. Más por la hija (negada a todos los argumentos expuesto por la madre) que por la madre, indiferente a todas las burlas de la hija, accedí a recibir a la espiritista, que, casualmente, estaba disponible para el día siguiente. Mientras yo aceptaba todo lo que la vecina me sugería, acabamos con la botella de whisky, y cuando el esposo estaba dispuesto a abrir la segunda, la esposa intervino y, con una mirada más fría que el hielo en reposo dentro de la cubeta, le cercenó ipso facto la iniciativa, algo que no hubiera logrado Celeste en todos sus años de espantaderas por el edificio. Vista la escena, decidí despedirme y enconcharme en mis cuatro paredes y emborracharme en brindis de despedida, hasta esa mañana cuando tocaron a mi puerta y la vecina me presentó a Madame Zodiac, quien realmente se llamaba Carmucha Pérez y era originaria de Tacarigua del Mamporal (una región donde la brujería juega a garrote limpio y el más pendejo tiene en su rancho un altar en homenaje al indio Tamakún).

El domingo era esplendoroso, buen día para morir una segunda vez, habría dicho Celeste. El sol se colaba por el balcón y a través del vitral generaba un arco iris al fondo de la sala. ¡Uy!, afloró Carmucha Pérez (o Madame Zodiac) apenas puso un pie sobre el parqué. Aquí pasa algo, acotó. Pobre niña, se acongojó. Necesita descansar en paz, sentenció. El resto fue orar como en los novenarios de mi barrio, como seguro hicieron los vecinos en casa de Araminta Irazábal. Madame Zodiac, rosario en manos, recorría cada palmo del departamento a la vez que rociaba agua bendita en cada

una de las “catorce paradas” que hizo. Ellas representaban las estaciones de Jesús en su recorrido al Calvario. En fila india la sacerdotisa iniciaba el rezo: “Ave maría purísima”, para que la vecina y el marido, de seguidas, agregaran: “Sin pecado original concebido”. Yo, de último, balbuceaba algo como ssssiisiipecaaddooooorgiconssbido, porque del rosario no tenía ni ideas y de rezarlo, menos. Sin embargo, cuando se llegaba al “amén”, me convertía en todo un barítono y lo hacía alzando mi voz sobre la de los demás, para que se sintiera el fervor que le ponía al panegírico dedicado a Celeste. Lo más curioso de todo esto es que en pleno ritual me enteré de que la difunta se llamaba Rosario y no Celeste, pero creo que más le gustó el que la comparaba con una mañana de sol y cielo esplendorosos.

Así, entre rezo y rezo, Carmucha invitaba a Rosario a abandonar este mundo terrenal, lleno de miseria, envidia, lujuria, ira, soberbia, avaricia, pereza y gula. Dos rezos más y agregó el ateísmo como octavo pecado capital. En este punto me hice el polaco, ya que yo prácticamente los profesaba todos y una indiscreción de mi parte podía originar una polémica que no ganaría, una vez que la vecina me había susurrado a las puertas de su apartamento que, además de espiritista y concedora del más allá, Madame Zodiac era testigo de Jehová. En fin, Celeste se fue a la galaxia y de ella jamás se volvió a saber, porque una vez que se atraviesa el túnel ya no hay regreso, según la última frase de Carmucha Pérez, a la cual yo agregué: “Amén”, pero en voz baja.

Al día siguiente, al despertarme, luego de un sueño aterrador, el apartamento lucía como una verdadera pocilga. Celeste se había llevado la magia consigo, el encanto que el apartamento prodigaba, su olor a jardín en primavera y su atmósfera de armonía. Sobre la segunda desaparición de su esposa, no le dije nada a Germán Valdez, pero sí le ofrecí comprárselo a un precio razonable, aunque estuviera embrujado, cuanto antes, aprove-

chando mi relación con el nuevo estamento cultural del siglo XXI. Aceptó de buena gana. Al fin y al cabo, dijo él, el único que se la ha llevado bien con Rosarito eres tú, y me lo vendió a precio de gallina flaca.

Con la nueva administración cultural, La Bajada se derrumbó. Al igual que los poetas de El Arca de Noé, los integrantes de la nueva cultura poética del siglo XXI buscaban nuevos derroteros, donde los tragos eran mucho más caros y los lugares mucho más chic. La cúpula intelectual comenzaba a vivir las mieles de la nueva república. Atrás, muy lejos, quedaban huérfanos, como un recuerdo caricaturesco, La Rana y el Sapo, el Club de los Poetas Fracasados, La Ballena Azul y los gulags. En cuanto al antiguo El Arca de Noé, solo un miembro superó la debacle, precisamente, Martín Cabeza Cabeza, alias Pachequito, a quien prontamente se la acabaría la buena racha.

Resulta que a Pachequito el Chino Mata le terminó pasando factura con el tiempo. Imposible determinar si la misma tuvo que ver con sus años de prisión (porque a lo mejor no recordaba ese episodio de su vida), o bien como revancha por el tiempo que estuvo siendo manipulado por Pachequito, pues no era un secreto para los poetas de todos los bandos, ahora unidos en un solo bloque, que había sido el Chino Mata quien prácticamente había montado todo el complejo poético de la “nueva cultura poética del siglo XXI”. El cuento es como viene a colación narrado por el mismo Chino Mata, en ocasión de citarme a su despacho para que me encargara de la dirección que él dejaba vacante para ocupar su nuevo cargo como decano de la Universidad de la Cultura. Le dije que lo pensaría y le pregunté por Pachequito. Me respondió que lo habían sacado de la institución. Le pregunté por qué y me aclaró que Pachequito era todo un fraude. Le señalé que eso no era nada nuevo y que todos nosotros lo



sabíamos. Apuntó que ciertamente todos nosotros lo sabíamos, pero quien no sabía nada al respecto era el presidente. Le recordé que en nuestras charlas habituales sacábamos a relucir, constantemente, el analfabetismo de Pachequito. Y entonces me sorprendió con una de las suyas: “Mas analfabeta que el presidente, nadie”, y agregó: “Bestia con bestia siempre se entienden, porque una bestia no puede denunciar a la otra por bestia, porque la otra bestia sabe, también, que quien le denuncia es tan bestia como él, pero esto queda entre nosotros dos”.

La gota que derramó el vaso fue que Pachequito aspiraba a ser rector de la Universidad de la Cultura del siglo XXI sin haber leído el decreto de creación de la misma, que asignaba ese cargo al mismo presidente de la República. Ya, al descubierto, Pachequito salió trasquilado y sin la lana que tanto buscó en la tan prestigiosa academia. De allí a ser el único visitante nostálgico de los poetas de El Arca de Noé que regresaba al gulag de La Bajada, solo hubo un paso.

Como yo andaba de gulag en gulag, me lo encontré cierto sábado apostado a la barra de La Bajada. Ahora tomaba whisky ocho años. Me reconoció enseguida como un “buen examigo del Chino”. Él mismo me puso ese calificativo de “exbuen amigo del Chino” al invitarme a tomarme un trago a su lado. Yo acepté de buena gana, tenía años tratando de hacerle un perfil distinto al que hasta ahora había imaginado, basado en los cuentos de los vecinos del barrio que admiraban al Ratón. El pasado me regresaba de golpe, pero no me tomaba desprevenido, gracias a la presencia menguadísima de Pachequito. Era como escuchar a Donatela, mandándome a casa el fin de semana para evitar que me coleara junto con los morochos en sus paseos dominicales. O sentir las ráfagas de disparos de la cual hablaban los vecinos del barrio, quienes alarmados despertaban una mañana de noviembre sospechando que algo malo, muy malo, estaba sucediendo

en los alrededores. Tomé asiento, y de inmediato el chico nuevo tras la barra colocó un vaso con hielo y me sirvió un trago, tan largo que no quise arruinarlo con agua (un agua mineral nacional, no la típica Perrier con la cual Pachequito se regodeaba en sus buenos tiempos). Definitivamente, había caído en desgracia, y yo pensé que a esa edad no había vuelta atrás. Lo esperaban la miseria, el abandono, la soledad, a lo mejor la indigencia y, no sé por qué, se me ocurrió que, probablemente, en cualquier momento iría al encuentro de La Sirena y su fascinante hedor a meados. Le pregunté si la conocía y me respondió que la única sirena que recordaba era las de las patrullas policiales. ¡Ja!, exclamé satisfecho, acabas de dar en el centro del clavo, agregué. Y cambiamos de tema, no sin antes preguntarle por qué imaginaba que yo era un examigo del Chino Mata, y me respondió: “Fácil, de no ser así, no estarías en este tugurio”. Lo que vino después fue su versión de cómo el Chino y los demás poetas, a quienes él había ubicado en tan altos cargos en la excelentísima Universidad de la Cultura del siglo XXI, a cambio de apoyo y, por supuesto, sacado de sus miserias depresivas, lo habían traicionado de manera tan ruin. “Fue como un golpe de Estado”, enfatizó con un golpe sobre el mostrador. No sé de dónde sacaron un expediente inmenso de cuando yo era un profesional de la policía de investigaciones científicas, y, miserablemente, lo regaron como pasquines por todo el recinto (¡cuándo se ha visto!). En ellos se me acusaba de ser un esbirro del sistema, imagínate tú. Yo, esbirro del sistema, solo porque realicé unas pocas pasantías en la policía política de los viejos gobiernos de la cuarta república. Como si todo ese siglo y esos gobiernos fueron mejores que los que nos esperan, luego de esta profunda ruptura con el pasado. Así se lo hice saber al presidente. Y ¿qué le respondió el presidente?, pregunté. Me respondió que ahora la familia Arredondo, ¿tú sabes? (me preguntó, como si yo supiera quién era la familia Arredondo, y claro que lo sabía, pero me hice el idiota, pensando que él no sabía que yo era el poeta preferido del matutino de la familia Arredondo), se iba a encargar de todo

lo concerniente a la nueva cultura poética del siglo XXI. Me aclaró que la matrona del grupo Arredondo (no cesaba de mencionar el apellido) estaba en contubernio con el Chino Mata para calentarle la oreja al presidente y contarle mentiras sobre su persona. Tan ruines habían sido que le metieron la idea de que él era un infiltrado con un rabo de paja kilométrico, por lo que mejor era deshacerse de mí, aprovechando la coyuntura de una purga cultural al estilo de la de Mao. Si hasta le mostraron unas fotocopias del periódico de 1945, donde y que se me mencionaba como partícipe en el asesinato de un tal Delgado Chalbaud, relató.

—¡No me digas! —exclamé yo como sorprendido, y me serví otro trago a tope de vaso.

Pasé la tarde compartiendo con aquel hombre que no recordaba nada de su pasado (o lo ocultaba o, sencillamente, lo había olvidado y ya ni en su mundo ni en el mío ni el mundo del Chino Mata ese pasado parecía existir), al menos ese pasado del cual yo había escrito, siempre pensando que este hombre era el mismo que formaba parte de mis personajes o era el hijo o un pariente cercano o un alguien cuyo nombre y apellido coincidían, pero que estaban lejos de ser los mismos de una historia que de nuevo me envolvía y me regresaba al pasado. Finalmente, luego de más de veinte años, podía agregar algo diferente al manuscrito. Afortunadamente, no lo lancé a la basura como pensé en un momento escabroso de mi vida. Llegué al apartamento, me situé frente a la computadora y escribí por primera vez lo que no había escrito desde hacía más de veinte años. Tecleaba algo distinto a un borrón, a una corrección o a una descorrección. De mis dedos sobre el teclado surgían oraciones, frases, citas, recuerdos distintos a aquellos apuntes llenos de sugerencias y descorrecciones corregidas en los bordes de un manuscrito escrito con una vieja Remington de cinta corrediza y de dos colores. Folios prisioneros y amarillentos en algunos vértices,

rojizos en pleno centro (cuando lo usaba de porta vasos), medio borroso en párrafos completos, producto de tantos derrames de vinos, cervezas y whiskies en las barras, que terminaban absorbiendo sus palabras. Frases que permanecieron prisioneras al fondo de una valija de cuero, deshechas por los contratiempos en tiempos en que el tiempo determinaba que ya era tiempo de abandonarlos. Tiempo de darse por vencido ante una historia que por años se negó a sucumbir.

Así como no me despegaba cada sábado de la barra de La Bajada, tampoco lograba desprenderme de mis visitas cotidianas a La Sirena, incluso en épocas de vacaciones universitarias. La Sirena era una droga, literalmente, y Jorge el invisible, así como el visible invisible del portugués Joao Ferreira (de quien nunca me preocupé saber cómo se llamaba a pesar de que su nombre aparecía en el registro de licores muy ampliamente expuesto en el stand de impuestos) eran unos seres que terminaban siendo los mejores y casi únicos confidentes de mis encuentros insólitos, hasta esa noche en que la hija de mi vecina se topó conmigo a las puertas del elevador a horas inauditas. Me sorprendió en plena borrachera y se me ocurrió invitarle un trago (haciéndome el normal. Nada peor que un borracho intentando aparentar que no está borracho), aprovechando que Celeste había abandonado el mundo terrenal para siempre. Con la lengua entrecortada, creyéndome que hablaba con la dicción de un artista de teatro, le comenté que, gracias a Carmucha Pérez, las puertas de mi apartamento estaban abiertas finalmente para que una mujer pudiese acceder sin ningún riesgo a toparse con una muerta, muerta de celos, ahora en pleno presente, puesto que el embrujo del ayer se había esfumado. Soltó una carcajada que me recordó a Dalila Yugoslava. En verdad era una carcajada muy parecida a las de ella en nuestros años de estudiante. De ahí que el alma se me cons-

triñera al extremo, tanto que no pude evitar que las lágrimas brotaran de mis ojos con fuerza incontenible y con tanta pena (cosas de borracho) que a la chica no le quedó otro remedio que acompañarme al apartamento para darme consuelo.

Estando puerta con puerta de mi departamento con el suyo, beber no iba a ser una preocupación ante la inseguridad que comenzaba a tomar al país a todo lo largo y ancho de su geografía. Lo mejor de todo fue que al poco rato de estar compartiendo mis tristezas y ya notándome más tranquilo, se deslizó por el pasillo que nos unía para regresar con una de las botellas de whisky que la madre juraba que mantenía a buen resguardo del marido. La charla fue larga y la noche se nos hizo corta. Cuando el sol pintó su arco iris en la sala, ella, cuyo nombre yo no recordaba hasta esa noche: Tania, se levantaba cubierta con una de mis franelas que extrajo del clóset y dejaba traslucir unos senos maravillosos (mejores que aquellos de una Clarisa adolescente) de los que probablemente no me percaté la noche anterior. “No pasó nada”, dijo ante mis ojos desorbitados por la vergüenza. Y agregó: Ya pasará más tarde, otro día, mañana, depende de ti. Y de nuevo escuché esa risa con la que soñé toda la noche después del desmayo. Era una mañana de un domingo esplendoroso, y entonces la invité a desayunar. Me lucí en la cocina, y unas horas más tarde, traspasando puertas, compartíamos el almuerzo en familia.

El lunes no pasé por La Sirena, tampoco por la universidad, permanecí en casa reflexionando acerca de lo ocurrido el fin de semana. Revisé lo que hasta ahora había narrado sobre Martín Cabeza y noté que, a pesar de lo mucho que me había esforzado en mantener una coherencia, digamos rigurosa, con lo escrito (no solo en cuanto a la semántica, sino en lo referente a la sintaxis), quedaba un gigantesco abismo en todo lo que leía, y un caos más grande aún de errores ortográficos en todo lo que veía (señal

de que mis dedos sobre el teclado siempre estaban tan ebrios como ebrio estaba mi cerebro cuando yo pensaba que estaba de lo más bien para escribir y para pensar lo que estaba escribiendo), de modo que dediqué todo el día, y parte de la noche, a darle forma a toda aquella sopa de letras que, como fondo de pantalla en el ordenador, se parecía a la bandera nacional de Bangladesh. El martes regresé a la rutina, también el miércoles y el jueves. Este último día le exigí al invisible Jorge, en medio de una nebulosa de ron con Coca-Cola, que por una vez en su disciplinada cultura ética me acompañara un sábado a La Bajada, donde entonces ya no se iba a sentir como cucaracha en baile de gallina, pues el local se había transformado en un antro igual a La Sirena, pero sin el seductor olor a meados, con o sin desinfectantes, que al final resultó cautivándonos. El local tuvo su nacimiento, su auge como el imperio Romano y ahora había caído en una bajeza “tan baja” que hacía honor a su nombre. Me prometió que uno de esos sábados me daría una sorpresa y se preocupó por los precios del cubalibre. Le dije que eran iguales a los de La Sirena, pero que mejoraban el trago con el Amargo de Angostura y un toque de limón. Entonces se relajó. Se notaba que amaba los cuchitriles igual que yo, aunque llegué a pensar que el pobre, a lo mejor, vivía de la pensión de jubilado y, de pronto, me sentí culpable por aceptar sus constantes invitaciones en la barra.

El viernes no bebí ni una gota pensando en el sábado y en un nuevo posible encuentro con Pachequito. Efectivamente, no pasaba de la tercera... o cuarta cerveza, sentado en mi esquina de la barra, cuando sentí su mano sobre mi hombro. Ya veo que sigues con tu papelero, dijo la voz. Y tomó asiento. Estaba trajeado con la elegancia de aquella primera vez, cuando lo iniciaron como miembro de número del excelso El Arca de Noé, aunque olía a “Pino Silvestre”, una colonia espantosa que yo odiaba. Le alabé la pinta y también el aura, pues había cambiado con respecto a nuestro último encuentro. Preguntó sobre el precio del Something Special y, una vez

obtenida la respuesta, se revisó la cartera y pidió una botella. Una vez servido y antes de explicarme que esa marca era lo mejor en whisky de ocho años disponible en los anaqueles, le exigí al mesero que trajera un vaso para mí. Esta vez me negué con la excusa de que estaba bebiendo cervezas y no quería ligar, puesto que el domingo tenía una reunión vecinal y una liga como esa me podía mandar al infierno (una metáfora debida al fuego interno que sentía cuando me pasaba de tragos). En esa oportunidad estaba dispuesto a sacarle algo de su pasado, por ello también evité la mezcla y, entre comentarios diversos sobre cómo salvar el mundo de la pobreza educando al proletariado, esperé hasta confirmar que se había bajado media botella del escocés. Cuando empezó a perder la compostura, entré en acción. Dime Pachequito, a qué te dedicabas antes de meterte en estos enredos con los traidorcitos poetas de los gulags, pregunté en forma desinteresada para evitar que mi curiosidad se sintiera como un interrogatorio. “Si te cuento mi historia, no me lo creerías”, respondió dirigiendo la mirada hacia el techo, donde en el pasado colgaban las piernas de jamón serrano y las bolas de queso manchego en redes de colores. En el presente: polvo y telarañas.

No tuve que insistir mucho para que los vapores de la bebida contribuyeran a reducir los otros vapores que enturbiaban su memoria. Los vapores de la culpa ¿quizá?, pensé, de ser este el mismo personaje sobre el cual se contaban atrocidades inimaginables para mí. Quizá las mismas que se contaban sobre el Ratón, inimaginables para otras personas distintas a mí. Esa condición de incivildad latente en el ser humano, ese instinto de barbarismo presente siempre, ante el cual las sociedades conciben métodos de tolerancia enfrentando cada vez mayores dificultades para evitar que nos matemos los unos a los otros.

A las seis de la tarde ya estaba encajando las llaves en la cerradura de mi

puerta e imaginé que su sonido había despertado la curiosidad de mi vecina, que no había perdido el tiempo en oscurecer su ojo de buey. Seguramente, estaba pendiente de que no se tratara de “los amigos de lo ajeno”. Llegaba con la perturbación que me había ocasionado la larga charla sostenida con Pachequito sobre un pasado obsceno, impúdico, sucio, aberrante. No quería perder tiempo, aunque ganas no me faltaron de tocar la puerta de la vecina y preguntar por Tania, pero desistí porque, de encontrarla dispuesta, habría mandado al traste el argumento que vine preparando por toda la ruta de regreso a casa; intriga, muerte, drama, traiciones, estafa, minúsculas verdades y mayúsculas mentiras. Argumentos más que suficientes para darle un giro a esa historia que, de un tiempo a esta parte, venía volcando en el ordenador, pues, aunque el tiempo perdona los momentos de locura en las almas de los seres humanos, en el papel, esos momentos cobran vida, en su contenido, en la semántica y la sintaxis, y son imposibles de borrar entre correcciones y descorrecciones que, al ser corregidas, regresan a un original que no perdona el tiempo pasado.

Escribí y escribí sin dejar de escribir por días, por semanas entre julio y agosto, apenas interrumpiendo el trabajo para compartir con mi vecina un domingo familiar. Convite que me permitía auxiliar al marido en su dipsomanía, ante el yugo totalitario de la esposa. Solamente cuando yo hacía acto de presencia en su departamento ella terminaba siendo la anfitriona más envidiable de la democracia representativa. Bastaba con tres votos para abrir la botella siempre oculta de whisky, de la que al marido solo le concedían el placer de leer las etiquetas. Tania compartía conmigo de puerta a puerta. Era como si viviéramos juntos, separados por un pasillo de tres metros que, así como limitaba, también acrecentaba la libertad de cada quien sin que en ningún momento ese condicionante perturbara nuestras vidas. Así, entre paellas y pizzas, hamburguesas y pollo a la brasa, espaguetadas y ensaladas capresas, asado negro y bandejas paisa, ceviche



y sancocho de mero, pisco sour y bistec a lo pobre, recorríamos la gastronomía del continente. El lunes me encerraba de nuevo en el apartamento, y frente a la computadora hacía copia del original para someterlo a correcciones que luego descorrégia, guardaba y desguardaba, pero no encontraba un desenlace en este manuscrito que imprimía y desechaba luego de leerlo, con la añoranza de no poder ver a futuro las correcciones y descorrecciones que había hecho, como en el pasado. Así que en la pantalla terminaba algo escrito que no era un manuscrito, y que, si bien podía leerse en presente como tal, no se podía corregir en pasado. Y pensé que lo mismo sucedía con mis personajes, ahora en presente, sin un pasado corregible, porque en un manuscrito se pueden tachar historias y reconstruirlas, se pueden borrar frases y refrescarlas, se pueden quitar palabras y sustituirlas, pero cuando la vida no es un cuento, ¿cómo borrarla, tacharla o corregirla? ¿Cómo hacer de ella algo que no fue? ¿Cómo resarcirla? O bien ¿cómo desaparecerla? Cada personaje tan pesado como el plomo y tan invisible como el aire brillaba con luz propia. Un farol intentando orientar a un ciego negado a ver el mundo, un mundo ciego que lo volvía invisible.

Para mediados de septiembre hice mi reaparición en La Sirena. Joao, el portugués invisible, ahora visible, me saludó tan invisible como siempre, y los clientes invisibles, que a menudo se hacían visibles (apareciendo y desapareciendo por el lugar, y que ya iban de salida), se despidieron de mí viéndome en mi rincón invisible. También recibí saludos de los invisibles que venían de llegada, entre ellos, Jorge, el invisible visible de siempre. Algo olía mal en Dinamarca, pensé. Y no era el consecuente olor a meados de La Sirena. Me estaba volviendo visible, luego de años de no ser visto por alguien, salvo en una que otra ocasión o una que otra circunstancia. Quizás esa excepción era dada porque quien me notaba visible era tan

invisible como yo, pero ahora las cosas estaban cambiando, dejaba de ser etéreo, como también dejaban de ser transparentes los personajes que me rodeaban. Ahora yo los podía ver y ellos a mí. Sí, ciertamente, el mundo estaba cambiando, para bien o para mal. Difícil saberlo. Mi primera sorpresa fue la profesora Patiño, quien me recibía con una efusividad desconocida a mi llegada a la universidad finalizadas las vacaciones. El segundo sobresalto vino con la aparición de Dalila Yugoslava a mi cubículo, luego de años sin saber de ella, y, finalmente, aquella declaración de Clarisa del Castillo, cuando me abrazaba como una espora, en pleno funeral de Donatela: “Te perdí por no amarte cuando debía”. Creí ver a Celeste enviándome un beso desde una esquina rodeada de gente vestida de luto, pero luego me dije que solamente era un juego de mi imaginación. Y eso que no había bebido. Ahora lo veía todo y existía para todos. Ya no era invisible.

A mediados de octubre, dediqué más tiempo al manuscrito que ahora imprimía por capítulos corregidos. Martín Cabeza fue quien me abrió las puertas cerradas de la imaginación con sus historias semanales. Siendo el único miembro de El Arca de Noé aún con vida, parecía no importarle mucho reconocer su pasado, aunque lo edulcoraba. Yo hacía mi trabajo más tarde frente al computador. Nunca le confesé que él formaba parte de una historia que se había iniciado hacía más de veinte años. De modo que charlábamos convencidos de que las palabras se las llevaba el viento. De lunes a jueves continuaba con mi rutina, ahora mejor distribuida, puesto que solo daba clases en las mañanas, y apenas se iniciaba la tarde me dirigía a La Sirena, donde, religiosamente, extraía de un nuevo maletín los capítulos impresos de la historia que había cobrado un nuevo giro y no se me presentaba como algo inacabable, todo lo contrario. Mi única angustia era descubrir el final de la trama. Ya había probado con varios, pero no terminaban convenciéndome y cada escrito finalizaba en el cesto de la

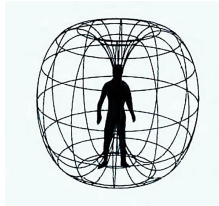
basura. Dalila Yugoslava había regresado dispuesta a echarles un vistazo a cada uno de ellos y se asombró de la manera como le había dado un vuelco gigantesco a la historia: “Antes no tenía ni patas ni cabeza”, afirmó con la misma confianza de años atrás. La profesora Patiño también, cierto día, me insistió para que le permitiera leer algunas páginas de la novela porque, extrayendo escritos del cesto de la basura, notó algo que yo no vi: “A lo mejor puedo colaborar con tu novela”, me dijo. Y yo accedí sin recelo alguno, más bien estuve encantado de ponerlos a su disposición. Así transcurría otra nueva etapa de mi vida. Se me veía más visible, a decir de Jorge el invisible: “Se ve que estás enamorado”. Y no dejaba de tener razón. Yo ya le había contado de mi nueva relación con la hija de la vecina, aunque jamás las circunstancias como la había conocido. Durante estos meses el viejo iba poco a La Sirena, los cuatro días rutinarios habían descendido a tres, luego a dos y, finalmente, era posible encontrarlo seguro los jueves. Nunca lo confesó, pero yo supuse que se trataba de un problema de bolsillo, porque de un tiempo a esta parte todo se había vuelto demasiado caro. Yo, siempre fiel a mis preceptos, no me quise dar mala vida y, aunque el sueldo se había deteriorado de tal manera que hasta las famosas botellas de whisky desaparecieron del apartamento de mi vecino (para ser sustituidas por un ron de baja calidad), yo buscaba paliar la situación bebiendo menos que antes, pero, aun con estos inconvenientes, no dejamos de compartir unos cuantos tragos los domingos familiares, ahora convertidos en rutina desde aquella mañana en que Tania amaneció a mi lado asombrándome con su figura maravillosa. De lunes a jueves continuaba con mis escapadas a La Sirena, ahora mucho más recatado con la bebida ante el exorbitante precio de las cervezas. Los viernes los usaba de descanso y los sábados eran de encuentro obligatorio con Pachequito en La Bajada. Precisamente, estando en medio de un controversial debate sobre lo bueno del pasado y lo malo del presente, recibí la visita sorpresa de Jorge el invisible. Qué te dije, dijo. Lo que siempre me decías, dije. Y ves, pues, que cumplo con lo que digo,

dijo. Veo, dije. ¿Y entonces?, preguntó dando a entender que su presencia ameritaba un brindis por mi cuenta. Lo que usted pida mi viejo, aquí la cosa es barra libre, respondí. Soltó la carcajada y ya Pachequito le hacía un gesto al camarero para que colocara un vaso con hielo en la barra. Te presento a Pachequito, le dije, y agregué, el último sobreviviente y miembro de número de los poetas de El Arca de Noé. Mucho gusto, dijo Pachequito estirando la diestra: “Martín Cabeza Pacheco”. El gusto es mío, dijo el invisible Jorge, estirando la suya: “Jorge Belgrano”. Por primera vez desde que lo conocí escuchaba de sus labios su apellido. Una vez que el mesero destapó la nueva botella, Belgrano, antes de llevarse el trago a la boca, brindó por el día de los muertos. Ese sábado era 2 de noviembre.

## Epílogo

¿Que qué pasó conmigo?, pues que logré terminar finalmente el manuscrito luego de veinte años de correcciones y descorrecciones. Que vivo en Europa saltando de un país a otro en busca de los bares más sórdidos para apostarme en sus barras, pero solo encuentro terrazas comedidas olorosas a crisantemos. Que alquilé el departamento a un funcionario de la embajada china, quien a diario notará cómo oscurece y aclara el ojo de buey de su vecina. Que logré que una editorial importante publicara la novela. Que la novela se ganó un premio que me permitió seguir bebiendo. Que me enamoré de Tania y terminamos “enmatrimoniados”, y que de vez en cuando envió una postal en físico a Dalila Yugoslava, una al consultorio de Clarisa del Castillo, otra a la profesora Patiño y ofertas al Chino Mata para que nos visite cuando descubra que sus poetas del siglo XXI están más muertos que los viejos poetas del siglo XX.

**Barralibros**



**Editores**  
**[www.barralibros.es](http://www.barralibros.es)**



